Tres, dos, uno...



¡Bang!

Raquel Antúnez

RAQUEL ANTÚNEZ

TRES, DOS, UNO... ¡BANG!

Rocaeditorial

Para Rosana.
Este libro es para ti.
Por soportar la espera, con todo lo que te hago sufrir,
y seguir creyendo en mí sin condiciones

Nota de autora

Cuando escribí esta historia el único objetivo que tenía en mente era entretener, así que, si he logrado que te evadieras de tu día a día, si te he sacado un suspiro, una sonrisa o una carcajada, entonces ya he cumplido mi misión.

A lo largo de la novela se abordan algunos temas médicos que he tratado con el mayor respeto y cuidado posible (teniendo en cuenta que no soy profesional de la salud), investigando con rigor y cariño para que los detalles tuvieran cierta coherencia dentro de la historia, pero en ningún caso pretende ser una guía clínica.

En esta comedia romántica, los personajes son seres imperfectos que se enamoran, se equivocan, se ríen y se enfrentan a situaciones que están contadas desde la ficción y el deseo de hacerte pasar un buen rato, así que espero que puedas perdonarme si me he tomado ciertas licencias narrativas como parte del juego literario.

Gracias por leerme.

Un abrazo,

RAQUEL

1

Eso… eso es… es para tu conejito, ¿no?

Rebeca

—Me cago en todo, menuda mañana llevo —mascullo mosqueada con la vista clavada en la taza vacía.

Oigo un carraspeo a mi espalda que me hace dar un respingo y, del susto, se me cae la taza al suelo y se parte en dos. Oh, oh.

Paola se cruza de brazos y me mira con el ceño fruncido.

—Ponte un cascabel o algo, tía, me has asustado. No me mires así, la culpa es tuya —protesto.

—Me debes una taza nueva.

—Vale, vale… Te compraré una pu… —Mi hermana me señala con el dedo y ese gesto enfurruñado que siempre pone cuando me va a echar la bronca. Como me diga otra vez lo de que me va a poner un bote para las palabrotas, se traga los pedazos rotos de la taza—. Te compraré una taza nueva —rectifico, después de soltar un suspiro, con las manos alzadas mostrándole las palmas a modo de alto el fuego. No quiero tentar a la suerte.

Recojo los trozos de cerámica y los tiro a la papelera. Suspiro frustrada.

—¿Y tú qué haces aquí todavía? —pregunto intentando desviar el tema.

Paola encoge un hombro.

—Ya me voy. Tengo una reunión importante con Recursos Humanos a las nueve, venía a preguntarte si puedes llevarme, porque hasta esta tarde no me dan mi coche, que sigue en el taller, y se me ha hecho tarde para ir en el bus.

Abro el mueble frente a mí y empiezo a sacar y abrir todos los tarros que me voy encontrando para oler su contenido. Igual hay un poco de café escondido en alguna parte.

—¿Con Recursos Humanos? —inquiero, frunciendo el ceño al asimilar lo que me está contando—. ¿Te van a despedir? —Mi hermana niega—. ¿Un ascenso?

—No, qué va —responde con la boca llena.

Me doy la vuelta para ver lo que está comiendo; me temo lo peor y acierto, por supuesto.

—¡Eh, tía!, eso era mío —protesto.

La muy puerca se ha llevado más de medio sándwich de un solo mordisco, mastica rápido y le da otra mordida más. De pequeña hacía lo mismo, comía como una bestia, a dos carrillos, para robarme galletas o bizcocho de mi plato. Cuando de comida se trata, Pao se olvida de ese rol de pija tiquismiquis que asume siempre.

—Lo siento —musita tapándose con una mano para que no la vea hablar con la boca llena de esa mezcla perfecta de huevo duro, mayonesa y atún, con el pan ligeramente crujiente por fuera y tierno por dentro, que he tardado un buen rato en preparar. Será asquerosa—. No me da tiempo de hacerme el desayuno, otro día te lo preparo yo. —Me guiña un ojo, y la miro con cara de asco. ¿Le

servirá ese tono dulce y angelical con alguien? Porque a mí no me engaña—. ¿Y tú por qué estás de tan mal humor *hoy*?

Voy a ignorar el tono sarcástico que ha utilizado al pronunciar la palabra «hoy», como si yo siempre estuviera de mal humor.

—No queda café —me limito a explicarle. Paola me mira como si de pronto me hubiese salido un tercer ojo en la frente o algo—. Nada, ni un grano.

—Ah.

Chisto.

—Sin café no soy persona, no soy capaz de relacionarme con ningún ser humano ni hacer nada bien, no arranco. Es como si tuviera que forzar la maquinaria, y ninguna máquina es capaz de funcionar bien cuando se la fuerza, ¿lo entiendes? —Sin querer me he ido poniendo intensa y he elevado la voz.

Carraspeo un poco, recuperando la compostura.

—Ah —repite con ese tono condescendiente que sabe que odio. ¿Si le lanzo la cafetera a la cabeza terminaré en la cárcel?—. Pues vaya, siento que seas tan dependiente de esa droga. —Alza un dedo para que no la interrumpa cuando abro la boca para protestar—. Eso no es sano, depender de ninguna sustancia lo es. Tú mejor que nadie deberías saberlo.

«Tranquila, Rebeca. Piensa que estás viviendo en su casa y que tienes que ser amable».

—¿No te tocaba a ti ir a la compra ayer? —le pregunto, con los ojos rasgados, porque de pronto me acuerdo del cuadrante de tareas que me mandó pulcramente en un éxcel, con un millón de colores que, por lo visto, tenían una lógica, y que me obligó a leer en alto en cuanto me mudé a su casa.

—Y fui —resuelve.

Abre un armario que hay justo detrás de ella que hace de despensa. Vale, ahora seguro que encuentra algún paquete de café que yo no he visto, lo sacará del armario, me lo entregará, me hará la mujer más feliz del mundo, y le daré un abrazo y todo.

Por el contrario, cuando atisbo a ver el interior y me percato de lo que está señalando, me llevo una mano al pecho con un grito ahogado.

—Eso… eso es… es para tu conejito, ¿no? —tartamudeo y todo.

Ahí solo hay un montón de bolsas de cosas raras, no sé. Parecen alpiste y hierbajos varios.

Mi hermana frunce el ceño.

—Yo no tengo mascotas, ya lo sabes.

Niego, niego mucho al mismo tiempo que ella examina el interior del armario como si no pudiese ver lo mismo que yo, así que empieza a señalarme cosas que va nombrando en alto y solo me quedo con algunas palabras sueltas: «quinoa», «chía», «lino». Eso no puede ser para humanos. Es imposible, sigo negando, las palabras «quinoa» y «chía» deberían estar prohibidas por ley. No hay rastro de café de ningún tipo. Ni de nada normal, en realidad.

Parlotea sin cesar cosas que no comprendo y termina abriendo la nevera para mostrarme un montón de botellas que hay dentro con líquidos de colores repugnantes que van desde el verde vómito al marrón caca, pasando por el amarillo bilis.

—Esto, hermanita, es comida —sentencia. Y un cojón de pato. Disimulo una arcada con la sonrisa más falsa de la historia—. Bueno, he pensado que me vendría bien una dieta détox, operación bikini, ya sabes.

—Si estamos en septiembre.

Se encoge de hombros.

—Pero vivimos en Canarias. —*Touchée*—. Y las vacaciones han hecho estragos.

Se da un par de palmadas en el abdomen y durante una fracción de segundo su vista se desvía al mío. Ahogo otro grito indignado. A ver, permíteme que me sienta un poco ofendida porque somos gemelas idénticas, aunque llevo toda la vida desviviéndome por marcar ciertas diferencias, y quieras que no las curvas son más o menos las mismas.

Paola carraspea un poco antes de seguir porque sabe exactamente en lo que he pensado.

—He aprovechado una oferta de dos por uno que me ha ofrecido una chica supermaja que se pasó por la oficina. Y he comprado para ti también, por si querías desintoxicarte un poco —me explica feliz.

¿Desintoxicarme yo?

«Eso son tonterías, el cuerpo no está intoxicado, no hace falta desintoxicarlo con productos de ese tipo. Una dieta balanceada y moverse son la clave para una vida sana… No es necesario tupirse a alimentos insípidos y zumos milagrosos».

Quizá eso es lo que quería decirle, pero solo me sale:

—Te vas a comer una hostia que verás que te voy a dejar desintoxicada del golpe, zumbada, que estás zumbada.

No me lo tengas en cuenta, es que Paola siempre saca lo peor de mí. No me puedo creer que me haya venido a vivir con ella voluntariamente y tenga que volver a las discusiones de nuestra adolescencia. Voluntariamente, ¿lo he dicho ya?

—Reb, no seas exagerada —me reprocha seria. Si hay una cosa que detesta mi hermana es que «hable mal», como dice ella. Mal los cojones, hablo natural, como las personas normales.

—Con la cantidad de veneno que tomas al día en forma de cafeína, alcohol y grasas varias, esto no te puede hacer daño. Y, además, un par de kilos menos no te vendrían mal. —El odio en mi mirada la hace recular—. Nos, nos… Quería decir que *nos* vendría bien bajar un poco.

Me crujo los dedos. La voy a dejar calva, aunque me tenga que ir a dormir debajo de un puente. La de pasta que se va ahorrar en productos, porque mira que tiene potingues para el pelo en el baño. «De nada, hermanita».

—Ven aquí, Pao, cielito, que te voy a dar un beso de buenos días.

Creo que los golpes que mi puño propina a la palma de mi mano con contundencia le dan una pista de que es mentira. Es mi puño el que la va a besar en todos los morros.

—¡A mí! Quería decir a mí. Hay que ver qué susceptible estás, deberías plantearte dormir más —se defiende—. Y, por cierto, hablando de eso… —Carraspea un poco y se quita una mota de polvo imaginaria de su ropa de niña pija de oficina; sin embargo, por el gesto de su cara sé que se acaba de acordar de algo que no me va a gustar un pelo—. ¿Estás de tan mal humor porque el ligue ese que salió a medianoche de puntillas con los zapatos en la mano no cumplió?

Abro la boca, sorprendida. Mierda, me ha pillado, tendría que haber convencido a Ramón para que saliese por la ventana. ¿O era Raúl? «Vives en un piso quinto», mimimí, mimimimí…

—¿Tú cómo sabes…?

Lo amenacé con matarlo si hacía un solo ruido. Ya ves. Tonta yo, que no sé para qué me fío de él. Lección número uno, chica: no hay que fiarse de los hombres, de ninguno, jamás de los jamases, aunque sean jovencitos y tengan cara de ángel.

—Estaba en el sofá leyendo —me interrumpe y encoge un hombro —. Por mucho que pasase a hurtadillas, por fuerza tenía que verlo antes de salir. Se puso un dedo sobre los labios con cara de pánico y pensé que era mejor dejarlo correr hasta que estuviera bien lejos para permitir que sobreviviera. De nada —añade condescendiente, contemplando algo superinteresante en sus uñas de pitiminí.

Juas, juas, tan graciosa mi hermana.

—¿Y qué hacías leyendo en el sofá a esas horas? ¿No puedes leer en la cama como las personas normales o mirar chorradas en el móvil hasta caer dormida? —Intento desviar la atención a otro tema.

—Quedamos en que no traerías ligues de una noche a casa. A *mi* casa. —Remarca el «mi» para que me quede claro que vivo aquí de prestada, no pierde la oportunidad de recordármelo—. Cualquier día te vas a liar con un psicópata y nos levantaremos sin un riñón o algo peor —continúa sermoneándome, aunque no he escuchado la mitad de lo que ha dicho.

Se cruza de brazos.

A ver cómo le explico que mi ligue de anoche tenía veinticuatro años y vive todavía con sus padres, pero yo, como comprenderás, ya no tengo edad de hacer guarradas en el coche, que luego cojo frío en la espalda y, unido a las malas posturas que el espacio reducido permite, termino con una lumbalgia. No, gracias.

«Lígate a un joven —me dice siempre Zaida, mi mejor amiga de toda la vida y, desde hace unas semanas, también compañera de

trabajo—, un chico joven tiene energía y ganas, siempre se desvive por dejarte feliz».

Solo nos magreamos un poco, no me dio tiempo ni a quitarme los pantalones, y él se corrió en los suyos, se puso a temblar como una hoja y se alejó de mí a trompicones cuando le pregunté si iba a dejarme a medias… Quizá mi tono de mosqueo no ayudó mucho. Entiéndeme, llevo demasiado tiempo sin darle alegría al cuerpo y las expectativas…, uf, las expectativas son muy jodidas. Solo a mí se me ocurre hacerle caso a Zaida, que lleva cinco años con el mismo novio.

Miro el reloj intentando encontrar una excusa para cambiar de tema.

—Uy, llego tardísimo. Anda, vámonos ya. Me compraré un café por el camino —la apremio.

Mi hermana se acaba el sándwich de un mordisco y coge de la nevera un bote con el contenido verdoso, que me lanza, y otro más para ella.

—Déjate de café, llévate esto al trabajo y así le metes algo sano al cuerpo. —Su tono dulce se vuelve algo autoritario y, cuando se pone así, más vale hacerle caso si no quieres que la situación empeore.

—Ajá…

Asiento mientras veo cómo Paola se gira y sale de la cocina para ir a coger sus cosas. Agarro el bote con un par de dedos, como si quemase, examino la etiqueta, el color, abro la tapa y lo huelo. Qué pestazo, madre mía. Lo pruebo y tengo que ponerme la mano delante de la boca para contener la arcada.

—Rebe, ¿vamos ya, por favor? —me pregunta Paola desde la entrada—. Al final llegaré tarde —masculla en voz baja, aunque la he oído.

Piso el pedal de la basura y tiro el producto de color radiactivo dentro antes de coger mi mochila y seguir a mi hermana.

—Vamos…

—No lo habrás tirado a la basura, ¿verdad?

—¿Quién?, ¿yo? Eh, no, no, qué va… —Sonrío falsamente mientras le doy un par de toques a mi mochila para que crea que lo he guardado dentro—. Hale, vamos.

De pronto, Paola, justo cuando tiene la mano en el picaporte de la puerta, me mira de arriba abajo y se le abren los ojos como platos, se queda hasta pálida. ¿Tengo un bicho en la cara o qué? Doy un brinco y me sacudo entera, que una será una tía dura y tal, pero le tengo un pánico a las cucarachas que no puedo con ellas. Es la ola de calor. La condenada ola de calor unida a la calima. Eso es como una *party marathon* para ellas.

Estoy gritando como una posesa y dando unos saltos que ni en una masterclass de zumba hasta que me doy cuenta de que Paola me mira con cara de hastío y los ojos rasgados.

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Dónde lo tengo? —pregunto histérica.

Me miro en el espejo de cuerpo completo que hay a un lado en el pasillo del recibidor, por delante, por detrás. Respiro aliviada. Ahí no hay nada. Ha debido de huir despavorida con mis alaridos inhumanos. Carraspeo y me recompongo como puedo.

—¿Vas a ir así a trabajar? —me pregunta.

Te aseguro que el tono de voz de mi hermana refleja más pánico que el mío.

Vuelvo la vista al espejo. ¿Qué? ¿Qué le pasa a mi ropa? Camiseta un poco dada de sí con una imagen algo desgastada de mi grupo favorito de rock, minifalda vaquera y unas zapatillas deportivas. Perfecta y maravillosa.

Me encojo de hombros, y Pao se quita otra pelusa imaginaria de su blusa rosa de botones perfectamente planchada y abotonada hasta el cuello.

—Voy bien así —le explico.

—No vas bien así ni para ir a la compra.

Pongo los ojos en blanco. La insultaría, pero voy a intentar ser pragmática, explicarle mi punto de vista y así evitar esta escena todos y cada uno de los próximos días mientras viva en *su* piso.

—No me va la ropa tan… tan… tan… —digo señalándola de arriba abajo— ¿tan rosa?

No quiero ofender, por eso de que no me apetece vivir debajo de un puente y tal.

—No es rosa, es salmón.

Ahora me entero de que el salmón es un color, para mí es lo que se le pone al sushi por encima. Sushi. Jolín, qué rico. Me suenan las tripas por el hambre y me pongo una mano a la altura del estómago. Como no nos vayamos ya, no me va a dar tiempo ni a café ni a desayuno ni a nada antes de afrontar mi turno de doce horas. Catástrofe absoluta.

—Bah, esta es mi camiseta de la suerte, no quiero que se me muera nadie hoy en mi turno de Urgencias. —La obligo a girar, abro el picaporte y la empujo fuera de casa—. Vamos ya, por favor.

2

Feliz día para ti también, Abel

ABEL

—¿Has terminado? —le pregunto a Roque al entrar al salón mientras me enderezo el nudo de la corbata.

—Ajá.

—¿Te has lavado los dientes?

Compruebo que lo tengo todo antes de salir de casa: mochila con las llaves, cartera, tablet, portátil y demás.

Miro la hora: las siete y veinticinco. Hago un cálculo mental del tráfico. El edificio al que me dirijo tiene parking, así que, por esa parte, me ahorro la parafernalia de buscar estacionamiento. Voy bien.

—No tengo cinco años, gracias —gruñe.

Sonrío y le revuelvo el pelo a Roque, que alza la vista del teléfono móvil por un segundo para mirarme con cara de odio. No sé por qué me mira así si, total, no se ha peinado, ¿qué más da?

—¿Quieres que te lleve? —Niega con la atención puesta en el aparatito tonto—. ¿Lo tienes todo? —Asiente—. ¿Tienes dinero para el bus?

—Que sí, pesado.

—¿No quieres que te acerque a la parada? —Compruebo de nuevo la hora en el reloj y hago un cálculo de cuánto me llevaría desviarme—. Me da tiempo.

Niega.

Todo amor aquí, mi sobrino.

Suspiro y contengo las ganas de revolverle el pelo de nuevo. Con lo mono que era de bebé. Cuando tenía cinco años era puro amor, y a los diez era tan simpático y ocurrente…, no paraba de hablar… Qué lástima, por favor.

El ascensor se detiene en la planta baja, y mi sobrino sale sin decir ni mu.

—Adiós, ¿eh? —mascullo. Alza una mano a modo de despedida sin girarse siquiera—. ¿No me das un beso? —Se vuelve, ahora sí, y me mira horrorizado—. Vale, vale. Nada de besos. Entendido. Feliz primer día de instituto —digo con un tono más entusiasmado de lo que pretendía, como si fuera el primer día en el jardín de infancia o algo así.

Mi sobrino gruñe algo que no logro entender; mejor, seguro que lo más sensato sea que haga oídos sordos.

El ascensor cierra las puertas y bajo hasta el garaje. Al subirme en el coche, ajusto los retrovisores, enciendo la radio, compruebo el nivel de gasolina y la hora una vez más. Bien, aún me sobrarán dos o tres minutillos.

Me miro en el retrovisor: gafas limpias, barba perfectamente recortada, pelo en su sitio, corbata bien. Perdona, normalmente no soy tan obsesivo, es que hoy no solo es el primer día de Roque en el instituto, también es mi primer día de trabajo y, quieras que no,

estoy un poco nervioso, lo cual se me olvida cuando pongo el coche en marcha y salgo del garaje. Me gusta conducir. Me relaja.

Bajo las ventanillas, subo el volumen de la radio y canto la canción de Taylor Swift que empieza a sonar. Echo un vistazo a mi alrededor: no hay ningún coche ni peatón cerca que me pueda ver. Muevo los hombros disimuladamente hasta que me suena el teléfono a través del manos libres del coche y, al leer el nombre de mi sobrino en la pantalla, sonrío y descuelgo.

—No pasa nada, Roque, es la edad.

—¿Eh?

—Que yo también te quiero —digo con una sonrisa que se fulmina un microsegundo más tarde.

¿Eso que he escuchado al otro lado es una arcada? Miro a la pantalla del salpicadero con el ceño fruncido, como si así pudiera verlo a él.

—Eh, ah, sí, sí. Esto… —balbucea con un tono dulce y angelical.

Espera, espera, que te lo repito: dulce y angelical. Pelos como escarpias, te lo juro.

—¿Qué pasa? —pregunto asustado.

Como me diga que tenía que llevar una cartulina hoy a clase, lo mato.

—He perdido el bus porque me he dejado la cartera.

Le echo un vistazo al reloj.

—Vuelve a casa a por ella y coge el siguiente, todavía llegarás a tiempo.

—Eh… Es que me he dejado las llaves también. —Inspiro, espiro. Inspiro, espiro. ¿Qué parte de «¿Lo has cogido todo?» no entendió? —. ¿Puedes llevarme? No quiero llegar tarde el primer día.

Suspiro y me preparo para incorporarme a la intersección que me permitirá hacer un cambio de sentido.

—Ya voy —mascullo—. No te muevas de ahí.

Calculo mentalmente el tiempo que tardaré en volver, recogerlo, llevarlo a clase y desplazarme a la oficina. Mierda, yo tampoco quiero llegar tarde.

—Gracias, Abel. Eres el mejor tío del universo.

Cuelga el teléfono, y yo refunfuño.

—¿No será que soy tu único tío, chaval?

Para cuando recojo a mi sobrino, se le olvida lo mucho que me quiere y entra en el coche sin decir ni mu, con la vista fija en el teléfono y los auriculares puestos, y así sigue hasta que llegamos a la puerta del instituto.

—Suerte en tu primer día. —Nada, ni me mira. Se baja del coche y se va—. Y de nada, ¿eh?

¡Ostras! Me doy un golpe en la frente.

Bajo la ventanilla del coche.

—¡Eh, Roque! —grito—. ¡Roque!

Ni caso. Camina con la mirada fija en el teléfono hacia la puerta del instituto. Los chicos que hay cerca me observan con cara de asco. Qué sensible es esta generación de adolescentes, ¿no? En fin, no le he preguntado cómo piensa volver a casa después, a qué hora va a llegar y cómo va a entrar si no se ha llevado las llaves, pero ese es un problema para el Abel del futuro. Miro la hora: tengo que salir por piernas o llegaré tarde; odio conducir con prisas.

—Feliz día para ti también, Abel —refunfuño antes de incorporarme a la circulación, que, ahora sí, está atestada de vehículos de todo tipo.

Intuyo que puntual, lo que se dice puntual, no voy a llegar.

3

¡Kris Evers me ha dado por detrás!

REBECA

Pensarás que es mentira que, cuando el día empieza torcido, todo va de mal en peor. Yo tampoco soy muy de pensamientos fatalistas como ese, no soy nada supersticiosa, pero permíteme que dude de que mi día vaya a mejorar mucho después de quedarme a dos velas anoche, apenas pegar ojo, levantarme y no poder beber una gota de café. Por no hablar de la chapa que me ha dado mi hermana durante todo el camino con estadísticas de todo tipo en las que las mujeres que tienen ligues de una noche tienen mayor riesgo de sufrir agresiones o violaciones, ser asesinadas y demás, sin poder rebatirle ni una sola palabra porque yo misma le he echado esa retahíla alguna vez en nuestra vida. Lo de contarle que siempre llevo conmigo un espray de pimienta y alguna que otra arma con la que defenderme en caso de necesidad queda descartado.

La cuestión es que, después de coger un atasco de narices para llegar al trabajo de Paola, cuando por fin logro que se baje y me deje en paz, con un dolor de cabeza punzante que temo que se convierta en migraña de un momento a otro, un zumbado me ha dado un golpe en el coche. Y aquí estoy, sujetando con fuerza el

volante con ambas manos, hiperventilando, pensando en todo lo mala tía que he debido de ser en la vida para tener este castigo y sin café, sin una gota de café en el cuerpo.

Me obligo a concentrarme en mi respiración mientras veo cómo el tipo se enfada con su propio volante, al que le propina un golpe, se baja del coche y viene hacia el mío. Abro la ventanilla y, en cuanto llega a mi altura y se agacha para asomarse, pierdo el control.

—Oye, imbécil, ¿no has visto que el semáforo se ha puesto en rojo o qué? —espeto muy enfadada.

No me ha servido de nada lo de respirar hondo, estoy gritando como una posesa hasta que alzo la vista y me fijo bien en el tipo que está frente a mí. Ojos claros, de un azul intenso, con una mirada penetrante y expresiva; una nariz recta y bien proporcionada; el labio inferior ligeramente más carnoso que el superior; una mandíbula fuerte y bien definida; barba de unos cuantos días recortada y perfilada… Lo examino durante unos instantes mientras boqueo. ¡Madre mía!

—Perdona, es que…

—¡Madre mía! ¡Madre mía! —verbalizo en shock. No me lo puedo creer, te juro que no me lo puedo creer—. ¡¡¡Kris!!!

—¿Eh?

El tipo gira la cabeza a un lado y al otro. Normal, no quiere que nadie lo descubra y lo he gritado muy alto. Carraspeo para recuperar el control.

—Ay, Dios…

Esto tengo que verlo más de cerca y palparlo. Abro la puerta del coche para bajarme y, sin querer, le meto un tortazo con la puerta en toda la nariz.

—¡Aaah…! —grita.

Siseo para que controle el tono de voz. Al final verás que se va a enterar todo el mundo y vamos a liar aquí una que no van a tardar en llegar periodistas y de todo.

—Ay, lo siento… Perdona, Kris… —me disculpo—. Uy, qué alto eres. Eres mucho más alto de lo que me imaginaba, y estás fuerte, ¿eh?

Aprieto el bíceps; debe de estar currándose algún nuevo papel. ¿Va a hacer de superhéroe otra vez? Espero que sí, hay que tener un cuerpazo como el de Kris Evers para que las mallas te sienten bien. Babeo un poco al imaginarlo.

En cuanto me doy cuenta de su gesto escandalizado, aparto la mano rápidamente.

—Perdón, no se toca —me disculpo.

Me mira extrañado, como si no comprendiera. Ah, claro, no había caído.

—*Sorry. I'm very sorry.* Yo… —Debí hacerle caso a mi madre cuando insistió en que las clases de inglés eran importantes—. *Fucking English.* Eeeh… Esto… *I am your fan*. —Carraspeo al percatarme de que estoy hablando demasiado alto otra vez, como si me fuera a entender mejor por gritarle—. Perdón —repito.

—¿Que qué? —inquiere con voz gangosa.

Se aparta la mano de la cara y veo que tiene sangre.

Ay, mi madre, ¿le he roto la nariz a Kris Evers? ¿La tendrá asegurada como Shakira las caderas? ¿O eso es una leyenda urbana y no se pueden asegurar partes del cuerpo? Lo que sé es que, como esté aquí para grabar alguna película y se la haya fastidiado, me va a caer una denuncia por agresión fijo.

Doy un paso atrás. Debería huir despavorida, ¿no crees? Pero me está mirando con los ojos muy abiertos, tengo que despistarlo primero. Lo de pedirle un autógrafo lo descarto también, ¿verdad?

—Vale, espera un momento.

Me asomo dentro del coche para coger mi bolso, saco un paquete de pañuelos y le tiendo uno.

Alguien toca el claxon muy fuerte. Estoy dispuesta a empezar a insultar al gilipollas que se ha puesto histérico cuando una hilera de coches detrás de él se suma a la orquesta. Miro el semáforo, que ha cambiado a verde, y me doy cuenta de que estamos en medio de la carretera entorpeciendo el tráfico.

—Mierda… Yo… tengo que irme, no pasa nada, Kris, no te preocupes por el golpe. —Señalo a la parte de atrás de mi coche—. Y perdona por el tortazo, estamos en paz. —Le guiño un ojo, suelto una carcajada, y el tipo me mira con los ojos desorbitados, como si estuviera loca. Carraspeo—. Perdón. Tengo que irme.

Me subo al coche mientras él se queda ahí pasmado. Claro, es lógico, no pensaba encontrarse con una fan en Gran Canaria. No sé por qué la gente se piensa que aquí vivimos en un universo paralelo, que no tenemos acceso a la tecnología y no vemos pelis, sino que vamos en taparrabos todo el día, tirados a la bartola, cuando eso solo pasa treinta días por cada año trabajado, con suerte y dependiendo del convenio de trabajo de cada cual. En fin, que moriré feliz pensando que Kris Evers me ha dado por detrás.

—¡Me encantó tu papel en *El Guardián de las Sombras*! —le grito antes de pisar el acelerador y quitarme de en medio de una vez.

Más vale que él haga lo mismo porque, si no, se lo van a comer, lo van a pillar los paparazzi y verás qué risas.

—Ay, Dios. Ay, Dios… —musito.

Conduzco y, por un momento, ni siquiera sé qué dirección debo coger para llegar a mi trabajo, de hecho, creo que acabo de tomar el camino equivocado. Voy a llegar tarde, probablemente me voy a llevar un tirón de orejas, pero es que me da exactamente igual. Esto tengo que contárselo a alguien. Pienso en llamar a Zaida, hasta que recuerdo que anoche tuvo turno en el hospital, así que probablemente esté durmiendo. Y fin de la lista de mi entorno social. Me encojo de hombros y marco el número de mi hermana con el manos libres. Al segundo tono descuelga.

—Rebe, ¿qué pasa? —inquiere alarmada y en voz muy baja.

—¡Kris Evers me ha dado por detrás! —grito eufórica y empiezo a reír como una chalada.

—¿Eh?

—¡Que Kris Evers me ha dado por detrás! —chillo más alto aún, y se oyen unas risas por detrás.

—Rebeca Crespo Salazar, ya te había oído la primera vez, por Dios, yo y también todo el equipo directivo de la empresa. Te he dicho que tenía una reunión importante con Recursos Humanos, pensé que te había pasado algo grave —espeta seria.

Uy, me ha llamado por nombre y apellidos completos, como mi abuelo cuando me pillaba haciendo alguna trastada, me la voy a cargar.

—Ups. Perdón. ¡Perdonad, señores del equipo directivo! —grito muy fuerte intentando arreglarlo. Si han oído lo primero, esto también lo escucharán, ¿no?—. ¡Y señoras, claro! ¿Y tú por qué me coges el teléfono si estás en una reunión importante? ¿Estás tonta? ¿No sabes que es de mala educación tener el teléfono encendido en

las reuniones de trabajo y muy irresponsable atender llamadas personales? Como te despidan, verás qué risas —la sermoneo, saliéndome por la tangente.

Me faltará cafeína en el cuerpo, pero con el chute de adrenalina por haber conocido al mismísimo Kris Evers en carne y hueso me he venido arriba.

—Todavía no habíamos empezado —habla en voz baja y sé, sin necesidad de mirarla, que está forzando una sonrisa—. Estábamos esperando a alguien. Ah, mira. Acaba de llegar. Ay, ¡madre mía! —Alza el tono de voz y parece bastante horrorizada.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —le pregunto preocupada.

—Ay, Dios. Te dejo. Ya hablaremos tú y yo después.

Eso suena a amenaza total. Y me cuelga, la muy puerca me cuelga sin decir ni adiós. Tanto dinero invertido por mis padres en ese colegio pijo al que nos obligaron a ir para que mi querida hermana no haya aprendido ni los modales básicos. En fin…

4

Bienvenido a Integral Connection

ABEL

«Esto no puede estar pasando, esto no puede estar pasando, esto no puede estar pasando…», me repito en bucle con la vista clavada en el reloj: llego tarde.

No sé cómo he sido capaz de subirme al coche, conducir los doscientos metros que faltaban hasta que el GPS me ha anunciado que había llegado a mi destino y subir en el ascensor los quince pisos hasta las oficinas de la nueva empresa en la que hoy empiezo a trabajar. Suena el timbre que me avisa de que he llegado a mi planta. Catorce minutos tarde para ser exactos. Es mi primer día. Y no solo llego tarde, es que, además, me siento bastante mareado.

Escucho varios exabruptos cuando al fin llego a la sala de reuniones donde me espera todo el equipo directivo, a algunos de ellos ya los conozco, pues nos hemos reunido algunas veces en las últimas semanas durante todo el proceso selectivo.

—Ay, Dios…

Vocifera alguien dentro de la estancia, me cuesta ver bien, porque me he ensuciado las gafas con el ajetreo. Me fijo en quién ha hablado y parpadeo rápido. No, no, esto no puede ser. Debe de ser

por el golpe, pero juraría que esta mujer se parece… Intento enfocar mejor la mirada a pesar del mareo. Se parece a la loca con la que acabo de chocar. Miro hacia atrás como calculando, recordando la dirección que tomó su coche al alejarse gritando vete a saber qué, no entendí absolutamente nada de lo que me dijo. Y no. Es imposible. Además, juraría que tenía otro color de pelo. Es el golpe, que me ha dejado tonto.

—¿Estás bien? —El clon de mi agresora se acerca y se me ponen los pelos como escarpias. «Aléjate de mí, Satán»—. Estás lleno de sangre.

Bajo la vista hacia mi camisa, al ver el estropicio se me queda la vista en blanco y, antes de que pueda reaccionar, me voy al suelo.

No he perdido la conciencia del todo, los hombres no nos desmayamos, ¿a que no? Somos fuertes y eso, lo que pasa es que la sangre es como mi criptonita y me deja un poco atontado. Solo… estoy demasiado mareado y avergonzado como para hacer otra cosa que no sea quedarme tirado en el suelo con los ojos cerrados.

Escucho voces a mi alrededor y noto cómo alguien me abanica, otra persona me desanuda la corbata y me desabrocha un par de botones. Eso ayuda, ya puedo respirar un poco mejor, al menos, por la boca, porque sigo teniendo la nariz taponada.

—¿Abel? —Abro los ojos—. ¿Abel Ortiz? —Asiento—. Bienvenido a Integral Connection.

—Eeeh… ¿Gracias?

Carraspeo. Un chico de más o menos mi edad me tiende la mano y me ayuda a levantarme.

—No parece que esté rota, ya ha dejado de sangrar —me dice, lo miro extrañado—. La nariz… Está bien. Solo ha sido algo un poco…

escandaloso.

Señala mi camisa, pero yo prefiero no volver a mirar hacia abajo ahora que he controlado el mareo. Me noto la nariz congestionada, aunque ya no me duele tanto.

Voy al baño a asearme un poco y, cuando vuelvo, apenas queda gente dentro de la sala de reuniones. Genial, me van a despedir en mi primer día.

—Te he preparado un café —me dice la rubia con el tono de voz más dulce que he oído en mi vida.

Frunzo el ceño y examino su cara. No puede ser ella, ¿verdad? Debería pasarme por el hospital para que me hagan un TAC, a lo mejor, con el golpe, me ha subido algo al cerebro y ahora estoy teniendo alucinaciones. Sonríe y se le marcan un par de hoyuelos a ambos lados. Igual es algo estúpido, pero siempre he pensado que las personas con hoyuelos dan la sensación de ser buena gente, como que me fío automáticamente de ellas.

Tengo que reconocer que tiene un aspecto de lo más angelical, con esos bucles rubios cayéndole por los hombros, los ojos más azules que he visto en mi vida, la sonrisa perfecta y el tono de voz dulce y amable. A lo mejor me he dado más fuerte de lo que pensaba, me he quedado entre el cielo y la tierra, y esta mujer está aquí para devolverme a mi ente corpóreo. ¿Me estará dando una trombosis? Ostras, ahora mismo no me puedo morir, me viene fatal.

—¿Te gusta el café? —me pregunta la rubia porque me he quedado ahí pasmado, sin decir nada y sin coger la taza que tiende en mi dirección desde hace un buen rato ya.

—Sí, gracias. —Odio el café, pero ya bastante mala imagen he dado hoy, ¿no?

Cojo la taza y sonrío.

—Soy Paola Crespo, trabajo para el área creativa de la empresa. Joel es el CEO, ha tenido que salir porque… porque le da mucho asco la sangre. No le digas que te lo he chivado. —Niego con la cabeza. Me señala una silla y, cuando me siento, se acomoda a mi lado—. Tranquilo, me ha pedido que te explique un poco cómo funciona la empresa. En nuestra área, trabajan cuatro departamentos relacionados : el Creativo, que es el mío; el de Medios; el de Producción, y el de Marketing Digital, que es tu área. Es fundamental la coordinación y que rememos todos en la misma dirección para obtener buenos resultados en las campañas.

—Tiene lógica, sí.

—Vale, pues, dicho esto…, durante los próximos días vas a ser mi sombra o yo la tuya, da igual —dice con una sonrisa, una sonrisa preciosísima—. Impresionaste a Joel con tu currículum y tus ideas. Estoy segura de que nos vamos a llevar muy bien y que encajaremos a la perfección. Por el momento, nos haremos cargo de tu equipo juntos, ya que son solo tres empleados y llevan muy poco tiempo trabajando en la empresa. Como te explicamos en las reuniones, hemos crecido muchísimo en los dos últimos años y ha sido necesaria una reestructuración de áreas.

Durante las siguientes dos horas se unen a nosotros los encargados de Medios y Producción, que me ofrecen una avalancha de información. Tomo nota de algunas cosas en mi tablet; me dan el usuario y contraseña de la aplicación de la empresa para poder acceder a mi correo electrónico, procedimientos, organigrama, contactos y demás.

Cuando acabamos la reunión, Paola me dice que mejor me vaya a casa y me tome el resto de la jornada para recuperarme del golpe y estudiar toda la información de la empresa.

Parece que hoy no va a ser el día en que me despidan. Prueba superada, ¿no?

5

¿Apostamos?

REBECA

Para cuando salgo del hospital ya es noche cerrada. Hemos tenido un día muy movido y me he tenido que alimentar a base del café de máquina más horrible que he probado en mi vida. Tengo tanta hambre que creo que hasta me tomaría el mejunje verdoso con *delicioso* sabor a vómito que mi hermana quería que me desayunase.

Suspiro y miro la hora: son más de las nueve. Si me doy prisa, llego antes de que cierren el supermercado para hacerme con las cosas básicas para sobrevivir. Por suerte, no hay nada de tráfico.

En el pasillo del café me suena el móvil; aquí se respira felicidad, te lo digo yo. Café. Café de verdad. Miro con cara de satisfacción la cafetera italiana extragrande que he dejado dentro del carrito. No pienso volver a preparar la cafetera esa cutre que tiene Pao, que hace el café aguado y sabe a culo. También me he pillado un termo gigante, que será mi nuevo compañero de aventuras en el hospital.

Saco el móvil y miro la pantalla.

Es Zaida.

—Te hacía muerta en una cuneta —le respondo a modo de saludo.

—Buenos días —musita con voz mustia.

Sorprendida, compruebo el reloj: las nueve y treinta y dos de la noche.

—Eh… ¿Estás enferma?

—No, es que solo he dormido tres horas. Hoy es el cumpleaños de mi suegra, así que esta mañana, cuando he salido del hospital, he ido con Isma a comprarle el regalo y hemos comido todos juntos en su casa; la sobremesa se ha alargado más de lo que esperaba y… estoy reventada. —Zaida bosteza, y a mí me recorre un escalofrío de arriba abajo.

—Recuérdame que nunca me case.

—Ya, los almuerzos con la familia política no son la mejor parte del matrimonio —admite, aunque sé que ella se lleva bien con todos ellos y los quiere como si de su propia familia se tratase—. En fin… No dirías lo mismo si supieras cómo me ha compensado Isma. —Suelta una risilla.

—¿Cómo? ¿Te ha hecho un regalo? ¿Te va a llevar de viaje a algún lado? —pregunto, y meto en el carro un bote de leche condensada.

La leche condensada cura todos los males, metafóricamente, claro, porque mi lado sensato es consciente de que eso tapona las arterias que da miedo, por no hablar del pico de azúcar y el peligro de diabetes… Bah, minucias. ¿Qué es la vida sin un poco de riesgo?

—No, no, nada de eso. Para viaje, el que me ha pegado Isma esta mañana. Dios, qué bien lo come, no te puedes hacer una idea.

Eso me pasa por preguntar.

—Zaida…

Intento pararla porque ya sé lo que viene a continuación.

—Uf, no sé cómo hace para mover la lengua de esa forma… —Suspira. Bueno, no es un suspiro, es un gemido, claramente ha gemido, pero voy a pensar que no es así por mi salud mental—. Se me han puesto los ojos en blanco y luego, cuando ya me había corrido dos o tres veces, me ha follado fuerte.

—No necesitaba saber eso.

—Me ha puesto a cuatro patas —me interrumpe. No me está escuchando, lo sé—. Toma, dale. Oh, sí, nena. —Gime un poco más. Sí, ya sabemos que lo de no dormir es fatal para el cerebro, y aquí está el ejemplo más claro: mi amiga está pirada. De seis a ocho horas, hazme caso. El descanso es fundamental—. Y en el momento exacto…, un tirón de pelos, un par de nalgadas y pim, pam, pum… Hasta que he terminado desmadejada en sus brazos. —Suspira como si me hubiese contado la escena más romántica jamás descrita.

—Puaj —mascullo.

Por favor, Señor, borra esa imagen de mi cabeza. ¿Ahora entiendes por qué le he ido dando largas a Zaida, que está loca por presentarme a Isma? ¿Con qué cara voy a mirar yo a ese hombre si mi amiga me cuenta con todo lujo de detalles cosas así día sí y día también?

Zaida se ríe.

—En fin… Perdona que no te haya llamado antes.

—Ah, sí, lo de que necesitaba hablar contigo urgentemente no lo entendiste, creo. Si llega a ser una emergencia, hubiera muerto ya. Gracias, bonita —protesto.

—Si hubiese sido una emergencia, me habrías llamado en lugar de mandarme un mensaje, aunque me despertases, y sabes que te habría cogido el teléfono y habría movido cielo y tierra para ayudarte con lo que fuese. —*Touchée*—. Cuenta, ¿qué te ha hecho esta vez Paola?

Suelto un gritillo indignado al recordarlo y le explico el numerito de esta mañana. Ella se ríe.

—Ah, y, por cierto, ahora que me acuerdo… No voy a volver a hacerte caso en la vida. Los chicos jóvenes no se desviven por darte atenciones y complacerte. Para empezar, no tienen casa donde llevar al ligue de turno y, además, parecen perritos apaleados: te dejan a dos velas y salen corriendo, para que lo sepas —protesto.

Meto en el carro un par de paquetes de galletas y una tableta de chocolate. No es que coma este tipo de cosas todos los días, pero siempre está bien tener un kit de emergencias para sobrevivir al síndrome premenstrual.

—Pobre criaturita. ¿Qué le habrás hecho? —se burla. Pongo los ojos en blanco—. Oye, me tengo que ir a la ducha; tengo turno esta noche otra vez.

—¡Ah! Espera, espera. Que no te he contado lo más importante. No te lo vas a creer.

—A ver, sorpréndeme.

—¡Kris Evers me ha dado por detrás! —grito, y doy saltitos hasta que me doy cuenta de que las cuatro personas que están en el pasillo se me han quedado mirando con los ojos como platos.

Carraspeo esperando a que mi amiga termine de partirse de risa.

—No me lo creo.

—¿Ves? Te dije que no me ibas a creer. Si es que te conozco como si te hubiera parido.

Me traslado al pasillo de la fruta y la verdura porque acaban de anunciar por megafonía que en breve cierra el súper y necesito algunas cosas más. Al mismo tiempo que voy metiendo cosas en el carrito sin ton ni son —más vale que sobre que no que falte—, le cuento lo más rápido que puedo todo el accidente.

—¿Seguro que era Kris Evers? —me pregunta desconfiada.

—Que sí, que sí, te lo juro.

—¿Y qué te dijo?

—Pues, la verdad, ahora que lo pienso, creo que no pronunció ni una sola palabra. No le dejé hablar.

Cojo un pack de latas de cervezas y otro de cola light y, de camino a la caja para pagar, me hago también con un par de bolsas de patatas.

—Qué raro —musita la arpía que tengo por amiga.

—Serás bruja… —Zaida se ríe. Tiene una risa supercontagiosa, así que termino riendo yo también—. Te juro que era Kris Evers.

—¿Apostamos? —me rebate.

—Oye, ¿y tú no tenías tanta prisa por ducharte? —la reprendo, porque parece que se lo está pasando pipa a mi costa y a mí está dejando de hacerme gracia que ponga en duda mi palabra.

—Bah, esto es más interesante.

Muy bien, más interesante un chisme que ir a trabajar. Buenas prioridades tiene mi amiga, ya ves.

—¿Y cómo lo vas a comprobar?

—Sigo a Kris Evers en TikTok, es bastante activo y siempre está subiendo chorradas. —Espera, espera. ¿Por qué yo no sabía eso si

soy su fan número uno? Me he visto *El Guardián de las Sombras* como cincuenta veces, hay diálogos que me sé de memoria. Negaré ante cualquier persona que me he masturbado pensando en él todas y cada una de las veces que la he visto. Ejem—. Si está en Canarias grabando una película y en sus redes hay, aunque sea, una mínima señal, entonces podría haber sido él.

—Bueno, a lo mejor vino de escapada y no a trabajar —rebato.

—Vale, si aparece en algún vídeo con signos de haber recibido un golpe en la cara, me creeré que Kris Evers te ha dado por detrás.

—¡¡¡Aaaaaah!!! —grito—. ¡Kris Evers me ha dado por detrás!

—Me vas a dejar sorda, maldita.

La fila de gente que hay delante para pagar se gira hacia mí para observarme con los ojos muy abiertos. Me doy la vuelta. Ah, pues, mira, los que están por detrás también. ¿Por qué hay tantas personas haciendo la compra en el súper a las diez menos diez de la noche? Esta gente no tiene consideración, no se dan cuenta de que en diez minutos cierran y los empleados tienen vida y eso. Podrían venir antes a la compra.

De hecho, si mi hermana fuera una persona sensata, se apiadase de mí sabiendo que tengo turnos de doce horas durante toda esta semana y nada de tiempo para esto, y hubiese hecho una compra como es debido…, pues yo tampoco estaría aquí dando por saco a estas horas.

—Vale, perdón, perdón. Me das cincuenta pavos si era Kris Evers.

—Hecho. Y, si no… Mmm… —Piensa unos segundos—. Irás vestida un día completo con la ropa esa de pija de tu hermana que tanto odias.

—¡Puaj! —Me llevo una mano al pecho, indignada—. ¿No prefieres cincuenta euros? —Niega al otro lado—. ¿Cien? —Se ríe y niega—. Venga, vale, acepto.

—Con tacones incluidos.

—Vaaale, con tacones incluidos —refunfuño.

Creo que la última vez que me puse tacones fue en el baile de graduación del instituto. ¿Te lo has creído? No, es mentira. Estamos en España, aquí no hay de eso. Sería en alguna boda o algo así, no sé. Suelo escaquearme bastante de los acontecimientos sociales de ese tipo, pero alguno ha sido ineludible.

—Y el bolso ese hortera de color fucsia que le regalaste para su cumpleaños —añade.

—Eeeeeeh, ¡que a mi hermana le encantó!

Voy sacando las cosas del carro para colocarlas en la cinta. ¿Yo he cogido estas latas de mejillones? Si no me gustan nada. Niego. No se puede hacer la compra y hablar al mismo tiempo por teléfono después de un turno de doce horas en el hospital sin haber probado bocado en todo el día, está visto.

—Pero tú buscabas el más horrible de toda la tienda.

—No tengo culpa de que Pao tenga un gusto tan pésimo. —Me encojo de hombros.

Nos reímos las dos y nos despedimos rápido porque yo tengo que empezar a embolsar y ella se tiene que ir al trabajo.

Lo meto todo en el coche y cojo una chocolatina para comer por el camino porque me estoy muriendo de hambre.

Llego a casa bastante tarde y, para mi absoluta suerte, Paola parece que ya está durmiendo. No hay rastro de ella en el salón ni en la cocina. Hay una nota pegada en el microondas:

Te he dejado un pastel de brócoli y avena en el microondas para que comas algo cuando vuelvas. Te la debía por el sándwich de esta mañana.

Ah, qué mona.

Abro el microondas, saco el plato con la cosa con peor pinta que he visto en mi vida. La cocina nunca ha sido el fuerte de mi hermana, desde luego. Abro la papelera y lo tiro dentro. Cojo un pósit y le escribo: «Gracias, estaba buenísimo».

Luego me hago un bocadillo de huevos fritos y lo acompaño con un refresco. Me dejan nueva.

6

¡Serás cerdo!

ABEL

Ya tengo los ojos abiertos al sonar el despertador. Sonrío. Es viernes. Parece que he sobrevivido a mi primera semana de trabajo y que todo va fluyendo. Me suenan las tripas desde hace rato, pero no quería hacer ruido en la cocina y despertar a Roque antes de tiempo. El descanso en la adolescencia es importante para que los niños tengan una buena atención, conducta, aprendizaje y demás. O eso he leído, porque yo, en realidad, no tengo ni idea de niños. Cuando Roque se vino a vivir conmigo no traía un manual de uso, y digamos que estoy aprendiendo a base de ensayo y error.

Me levanto de un salto y, después de darme una ducha y vestirme, voy a preparar el desayuno. Normalmente cada uno se busca un poco la vida por su cuenta y come lo que le apetece antes de salir de casa; sin embargo, hoy se me ha ocurrido que, por ser viernes, le puedo hacer gofres a Roque, que siempre le han encantado. Estaba preparando la mezcla cuando mi sobrino se ha presentado en la cocina vestido con una sudadera que, aunque no suelo fijarme mucho, juraría que es la misma que ha llevado todos y

cada uno de los días esta semana; no sé por qué, pero me parece que el naranja tiene un tono como más… mugriento.

—Buenos días —saludo.

—Grrr.

—Veo que nos levantamos de buen humor hoy, ¿eh? —Al menos no está pegado al teléfono móvil todavía—. Estoy haciendo gofres. Siéntate en la mesa, que ahora te los sirvo.

—No, gracias. No suelo comer nada por la mañana. ¿Hay café? Solo, por favor. Sin leche ni azúcar.

Se deja caer en una silla y apoya la frente en el brazo. Pestañeo rápido, paro de batir la mezcla y me giro para mirarlo.

—¿Cuándo has dejado de ser ese niño mono y alegre que me suplicaba que le hiciera gofres o tortitas en el desayuno para convertirte en un septuagenario gruñón que toma café solo y refunfuña a todas horas?

Roque alza la cabeza de nuevo y se encoge de hombros.

Suspiro y le preparo un café en la cafetera de cápsulas que compré para poder ofrecerle a las visitas.

—Gracias. —Le da un trago a la taza. Pongo cara de espanto pensando que se va a quemar. Eso debía de estar hirviendo, pero no se ha inmutado. Se me queda observando unos instantes—. Tienes mejor cara hoy —añade, y se muerde el labio para contener la risa. Se está quedando conmigo, por si no lo habías pillado—. Te dije que te comprases un poco de maquillaje. En plan, un poco de base y unos polvos mate para fijar. —Lo miro con horror. Ni muerto—. De verdad, Abel, qué *cringe* da que seas tan *boomer*. Un poco de maquillaje no te va a hacer menos hombre.

—Ah, ya…

Me apunto mentalmente lo que me acaba de decir mi sobrino para buscarlo en Google luego.

Bajo la cabeza, frustrado. Mi cara ha pasado por todos los colores imaginables esta semana: rojo, morado, negro, azul…, hoy toca verde, parezco un puñetero marciano.

Cojo aire para suspirar y de pronto me viene una oleada de un hedor monumental.

—Pero ¿qué…? —grito—. ¡Qué asco!

—¿Qué pasa? ¿Tengo un moco o algo? —me pregunta mi sobrino, pasándose la mano por la cara.

—¿No te huele raro aquí? —Roque niega y se encoge de hombros —. ¿De dónde viene ese pestazo? —Me giro mirando en todas direcciones y veo, junto a la puerta de la cocina, la bolsa de basura que ayer le pedí cuatro veces a Roque que llevase al contenedor antes de irse a la cama—. ¡Ya te vale, Roque! No sacaste la basura anoche.

—Perdón, se me olvidó.

—No será porque no te lo recordase —mascullo.

Me acerco a la bolsa con intención de dejarla en el rellano de la escalera para bajarla antes de irnos y alejar el pestazo de la cocina para poder desayunar sin vomitar. Irónicamente, cuanto más me acerco a la basura, más nítido se vuelve el hedor. Me giro, ya junto a la bolsa, para mirar a mi sobrino con el ceño fruncido y me acerco a él, que tiene la vista fija en el contenido de la taza.

—Roque…

—¿Hum? —No levanta la cabeza.

Ya a su lado, huelo y contengo una arcada.

—Roque, hijo mío, ¿cuándo fue la última vez que te duchaste?

—Eeeh… No me acuerdo.

—¿No te…? ¿Cómo que no te acuerdas? ¿Y qué demonios hacías anoche en el baño cuando te dije que fueras a ducharte? ¡Tardaste casi una hora en salir! —le reprendo.

—Un hombre nunca cuenta cuántas pajas necesita hacerse antes de dormir.

Me viene otra arcada.

—¡Serás cerdo!

—Ah, no, perdona, de eso nada —dice serio—. Mamá siempre me explicó que la masturbación es algo natural y, bueno, que nunca lo viera como algo malo porque no lo era. Mientras lo hiciera en la intimidad, todo bien.

Suspiro.

—Si mis cálculos no me fallan, no te has duchado, al menos, desde el domingo.

—Ah, sí, es probable.

Suspiro y miro la hora. Todavía es temprano.

—Vete a la ducha. Sin rechistar, por favor —le digo, alzando un dedo hacia él cuando veo que abre la boca—. Y antes, dame del cesto toda la ropa sucia de esta semana para poner una lavadora, con desinfectante, a poder ser. Creo que tengo amoniaco en alguna parte —añado, más para mí mismo que para él.

Mi sobrino suelta una risilla; no sé qué le hace tanta gracia, pero sigue sentado bebiéndose el café y no parece tener la más mínima intención de hacerme caso.

—¡Vamos! Date prisa, chaval, que nos tenemos que ir. Te llevaré a clase, porque se te va a escapar el bus y no quiero que llegues tarde.

—No hay ropa sucia en el cesto.

—¿Has puesto la lavadora? —Lo miro con desconfianza. No me creo que haya puesto en marcha ningún electrodoméstico sin preguntarme siquiera cómo funciona, que esta generación para los teléfonos móviles y los ordenadores bien, pero los lavavajillas y el horno…, eso es para el personal de la NASA, por lo menos. Él niega extrañado—. ¿Entonces?

—Llevo toda la semana con la misma ropa.

—Ah, ya…, me lo suponía. ¿El pijama y la ropa interior? —Se encoge de hombros y afirma—. ¡No me lo puedo creer! ¡Serás cerdo!

—Eso ya lo has dicho —contesta condescendiente, y chista al ver mi cara de horror—. Si te acuestas con la ropa con la que vas a salir al día siguiente, puedes dormir un poco más y tardas nada en estar preparado para ir a clase.

Se da un par de golpes en la sien con dos dedos, como para recalcar lo inteligente de su teoría.

Le quito la taza de la mano y tiro lo que queda en el fregadero mientras escucho las protestas. Hago que se levante de la silla y lo empujo hasta el cuarto de baño. Ofrece resistencia a la autoridad; sin embargo, de algo me tiene que servir el metro ochenta y tres de estatura, ¿no?

—Deja la puerta abierta, desnúdate, métete en la ducha y hazme el favor de enjabonarte dos veces. Como no escuche el agua correr en tres minutos, vengo y te baño yo como cuando tenías cinco años —lo amenazo.

No tengo tiempo para lidiar con la cara de odio con la que me mira. Veo cómo se empieza a quitar la ropa y la lanza al suelo, lógico

y normal, ¿para qué está el cesto de la ropa sucia? Eso no sirve para nada.

—¿Un poco de intimidad? —me pregunta antes de quitarse los calzoncillos, y me giro para ir a la cocina.

Estoy pensando seriamente en quemar toda esa ropa que se acaba de quitar. Y yo que creí que iba a tener un viernes tranquilo.

Por fin, un buen rato más tarde, logro estacionar en el parking de la oficina y me doy cuenta de que he llegado a tiempo por los pelos y de que tengo los hombros tan cargados de tensión que me está empezando a doler la cabeza. Tengo que volver a ir al gimnasio, lo necesito.

Me bajo del coche y le doy al cierre centralizado.

—¡Eh, Abel! Buenos días.

Escucho unos tacones detrás de mí y me giro.

—Buenos días, Paola.

Sonríe. Está guapa. Lleva un vestido hasta la rodilla con manga corta, sencillo y liso, blanco y ajustado en la parte superior, con escote recatado, y termina en una falda vaporosa de color gris con botones en toda la parte delantera, que baila de un lado al otro en lo que camina rápido hacia mí, acompañado de unas sandalias de tacón negras y el bolso a juego. Siempre viene muy formal a la oficina. Me gusta. No en plan atracción sexual, sino que nos llevamos bien; hemos congeniado estupendamente en el trabajo y en pocos días hemos cogido confianza. Será también por la cantidad de horas que pasamos juntos al día.

—¿En qué estabas pensando? Se te veía muy enfurruñado en el coche —me pregunta con una sonrisa burlona.

Suelto un suspiro y me paso la mano por el cuello apretando un poco la zona para aliviar la tensión. Pienso en hablarle sobre Roque, pero… la verdad es que no me apetece sacar el tema y explicarle toda la situación que estamos viviendo.

—No, nada… Llevo un par de meses sin ir al gimnasio y ya me va haciendo falta.

—Quién lo diría —musita, y aprieta un poco los músculos de mi bíceps.

Suelto una risilla.

—¿Cómo?

—Eh… No, nada. ¿Vamos? Tenemos reunión ahora con el equipo para ver qué tal ha ido el trabajo de la semana y establecer los objetivos para la próxima —me explica.

—Sí, sí, vamos.

Paola sonríe y se le marcan los hoyuelos. Nos dirigimos al ascensor. Me cae bien. Estoy muy contento por haber dado con un trabajo en el que me siento integrado tan pronto.

La verdad es que, aunque llevo poco tiempo, puedo decir que todo el equipo funciona muy bien. Me parecen buena gente, hay complicidad, buen rollo, se escuchan risas, hay barullo en la hora del desayuno y hemos comido todos juntos un par de veces esta semana. Las tres personas que están a mi cargo, Elena, Sofía y Carlos, son majetes.

Elena es una chica muy bonita y menuda que habla hasta por los codos, no sé cómo pueden salir tantas palabras seguidas de un cuerpo tan pequeño. Sus pulmones deben de ser del tamaño de los de un niño de nueve años, pero tienen una capacidad para soltar palabras sin respirar que me alucina. Eso sí, la tía es un hacha en su

trabajo. Lleva todo el tema de redes sociales, TikTok, Instagram y demás, y es divertida; en muy poco tiempo ha logrado incrementar muchísimo el número de clientes.

Carlos es un tipo serio y tranquilo, casi siempre lleva los auriculares puestos para trabajar, lo cual tampoco me extraña con la cotorra del departamento al lado; se encarga de gestionar las páginas webs para las empresas que trabajamos.

Y Sofía es callada y agradable. Usualmente viene a trabajar con vestidos vaporosos de corte hippy y sandalias planas de piel. Lleva tal cantidad de pulseras de hilo en las muñecas que, idiota de mí, le pregunté si se las hacían sus hijos. Veintiún años tiene la criatura, que me miró horrorizada. No empezamos con buen pie, no, pero creo que enseguida logré que se le olvidase mi metedura de pata. Tiene una capacidad de concentración bestial y es resolutiva y rápida. Se encarga de realizar *banners* publicitarios y de la estética en general de las redes sociales.

Nos sentamos los cuatro alrededor de la mesa redonda de la sala de reuniones y dos minutos más tarde llega Paola con todos los compañeros de su departamento. Se sienta a mi lado y damos comienzo a la reunión.

Su equipo empieza a exponer lo que ha hecho cada uno: objetivos conseguidos, si ha quedado algo pendiente para la próxima semana, si se han encontrado con alguna dificultad… Lo típico. Mientras, Paola, que está sentada a mi lado, rebusca en su mochila y resopla.

—Puf, me he dejado la tablet en casa. Anoche estuve trabajando hasta tarde en la planificación de la próxima semana y se me ha olvidado allí —me explica—. Voy a tener que acercarme un

momento. —Asiento, y David, que trabaja con Paola, se levanta para mostrarnos algo en la pantalla digital—. Debí llevarme el portátil ayer. Últimamente estoy algo despistada…

Suspira.

—¿Y eso?

—Llevo un par de semanas con… una plaga en casa —susurra, y asiente a David, que acaba de crear los primeros bocetos para el diseño de una nueva campaña y son extraordinarios.

—¿Hormigas? ¿Moscas de la fruta?

—Más o menos.

Hablan todos los compañeros de área, y Paola y yo resolvemos dudas.

—Chicos —dice ella poniéndose en pie—, seguid con lo que estáis y nos reunimos luego, sobre las doce y media, para programar la próxima semana. —Asiento, y me pongo en pie yo también mientras recojo mis cosas—. Abel y yo nos tenemos que ausentar un rato. Sed buenos, no la lieis —bromea.

Se oyen unas risillas a nuestro alrededor. Es el primer viernes que trabajo en esta empresa, pero se nota que hoy están todos como más relajados, más tranquilos. Salen de la sala charlando animadamente.

—¿Vamos? —me pregunta, colgándose el bolso al hombro y apagando las luces.

—Eh, vale, sí.

—Te invito a un café por el camino, que sé que te gusta. Hay un sitio por aquí cerca que hace unos riquísimos.

—Vale.

Sonrío, y sí, Paola y yo hemos cogido confianza, nos caemos bien y es simpática, pero todavía no le he dicho que odio el café porque todos y cada uno de los días de esta semana me ha traído uno, y yo le he dicho que me encanta, por educación y eso, y ahora se me hace un poco feo confesárselo.

7

Míster Empotrador

REBECA

—¿Qué tal el turno?

Me giro justo cuando termino de quitarme los pantalones del pijama del hospital y le sonrío a Zaida. Hoy hemos coincidido porque nos ha tocado una guardia de veinticuatro horas. Justo las dos libramos el sábado y el domingo, y hemos quedado esta noche en su casa para ver una peli. Isma va a salir a cenar y a tomar unas copas con unos amigos, así que estaremos solas.

—Bien. No hemos parado en toda la noche, pero nada grave, así que se me ha pasado el turno rapidito. ¿Y el tuyo?

—Bien. Pude dormir un par de horas anoche en la sala de descanso, pero acabo de salir de una cirugía de seis horas y estoy agotada. —Para corroborar sus palabras, suelta un gran bostezo al tiempo que se aprieta el cuello con una mano—. Voy al baño —me dice.

—¿Te apetece que desayunemos algo juntas y luego te llevo a casa? —le pregunto en voz alta para que me pueda escuchar desde dentro de los cubículos donde se encuentran los baños.

—¿Hay alguna guarrada con chocolate y mucha azúcar incluida en la oferta?

—Siempre.

Mi amiga se ríe.

—Cuenta conmigo.

Sonrío y me siento en uno de los bancos frente a las taquillas para poder ponerme de nuevo mis zapatillas. Escucho abrirse la puerta del vestuario y, cuando alzo la vista, me doy cuenta de que justo se acercan a mí unos zapatos enormes unidos a unas piernas enormes. Continúo el recorrido hasta que doy con un torso enorme, unos brazos cruzados con unos bíceps del tamaño de mi cabeza y, coronando la escultura, la cabeza de un moreno de piel color chocolate, de esos de anuncio de perfume, con una sonrisa perfecta, barba perfectamente recortada y cabello perfecto.

¿Será un espejismo? Como estoy tan necesitada y eso, igual con el sexo pasa como con el agua en el desierto y se te aparecen oasis en forma de maromos de dos metros que están para mojar pan.

—Eh… —titubeo porque está ahí parado justo delante de mí, observándome sin decir nada, y es un poco incómodo—. ¿Hola?

—Buenos días, rubia… —Frunce el ceño y mueve un poco la cabeza a los lados para observarme mejor—. ¿Pelirroja?

—Solo Rebeca, Reb, por favor —le pido amablemente y, como me vuelve a mostrar esa sonrisa espectacular, sonrío yo también.

Si algo he odiado siempre es que me llamen por mi color de pelo o de ojos o de piel. Soy una persona con más partes en el cuerpo y con un nombre.

—Reb… —pronuncia, y parece que paladea cada una de las tres letras.

—Eso es, muy bien.

Me pongo en pie y le doy un par de palmaditas en uno de sus gigantes bíceps a modo de «buen chico». Me dirijo al espejo para deshacerme del coletero que llevo puesto y peinarme un poco. Ahora le preguntaré a Zaida si lleva algo de maquillaje, porque ella parece fresca como una lechuga, pero yo tengo una cara de zombi que no sé si tendrá solución.

—Soy Roberto. Robert. —Asiento y lo miro a través del espejo: sigue de brazos cruzados y ahora está apoyado de lado en una de las taquillas que queda justo detrás de mí—. ¿Cómo ha ido el turno?

—Cansado —le respondo.

—Salvar el mundo es agotador, ¿verdad? —Alzo las cejas y contengo la carcajada que pugna por salir. Carraspeo un poco y solo asiento—. Llevas pocos días, ¿cómo te ha ido en tus primeras semanas? ¿Te han tratado bien todos los compañeros?

Frunzo el ceño y me giro para mirarlo a la cara. Es el momento exacto que elige para quitarse la camiseta del pijama y dejar a la vista un montón de musculitos de color chocolate bajo una piel suave. Está bueno, eso es indudable, aunque no sé si se está quedando conmigo, si está intentando ligar o si simplemente es un jefe que se está interesando por cómo ha ido mi adaptación al hospital, aunque parece muy joven para ser jefe. A lo mejor es un jefe que quiere ligar conmigo y entonces voy a tener que ir a Recursos Humanos en mi primer mes de trabajo, lo cual sería bastante catastrófico, porque no sería la primera vez que me pasa.

Saca una camiseta de la taquilla y se la pone despacio; se está recreando.

—¿Eres algún cirujano jefe, jefe de algún área, de enfermeros o director médico? —le pregunto suspicaz.

Alza una ceja sin perder la sonrisa, se quita las deportivas con un par de movimientos y, al tiempo que se desliza el pantalón del pijama del hospital, me responde:

—No. Solo Roberto. Robert, cirujano cardiovascular de cuarto año de residencia.

—Encantada de conocerte, Robert, cirujano cardiovascular de cuarto año de residencia. Todo bien. Feliz de estar en este hospital trabajando. Gracias.

La sonrisa se le ensancha y saca unos vaqueros de la taquilla.

—¿Te apetece que tomemos algo juntos después?

¿Después? Miro la hora: son las siete de la mañana de un viernes y yo solo quiero dormir. Y, a todas estas, ¿dónde coño se ha metido Zaida? Echo un vistazo rápido a los cubículos y veo cómo nos vigila por una rendija de la puerta del baño, abre un poco más para sacar una mano, levanta un dedo pulgar en mi dirección con una sonrisa socarrona y vuelve a cerrar. Pongo los ojos en blanco. Será bruja.

—Uy, gracias. No puedo, es que tengooo… tengo un montón de sueño que recuperar —me excuso.

—¿Sabes? —Se muerde un poco el labio inferior, unos labios increíblemente carnosos que desde aquí tienen aspecto de ser suaves. Tengo que preguntarle qué crema de cacao usa, porque yo, con el calor, los tengo siempre agrietados—. Cuando digo tomar algo juntos igual debería ser más específico.

Creo que alguien ha visto demasiadas series de médicos.

—No hace falta, Clark Kent[1], te he entendido perfectamente. —Lo siento, he perdido la paciencia. No me apetece quedar con un

compañero de trabajo al que no conozco de nada y con el que apenas he intercambiado dos frases, por mucho que sea Míster Guaperas, y que solo me ve como un agujero con piernas—. Mejor te vas a casa a descansar porque salvar el mundo es agotador y debes de estar exhausto.

Le guiño un ojo. La sonrisa se le borra, asiente, se pone las deportivas y se va.

Zaida sale del cubículo y me mira con la boca abierta y un gesto que me está costando descifrar.

—¡¡¡Tía!!! ¡Que es Robert! —chilla indignada, juraría. Sí, creo que parece indignada.

—Ah, ya. Roberto, cirujano cardiovascular de cuarto año de residencia —le explico mientras me pongo la mochila; quiero irme ya, estoy muerta de hambre.

—No, no… Robert, parezco un armario empotrado de cuatro puertas y empotrada te voy a dejar a ti con mi polla del tamaño de un brazo.

La miro con los ojos muy muy abiertos mientras ella mantiene un brazo en alto y lo señala de arriba abajo con la otra mano mientras asiente al más puro estilo anuncio de teletienda, sonrisa de psicópata incluida. Lo que más me alucina de todo es que no sé cómo demonios sabe ella eso si lleva con el mismo chico desde mucho antes de trabajar en este hospital.

Escuchamos un carraspeo en la puerta de los vestuarios y las dos giramos la cara en esa dirección. Es Míster Empotrador de nuevo, que no sabría decirte si parece azorado, divertido, avergonzado, ruborizado, orgulloso o todo junto al mismo tiempo.

—Me… me he dejado las llaves del coche en la taquilla —titubea.

Miro a mi amiga, que se ha quedado completamente lívida y paralizada, con el brazo en alto, y no puedo evitarlo: suelto una carcajada y me empiezo a partir de risa, me doblo y todo. Zaida, con la mano que tiene alzada, rápida como el viento, me da un tortazo.

—Au —protesto frotándome la nuca, donde me ha caído el golpe, pero sigo riendo. Míster Empotrador, que se ha dado cuenta de que es mejor desaparecer rápido, va a su taquilla, coge las llaves y sale por piernas—. Ay, ay, que me parto, que me parto. —Sigo riendo.

—Zorra.

Una hora más tarde, mientras comemos el mejor cruasán vegetal que he probado en mi vida y vamos por el segundo café, todavía estamos muertas de risa.

8

Tres, dos, uno… ¡Bang!

ABEL

—¿Quién eres y qué demonios haces aquí?

En el mismo instante en el que escucho esas palabras que provienen de alguna parte detrás de mí, percibo algo duro y frío apoyado en mi nuca. La garganta se me seca, las piernas me tiemblan y me quedo sin respiración. ¿Es una broma? Esto es una broma, ¿no?

Escucho unos pasos en el pasillo y rezo todo lo que sé para que Paola se dé cuenta del pastel, salga por piernas, llame a emergencias y pida ayuda antes de que suceda algo malo. ¿Eso no son muchas cosas que hacer antes de que una psicópata apriete el gatillo? Porque eso es un arma, ¿verdad?

Ay, Dios, soy hombre muerto.

—¡Rebeca!

Escucho el grito de mi compañera de trabajo, que se acerca por el pasillo correteando todo lo rápido que puede con esos tacones de diez centímetros. Como tenga que huir despavorida con eso, muere antes, te lo digo yo.

—¿Quién cojones eres y qué coño haces aquí? —repite autoritaria la mujer a mi espalda.

Paola, enfadada, pone los brazos en jarra y grita cosas que no entiendo porque estoy demasiado ocupado en que las piernas me sigan respondiendo y en no irme al suelo. Y me reí cuando mi hermana Lourdes me pidió que la acompañase a las clases de defensa personal. «Los hombres no necesitamos clases de defensa personal», eso es exactamente lo que le contesté y, si no me equivoco, tenía más o menos la edad de Roque. Se ve que lo de ser prepotente y condescendiente es inherente a la adolescencia.

—Ya empezamos… —masculla mi compañera de trabajo. La verdad es que no está siendo de mucha ayuda.

—Eeeh… —balbuceo—. Soy compañero de Pao.

—¿Pao? ¿Cómo que Pao? —pronuncia mosqueada la voz a mi espalda mientras presiona con más fuerza el cañón del arma.

Ay, Diosito, que no puedo morir todavía, que soy muy joven y tengo que hacerme cargo de Roque. Como se te ocurra decir que treinta y cinco años no es ser joven, te corto en trocitos y te lanzo al mar.

Frunzo el ceño al mirar a Paola, que simplemente está ahí, frente a mí, con las manos ancladas a las caderas. No parece muy afectada porque mi vida corra peligro. A ver si me he metido en el club de las psicópatas y no me he enterado. Examino el rostro de mi compañera de trabajo con detenimiento, ese rostro dulce, pálido, de ojos celestes, con ese cabello rubio lleno de bucles…

—Rebeca, ¿quieres parar, por favor? —le ordena con voz firme a quien está detrás de mí.

—Joder, tía, vale… —brama la otra—. Solo me preocupo por ti.

Noto que la presión en mi nuca cede y el aire vuelve a mis pulmones. Me giro para analizar si estoy fuera de todo peligro y abro la boca, mucho. Mucho mucho. Miro a Paola, miro a la loca, que por lo visto se ha guardado el arma en la parte trasera del pantalón. ¿En serio? Yo pensé que eso solo pasaba en las películas. La tarada emite un grito indignado. No entiendo nada. Miro de nuevo a Paola y de nuevo a la otra. Y una vez más.

—Eeeh…, esta es Rebeca, la plaga de la que te hablé esta mañana —pronuncia Paola.

La tal Rebeca gruñe algo y la examino de arriba abajo, extrañado. Me está observando con una cara rara; temo por mi vida. Vuelvo la vista a mi compañera de trabajo y repito operación. Me estoy mareando, de esta termino desmayándome de nuevo… Digooo… fatigándome, fatigándome. Paola chista. Creo que es la primera vez que la escucho chistar desde que nos conocemos.

Y llego a la conclusión de que a cada lado tengo una versión personalizada de la conciencia, ángel y demonio, por el aspecto que presenta cada una.

—Rebeca, ¿puedes irte a trabajar o a hacer lo que tengas que hacer y dejarnos a solas, por favor? —pregunta Paola con un tono de voz un tanto extraño, como si estuviera conteniendo las ganas de gritarle a su hermana, porque es obvio que lo son.

—Mierda —gruñe Rebeca—. No me lo puedo creer…

Paola tiene una gemela con exactamente su mismo rostro, pero con una expresión de malota que no puede con ella. De la misma complexión y estatura, y con la única diferencia de que su cabello rizado está teñido de un rojo fuego en las puntas, lleva varios pendientes en las orejas y algunos tatuajes en los brazos.

Y, por lo visto, no es solo diferente por fuera, sino que el nivel de maldad y locura de Rebeca es inversamente proporcional a lo tranquila y angelical que me ha parecido Paola desde que nos conocemos. Porque hay que estar loco para llevar un arma encima, ¿no?

—Pao, ¿cómo es que has traído a Kris Evers a casa?

Me giro hasta quedar frente a la versión malota, que da un par de pasos hacia mí y, al procesar lo que acaba de decirme, caigo en quién es la tía. Me acuerdo del golpe que le di a su coche porque iba con prisas, ya que llegaba tarde a la oficina, y pensé que, como el semáforo estaba en ámbar e iba circulando a bastante velocidad, se lo saltaría. Y también caigo en que es la responsable del color de piel de mi cara, verde lagarto, y todo lo demás. Ay-Dios-mío.

—¿Eh? —inquiere mi compañera de trabajo, extrañada.

Sin embargo, yo no puedo apartar la vista de esos bucles rubios que acaban en puntas rojo fuego ni de esos ojos que, a pesar de ser del mismo tono celeste que los de mi compañera de trabajo, me miran de una forma totalmente diferente. Cuando examino su cuerpo enfundado en un top deportivo negro bajo una camiseta extragrande de color blanco, que deja un hombro al aire, con un minipantalón debajo y veo que va descalza, la polla me da un tirón.

Ya está, me he quedado tonto. ¿Tú lo entiendes? Estoy mal de la cabeza. Trago con dificultad. Como se dé cuenta, me va a arrear un rodillazo en la entrepierna.

—¿Lo has secuestrado o algo? —insiste.

Frunce el ceño y examina mi rostro acercándose un poco más. Su aroma, mezcla de lavanda con un punto afrutado, me golpea y me

quedo hasta sin respiración. El demonio huele a flores, no me lo puedo creer.

—No es Kris Evers —suelta Paola con tono hastiado.

—No soy Kris Evers —digo más borde de lo que pretendía.

Se acerca a mí hasta que casi pega su pecho contra el mío y mira arriba, muy arriba. Que yo seré mucho más alto y el doble de ancho que ella, pero acojonar acojona, te lo digo ya.

—¿Por qué tienes un arma? —Es lo primero que se me ocurre preguntar. Belcebú se encoge de hombros—. ¿Por qué tiene un arma? —le pregunto esta vez a Paola, girando la cabeza en su dirección. Mi compañera se encoge de hombros también. Vuelvo a mirar a la otra—. ¿Por qué me has apuntado con un arma y luego te la has guardado ahí?

—¿Preferías que te disparase? —inquiere alzando una ceja.

—¿Qué? —Pirada, esta mujer está pirada.

Paola carraspea y la miro. Estoy desconcertado, me cuesta reaccionar; espero que lo entiendas, porque si un día entras en la casa de tu compañera de trabajo, que es la tía más simpática y agradable que conoces, y de pronto aparece por detrás una versión maligna suya y te apunta a la nuca con el cañón de un arma, perdona que te diga, pero es para estar, como poco, desconcertado.

—¿Nos vamos? —me pregunta Paola.

Vale, parece que nadie va a morir hoy ni va a sufrir agresiones de ningún tipo. Bien, bien. Mejor.

—¿A qué hora vuelves? —le pregunta la otra sin apartar la vista de mí ni su cuerpo del mío.

Me giro hacia Paola gritándole socorro con la mirada. Mi compañera chista por segunda vez y frunce las cejas.

—No tengo que darte explicaciones. Y, no sé, a ver si maduras de una vez y paras de dejarme en ridículo. Nos vamos, Abel.

Escucho un bufido a mi espalda y dirijo la vista de nuevo a Rebeca.

—No, es verdad. Tú no tienes que darme explicaciones. —Se lo dice a su hermana, pero no me quita la vista de encima. Juraría que a cada palabra pronunciada está más enfadada.

Se lleva la mano a la espalda y tiemblo.

—Ay, ay, ay —me lamento, porque temo que esto no ha terminado ni por asomo.

Ay, Diosito, sácame de aquí y te prometo que no volveré a darle a rechazar al redondeo a favor de las ONG cada vez que pago con la tarjeta en cualquier establecimiento. Entiéndeme, estoy a cargo de mi sobrino, todo está carísimo, hacer la compra ya no es lo que era…

—Pero a lo mejor aquí Kris Evers le quiere dar explicaciones a mi chichi. —¿A su qué? Abro mucho la boca. ¿Ha dicho a su… «chichi»? —. Dile hola a mi chichi, capullo.

Rápida como el viento, saca algo de detrás de su espalda, que supongo que es el arma, no sé, no me da tiempo a verla porque, cuando me quiero dar cuenta, la tengo pegada a la sien y ver no veo nada, pero noto el frío metal en el lado de la frente.

En ese momento, me viene una imagen a la cabeza de hace exactamente veinticuatro años y el pánico me invade de arriba abajo como cuando tenía once. Me tiemblan las piernas, me quedo sin respiración, me encojo un poco y cierro los ojos con fuerza, como si eso pudiera evitar que me atravesase una bala del calibre… No sé, no entiendo mucho de eso…, del calibre que sea.

Tras unos segundos, no ocurre nada.

«Esto no está pasando, es solo una broma. No estás en la tienda de la gasolinera. No tienes once años. No pierdas la calma. Y, lo más importante, no te mees en los pantalones. No te van a disparar. No vas a morir aquí ni van a herirte», me digo mentalmente.

Despego un poco un párpado, y Rebeca sonríe y da miedo de verdad; pues, mira, a tomar por saco mi teoría de que la gente con hoyuelos son buenas personas. Un demonio tengo frente a mí. A Satán personificado en un cuerpo perfecto, de cabello rebelde y labios carnosos, que me mira con expresión de mala leche sin dejar de apuntarme.

—A ver que yo lo entienda… —pronuncia, y no sé qué quiere que le explique yo, que no comprendo absolutamente nada de lo que está pasando, pero no rechisto ni muevo un pelo por si acaso—. ¿Le diste a mi coche y te hiciste pasar por Kris Evers para no darme el seguro? —Ni pestañeo. ¿Que yo me hice pasar por quién? Si yo ni abrí la boca—. Y encima ahora vienes y te cuelas en mi casa.

—Técnicamente es mi casa —rebate Paola.

«No estás ayudando nada, bonita».

—Dame una buena razón para no disparar —insiste Lucifer.

—Eeeh… No me he colado en tu casa, he entrado con Paola, y yo… y yo no… —titubeo.

Su pecho casi está rozando el mío. Noto cómo sus tetas tocan mi torso con cada respiración y me acabo de dar cuenta de que tiene un pendiente en la lengua. Qué poco higiénico, la verdad. Ignoro por qué eso me provoca un nuevo tirón en la polla, deben de ser los nervios… Lo único que sé es que me he perdido y no sé qué estaba diciendo.

En lugar de responderle, me dispongo a dar un paso atrás y me obligo a pensar en que es la hermana de mi compañera de trabajo y que solo está jugando, no va a disparar, es imposible que me dispare solo porque esté en su salón y no sepa quién soy, ¿no? No tiene lógica.

—Ya me he cansado de tanta chorrada. Tres… —Ah, ya ves, por lo visto, la lógica no va con ella, no. Cierro los ojos de nuevo, escucho a Paola gritar a su hermana que pare de una vez y también me grita a mí que me dé prisa, que me mueva, pero estoy paralizado—. Dos… —Ay, Dios. ¡Ay, Dios!—. Uno… —Adiós, mundo cruel—. ¡Bang!

En ese mismo instante ocurren varias cosas al mismo tiempo:

- Una pequeña llama sale del cañón y me quema las cejas.
- Satanás suelta una carcajada.
- Paola grita como una posesa, como si el mal se hubiese apropiado de su cuerpo.
- Y yo… Yo noto cómo un chorro de líquido caliente moja mis pantalones. A tomar por culo, ya lo veía venir: me he meado encima.

Tierra, trágame.

9

Estás jodida

REBECA

Como puedo, agarro todas las bolsas con una mano para llamar al portero automático de mi amiga. Sobre la marcha me abre y, cuando llego a su piso, me mira desconcertada.

—¿Qué es todo eso? ¿Te vas a mudar a mi casa?

—Necesitamos provisiones —gruño.

Le tiendo la bolsa con las latas de refresco, de cerveza y una botella de vino pijo que le he robado a Paola de la despensa. No creo que lo note, no suele beber alcohol en casa: según ella, eso es tener un problema grave con el autocontrol. Para autocontrol el mío, que me dice esas chorradas y no le arreo un tortazo. Seguro que lo tenía ahí porque se lo regaló alguien y no sabía qué hacer con eso. Y, total, con el mosqueo que tiene conmigo por la que he liado hoy, un poco más o un poco menos, ¿qué más da?

El gesto de mi amiga continúa extrañado; yo sé que no solo es por todo lo que cargo, sino por la cara que traigo.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—Has ganado —refunfuño por lo bajini.

—¿Eh? —me pregunta extrañada.

Me quita otra bolsa más y cierra detrás de mí en cuanto entro en su casa. Me señala la mesa del salón para que suelte todas las bolsas ahí, y yo suspiro.

—Que has ganado —espeto más alto—. La apuesta, la has ganado.

—¡Ostras! ¡Lo había olvidado!

Vamos, que soy idiota.

Zaida come palomitas como si de la mejor película se tratase y se ríe mientras le narro todo lo ocurrido esta mañana en casa de mi hermana. Se ríe tanto que le duele la barriga, hasta que llego a la parte en la que la broma pasó a ser una cagada monumental, Paola se llevó al falso Kris Evers del salón y dos horas más tarde me gritó como no lo ha hecho en la vida y me dijo que no quería verme el pelo, que desapareciera el fin de semana y que más me valía que me disculpase con su compañero de trabajo y él aceptara mis disculpas porque, después del numerito en su salón, se fue a su casa y no le contesta al teléfono. Por lo visto, si abandona su puesto de trabajo y el director corporativo se entera de que ha sido por culpa de Paola, después de estar meses con no sé qué de una reestructuración de áreas y en pleno proceso de selección, más toda la semana de formación intensiva, la va a echar a la calle.

Zaida me mira seria: ya no le hace gracia. Se mete un puñado de palomitas en la boca y mastica despacio mientras piensa. Yo tiro más por el chocolate, es lo único que me alivia la ansiedad. Media tableta llevo ya.

—Estás jodida —sentencia con la boca llena.

Asiento.

—Estoy jodida. ¿Cómo no se le ocurrió pensar que la pistola era de mentira? ¿En España quién tiene una pistola de verdad en su casa?

Mi amiga se mete otro montón de palomitas en la boca; qué bruta es la pobre.

—¿Por qué tienes una pistola de mentira? —Suspiro, y Zaida me mira con intensidad, como si de pronto lo entendiera todo—. ¡Ya sé!

Asiento y alzo las manos para que pare.

—Solo es para asustar, por protección. Es un puñetero mechero que utilizo para encender velitas con olores florales, que sabes que me encantan.

¿Qué pasa? A las tías duras como yo también nos gustan los olores ricos, no es un delito.

—Pero ¿cómo se te ocurrió apuntar al pobre hombre con un arma? —Y dale.

—Un mechero. Le apunté con un me-che-ro —la corrijo.

Lo digo en alto muchas veces para que me salga de forma natural, por si el hombre me denuncia y tengo que presentarme a juicio, que yo eso lo he visto en las películas. Es importante que los miembros del jurado tengan las dos versiones y entiendan que no era un arma de verdad. También es importante caerles simpática, así que fuerzo una sonrisa, y mi amiga, que entiende por dónde van los tiros, gira la palma de un lado a otro para informarme de que me está saliendo tirando a regular; chisto y añado:

—Y, a ver, de pobre hombre nada. Que mide como dos metros y… ¿sabes ese del curro que la tiene como un brazo? —Levanto el mío imitando su gesto de esta mañana, y Zaida ignora mi burla, asiente y sigue devorando palomitas. La peli no la hemos puesto todavía,

pero entre una cosa y otra nos hemos puesto finas. Cojo otro cuadradito de chocolate con almendras y me lo meto en la boca—. Pues un poco menos musculitos que él, no sé… —añado con la boca llena, y reflexiono durante unos instantes—, un veinte por ciento menos armario empotrado. Lo que viene siendo un clon de Kris Evers en tamaño y forma. Vi a este tipo tan enorme en medio del salón… Ni siquiera los escuché entrar, iba con los auriculares puestos y el mechero en la mano, dispuesta a encenderme una velita, hasta que, tres segundos antes, se me ocurrió la genial idea de que mi hermana estaba en el trabajo, que había entrado un desconocido en su casa en plena mañana y que, con mi tamaño y mi fuerza, no iba a tener manera de defenderme. Y ya sabes lo que se dice: «No hay mejor defensa que un buen ataque».

—Entiendo.

Asiente despacio, come más palomitas mientras me observa con intensidad, y yo respiro aliviada. No es tan descabellado deducir que me puedo librar de esta, y ya si le copio el gesto ese de atontada que pone Paola con el que la gente cree que es un ser celestial, a pesar de que no es más que un grano en el culo, esto lo tengo ganado, ¿a que sí? Si ella puede engañar a todo el mundo, yo también.

—¿A que no es para tanto?

En lugar de contestar a mi pregunta, Zaida me mira raro, aprovecha mi despiste para robar el último pedazo de chocolate que queda en la tableta y se lo come.

—¿Y al ver a tu hermana no te diste cuenta de que no era un desconocido?

Vale, ahí me ha pillado. Gruño.

—Luego fue cuando… cuando vi que era el falso Kris Evers —me defiendo—, que no solo me había dejado hacer el ridículo de mi vida sin sacarme de mi error, sino que encima se había ido de rositas después de darle un golpe a mi coche, que estaba ahí mirándome como si estuviera pirada y, además, caí en la cuenta de que habías ganado la apuesta y me cabreé un poquito. Se me fue de las manos.

Le muestro mis dedos índice y pulgar con un espacio ínfimo entre ambos. Esto tiene que contar como atenuante, seguro.

—Estás jodida —repite mi amiga.

¿Hay tele por cable en la cárcel? Es que me quedan dos temporadas de mi nueva serie favorita y no quiero acabar de verla dentro de veinte años, cuando termine la condena.

—Estoy jodida.

Zaida da un par de palmadas.

—Creo que necesitamos abrir ese vino que has traído. —Asiento. Mi amiga se levanta de un brinco para ponerse de camino a la cocina y ya en la puerta del salón se gira—. Rebe —me llama y alzo la cabeza—. Es una putada. —Asiento, lo es—. Peeero —añade aguantándose una risa— Kris Evers no te ha dado por detrás. —Ella se parte de risa, y yo la miro de brazos cruzados—. Ergooo…

—Que sí, pesada, me pondré la ropa de pija de mi hermana.

Zaida se ríe.

Ni puñetera gracia tiene.

—¿Y qué vas a hacer? —grita ya desde la cocina. La escucho trastear; supongo que está sacando las copas del armario y abriendo el vino—. ¿Quieres quedarte aquí unos días?

—No, no. —Ni de broma—. Gracias, Zaida. —No tengo ganas de terminar con un trauma por escuchar gemir a mi amiga a todas

horas—. Eres la mejor. —Zaida vuelve con las dos copas llenas y la botella debajo del brazo. Chica lista—. No me pienso ir a ninguna parte, procuraré no cruzarme con ella. Todo irá bien, seguro.

Zaida me da la copa y con la mano que le queda libre me acaricia la cabeza como si fuera un cachorrito. En fin…

—Tienes que lograr que ese tipo te perdone.

—Ya…

—Dile que te encantó su papel en *El Guardián de las Sombras*.

Mi amiga se carcajea.

—Juas, juas. Qué graciosa.

Tiende su copa en mi dirección y brindamos.

—Venga, alegra esa cara. Vamos a trazar un plan de actuación.

Miedo me da, te lo digo ya.

10

No me toques, Satanás

Abel

Menudo fin de semana llevo, qué horror. Hemos estado en crisis en casa: he ido al hospital un par de veces para firmar la autorización para unas nuevas pruebas, que espero que no vuelvan a ser otro callejón sin salida, y luego he tenido drama con Roque, que solo lleva una semana en el instituto y ya me ha traído dos anotaciones negativas.

Con todo, pensar en volver a la oficina con lo que pasó el viernes es lo más incómodo que he hecho en mucho tiempo. Me muero de la vergüenza. No había hecho un ridículo igual en la vida. Por suerte, Paola me ha dado mi espacio y llevo toda la mañana en mi despacho, solo. A pesar de alguna llamada esporádica de alguno de los trabajadores de mi departamento para resolver dudas, ha sido una mañana tranquila. Después de un par de horas logro concentrarme y avanzar.

Y sabía que la tranquilidad no iba a ser eterna, que en cualquier momento vendría alguna persona, compañero, jefe o lo que fuese, a devolverme a la realidad. Lo que no esperaba era levantar la cabeza y dar un respingo al ver ahí, frente a mi mesa, a alguien

observándome de una forma muy extraña, sin siquiera llamar a la puerta. Bueno, a alguien en concreto: a Paola.

Frunzo el ceño porque hay algo que no me cuadra. Bajo la vista y sí, veo más o menos lo de siempre. Un vestido ligeramente entallado hasta las rodillas con mangas tres cuartos —el tejido parece suave y cómodo, como de algodón—, un cinturón del mismo color acentúa la cintura y unos botones en la parte de delante que parecen más decorativos que funcionales. Una prenda muy parecida a otras que le haya podido ver otros días, unos tacones y un bolso rosa chillón a juego que, yo no entiendo mucho de moda, pero diría que no combina ni a palos con la vestimenta. Subo y ahí está: es esa mirada, esa mirada y esa pose que provocan en mi cuerpo sensaciones que ahora mismo me resultan inexplicables y que en ningún momento ha sido Paola quien las ha despertado, sino…

—Buenos días, falso Kris Evers.

Doy un nuevo respingo y abro mucho los ojos. Vamos, que no es Paola, por si no lo has pillado.

—¿Qué haces tú aquí? —espeto mosqueado.

Se muerde el labio como conteniendo la risa y me enfado aún más, con ella y conmigo. Con ella porque no tuvo suficiente con el ridículo que me hizo pasar el viernes, sino que encima ha venido a regodearse, y conmigo… conmigo porque, según he visto los dientes pinzando esos labios, he notado una sensación extraña en el estómago, como una opresión o un pellizco, y eso me cabrea porque está claro que indigestión no es. Esta tía me gusta, está pirada, y yo ya tengo suficientes problemas. No me lo explico. Que sí, que guapa es, la verdad, pero teniendo a su gemela idéntica, tan dulce, simpática y atenta conmigo, trabajando a escasos metros de mí,

¿alguien me puede explicar por qué mi cuerpo reacciona ante la versión satánica?

Ahora mismo me encantaría poder levantar el teléfono y gritar «¡seguridad!» para que alguien viniera a llevarse a esta bomba de relojería de mi despacho. Será lo primero que proponga en la próxima reunión del equipo directivo: crear un Departamento de Seguridad. No es normal que cualquier persona de la calle pueda colarse en las oficinas a su antojo, y mucho menos en el despacho de un alto cargo: podrían robar información importante o yo qué sé, la razón, como esta loca del moño que tengo delante, que me quiere quitar la poca cordura que me queda.

—Estooo…, quería disculparme —dice al fin.

—¿Querías… disculparte? —repito incrédulo porque su gesto no parece para nada arrepentido.

Se gira hacia atrás. Entonces me doy cuenta de que Paola está en su sitio mirándonos de brazos cruzados y con un gesto mezcla de enfado y preocupación, y asiente sin apartar la vista de Rebeca.

Belcebú chista.

—No, la verdad es que no quería venir a disculparme, pero resulta que Paola está muy enfadada conmigo —me explica.

Al menos, es sincera, eso nadie se lo podrá reprochar.

Suena un pitido en mi portátil y, desconcertado como estoy, desvío un segundo la vista a la pantalla. Es un mensaje del chat interno de la empresa. Es Paola.

> Cuando mi hermana se disculpe y se vaya, podemos hablar de lo que pasó el viernes?

Suspiro. Me siento un pelín acorralado en este momento.

No, gracias

Lo siento, de verdad

Pero podemos hacer como si no hubiera pasado nada y trabajar juntos como hasta ahora

Tecleo rápido, le doy a enviar, desconecto el chat y alzo la vista hacia el problema que tengo ahora entre manos.

—Tú no la conocerás mucho, pero ella nunca se enfada tanto. Te prometo que, cuando lo hace, hay que tenerle miedo, y ha amenazado con echarme de casa —me explica.

—Normal, no entiendo cómo nadie puede tener viviendo en su casa a una psicópata que tiene un arma y no duda en apuntar a la gente con ella.

—Un me-che-ro.

—Me apuntaste a la cabeza y ni siquiera pude verlo —protesto indignado.

—Repite conmigo: me-che-ro.

Esto es inútil.

—¿Puedes irte, por favor? Tengo un montón de cosas que hacer.

—Paola me ha dicho que te gusta el café. Te he traído uno.

Por un momento, esa sonrisa angelical, copia exacta de la de mi compañera de trabajo, me confunde. Tiende un vaso desechable en mi dirección, pero, en lugar de cogerlo, me centro en la pantalla y

me pongo a teclear como un loco. En realidad, no estoy escribiendo nada del trabajo, solo chorradas para que esta mujer vea lo ocupado que estoy, se vaya y me deje en paz de una vez.

Rebeca pone el vaso en mi mesa.

—Perdóname, por favor —masculla entre dientes; su tono no es muy amigable que digamos.

No la miro.

Sigo dándole a una tecla tras otra.

—Estoy ocupado.

—Si no me perdonas, no tendré dónde dormir.

Me encojo de hombros. No es mi problema, que se vuelva a su hogar, en los confines del infierno.

—Oye, ¿puedes hacerme caso? —La ignoro—. Esto era más fácil con un arma en las manos —musita para sí misma.

Le echo una mirada de odio y llevo la vista en dirección a Paola, que nos está vigilando sin cortarse un pelo. Estoy tan enfadado que tampoco quiero ser amable con ella. No hizo absolutamente nada para evitar la catástrofe, así que no le sonrío. Quiero limitarme a volver al trabajo y olvidar todo lo ocurrido. ¿Pido tanto?

Devuelvo la vista a la pantalla y continúo con lo que estaba.

Y, rápida como el viento, Rebeca, que es peor que una patada en el estómago, levanta el portátil de la mesa y lo gira para ver lo que estoy haciendo.

—Pero ¿qué…? —protesto sin poder hacer otra cosa; el ordenador ha quedado fuera de mi alcance en cuestión de un segundo.

Lee, abre mucho los ojos y se carcajea. Vamos, ni disimula. La miro serio y enfadado, pero ella no para de reírse.

—«Matar es ilegal» —lee en voz alta lo que estaba tecleando hasta hace solo un segundo imitando mi tono de voz, que, por cierto, no le sale para nada—. «Y está mal visto por la sociedad, te va fatal ir a la cárcel ahora porque te tienes que hacer cargo de Roque». ¿Quién es Roque? —me pregunta, dejando de leer y mirándome directamente.

—¿Todo bien por aquí?

Alzo la vista y veo a Paola en la puerta de mi despacho.

—¿Quién es Roque? —le pregunta Rebeca, y Paola frunce el ceño, pensativa, examinándola de arriba abajo.

—No sé. ¿Ese vestido es mío?

Su versión maligna se encoge de hombros.

—No he podido hacer la colada y no tenía nada que ponerme, te lo devolveré luego. ¿Quién es Roque? —pregunta de nuevo dirigiéndose a mí.

Con una mirada suplicante le imploro ayuda a Paola. Te juro que, si logra que su hermana se marche, me olvidaré de todo lo demás y seré amable con ella.

—Rebeca, vete a casa, por favor —le exige Pao.

—Fuiste tú quien me pidió… No. No. No me lo pediste. Me exigiste que tenía que disculparme con Kris.

Paola y yo nos pisamos al hablar:

—No se llama Kris.

—No me llamo Kris.

—El falso Kris —rectifica, y pongo los ojos en blanco.

Está tarumba, solo hay un sitio para esta mujer y está entre las paredes de una habitación acolchada.

Mi compañera de trabajo le arrebata mi portátil de las manos y le agradezco con un gesto que me lo devuelva sin pararse a leer lo que pone en la pantalla. Ahora mismo me siento un tanto ridículo, como si estuviera en pleno patio del recreo, un abusón hubiera venido a quitarme mi juguete y hubiese tenido que intervenir la profesora de turno para poner orden.

—Se llama Abel —le dice Paola—. Abel Ortiz.

Sé que, aunque ella, por norma general, siempre es amable, agradable, cercana, cariñosa y simpática, ahora mismo está haciendo un esfuerzo monumental por aparentarlo con su hermana, porque la oficina está llena de gente que mira con curiosidad en nuestra dirección, y no le está saliendo muy bien. Paola tiene muchas cualidades, pero ser falsa, por lo visto, no es una de ellas.

—Ah, hola, Abel. Encantada —suelta Rebeca con tono alegre y una sonrisa angelical, y tiende la mano en mi dirección—. Rebeca, Rebeca Crespo. —Miro la mano y luego a la loca psicópata, que musita sin apenas mover la boca, como si de la mejor ventrílocua de la ciudad se tratase—: ¿Podemos empezar de nuevo, por favor?

Paseo la vista de Paola a Rebeca y de Rebeca a Paola; aún alucino con el parecido físico de ambas y cómo lo que trasmiten con la mirada, con sus gestos, con su lenguaje corporal, es tan diferente.

Me obligo a forzar una sonrisa y le tiendo la mano a Rebeca, que me la estrecha rápidamente.

—Encantado de conocerte —pronuncio falsamente, lo que sea porque se pire de una vez y me deje en paz en mi burbuja.

Su mano suave estrecha con firmeza la mía, y voy a ignorar las sensaciones que su piel cálida y suave provoca en mi cuerpo.

—¿Quién es Roque? —insiste la demonia sin soltarme la mano. Ese contacto me está matando. Rebeca me está matando.

Resoplo y tiro un poco para recuperar la mano en el mismo instante en que alguien toca a mi puerta, a pesar de que está abierta. Es Joel, el CEO. Por fin, alguien que viene a salvarme de verdad.

—Chicos, tenemos reunión general, llevamos cinco minutos esperando. —Compruebo la hora en mi portátil. Se me había pasado por completo. Los lunes las reuniones importantes deberían estar prohibidas. Ahora mismo no soy persona y no estoy en mi mejor momento—. Ah, hola. Tú… —Mira a Rebeca y luego a Paola, repite operación, y yo cierro el portátil y voy cogiendo mis cosas para dirigirme a la reunión sin prestarles atención, porque ya sé cómo va esto, es más o menos lo que viví yo hace un par de días, pero sin arma de por medio—. ¿Eres la hermana de Paola?

—No sé en qué lo ha notado. —Veo cómo Paola, que está junto a mi mesa, de forma disimulada pellizca a su hermana. Paola, la hermana buena con cara de ángel, acaba de pellizcar al demonio con piernas de infarto, que ni se ha inmutado, solo carraspea antes de continuar—. Es una broma. Somos… gemelas.

Vuelve a sonreír imitando el gesto de mi compañera de trabajo; estoy seguro de que esa no es su sonrisa natural. Los hoyuelos ni hacen amago de asomar.

—Rebeca, ¿verdad? —pregunta, y ella mira a Paola con una sonrisa, sorprendida.

—Sí, exacto.

Joel sonríe y se acerca a ella para darle dos besos, lo cual me parece bastante inapropiado, la verdad. Abro mucho los ojos y miro

a Paola, que también sonríe falsa. Cero hoyuelos en la operación. Ignoro por qué motivo todo esto me provoca ganas de arrancarle la cabeza a mi jefe. Me obligo a hacer lo que hace el cincuenta por ciento de los presentes en mi despacho: sonrío. Sonrío falso.

—Llevas poco tiempo aquí, si no me equivoco. —Rebeca solo asiente—. Me alegra que nos hayas visitado. Paola me ha hablado de ti. ¿Te ha enseñado ya las oficinas? Están muy bien.

Rebeca sonríe una vez más, pero no es esa sonrisa dulce que estaba fingiendo hace unos segundos, no, es esa otra diabólica que a mí me pone los pelos de punta.

—Precisamente Abel se estaba ofreciendo ahora mismo para enseñármelo todo, pero, si tenéis una reunión importante, no quiero molestar.

—Oh, no, por favor. Vete con Abel, él puede incorporarse más tarde a la reunión, no hay problema. ¿Verdad, Paola?

—Eh, claro, sin problema —responde mi compañera alegremente, y desvía un microsegundo la mirada hacia mí, ofreciéndome un gesto de disculpas.

La odio.

La odio más que a su hermana incluso.

—Acercaos cuando acabéis la visita, Rebeca, y te tomas un café en la sala de juntas con nosotros. La familia siempre es bienvenida a Integral Connection.

—Será un placer —responde. Se lo está pasando pipa.

Paola y Joel salen de mi despacho, y mi jefe le musita a mi compañera:

—¿Tu hermana y el nuevo están liados?

Supongo que no pretendía que lo oyéramos, pero lo hemos hecho. Ambos. Lo sé por la risita insoportable de Rebeca. Desde aquí puedo ver perfectamente cómo Paola lo mira horrorizada, como si hubiera dicho la mayor locura jamás pronunciada, y yo suspiro resignado. Mi pesadilla no se ha terminado.

Rebeca dirige la vista hacia mí y me guiña un ojo.

—De nada —dice, y se cruza de brazos. La miro sin entender—. Te acabo de librar de un tostón de reunión, espero que al menos me invites a desayunar. ¡Au! —protesta cuando la bola de papel que le acabo de tirar le da en toda la frente—. No está bien lanzar cosas a la gente. —Si le tiro la grapadora y le abro una brecha en la cabeza, ¿podré alegar defensa propia ante el juez cuando me denuncie por agresión?—. ¿Quieres que vaya a buscar a tu jefe para decirle que te lo has pensado mejor y que no quieres enseñarme las instalaciones?

Resoplo y me levanto.

—Anda, vamos.

Paso por su lado intentando parecer indiferente, pero su olor, con ese toque de lavanda, me alcanza y trago con dificultad. Nunca fue más evidente para mí que el pecado tiene forma deliciosa, huele delicioso y estoy completamente seguro de que sabe delicioso. No he sido yo jamás el *summum* del catolicismo. Aun así, en este pecado no pienso caer.

—¿A qué viene el disfraz? —le pregunto, parándome a su lado y observándola de arriba abajo—. No te pega nada.

Rebeca alza ambas cejas, extrañada, y luego mira hacia abajo para examinar su vestimenta.

—Me conoces de cinco segundos, ¿cómo sabes que no me pega nada? —Y parece bastante sorprendida, de hecho.

Le sonrío socarrón.

—Porque yo sé exactamente cuál es tu estilo. —Me acerco a ella bajando un poco la cabeza para quedar a su altura e ignoro mi polla, que me da un tirón cuando percibo que sus labios, rojos y peligrosos como las llamas del infierno, quedan a tan solo unos centímetros de los míos y que prácticamente puedo notar su aliento. Disimulo como puedo y añado—: Ya sabes: mallas rojas, cuernos y tridente.

Rebeca parpadea rápido un par de veces, entre descolocada y desconcertada, y de pronto suelta una carcajada.

—Esa ha sido buena.

Entrelaza su brazo con el mío con la intención de salir de mi despacho unidos, como si fuésemos grandes amigos o tuviésemos que fingir una relación de lo más cordial, lo cual, evidentemente, no va a pasar. Ni lo uno ni lo otro.

—No me toques, Satanás —mascullo por lo bajini.

Rebeca, que yo creo que en algún momento de su vida ha sido ninja, me agarra veloz por la corbata y me estampa contra la pared de mi despacho junto a la puerta, justamente en un ángulo donde no puede vernos ninguno de los empleados que se encuentran fuera de mi despacho, y se acerca a mí, mucho. Te digo yo que esta tía, a distancias cortas, acojona.

—Pues el diablo debe de ser muy persuasivo, porque siempre logra convencer a la gente para hacer las travesuras que quiere.

Y, antes de que me pueda dar cuenta, ya tengo sus labios sobre los míos.

La

madre

que

la
parió.

11

No sé qué tiene tanta gracia, la verdad

Rebeca

¿Que me he venido arriba? Probablemente. ¿Que no pude evitarlo al ver esa mirada mezcla de desafío y provocación? También. ¿Que en lugar de lograr que el compañero de trabajo de mi hermana me perdone probablemente estoy metiendo más la pata? Desde luego. ¿Que me importa? En absoluto.

Sigo sujetándolo por la corbata mientras mi lengua se abre paso en su boca y me obligo mentalmente a soltar la prenda, pero, antes de que Abel pueda reaccionar, apartarme, echarme de su despacho, del edificio y probablemente pedir una orden de alejamiento contra mí, de un salto me encaramo con las piernas a sus caderas, obligándolo a cogerme por el culo para no caernos los dos al suelo, hacer un estruendo bestial y que toda la oficina se entere de lo que acaba de pasar.

Y la verdad es que no sé lo que esperaba, pero quizás no encontrarme su erección pegada a mi sexo con tan solo ese movimiento, ni tampoco el gruñido que acaba de soltar, ni mucho menos que se girase para apoyarme contra la pared mientras profundiza más el beso y arremete con las caderas contra mí.

Entierro los dedos en su pelo y tiro; él me muerde el labio inferior, chupa, succiona y cuela una mano por debajo del vestido hasta encontrarse con la piel de mis nalgas, que presiona con fuerza. Tengo que contener un jadeo.

De pronto se escucha un ruido a nuestro lado y lo primero que veo cuando abro los ojos es una cantidad ingente de papeles que se esparcen a los pies del falso Kris. Bueno, teniendo en cuenta nuestro nivel de intimidad en este instante, quizás debería empezar a llamarlo Abel, ¿no?

Él se aparta, abre los ojos desmesuradamente; jamás había visto tantas emociones juntas en una mirada: excitación, odio, irritación, ardor, pánico…, yo qué sé, un montón de cosas. Y escuchamos una voz que tartamudea:

—Per… perdón. No… que… quería interrumpir.

—Mierda, mierda, mierda —masculla Abel.

El muy bestia me suelta y se me escapa un grito cuando me precipito al suelo de culo, despatarrada.

—¡Au, capullo! —espeto mosqueada.

Como me salga un moratón en el culo, la próxima vez el arma no va a ser un mechero, sino mi puño contra sus dientes.

—Mierda, mierda, mierda —repite él.

—Lo siento, lo siento —musita la chica, que no puede estar más roja, y se agacha a recoger los papeles desperdigados por todas partes.

Abel también se agacha y de pronto los dos miran hacia mí.

—Mierda, mierda, mierda.

—Lo siento, lo siento.

Me pongo de pie sin ayuda de ninguno de los dos y me sacudo la ropa, recomponiéndome.

—Eso ya lo habéis dicho —mascullo mosqueada.

—Yo… Esto no es lo que…

Pongo los ojos en blanco cuando Abel empieza a balbucear.

—Espero que no digas que no es lo que parece —lo interrumpo.

Abel, azorado, se incorpora y le tiende a la chica los papeles que ha recogido.

—Puedo venir luego —responde ella.

Eso, bonita, vete a tocar las narices a otro sitio, que este y yo tenemos algo que terminar. Me vendrá bien un orgasmo antes de enfrentarme al turno de trabajo de hoy.

—¡No! ¡Sofía! Espera… Esto… Mmm… —Me mira y luego mira a la muchacha—. Rebeca ya se iba.

Abro la boca, indignada.

Lo miro con odio y finjo una sonrisa cuando giro la cara hacia la tal Sofía.

—Sí, yo ya me iba. Bueno, adiós, hasta otra —canturreo con retintín.

Me abro paso a través de ellos y, cuando estoy al lado de Abel, le clavo con saña el tacón en todo el pie. De algo me tiene que servir el ir con estas pintas.

Abel grita y salta cojeando.

—Ups… Lo… lo… lo siento. —Finjo un tartamudeo poniéndome la mano en la boca—. Me… mejor me voy. —Le guiño un ojo a la chica, que de pronto ha perdido todo el color de la cara—. Unas oficinas preciosas, la verdad. Encantada de conocerte.

—Adiós —titubea ella.

—Grrrrrr —gruñe él.

Corro hasta la salida, que recuerdo perfectamente dónde está. De camino, veo a mi hermana en la puerta de una sala hablando con su jefe. En cuanto me oyen correr por el pasillo, ambos se giran hacia mí. Mierda, me han pillado. ¿Ves? Esto con las deportivas no sucede.

—Eeeh… Tengo que irme, lo siento. Una urgencia médica —me disculpo sin parar a despedirme—. Precioso todo. Encantada de conocerte, Joel.

El jefe de mi hermana suelta una carcajada; no sé qué le hace tanta gracia, las urgencias médicas son algo muy serio. Si estás de guardia y no llegas a tiempo hay gente que puede morir, no es motivo de mofa.

—Lo mismo digo —vocifera finalmente.

Y no te creas que me he ido de rositas. Me ha dado tiempo perfectamente de ver el gesto descompuesto de mi hermana, que me conoce perfectamente y sabe que estoy huyendo de algo, mientras vocaliza sin pronunciar en alto un «te mato».

Mejor voy buscando piso, porque de esta me echa de casa.

Hay algo de tráfico a esta hora, pero no tardo en llegar al hospital. En cuanto aparco, me miro en el espejito del parasol antes de bajarme y doy un gritillo, los ojos se me abren mucho y se me escapa una carcajada.

Ahora lo entiendo todo.

Mi hermana me va a matar, sí.

Saco una toallita del bolso para arreglar el desaguisado porque, ahora mismo, parezco el Joker. Apunto mentalmente que en el próximo cumpleaños tengo que regalarle a mi hermana maquillaje permanente. Me limpio como puedo el rojo que se ha esparcido por

todas partes y me repaso el lápiz labial, porque, al fin y al cabo, era parte de la apuesta con Zaida. Sí, hija, sí, el día no ha hecho nada más que empezar.

Una vez parezco una persona medianamente normal, suspiro y me bajo del coche para ir hasta la entrada de acceso del personal del hospital.

—Fiu fiuuuuuu. —Sigo mi camino sin mirar atrás y vuelvo a escuchar el silbido—. Fiu fiuuuuuu.

Suspiro porque sé que no me voy a librar de esta: es parte de la diversión de hacer una apuesta.

Me giro y veo a Zaida a unos metros por detrás, junto con dos residentes y un enfermero, que ocultan una risilla.

—Buenos días a ti también —saludo, y toda digna me giro con la intención de dirigirme a los vestuarios.

Se me va el pie a un lado, putos tacones, y estoy a punto de comerme el suelo cuando Míster Empotrador, que en ese justo instante pasa por mi lado, me sujeta.

—Uy…, cuidado, rubia-pelirroja, que te puedes hacer daño.

Sonrío falsa.

—Rebeca, solo Rebeca.

Roberto da un paso hacia atrás y me observa de arriba abajo.

—Nunca… nunca te había visto venir tan…

—¿Pija? —pregunto cuando para de hablar para volver a recorrerme con la mirada.

—Tan sexy.

—¡Puaj! —Me sale solo, lo siento; al fin y al cabo, es la ropa de pija de mi hermana.

Roberto me guiña un ojo.

—¿Alguien a quien quieras conquistar?

Pestañeo rápido, miro a Zaida y demás, que se están riendo sin disimular, me giro y me dirijo al vestuario sin contestar a la absurda pregunta. Nunca había tenido tanta necesidad de cubrirme, aunque sea con la bata del hospital.

Voy hacia la jefa de Urgencias, que, cuando me ve caminar como un pato mareado con los malditos tacones, me mira raro. Qué turno me espera, Dios mío. Entre el calentón que llevo, la mala leche que me ha entrado por la escenita que me he comido nada más llegar y lo incómoda que estoy, no sé cómo voy a aguantar hasta la noche.

Me dirijo al box número cuatro, donde ya me espera un paciente. Leo el nombre en el informe clínico de la tablet. Sé perfectamente quién es, a pesar de que llevo muy poco tiempo trabajando en este hospital.

Lucio, el enfermero que trabaja hoy conmigo en Urgencias, me mira resignado.

—Buenos días, Lu. ¿Puedes ir a avisar al doctor Peña, por favor? —le pido.

Lu asiente y huye valientemente.

Descorro la cortina para ver sentado sobre la camilla al anciano de ochenta y dos años con una sonrisa desdentada mirando hacia mí mientras se agarra con ambas manos el abdomen. Eugenio me parece el señor más entrañable que he conocido nunca, tiene un gesto pícaro y un sentido del humor envidiable; a pesar de todas las enfermedades y dolores que carga, tan solo necesita un poco de atención. Desde que llegué a este hospital, siempre me toca atenderlo a mí. Ya sabes eso de que el último en llegar es quien se come todos los marrones; sin embargo, a mí no me importa.

—Buenos días, Eugenio. ¿Qué le trae hoy por aquí? —Le sonrío.

El señor se pasa la mano por el pelo. Bueno, eso es un decir: apenas le quedan cuatro mechones cubriéndole la cabeza, pero se los peina a un lado con los dedos.

—Ay, doctora. —Su sonrisa se fulmina y un gesto de horror la sustituye—. Necesito ayuda muy urgente. —Se vuelve a llevar la mano a la barriga—. Ay, ay, ¿lo oye? Mi ombligo está haciendo ruidos extraños.

—¿Ruidos extraños? —pregunto seria y con gesto pensativo—. ¿Qué clase de ruidos extraños?

—Como si fuera una radio antigua sintonizando emisoras. ¿Lo oye? ¡Es muy molesto!

Pestañeo un par de veces seguidas tratando de contener la risa.

—Entiendo… La verdad es que parece algo bastante inusual. —Finjo apuntar en la tablet mientras musito—: Acude a Urgencias por distensión abdominal. —Y luego le pregunto—: ¿Ha comido algo extraño, Eugenio?

El señor me mira con gesto de culpabilidad porque sabe que entre el Sintrom, la hipertensión, la diabetes y el colesterol, tiene una dieta bastante restrictiva y controlada. Su médico le ha insistido hasta la saciedad en que no debe saltársela, lo cual, mayormente, se pasa por el arco del triunfo.

—Sí, doctora. Pero, por favor, no se lo diga a mi hijo. —Niego poniendo un brazo en jarra a modo de amonestación—. Anoche cené un bocadillo de sardinas con pepinillos y salsa picante, y luego me tomé un helado de chocolate de postre.

¡Puaj! Menuda mezcla.

—¡Eugenio! —le reprendo.

—Es que mi Jimena solo me dejó una ensalada antes de marcharse. —Jimena es su nieta, una de las hijas del doctor Peña, que algunas tardes va a hacerle compañía a su abuelo y le prepara la cena antes de marcharse en un vano intento de que el buen señor coma sano—. Un hombre como yo necesita ingerir algo más contundente. Por eso luego me atacó la ansiedad y ya sabe.

—¡Vaya combinación! Eso podría explicar algunas cosas. ¿Ha notado algo más fuera de lo común? —le pregunto más por entretenerlo que por otra cosa, porque ya sé de qué pie cojea aquí el abuelo.

—Sí, doctora. Cada vez que estornudo mi pelo cambia de color.

Alzo la vista de la tablet sin poder contener la carcajada al ver la sonrisa traviesa y desdentada de Eugenio. Carraspeo y me pongo seria de nuevo.

—Increíble, nunca había escuchado un síntoma así. Es probable que tengamos que hacer algunas pruebas.

—Papá, ¿qué estás haciendo aquí? —le pregunta a Eugenio el doctor Peña, que acaba de llegar a nuestro box seguido de Lucio, una escena que se suele repetir bastante—. Gracias —musita en mi dirección, y yo solo asiento en respuesta.

Al señor se le fulmina la sonrisa y vuelve a llevarse las manos al abdomen.

—Ay, ay, ay…

El doctor Peña pone los ojos en blanco.

—Yo me encargo, doctora Crespo. Muchas gracias.

Asiento de nuevo y le sonrío amable. Eugenio vive solo a dos calles del hospital y, aunque se vale perfectamente por sí mismo, viene mucho por Urgencias. Y yo sé que al doctor Peña le fastidia y

le ha repetido muchas veces que este es su puesto de trabajo, que no puede venir por tonterías, que si se encuentra mal debe llamarlo o avisar a su enfermera, pero también sé que lo hace porque quiere ver a su niño, como él dice. La soledad en la vejez es muy jodida. El doctor Peña no tiene ni idea de lo afortunado que es de tener un padre como Eugenio, que todavía está vivo, lo adora y lo mira con tanta devoción. Aquí todos hacemos la vista gorda: los compañeros, los jefes y el director del hospital, y, sinceramente, presenciar su buen talante, lo bromista que es, es algo que me hace muy feliz.

Supongo que por eso me cambia el humor a pesar de lo incómoda que estoy, y al fin logro concentrarme y que se me vaya de la cabeza lo ocurrido esta mañana, por lo menos hasta que tres horas más tarde estoy en el vestuario masajeándome los pies, porque ya no aguanto más los tacones, y entra Zaida con gesto burlón.

—No entiendo cómo mi hermana puede trabajar todo el día con este tipo de zapatos. Son una auténtica tortura —protesto.

—Sabía que te encontraría aquí.

—Te odio.

Zaida suelta una carcajada. Va hasta su taquilla y saca unos zuecos de goma de unos ochenta mil colorines diferentes que me tiende. Sabe que siempre me estoy riendo de ella porque va todo el día con esas zapatillas horrendas. Me parecen la cosa más fea jamás inventada, por eso mi amiga tiene ese gesto triunfal que le borraría clavándole un tacón en el ojo si no la quisiera tanto, la verdad. Por el contrario, solo suspiro y cojo ese horror de colores.

—Gracias —gruño.

Y Zaida se ríe.

—Venga, vamos a comer algo, que me muero de hambre. —Asiento, guardo los tacones de mi hermana en la taquilla y me pongo las zapatillas horteras—. ¿Bien?

—Mejor que los tacones seguro.

Nunca admitiré que, para mi sorpresa, son el calzado más cómodo que jamás me he puesto.

Durante el desayuno me planteo que debería empezar a cobrar por hacer de bufón de mi amiga, que se parte de risa cuando le narro todo lo sucedido esta mañana.

—¿Y tu hermana no te ha dicho nada?

—Pues la verdad es que no he mirado el móvil.

Lo saco del bolsillo de la bata y veo varias notificaciones: una retahíla de mensajes que me ha mandado Paola a diferentes horas desde que me marché de las oficinas de Integral Connection.

Qué ha sido eso?

Rebeca Crespo, por tu madre

Qué es lo que has hecho?

Qué le has hecho a Abel?

Está más raro todavía

Te juro por Dios que como deje la empresa por tus chorradas te mato

LITERALMENTE

Te mato y te echo de mi casa

Eso también

—Bah, solo está un poquitín molesta. Se le pasará.

Zaida vuelve a reír, y yo le contesto a mi hermana.

Solo he hecho lo que me dijiste

Ir a disculparme

Ella me responde al instante, como si hubiese estado esperando al otro lado.

Ya hablaremos luego en casa

Alzo la vista hacia Zaida, que continúa riendo.

—¿Sigue estando disponible tu sofá? —Mi amiga asiente, y yo suspiro—. Vale, porque es probable que esta noche no tenga dónde dormir.

Las carcajadas retumban en toda la cafetería, haciendo que los comensales a nuestro alrededor nos miren sorprendidos. Le doy un sorbo al café, resignada. No sé qué tiene tanta gracia, la verdad.

Un rato más tarde me libro de mi amiga. Aunque hoy Urgencias está tranquilo, han entrado varios pacientes que tengo que atender y, justo cuando voy de camino al box número uno, que está junto a las puertas automáticas de acceso para los pacientes a la zona de Urgencias, estas se abren y me quedo anclada durante unas milésimas de segundo, pues me ha parecido ver pasar a Abel.

Las puertas se cierran, pestañeo varias veces, me acerco de nuevo a ellas y se abren.

—Doctora Crespo… —Escucho detrás de mí a Lucio.

Alzo un dedo para pedirle que me dé un momento y me asomo. Miro en la dirección que me había parecido verlo pasar y juraría que no es un problema de visión ni que esté obsesionada con el compañero de trabajo de mi hermana guaperas y empotrador, pero creo que está ahí, a unos metros de mí, frente a las puertas del ascensor.

Frunzo el ceño, extrañada. Miro la tablet que tengo en las manos y se la tiendo a Lucio lo más rápido que puedo.

—Deme un momento, señora Mendoza, enseguida estoy con usted —le digo a la paciente a voces mientras salgo del área de Urgencias.

Pero para cuando llego al ascensor las puertas se han cerrado y no me ha dado tiempo a distinguir si era él o no.

Niego, no puede ser. Está claro que con el calentón me he quedado tonta.

—¿Qué te pasa? —me pregunta Zaida.

Toca el botón del ascensor y se para a mi lado, mira mi cara pasmada y luego la pantallita que marca las plantas en las que el ascensor va parando, donde tengo la vista clavada.

—No, nada, solo me ha parecido ver… al falso Kris.

—¿Al falso Kris con el que te morreaste esta mañana en su despacho? —Asiento—. ¿No será el calentón?

Me encojo de hombros.

—Es probable, sí.

—Yo me sé de una que hoy va a ver *El Guardián de las Sombras* de nuevo. —Y me da un par de codazos—. ¿Eh? ¿Lo pillas? ¿Lo pillas?

¿Alguien me puede decir por qué sigo queriendo a mi amiga?

12

No me lo recuerdes, por favor

ABEL

Después de asegurarme de que no hay nadie fuera de mi despacho que me pueda ver, me doy golpes con la frente sobre el escritorio. No me he podido quitar de la cabeza en todo el día lo sucedido esta mañana.

Sofía me ha rehuido durante todo el día después de decirme, señalándome la cara, que mejor pasara al baño antes de ir a la reunión. Luego desapareció en combate. Lo agradezco todo: el aviso y la bomba de humo. Menudas pintas. Menudo jaleo. Menudo magreo.

Surrealista.

—¿Estás bien?

Levanto la cabeza, y Paola está en la puerta de mi despacho. Estupendo todo.

—Sí, sí. —Suspiro—. Un día complicadillo.

—¿Todo bien? Me ha dicho Carlos que tuviste que salir esta mañana por un asunto médico.

Asiento.

—Nada grave.

—Eh, ya. ¿Te apetece que vayamos a tomar algo juntos?

Le doy la vuelta al teléfono sopesando aceptar su oferta: me vendría bien una cerveza con alguien amigable para borrar de mi cabeza eso que me está torturando. Sin embargo, ya son las cinco. Tengo dentista con Roque a las siete, lo que supone que debería llegar a casa cuanto antes. Podría explicárselo a Paola, solo que no sabe quién es Roque y tampoco me apetece mucho contárselo ahora mismo.

—No puedo.

Asiente.

—Lo de esta mañana, mi hermana… —musita.

Y alzo las manos para que no siga por ahí.

—No me lo recuerdes, por favor.

—Vale. Lo siento.

Cabeceo afirmando, incómodo. Me pongo en pie y cojo mis cosas; debería irme ya. No sé cuánto tiempo me va a costar que Roque se lave los dientes antes de ponernos de camino al dentista.

—No te preocupes, ¿vale? —Fuerzo una sonrisa y estiro un poco la espalda poniendo las manos en las lumbares.

Me señala con un dedo.

—¿Te duele?

Cabeceo afirmando. Paola sale del despacho, y yo lo hago detrás de ella y cierro la puerta antes de dirigirnos hacia el ascensor.

—Agujetas. He empezado a ir al gimnasio y estoy molido. Lo bueno es que está muy tranquilo; odio cuando la sala está hasta los topes y tienes que hacer cola para usar cualquier máquina.

Nos subimos en el ascensor, que justo acaba de llegar y, cuando se están cerrando las puertas, veo a Sofía, que camina en nuestra

dirección despistada mirando el móvil.

—¿Tranquilo? Al que yo voy siempre está atestado de gente. —Me encojo de hombros—. ¿Qué gimnasio es? —Paola pulsa el botón para que las puertas permanezcan abiertas—. Sofía, ¿subes?

Sofía alza la vista del teléfono y se le encienden las mejillas en cuanto me ve. Joder, esto es muy incómodo.

—Eh, no, qué va… Me he… me he dejado el móvil en la mesa.

Se da la vuelta y se va.

—Lo llevaba en la mano —dice Paola, que me mira extrañada—. El móvil. Lo llevaba en la mano.

—Ah. A lo mejor es por la hora. —Es mejor cambiar de tema y no nombrar absolutamente nada de lo que ha ocurrido hoy con su hermana en presencia de Sofía. Paola alza la mano para comprobar el reloj que lleva en la muñeca—. No, digo lo del gimnasio; es que yo voy a las seis de la mañana, cuando abren.

Paola abre mucho los ojos, desconcertada, y me río porque esa misma cara me puso Roque cuando le dije que saldría de casa muy temprano por las mañanas para ir al gimnasio a primera hora.

—Ignoraba que los cuerpos pudieran brincar a esas horas de la mañana.

Vuelvo a reír, sincero, y ella me sonríe también, mirándome a los ojos, y me toca el brazo. Carraspea y sonríe.

—Oye, Abel… —musita cuando ya estamos de camino a nuestros coches en el aparcamiento—. Quería hablarte de Rebeca. No sé qué te ha hecho esta mañana…

Otra vez con lo mismo.

Paola es una buena tía, la verdad. El único defecto que tiene es que su hermana es Belcebú personificado, pero, quitando eso, es la

mejor persona que he conocido nunca. Me cae simpática y es encantadora. Y sigo ignorando por qué, a pesar de todo ello, provoca cero reacciones en mi cuerpo.

Me vibra el teléfono en el bolsillo.

—Por favor, deja el tema ya —la interrumpo más borde de lo que pretendía.

Ha sido visualizar la imagen de esta mañana, de Rebeca encaramada a mis caderas, y la polla me ha dado un tirón. Joder, ¿esto se puede adiestrar? No puede ser que reaccione así a la mínima de cambio.

Saco el móvil y, extrañado al ver el nombre de mi sobrino en la pantalla, contesto rápido.

—Roque, ¿qué pasa?

Alzo la vista y Paola me está mirando con un gesto entre sorprendido y dolido que me hace sentir un poco culpable; ahora no tengo tiempo para disculparme por haber sido tan borde.

—Abel, ¿qué tal? ¿Cómo estás?

¿Mi sobrino adolescente, que gruñe más que habla, me ha llamado por teléfono, en lugar de mandarme un mensaje, y me está preguntando cómo estoy? Ay, madre, ¿y ahora qué?

—Bien, ¿por qué? ¿Qué pasa? ¿Se te han perdido las llaves de casa? ¿Estás en un lío?

Roque se ríe; a mí no me hace gracia.

—¿Podemos cambiar la cita del dentista? —me pregunta con ese tono manipulador que me pone los pelos de punta.

Aguardo unos instantes a que me cuente por qué, pero se ha quedado en silencio al otro lado. Me estoy preocupando.

—¿Por qué? Espera, dame un minuto. —Me despego el teléfono de la cara para despedirme de Paola—. Hasta mañana.

Abro la puerta del coche y me subo sin esperar a que me responda. En cuanto lo pongo en marcha se activa el bluetooth.

—¿Tienes que estudiar para algún examen?

—No.

—¿Has quedado con algún amigo?

Es importante que se apoye en sus amigos. Está en una edad complicada y me da pánico que se aísle del mundo con todo lo que está viviendo, que no se relacione.

Se queda en silencio.

—¿Roque?

—No, no.

—¿Una chica? —pregunto horrorizado; no estoy preparado para «la charla».

Roque ríe.

—No, es que estoy viciado al Detroit y lo quiero *platinar*.

Pestañeo un par de veces seguidas y agacho la cabeza con un suspiro antes de arrancar el coche.

¿Sabes si en Amazon venden diccionarios de adolescente/castellano?

—Como no estés preparado en media hora, te tiro la consola por la ventana y te llevo de la oreja, ¿lo has entendido? —suelto tajante, porque chantajearle con una piruleta si se porta bien y viene al dentista sin rechistar como que no, ¿verdad?

—Vale, vale, tranquilo. Joder con la dictadura.

Gruño, pero mi sobrino ya no lo oye porque ha colgado el teléfono. Mejor. Mucho mejor. No quiero decirle algo de lo que luego

me arrepienta.

Para cuando llego a casa, Roque está en calzoncillos tirado en el suelo del salón, con la espalda apoyada en el sofá y continúa viciado al jueguito de las narices, con un plato y un vaso vacíos encima, migas de pan por todas partes y una cáscara de plátano tirada a su lado. Por poco lloro de la emoción. Ha merendado un plátano sin que se lo meta yo por el gaznate.

Analizo la situación: bueno, mirando el lado positivo, si se quitó la ropa, seguro que no se pone la misma durante otros cinco días seguidos, ¿no? Y juraría que lleva unos calzoncillos diferentes de los de ayer. ¡Bien! Mis esfuerzos comienzan a dar sus frutos. Vamos avanzando. Al menos, el calor que está haciendo estos días está jugando a mi favor.

Y por si te lo estás preguntando: no, no le tiré la consola por la ventana.

Y no, tampoco lo llevé de la oreja al dentista, solo tuve que repetirle trescientas cincuenta y tres veces que, por favor, fuera a vestirse y a lavarse los dientes para que no llegásemos tarde a la consulta.

13

Menudo morro tienes, niña

REBECA

—¡Abuelooo!

Me acerco a él y lo abrazo como si no hubiera un mañana. Llegó esta tarde de un viaje del Imserso y estaba deseando poder verlo. Después de tantos años viviendo en Madrid, primero para estudiar la carrera y luego por la residencia hasta que conseguí mi plaza y el traslado a Canarias, han sido siglos sin poder estar juntos como es debido.

Suelto las bolsas que traigo en el suelo y me lanzo hacia él.

—Ay, mi niña. Mi niña. —Mi abuelo me achucha—. Pero qué mayor estás, ¿estás más alta?

—Abuelo —le digo con una sonrisa socarrona apartándome un poco de él—, tengo treinta y dos años. De hecho, según la ciencia, es probable que haya empezado a encoger un poco.

—Anda, anda, qué tonterías dices, si eres una cría.

Suelto una carcajada y lo achucho de nuevo; lo he echado de menos. Me aparto y lo miro de arriba abajo, con su eterno pijama a cuadros, que debe de tener casi tantos años como yo. Sonrío.

—He traído comida china. Acabo de salir del hospital y me muero de hambre. —Suspiro agotada—. ¿Te apetece que cenemos juntos? Puedo quedarme hoy contigo; tengo ropa para mañana, que entro temprano a trabajar, y así nos ponemos al día. —Que no se note que he ensayado el discurso como veinte veces de camino. Mi abuelo me mira desconfiado, y yo disimulo—. Podemos ver una peli o me enseñas las tres mil doscientas fotos que habrás hecho durante el viaje y me lo cuentas todo.

Pone los brazos en jarra sin abandonar el gesto suspicaz.

—¿Qué le has hecho a tu hermana?

—¿Yooo?

Abro la boca, toda indignada, y, en lugar de responderle, cojo las bolsas que he dejado en el suelo y camino hasta el salón para ponerlas sobre la mesa del comedor. Suelto la mochila encima del sofá.

Cuando me giro para mirarlo sigue con la misma postura y asiente. Con la edad que tiene y todavía no se le escapa una.

—Nada, ella, que es muy sensible y me quiere matar un poquito de nada.

Alzo la mano juntando el dedo índice y pulgar dejando un espacio ínfimo entre ambos, lo que le provoca una risilla.

—Me prometiste que lo intentarías. —Exagero un gesto de culpabilidad, y él chista—. Hay cosas que no cambian. —Me encojo de hombros con mi sonrisa más angelical—. Anda, ve a darte una ducha en lo que yo preparo la mesa, ¿quieres? He puesto la tele esa de los jóvenes, que tiene un montón de series y películas que puedes ver sin anuncios. Cuando uno llega a mi edad, ya no hay tiempo para perder en anuncios.

—Exagerado.

Mi abuelo sonríe, y yo cojo la mochila y me voy al cuarto de baño. Menos mal que siempre llevo una muda en el coche por si pasa exactamente esto: que mi hermana me quiera matar o echar de casa, cualquiera de las dos opciones, lo cual sabía que tarde o temprano terminaría sucediendo.

Salgo del baño y paso por la que fue mi habitación para dejar la mochila; aún hay algunas de mis cosas aquí. Sonrío al ver las fotografías pegadas al espejo, los pósters en las paredes y mis libros en la estantería.

Si hubo algo que eché de menos cuando vivía en Madrid fue a mi abuelo. Paola y yo nos mudamos con él cuando teníamos unos diecisiete años, cuando mis padres decidieron que se irían a Australia a explotar una posibilidad de negocio relacionada con las energías renovables que llevaban estudiando desde hacía años. En España era prácticamente imposible llevarlo a cabo, por el nulo apoyo gubernamental y la falta de interés general de la población en aquellos momentos. Así que se liaron la manta a la cabeza, se asociaron con unos amigos que ya se habían informado de todo el proceso, habían comenzado los trámites y contaban con un programa de financiación por parte del gobierno australiano, y decidieron marcharse.

Lo comprendo, comprendo que en nuestro país no tenían muchas oportunidades. Lo que no logro entender aún hoy es que ni siquiera nos dieran la opción a Paola y a mí de decidir si queríamos empezar de cero en un país extranjero junto a ellos, nuestros padres, nuestra familia, o quedarnos en Canarias a seguir con nuestra vida sin ellos.

Y aquí nos quedamos, con el abuelo. Todavía hoy me pregunto qué les llevó a mis padres a dejarnos atrás. Es probable que, como nunca entramos en sus planes, a pesar de que siguieron adelante con el embarazo y nos criaron durante un tiempo, simplemente quisieran continuar con su vida. Quizá es que les estorbábamos en plena adolescencia con nuestras rabietas, nuestros enfrentamientos, la necesidad de atención y todo lo demás, o quizá solo es que dábamos mala imagen de cara a sus socios; bueno, eso más bien yo, porque Pao siempre ha intentado ser la viva imagen de la perfección. Ni idea.

Al principio nos llamábamos a menudo; sin embargo, con el tiempo nos fuimos distanciando. En lugar de volver a casa durante sus vacaciones para estar con nosotras, se dedicaron a recorrer el mundo en busca de países donde pudieran crecer, implantar su negocio. Siempre han vivido por y para su proyecto.

Por aquel entonces yo era mucho más orgullosa que Pao, que solo una vez prácticamente les rogó que nos dejaran ir a su casa de Australia a pasar las Navidades juntos, pero mis padres le contestaron que vivían en un piso muy pequeño, que no tenían espacio y que era una tontería porque ellos tenían que trabajar un montón de horas y que apenas podríamos vernos, que no era buena idea dejar al abuelo solo. Ella se pasó llorando una semana, y yo rompí todos los regalos que nos mandaron por Reyes, y el dinero que nos enviaron como compensación por unas fiestas sin nuestra familia, más de quinientos euros, lo ingresé en la cuenta del abuelo sin que él llegase a enterarse. Mi hermana no me habló durante los siguientes tres meses.

Las llamadas con mis padres se fueron espaciando y ahora mismo apenas tenemos contacto. Tienen una de las empresas más importantes de energías renovables en Australia y se han expandido por diferentes países; apenas cogen días libres. Me alegra que hayan cumplido sus sueños y sean felices, aunque fuese a costa de nuestra familia.

No me quejo, con el abuelo estábamos bien; al menos yo viví unos años muy feliz con él hasta que me mudé a Madrid para buscar mi propio camino.

Suspiro y dejo de pensar en toda aquella época para volver al salón con mi abuelo, ataviada con un pijama veraniego.

—Qué bien huele, tengo un hambre… —Me dirijo a la nevera para buscar algo de beber, porque solo ha puesto una jarra de agua fría en la mesa—. Abu, ¿no tienes cerveza? —le pregunto examinando el interior.

Suelta un grito indignado.

—¡¡De eso nada!! A tu edad el alcohol mata las neuronas, niña. Mientras estés bajo mi techo no vas a beber eso.

Suelto una carcajada y cierro la nevera. Esta vez soy yo la que pone los brazos en jarras.

—Abu, en serio, sabes que tengo treinta y dos años, ¿verdad?

—Ni treinta y dos ni treinta y tres, en mi casa no bebes alcohol y punto.

Me río y voy hacia la mesa. Le doy un achuchón y me siento a su lado para empezar a servir los platos de ambos.

—¿Qué tal te lo has pasado en el viaje? —le pregunto.

—Ah, muy bien, me he echado una novia.

Abro mucho los ojos y la boca.

—¡Abuelo! —Suelto una carcajada. Le tiendo su plato con arroz tres delicias, pollo en salsa de ajo y ternera con setas y bambú. No le he puesto cerdo agridulce porque sé que no le gusta nada—. Qué calladito te lo tenías. ¿Cuándo me la vas a presentar?

Cojo el tenedor y lo lleno hasta los topes antes de metérmelo en la boca. Qué hambre, por favor.

Mi abuelo me mira desconcertado y me da un pescozón, uno suave, pero un pescozón al fin y al cabo.

—¡Au, abuuuuuu!

—¿Qué modales son esos, niña? ¿Eso es lo que yo te he enseñado? Come como las personas normales y quita los codos de la mesa.

—Vaaale. —Sonrío. Hay que ver cómo echaba de menos a mi abuelo—. Es que no he comido nada desde… —Pienso durante unos instantes—. Desde ayer por la noche. —Me suelta otro sopapo—. ¡Au!, abu, no me pegues en la cabeza.

—¿Cómo vas a trabajar los turnos esos interminables del hospital con el estómago vacío? ¿Tú estás loca o qué?

—Tú no me cambies de tema, listillo —lo sermoneo—. Lo quiero saber todo de esa novia que te has echado.

Mi abuelo ríe y, en lo que comemos, me enseña algunas fotos del viaje y no, no se corta en mostrarme esas otras en las que está morreándose con su nueva novia. ¡Puaj! Pero qué tiernos. Hay mucha lengua. ¡Puaj, puaj!

Recogemos juntos la mesa y, cuando termino de fregar los platos, me suena un mensaje en el móvil.

Desbloqueo la pantalla.

Dónde estás?

No salías de trabajar a las ocho?

No pienso dormir hoy en tu casa

Estoy lejos, donde no puedas encontrarme, matarme y descuartizarme antes de lanzarme al mar

Soy demasiado joven para que me coma un tiburón

Te crees que soy tonta?

En diez minutos estoy en casa del abuelo

Prepárate

Ni él te va a salvar del rapapolvo que te va a caer

Y luego dicen que Paola es la hermana buena, ya ves. Me encojo de hombros y dejo el teléfono sobre la encimera. Mi abuelo, que está terminando de secar los platos y colocarlos en su sitio, suelta una risilla.

—¿Te ha pillado?

—De lleno.

—Sabes que en unos minutillos me voy a enterar de lo que le has hecho a tu hermana, ¿verdad?

Se me escapa una risilla.

—Es una suerte que siempre me vayas a querer aunque sea un poco trasto.

Él se ríe también.

—Menudo morro tienes, niña. Menudo morro.

Suspira pensativo, se pone las gafas para ver de cerca y coge su móvil. Lo miro con las cejas alzadas. ¿Va a llamar a Paola para interceder en mi favor? ¿Le va a pedir que me deje en paz como cuando éramos adolescentes y nos hacíamos la vida imposible?

—¿Amelia? —Ah, pues no—. ¿Cómo estás, mi pichoncito? —Suelto una risilla—. ¿Te apetece venir a conocer a mis nietas? —Mi abuelo me guiña un ojo—. Vale, pues ahora nos vemos. —Le da al botón de cortar la llamada y se guarda el teléfono en el bolsillo—. Ya está, en dos minutos estará aquí.

—¿En dos minutos? —pregunto con las cejas alzadas.

—Sí, es la vecina del tercero.

Abro mucho la boca.

—¿Y la conociste en un viaje del Imserso?

—Nunca he dicho tal cosa.

Me río. Qué cara más dura.

Para cuando llega mi hermana, mi abuelo y Amelia, que no puede ser más dulce y simpática, están en el salón. Los he ayudado a conectar el móvil a la pantalla del televisor y, después de las presentaciones pertinentes, se dedican a enseñarnos las seis mil quinientas fotos que han sacado entre ambos.

Mi hermana, que está sentada a mi lado más tiesa que el palo de una escoba, masculla cuando ve cómo suspiran cuando en la pantalla aparece una foto en la que se están morreando; creo que ya hemos visto como ciento treinta por el estilo, y se comen la boca ahí, delante de nosotras.

—Esto lo has orquestado tú, ¿verdad? —musita mi hermana entre dientes.

—Oh, sí, yo le he buscado una novia al abuelo y la mandé de viaje con él justo para esto.

—¿Para traumatizarme? —pregunta por lo bajini horrorizada cuando aparece una foto en la que se los ve en el mar, ella en topless, abrazados haciendo vete a saber qué guarrada.

Suelto una carcajada.

—Uy, esa se ha colado. —Se ruboriza Amelia.

—Ay, mi pichoncito, qué bien lo pasamos, ¿verdad?

—Te odio —masculla mi hermana.

—Lo sé —contesto feliz.

No tardo en quitarme el pijama y vestirme para irme con Paola. Mi hermana quiere cortarme en pedazos y lanzarme al mar, pero ahora mismo casi que lo prefiero a la alternativa: escuchar a estos dos gemir haciendo cochinadas mientras yo intento dormir en la habitación de al lado.

Ya ves, yo pensaba que había jugado bien mis cartas para darle esquinazo a mi hermana y quien mejor las ha jugado ha sido el abuelo, que se ha deshecho de las dos en un plis.

14

¡Y no me gustas TÚ!

ABEL

El gimnasio a esta hora está vacío, por eso cada mañana madrugo tanto, porque me gusta la tranquilidad y que estén todas las máquinas libres. No tengo que esperar ni tengo que hacer pesas mientras miro en el espejo lo mucho que se quiere el que entrena a mi lado.

Voy directo a la cinta de correr con los auriculares puestos y la música a tope, y lo doy todo durante media hora, tarareando mentalmente la letra de las canciones para ser capaz, por un rato, de dejar la mente en blanco.

Alzo la vista y veo a Samu, el único entrenador que hay a esta hora, sentado frente al ordenador, comiéndose un burrito. ¿Cómo puede comer eso a estas horas? Alza la mano para saludarme, y yo le devuelvo el gesto de camino ya a la zona de las pesas, donde me dispongo a hacer la tabla de ejercicios que me toca hoy.

Cierro los ojos para concentrarme en cada movimiento, notando cómo los músculos trabajan. Abro los ojos al terminar la serie y doy un respingo cuando veo unas zapatillas de un color naranja chillón paradas justo delante de mí.

Despacio, levanto la cabeza, extrañado: piernas preciosas en un mini-short deportivo, abdomen al aire con el ombligo más sexy que he visto en mi vida, top deportivo sujetando unos pechos turgentes y, cuando alzo más la vista, pego un grito y la pesa se me cae al suelo armando un estruendo descomunal. Voy hacia atrás en el banco, como si en lugar de una persona hubiera visto a un fantasma, tropiezo con mi propio culo y termino en el suelo.

—Joder, joder —mascullo. Desvío la vista hacia el entrenador, que me mira con los ojos muy abiertos, y luego la miro a ella. Belcebú en persona me observa con una ceja alzada—. ¿Qué… qué haces aquí? ¿Cómo me has encontrado?

Nota mental: revisar mi coche, por si ha implantado un GPS de esos en la trasera de una rueda, como en las películas.

Sonríe socarrona. Nada de hoyuelos, es la sonrisa demoniaca. Dios, qué miedo da cuando sonríe así. Mi vista se queda anclada unas décimas de segundo en su boca, recordando la escenita de mi despacho, sus labios pegados a los míos, su lengua enredada con la mía, sus piernas ancladas a mis caderas, su sexo frotándose con el mío. Por un momento me quedo sin respiración; tengo que agitar la cabeza y reprenderme mentalmente para quitar la cara de idiota que se me ha quedado y parecer lo muy enfadado que debería estar.

Me apunta con un dedo como si fuera un arma y, al ver mi gesto desconcertado, se da cuenta de lo que está haciendo y esconde la mano detrás de la espalda, para que no vea su pistola de carne y hueso.

—Hola —pronuncia alegre, como si se hubiera encontrado con su mejor amiga de toda la vida y no conmigo—. ¿Qué tal? ¿Qué haces? —Frunzo el ceño sin pronunciar palabra. No pretenderá que me

ponga aquí a charlar con ella como si nada, ¿no?—. Uy, chico, vaya cara, qué mal madrugar tienes. Toma, te he traído un café —dice tendiéndome un vaso gigante de la cafetería que está justo enfrente.

Mi mente no carbura lo suficiente como para comprender que Rebeca está en el gimnasio al que acudo cada día, a las seis de la mañana para no cruzarme con nadie, con un café tamaño familiar, por lo menos, para mí.

No lo entiendo. ¿La gente normal no duerme a estas horas?

Muevo la cabeza de un lado al otro.

—No me gusta el café —refunfuño.

Rebeca da un grito y me mira con gesto desconcertado.

—¿Que no te gusta el café?

Niego. Me agacho para recoger la pesa que se me ha caído y me levanto del banco. Creo que por hoy se ha acabado mi rutina de ejercicios y que es mejor que salga de aquí por piernas, me dé una ducha y desayune en condiciones antes de irme al trabajo.

—¿Café con leche? —Niego de nuevo—. ¿Capuchino? ¿Machiato? ¿Bombón? —Sigo negando y suelto un gruñido, a ver si me deja en paz, porque estoy intentando pirarme, y ella se mueve de un lado al otro para no dejarme pasar. Me agarra del brazo para que me esté quieto y me mira a los ojos—. ¿Vienés? ¿Ruso? ¿Barraquito?

—Joder, que no. Déjame pasar, psicópata.

—¿Por qué? —espeta soltando un gritillo, pero creo que no es por el insulto, sino por lo del café. Y dale con el café. Me encojo de hombros—. No te gusta el café —pronuncia despacio.

La miro con los ojos rasgados y pienso en su hermana, en su mirada angelical, en su sonrisa, en su forma de hablar siempre tan agradable, y luego está… esto que tengo delante. ¿Se caería de la

cuna cuando era un bebé? ¿Se quedó sin oxígeno durante el parto y eso afectó a su cerebro? No sé cómo funcionan los partos múltiples, pero es posible, ¿no? Uno va primero y el otro tiene que esperar ahí hasta que su hermano o hermana salga del canal.

Asiento en respuesta, a ver si por fin se da por vencida y me deja irme de una vez.

—No te gusta el café, ¿y la psicópata soy yo?

—Oye, esto…, mmm…, ¿Rebeca? —Asiente. Todavía tiene el gesto desconcertado, como si hubiera cometido una atrocidad. ¿Habrá cobertura aquí para buscar en Google el teléfono del psiquiátrico más cercano de donde se debe de haber escapado?—. Pao y yo somos compañeros de trabajo, se podría decir que somos amigos, pero tú y yo no nos conocemos de nada, ¿vale? Quiero que me dejes en paz de una vez porque esto ya roza el acoso.

—Entiendo.

Asiente, aunque por su gesto sé que está siendo irónica, y chisto.

—No me gusta el café, ¿y sabes qué más no me gusta? —espeto tras observarla unos instantes, pensativo.

—Sorpréndeme.

—¡No me gusta la gente que me apunta con un arma!

—¡Era un mechero! —brama ofendida.

—¡Y no me gustas TÚ! —grito yo también.

Oigo una carcajada a la derecha y desvío la vista hacia el entrenador, que sigue sentado frente al mostrador, con los pies cruzados encima de la mesa; se está comiendo una bolsa de patatas mientras nos observa como si fuera la peli más interesante de la cartelera. ¿En serio?

—Perdón —musita.

En un instante me doy cuenta de que esta conversación no tiene ningún sentido y de que Rebeca saca lo peor de mí.

La miro desesperado, porque me quiero ir ya, y entonces me doy cuenta de que yo soy mucho más alto y más fuerte que ella, así que la sujeto por los hombros, esos hombros cubiertos de tatuajes que no me paro a inspeccionar, y la arrastro a un lado para pasar de una vez.

Cuando ya estoy subiendo las escaleras, de camino a los vestuarios, con la toalla al hombro y bebiendo de mi botella de agua, la escucho hablar con Samu, que es el único que está en la sala.

—¿Has visto qué desagradecido? —inquiere toda indignada—. ¿Lo quieres, guapo?

Me giro para ver cómo le tiende el vaso de café y le guiña un ojo. Samu asiente.

—Solo si me apuntas tu número de teléfono —le dice, dándole un rotulador permanente.

Frunzo el ceño, más mosqueado todavía. Esto es surrealista. Rebeca sonríe socarrona, destapa el rotulador con los dientes y apunta su teléfono en el vaso de cartón.

Pongo los ojos en blanco.

Paso de esos dos. Me voy a la ducha, que hoy tengo una reunión importante a primera hora y aún tengo que ir a casa a vestirme: no me he traído el traje y la camisa para que no se me arrugasen.

15

Doctora Crespo para ti, capullo

REBECA

Misión cumplida

He venido a su gimnasio, he sido amable y le he traído un café, como te prometí

Puedes dejarme ya en paz con el tema?

Le has dicho todo lo que te pedí?

Eeeh, no

Pero te has disculpado?

Se me ha olvidado

Pero he sido simpática

Eso cuenta, no?

Que te disculpes de una vez o esta noche duermes en el rellano!

Pongo los ojos en blanco. Miro la hora: todavía tengo un poco de tiempo. Con un dedo en la barbilla, pienso en cómo abordarlo de nuevo, porque al final me voy a ganar una orden de alejamiento, mi hermana me va a echar de casa de igual forma, me voy a tener que ir a vivir con mi abuelo, que está en plena segunda adolescencia con su nuevo pichoncito, y verás qué risa todo: en el psiquiátrico voy a acabar por una bromita de nada. De verdad, qué poco sentido del humor, cuánto rencor.

Entro de nuevo en la cafetería de antes, compro un bocadillo que tiene una pintaza increíble y me dirijo a su coche, que sé exactamente cuál es gracias a mi hermana y dónde está aparcado porque lo he visto al llegar. Me apoyo en el capó y unos instantes más tarde escucho unos pasos acercarse a mí.

Boqueo como un pez cuando lo veo con el pelo mojado y revuelto, una camiseta blanca ajustada y unos pantalones vaqueros ceñidos. Está bueno que te mueres y no parece darse cuenta.

Llega a mi altura y me mira turbado. Contengo una risilla: me encanta desconcertarlo, me encanta molestarlo y, joder, me encanta cómo huele a recién duchado.

—Te he traído el desayuno —digo fingiendo una sonrisa angelical.

Pestañea rápido un par de veces; no sé discernir si está confundido, mosqueado o harto de aguantarme. Será una mezcla de todo, seguro. Sin decir ni una palabra, da la vuelta al coche, presiona el botón del mando para abrir las puertas y se sube con la clara intención de ignorarme y largarse.

Compruebo la hora y me encojo de hombros: aún tengo tiempo de sobra, tendré que aplicarme un poco más.

Abro la puerta del copiloto y me subo.

—¡Eh! ¡No puedes subirte a mi coche! —grita indignado.

—¿Por qué no? Has hecho un gesto que he entendido como una invitación.

Me coloco la bolsa de papel donde tengo el bocadillo, sobre el regazo, y me abrocho el cinturón de seguridad.

Alzo la vista hacia él y veo cómo traga con dificultad mirándome de arriba abajo. A ver, que conste que no me he puesto este conjunto para provocarlo, simplemente pensé que, ya que venía al gimnasio, podía hacer un poco de deporte, y estamos en plena ola de calor, son poco más de las siete de la mañana y ya hay como treinta grados ahí fuera. Con todo, si me gusta molestarlo, me gusta muchísimo más provocarlo.

—No he hecho ningún gesto —protesta.

—Sí que lo has hecho.

Se abrocha el cinturón de seguridad y mi vista va sola hacia ese abdomen marcado; con esa camiseta tan ajustada puedo contar los cuadraditos de sus músculos. Un cosquilleo en la entrepierna me hace apretar los muslos y enroscar los dedos de los pies.

«Un poco de cordura, por favor, Rebeca, que estás aquí para disculparte».

—No he hecho ningún gesto, solo he pestañeado rápido. —Y dale.

—Pues eso es un gesto.

Me encojo de hombros; lo que es es.

—Pero no es ninguna invitación. —Resopla frustrado, y se pasa las manos por el pelo. Mira la hora en el reloj—. ¿Qué quieres, Rebeca?

—Uy, ¿ya no soy Satanás?

—No poco —masculla, y le guiño un ojo cuando me mira.

—¿Me llevas a casa?

Resopla, pone el coche en marcha, y se me escapa un ruidito de satisfacción. He ganado. Por el momento.

Mientras conduce es mejor no tocarle mucho la moral, porque no quiero que tengamos un accidente, así que, como mis tripas suenan desde hace rato, abro la bolsa y saco el bocadillo gigante envuelto en papel de aluminio. Lo destapo y lo examino: lleva aguacate, pechuga de pollo, lechuga, huevo duro y mayonesa. Qué pinta, por favor.

Me paso la lengua por los labios de forma instintiva —se me está haciendo la boca agua— e ignoro el gruñido que escucho a mi lado. No voy a ensuciarle el coche, no tengo diez años, no sé por qué se pone así. Paramos en un semáforo en rojo, le doy un mordisco gigante y lo miro. Tiene la boca abierta y me observa como si yo fuese este bocadillo y me quisiera comer a mí.

Carraspeo un poco con la boca tan llena que apenas puedo mantenerla cerrada para masticar; si estuviera mi abuelo aquí me daría un sopapo. Me limpio la comisura de los labios con una servilleta que saco de la bolsa.

—¿Eso no era para mí? —pregunta con la voz entrecortada, como si le faltara el aliento.

Sonrío intentando no mostrar el contenido de mi boca y, tras echarle un vistazo al semáforo, que sigue en rojo, acerco el bocadillo a su boca.

Lo mira con horror, como si yo tuviera alguna enfermedad tipo, no sé, la rabia, y pudiera contagiársela por compartir un bocadillo. Por comerle los morros no parecía tan asustado, ya ves.

Oigo cómo le suenan las tripas y suelto una risilla.

—Bueno, de algo hay que morir —musita más para sí mismo que para mí, y le da un mordisco tan grande como el que le he dado yo.

Ahora que tiene la boca muy llena y no puede gruñir, ladrar ni morderme y, además, está concentrado en la conducción, hablo:

—He venido a pedirte disculpas por segunda vez —aclaro, para que vea que el problema lo tiene él, que es muy rencoroso.

Con lo malo que es vivir cargado de resentimiento, eso es fatal para la presión sanguínea. Por no hablar de los problemas digestivos que causa, y para el sueño viene muy mal. Para la salud en general. En fin, no es momento de sacar a la doctora Crespo a relucir.

Veo cómo frunce el ceño y chisto. Clavo la vista en mi mano y hablo:

—Estuvo muy mal por mi parte asustarte de esa forma. —Carraspeo un poco antes de continuar—: No podías saber que era una broma que se me fue de las manos. De mal gusto, lo sé. Lo siento. —Me cambio el bocadillo de mano y miro hacia la otra—. Te ridiculicé delante de tu amiga, mi maravillosa hermana…

Hago una pausa para forzar la vista; con el sudor se ha borrado el resto.

Escucho un gritillo ahogado y, al alzar la cabeza, me doy cuenta de que Abel tiene los ojos clavados en mis manos.

—¿Se puede saber qué haces? —pregunta mosqueado.

Suspiro y dejo de leer. A tomar por culo, me ha pillado.

Pone el intermitente y aparca a un lado: hemos llegado.

—Intentando que mi hermana no me eche de casa.

Encima de que me lo apunto para que no se me olvide nada…

—Ah —contesta.

Me arrebata el bocadillo de las manos y le da otro mordisco gigante. Tiro de su mano hacia mi boca para robarle otro pedazo antes de que me eche del coche, porque todavía tengo hambre y esto está bueno que te mueres.

—Me ha sacado tarjeta roja —le explico con la boca llena—. Roja, ¿lo entiendes?

—No quiero saber cómo conseguiste llegar hasta ahí.

Me encojo de hombros; no me apetece ahora mismo contarle todas nuestras peleas familiares.

Le da otro mordisco al bocadillo mientras me observa. Cuando su vista llega a mi pecho, los ojos le brillan y sonríe. Bajo la cabeza, a ver si es que me he manchado de mayonesa, y me doy cuenta de que, con el top deportivo que llevo puesto, se ve la peineta que tengo tatuada en el pecho. Me lo tatué cuando cumplí los dieciocho años y, sinceramente, no fue una decisión demasiado acertada, pero, bueno, ahí está. Subo un poco el top para cubrir la zona.

—¿Ves algo que te guste? —pregunto para disimular.

Igual solo me estaba mirando las tetas y no se ha percatado del tatuaje.

—Ni de coña.

Suelto un grito ahogado, exacto al que prorrumpió él hace unos minutos. Fingido, claro, que a mí lo que piense este hombre de mí me la trae al pairo.

—Joder, qué insensible —protesto.

—Dijo la princesa que me apuntó con un arma provocando que me mease en los pantalones.

Suelto una carcajada, porque, joder, me ha hecho gracia. Ni siquiera he podido rebatirle que era un mechero. Cuando lo miro, veo su semblante serio y me río más. Cuanto más mosqueado parece, más risa me provoca. No puedo remediarlo, me ha dado un ataque. Es que todo esto es absurdo: que se mease en los pantalones porque lo apunté con un mechero, que lo esté siguiendo cual acosadora por todas partes porque mi hermana ha amenazado con echarme de su casa, que me haya disculpado y no sea capaz de perdonarme y que me provoque tantas ganas de hacerle rabiar como de montarme encima de él, besarle, arrancarle la ropa y follármelo hasta que se me olvide cómo me llamo.

En fin… Carraspeo.

—Perdón, perdón.

—¿Puedes bajarte ya?

—Vale, valeee. Gracias por traerme a casa. ¿Puedes subir un momento conmigo? Así podrás decirle a mi hermana que me he disculpado —le propongo poniéndole ojitos.

—Lo que le diré a tu hermana es que me has perseguido. —Alza el dedo corazón a modo de peineta. Abro la boca para protestar, pero no me deja hablar porque continúa—. Y, además, me has acosado. —Ahora alza el dedo índice; vamos, que está enumerando. Luego le explicaré que no puede enumerar con los dedos como le dé

la gana, hay un orden establecido por la sociedad—. No contenta con eso, te has colado en mi coche sin permiso, has leído un discurso que te traías apuntado y luego te has reído de mí en mi cara.

Para cuando acaba tiene la palma con los dedos completamente estirados frente a mí, y no sé si chocarle los cinco, reírme en su cara de culo rencoroso, lanzarme a comerle la boca como llevo deseando hacer desde que lo vi hace como una hora o hacerme la indignada.

Opto por la última opción, porque no deja de mirarme a los ojos y a la boca y sé que él está deseando tanto como yo que me lance a besarlo. No es que vaya mucho conmigo el rollo ese de hacerse la digna, pero, conociéndolo, le contará a Paola que lo estoy acosando y me veré viviendo bajo un puente o, peor, en casa de mi abuelo. No, gracias. Contengo la sonrisa diabólica que pugna por salir y me pongo todo lo seria que puedo mirándolo con el ceño fruncido.

Me bajo del coche sin pronunciar palabra y, cuando ya estoy cerrando la puerta, vuelvo a abrirla, me agacho para mirarlo y le suelto:

—Esa actitud de amargado que tienes te va a provocar una úlcera en el estómago y va a debilitar tu sistema inmunológico, lo que puede afectar a todos los órganos de tu cuerpo y te puede provocar cardiopatías, problemas digestivos. —Esta vez soy yo la que enumero levantando los dedos, en el orden correcto, según voy hablando—. Por no hablar del estrés cronológico o los trastornos del sueño.

—Oh, muchas gracias por la información, doctora psicópata —pronuncia irónico.

—Doctora Crespo para ti, capullo.

Le guiño un ojo con descaro y cierro de un portazo tan fuerte que el sonido retumba en toda la calle y las pocas personas que hay caminando por la acera me miran con curiosidad.

16

Bienvenido al infierno

ABEL

—Será borde —mascullo—. Encima se indigna y me llama capullo.

Salgo del coche, llego al portal a tiempo de colarme dentro y corro hasta el ascensor, pero no logro alcanzarlo antes de que las puertas se cierren. Al otro lado está Rebeca haciéndome una peineta, así sin enumerar ni disimular ni nada.

Cabreado, subo las escaleras corriendo como alma que lleva al diablo. Piso el último escalón del rellano justo en el momento en el que se oye el timbre y se abren las puertas del ascensor a mi lado. Me agacho para poner las manos sobre las rodillas y recuperar el aliento, interponiéndome entre Rebeca y la puerta de su casa. Alzo un dedo para que me dé un momento, que uno estará medio en forma, pero ya tiene una edad como para correr así, como si lo persiguiera un ejército de zombis.

—Ya, ya está —musito.

Me incorporo para mirarla, dispuesto a decirle las cuatro cosas que se me han quedado atascadas en la garganta, y Rebeca, que está ahí parada frente a mí de brazos cruzados, con una ceja alzada, viene en mi dirección con una cara de mala leche que asusta, me

empuja con fuerza haciéndome trastabillar hasta que mi espalda da con la puerta de su casa, agarra mi camiseta con un puño, lo retuerce y tira para atraerme a su boca…

Sus labios se unen con los míos, su lengua quema cuando se abre paso hasta dar con la mía y nos fundimos en un beso que me sabe a pecado.

¡Iceberg a la vista!

La razón se va a tomar por saco cuando repite el gesto del otro día en mi despacho: de un salto se encarama con las piernas a mis caderas y se frota contra mi polla, que ya está dura como una piedra. Gime en mis brazos y la giro, apoyándole la espalda en la puerta para liberarme un poco del peso y ser capaz de soltar una mano, que va directa a ese top deportivo que me está matando desde hace rato. Lo bajo sin miramientos, dejándole un pecho al aire, y le pellizco el pezón.

Tocado y hundido.

Rebeca inclina la cabeza hacia atrás y suelta un jadeo sin disimulo, sin cortarse un pelo. Llevo la boca a su pecho, a su pezón erecto, que saboreo como si de la mejor delicia del mundo se tratase. Qué coño, es la mejor delicia que he probado jamás. Chupo y muerdo, y ella se agita en mis brazos. Escucho un tintineo y cuando abro los ojos y me aparto veo que tiene las llaves en alto: me las está ofreciendo.

Quizás este sería el momento adecuado para dejarla en el suelo, retroceder hasta el ascensor, que sigue con las puertas abiertas a tan solo cuatro pasos, y huir como tengo claro que sería lo más sensato. Sin embargo, se las arrebato e intento concentrarme en meterla dentro de la cerradura mientras la voz de mi cabeza me dice

un montón de cosas: que estoy loco, que mi compañera de trabajo puede estar dentro, que Rebeca es una psicópata, que esto es muy mala idea… Mi polla, por el contrario, solo grita «¡Vamooos!», y yo me encojo de hombros mentalmente. Ya tendré tiempo de arrepentirme de esto.

Por fin la cerradura cede y la puerta se abre.

—Que tenga buen día, señora Batista. —Escucho que dice Rebeca mientras mueve una mano a modo de saludo.

Abro mucho los ojos, horrorizado, y al girarme veo a una señora de unos doscientos treinta y dos años parada en el rellano con la puerta de su casa abierta, la boca y los ojos más abiertos aún, las cejas muy alzadas, con un gato en sus brazos y un perro a sus pies, tan viejo como ella, que nos mira tan petrificado y sorprendido como su dueña.

—Buenos días —mascullo. Y cierro rápido—. No parpadeaba, ¿verdad? —le pregunto a Rebeca, que suelta una risilla.

—Creo que no.

—¿Le habremos provocado un infarto?

—Bah, no creo. Solo le hemos dado un poco de vidilla.

Rebeca me besa de nuevo. La dejo en el suelo y tiro de su top deportivo, que me cuesta más de lo esperado quitárselo.

—¿¡Paola!? —grita Rebeca cuando su top cae al suelo.

—¿Qué haces? —pregunto horrorizado—. Calla, so loca.

Le tapo la boca con una mano, y ella tira con fuerza para apartármela.

—¡¡Paooo!! ¿Estás en casa? —pregunta, y espera unos segundos antes de continuar—. Vale, no está.

Me mira con una sonrisa socarrona, y yo permanezco ahí, entre pasmado y horrorizado, mientras ella me quita la camiseta y la lanza al suelo. De un par de movimientos se despoja de sus deportivas y tira de mi mano para que la siga.

Algo me dice que, si Paola está en casa y simplemente no le ha contestado, como nos pille de esta guisa, me voy a meter en problemas. Ofrezco un poco de resistencia, porque por un instante la razón empieza a gritar más fuerte que mi entrepierna, y Rebeca se gira para mirarme, extrañada.

Sonríe diabólica, como si pudiera leer mis pensamientos, y ahí mismo, en mitad del pasillo, me empuja con fuerza hasta pegar mi espalda a la pared. Lo de esta mujer con las paredes no es normal, ¿qué clase de mente perturbada tiene un fetiche con acorralar a los hombres contra las paredes? Desabrocha mis vaqueros y tira de ellos poniéndose de cuclillas delante de mí.

Joder, joder, joder.

Su mirada encendida con las pupilas dilatadas, su sonrisa con hoyuelos incluidos, su cabello revuelto, sus tetas al aire, esa postura tan jodidamente sexy y su aliento a la altura de mi polla, que acaba de sacar de mis bóxers, me roban todo el puto sentido que me queda. Trago con dificultad cuando acerca sus labios, besa la punta de mi capullo y pasa la lengua con parsimonia por toda la zona. Contengo el aliento al ver cómo abre la boca y desliza mi erección dentro de su boca, muy muy adentro, casi por entero.

He llegado al infierno y lo peor es que no quiero irme de aquí jamás.

Entrelazo los dedos en su cabello agarrándole la cabeza y embisto con fuerza un par de veces, hasta que le provoco una arcada. Me

quedo quieto y la suelto, preocupado por si le he hecho daño, pero Rebeca solo se saca mi polla de la boca, gime, recupera el aliento y vuelve a chupar y lamer hasta que las piernas me tiemblan.

Se pone en pie y se muerde el labio inferior, enrojecido, hinchado. Gruño y la beso mientras ella me va dirigiendo a su cuarto. La alzo para que me enrosque sus piernas en las caderas y la llevo hasta la cama, donde la lanzo sin delicadeza y prácticamente le arranco los pantaloncitos deportivos junto con sus braguitas, me arrodillo frente a ella abriéndole bien las piernas y observo el puto paraíso a tan solo unos centímetros de mis labios. Se me hace la boca agua. La polla me da un tirón, desesperada, pidiéndome a gritos que la folle, que la folle fuerte, rápido, contundente, pero contengo las ganas de enterrarme dentro de ella porque ahora mismo me puede la necesidad de ponerla a mi merced, de hacerla disfrutar, gemir, correrse en mis labios.

Le beso los muslos, los muerdo, los lamo trazando un sendero que me acerca cada vez más al volcán a punto de explosionar que está entre sus piernas. Deslizo la lengua de arriba abajo por todo su sexo. Su olor, su sabor me están volviendo loco. Beso sus labios, paso la lengua por ellos. Me separo un poco para colocar un par de dedos en la entrada de su coño y presiono, sin llegar a penetrarla, solo empapándome de sus fluidos y deleitando mis oídos con sus gemidos, sus «por favor», sus «joder, joder», y voy hacia la guinda del pastel: su clítoris me espera hinchado, caliente, sabroso entre mis labios. Lo chupo, lo succiono, lo muerdo suave a la vez que mis dedos se deslizan en su interior sintiendo cómo las paredes de su coño se contraen contra ellos.

Rebeca me tira del pelo, gimiendo; noto cómo todo su cuerpo se tensa, a punto de terminar, y separo mi boca.

Ella musita una letanía de por favores.

—Rebe —la llamo. Se incorpora un poco para mirarme. ¿Cómo puede estar tan sexy incluso así, con ese gesto, desquiciada de placer?—. Dime qué es lo que quieres, cómo quieres seguir.

—Cómeme hasta que me corra, Abel. Cómeme —me exige.

Apenas puedo tragar; mi nombre en sus labios le ha provocado un latigazo de placer a todo mi cuerpo, mi polla reacciona. Por primera vez en mi vida creo que voy a correrme sin siquiera llegar a meterla. Me presiono la punta con fuerza con una de las manos para poder contenerme. No quiero acabar como un puñetero quinceañero.

Y, sin pensarlo, me la como.

La devoro entera.

Con su boca gritando mi nombre.

Con su coño presionando mis dedos.

Con su clítoris contrayéndose en mis labios.

Se deja ir, y me lo bebo, me bebo su puto, maravilloso y delicioso orgasmo. Y no lo sé, ¿vale? Ya no sé si esto es el cielo o es el infierno, si ella es el demonio o no lo es, solo sé que me estoy quemando vivo y que soy suyo, estoy a su merced, haré todo lo que me pida, todo lo que quiera.

Sobre la mesa de noche veo una caja de preservativos. No me paro a analizar lo preparada que está y lo a mano que los tiene, como si hubiese planificado todo. Antes de que se despierte el monstruo que sé que se esconde bajo esa piel de diosa, con el cabello revuelto, los ojos cerrados, las mejillas encendidas, los labios

hinchados y la boca entreabierta, me incorporo para coger un condón de la caja, abro el envoltorio y me lo pongo lo más rápido que puedo.

Me acerco a ella, que continúa con los ojos cerrados y la respiración agitada, tratando de recuperar el aliento, le abro más las piernas con las rodillas y la penetro hasta el fondo de una estocada; me trago su gemido besándola para hacer que pruebe su propio sabor, lo cual, no sé por qué, me pone más cerdo aún.

La follo fuerte, rápido; celebro que se haya corrido ya porque voy a aguantar muy poco y, efectivamente, cuando sube las piernas hasta envolver mis caderas con ellas y entierra las uñas en mis brazos, balanceando la pelvis mientras mi polla entra y sale de su cuerpo con acometidas certeras, todo mi cuerpo se tensa avisándome de que se acerca al final.

Rebeca, que se da cuenta, pasa una mano entre nosotros y noto cómo se acaricia el clítoris con movimientos circulares. Hago todo el acopio de voluntad que puedo para poder aguantar un poco más; para darle tiempo, ralentizo el ritmo.

—Fóllame, Abel, fóllame fuerte —me ordena.

Y la poca cordura que me quedaba se va a tomar viento. La embisto una y otra vez, sus jadeos se confunden con mis gruñidos y, cuando su coño se constriñe alrededor de mi polla de nuevo, me corro dentro de ella.

Respiro entrecortado.

—¿Abel? —musita.

—¿Sí?

Abre los ojos y me mira.

—Bienvenido al infierno.

17

No hay tiempo para esto

REBECA

—¡Joder! Llego tarde. Mierda, mierda…

Empujo a Abel para quitármelo de encima y me levanto de un salto de la cama. Con el calentón que llevaba no me he parado a pensar en que, como la jefa de Urgencias me pille llegando tarde, me voy a comer una bronca.

—Mierda —musita Abel con voz entrecortada—. Yo también.

Se levanta para ir en busca de su ropa.

Necesitaría una buena ducha, comer algo consistente y mucho café antes de irme, pero, obviamente, no me va a dar tiempo.

Abro cajones y cojo los primeros vaqueros y la primera camiseta que pillo para vestirme a trompicones; mientras voy en busca de mis zapatillas, trastabillo al meter una pierna en la pernera del pantalón y me caigo de culo en mitad del pasillo.

—¡Au!

Abel, que viene en mi dirección cargado con un montón de ropa, la suya y la mía, y completamente desnudo aún, suelta una risilla. Yo estoy ahí tirada en el suelo, boqueando, porque antes no me ha dado tiempo de apreciar ese cuerpazo desnudo esculpido por los

mismos dioses del olimpo. Su polla medio erecta provoca una reacción titánica en todo mi cuerpo. Joder, daría lo que fuera por volver a quitarme toda esta ropa, llevarlo hasta mi habitación y follármelo una vez más. No me juzgues, que una está muy necesitada.

Llega a mi altura y me tiende una mano para ayudarme a ponerme en pie. Y, antes de que pueda terminar de subirme los pantalones, me sujeta por la cintura y me acerca a él para besarme.

—No hay *ziempo* para *eszo* —protesto con la boca llena de su lengua.

Abel se ríe. Oye, pues a este hombre le hacía falta desfogar, ¿eh? Porque desde que le conozco no lo he visto yo jamás de tan buen humor.

—Es verdad, tengo que irme: voy a llegar tarde a la oficina.

Carraspeo un poco.

—Oye, Abel. ¿Puedes… puedes dejarme en el gimnasio de nuevo? —Me mira con el ceño fruncido, sin entender—. Es que he dejado mi coche allí.

Parpadeo rápido y le ofrezco mi sonrisa más angelical. Abre la boca, indignado.

—Serás…

—Sí, sí, Satanás, ya lo sé.

Lo empujo un poco para quitármelo de encima, termino de subirme los pantalones y corro hasta la entrada para ir a por mis zapatillas.

Voy metiendo cosas en el bolso: una botella de agua, un par de chocolatinas de mi kit de supervivencia y algunas piezas de fruta; hoy me vuelve a tocar un turno de doce horas y no me ha dado

tiempo de prepararme el almuerzo. Reviso que no se haya quedado nada de ropa por ahí tirada, y Abel llega a mi altura. Suelto un jadeo al notar cómo mi sexo se contrae con fuerza cuando lo veo: viene descalzo, con los vaqueros a medio abrochar, la camiseta hecha una pasa, está todo despeinado y tiene los labios hinchados… Está más putosexy que nunca.

—Mejor… Mejor cojo un taxi —balbuceo. Abro la puerta de la calle y salgo corriendo con las deportivas en la mano—. ¡Cierra cuando salgas!

—¡Rebeca! ¡Espera! —Abel se asoma al rellano de las escaleras por donde ya estoy bajando mientras pido un taxi en la aplicación que tengo instalada en el móvil—. ¡Rebeca!

—Llego tarde.

—¡Espera! ¡Yo te llevo!

—No, tú solo… —Me paro y me giro para mirarlo—. Tú solo dile a Pao que me has perdonado.

No me paro a escuchar lo que ha gruñido ni a pensar en cómo es posible que este hombre me haga perder la cordura de esta forma. Apenas llevo unas semanas en este hospital, me he dejado los cuernos para que me trasladaran a Canarias y no me apetece absolutamente nada que me pongan una amonestación por llegar tarde.

Me pongo las zapatillas justo antes de salir del portal y un alivio me embarga cuando ya estoy subida al taxi de camino al hospital; ya pasaré a recoger el coche cuando salga de mi turno. Se acabó, al fin se terminó todo, podré dejar de perseguir a Abel por todas partes, él por su lado y yo por el mío, y Paola me dejará en paz. Todos contentos.

Para cuando estoy entrando en el hospital tan solo llego diez minutos tarde.

—¿Qué te ha pasado? —me pregunta Zaida, que justo está en la puerta hablando con una de las enfermeras y el jefe de Cardiovascular.

—Mucho atasco —le respondo sin pararme a saludarla.

Voy de camino al vestuario para coger la bata y la identificación de mi taquilla. Escucho que corretea detrás de mí.

—Te he visto bajar de un taxi, ¿qué le ha pasado a tu coche?

—Ah, sí, es que se me ha pinchado una rueda. —Entra al vestuario detrás de mí y bajo la vista a sus pies, donde lleva unos zuecos de esos horteras con estampado militar—. Uy, calzado nuevo.

—¿Te gustan? —Sonríe levantando un pie para mostrármelas mejor.

—No, la verdad.

Zaida se ríe, y yo corro hasta uno de los cubículos del baño porque en casa no he tenido tiempo ni de hacer pis. Atiende, es importante hacer pis después de mantener relaciones sexuales para evitar las infecciones. De nada.

—¿Has seguido el plan ese de ir a buscar al falso Kris al gimnasio? —me dice al otro lado de la puerta. Ni mear tranquila me deja.

Suelto una risilla.

—Sí.

—¿Y te ha servido de algo?

Me río de nuevo.

—Eeeh, pues sí, la verdad es que sí que me ha servido, sí.

Zaida suelta una carcajada. Termino de subirme los pantalones y abro la puerta del cubículo.

—Te lo has tirado. —Me espera con los brazos cruzados al otro lado. Abro la boca, sorprendida—. No lo niegues, vienes sin peinar, tienes los labios hinchados y la zona toda enrojecida —me explica señalándose alrededor de sus propios labios.

Puñetera barbita sexy de dos días; raspaba como el demonio, pero qué bueno está Abel con ella.

—¿No te equivocarías tú de profesión?

El mundo de las agencias de investigación se está perdiendo un portento aquí con mi amiga.

—Además —continúa ignorando mi pregunta—, esa camiseta no te la pones desde que teníamos quince años, cuando fuimos al concierto aquel de RBD, ¿te acuerdas?, que te morías de vergüenza porque se transparentaba. —Suelto una risilla y asiento; qué memoria prodigiosa la de mi amiga, desde luego. Zaida se ríe y, tras guiñarme un ojo, se da la vuelta y se dirige a la puerta del vestuario —. Mejor te pones hoy un pijama del hospital. No sé si te has dado cuenta, pero no llevas sujetador. Se te ven los pezones con esa camiseta.

Miro hacia abajo.

—Mierda.

Ya veía yo sonreír mucho al taxista. Me abrocho los botones de la bata, no hay tiempo para pijamas, y me cuelgo la identificación mientras sigo a mi amiga.

En la puerta del vestuario nos chocamos con la jefa de Urgencias.

—¿Dónde estabas? —me pregunta con el ceño fruncido al verme salir a toda prisa y frenar de golpe al encontrármela.

—El coche la ha dejado tirada y el taxi ha cogido un montón de tráfico —grita Zaida por mí, que ya va de camino a su puesto de

trabajo.

—Oh, vaya. Lo siento.

—Gracias —musito.

Mi jefa entra en el vestuario.

—Ah, te espera don Eugenio en el box siete.

Sonrío. Pues sí que voy a empezar bien el día.

Voy directamente hacia Lucio, que ya me espera con la tablet en la mano fuera del box.

—¿Qué es hoy? —le pregunto, tendiéndole la mano para que me dé la tablet.

—Dice que tiene una «fractura de risa» en la pierna. —Lucio pone los ojos en blanco y yo alzo las cejas, divertida. Este hombre tiene una imaginación desbordante—. Voy a buscar al doctor Peña en lo que tú lo atiendes.

Asiento.

—Buenos días, Eugenio. ¿Qué le trae hoy por aquí? —le pregunto sonriente cuando entro al box y lo veo sentado ya en la camilla.

Sonríe mostrándome los dientes o su falta de ellos, más bien.

—Mire, mire… —El hombre mueve una pierna con lentitud arriba y abajo y se empieza a reír. Cuanto más la mueve, más se ríe, hasta que termina partido, con lágrimas en los ojos, y yo me río también porque tiene una risa muy contagiosa—. Tengo un problema grave en la pierna, ya se lo dije al enfermero; creo que es una fractura de risa.

—Entiendo… —Finjo escribir en la tablet—. Una fractura de risa…, ¿y me puede explicar cómo se la ha hecho?

—Sí, sí. Anoche estaba viendo una peli de esas de comedia en la tele, y me reí tanto que noté un crujido en la rodilla. Desde

entonces, no puedo dejar de reírme cada vez que intento mover la pierna. Cuando camino es mucho peor —me explica con gesto preocupado el muy caradura.

—Oh, ya veo.

—¿Me va a recetar algo, doctora Crespo?

Me llevo un dedo a la barbilla, pensativa.

—Mmm… Creo que no.

—¿Y eso por qué?

—¿Sabe una cosa, Eugenio? —le pregunto—. La risa puede tener efectos positivos en nuestra salud. Cuando nos reímos liberamos endorfinas, que son unas hormonas que nos hacen sentir bien y reducen el estrés. Además, reír puede mejorar la función cardiovascular y fortalecer el sistema inmunológico, así que estimo que, durante el tiempo que dure esta «fractura de risa», se alargará uno o dos años su esperanza de vida. Ya ve, no hay mal que por bien no venga.

Eugenio asiente, todo serio él.

—¡¡Papá!! No me lo puedo creer. —El doctor Peña llega al box con la respiración agitada, como si hubiese venido corriendo, y pone los brazos en jarra—. Perdone, doctora Crespo, mi padre me prometió que no vendría más a Urgencias a molestar —me dice angustiado.

Lo miro seria.

—No ha venido a molestar, le ha pasado algo muy delicado. —Me giro hacia su padre de nuevo para añadir—: Teniendo en cuenta lo que le he explicado, y que los síntomas se acentúan cuando mueve la pierna, le recomiendo caminar al menos media hora todos los días. —Le guiño un ojo a Eugenio.

—Sí, doctora, se lo prometo.

Y me dirijo de nuevo a mi compañero de trabajo.

—No sea duro con él —musito para que no me escuche su padre, ahora que le está contando algo a Lucio—. Solo me ha quitado dos minutos, y este hombre… este hombre me alarga la vida.

Frunce el ceño, confundido, y yo solo sonrío.

—Gracias.

Las puertas de Urgencias se abren y entran a toda prisa los compañeros de una de las ambulancias con un señor en la camilla. Lucio y yo nos acercamos a ellos con rapidez.

—¿Qué tenemos? —pregunto.

—Paciente masculino, cuarenta y siete años. Dolor torácico y dificultad para respirar. Frecuencia cardiaca a ciento diez, presión arterial…

Y así es como me meto de lleno en el trabajo de verdad y me olvido de todo: de que he llegado tarde, de que he ido a disculparme con Abel y hemos terminado follando en casa de mi hermana y de que no he desayunado más que dos mordiscos al bocadillo de Abel y, bueno, un poco de polla, eso también.

18

Todo está bien

ABEL

Llego a la reunión por los pelos; estoy terminando de abrocharme los botones de la americana justo cuando entro en la sala.

—Ya estoy aquí. —Aún no ha llegado Joel, así que respiro tranquilo y voy hacia Paola para sentarme a su lado sin siquiera mirarla—. Buenos días —musito, y abro la mochila para sacar la tablet.

Noto cómo Paola me pone la mano en el brazo y luego me toca la frente. Le doy un golpecito en la mano para que la aparte y sonrío tenso a los compañeros del equipo directivo, que nos miran raro. Me siento como si tuviera cinco años y Paola fuese mi madre tomándome la temperatura para saber si me puede llevar al colegio. Algunas mujeres con lo del instinto maternal os pasáis, ¿eh?

Aparta rápido la mano y suelta una risilla. Creo que me he quedado rojo. No me gusta especialmente ser el centro de atención, a pesar de que últimamente me pasa demasiado, la verdad.

—¿Estás bien? —Asiento—. ¿No estás muy abrigado?

—No, estoy bien.

Teniendo en cuenta que prácticamente hemos llegado a los treinta y cinco grados, rezaré para que ninguno de los compañeros se queje del aire acondicionado, porque si no me va a dar una lipotimia. Pero teniendo en cuenta que mi idea era pasar por casa a ponerme la camisa y la corbata para que no se me arrugase la ropa en la bolsa del gimnasio y que la camiseta que llevo puesta parece una pasa, doy gracias por haber dejado una americana en el portabultos para casos de emergencia.

—Solo… me he manchado mientras desayunaba por el camino.

Joel entra en ese momento dando los buenos días.

—Mi hermana me ha dicho que se ha disculpado.

Trago con dificultad porque todavía me cuesta quitarme de la cabeza la imagen de Rebeca, abierta para mí, con el coño empapado y caliente en mis labios.

Carraspeo. No es momento ni lugar para pensar en eso.

Asiento despacio.

—Prefiero no hablar de tu hermana, por favor —le suelto seco, y la miro a los ojos—. Todo está bien.

Paola suspira a mi lado, y respiro aliviado cuando deja de insistir porque Joel ha comenzado a hablar.

El día se me pasa volando porque tengo mil cosas que hacer hoy. Hemos tenido un montón de reuniones, pero ha quedado todo resuelto. La verdad es que mi trabajo me gusta y también estoy más tranquilo porque Sofía ha dejado de estar tan rara; parece que las aguas vuelven a su cauce.

Escucho unos golpes en la puerta de mi despacho y, al levantar la cabeza, veo a Paola.

—He pedido unas pizzas y acaban de llegar. ¿Comemos juntos?

Miro el reloj buscando una excusa para no quedarme a solas con ella, porque no quiero que me sonsaque nada de lo que ha pasado con Rebeca, pero no la encuentro. Al fin y al cabo, nos llevamos bien, somos compañeros y nuestros departamentos trabajan juntos, así que decido que es mejor dejar correr todo lo sucedido y actuar como antes del encontronazo de la falsa pistola.

Asiento y me levanto para ir detrás de ella.

Hay algunos compañeros más sentados comiendo en las mesas contiguas; me quito la chaqueta, la pongo en el espaldar de la silla y nos sentamos. Paola saca un par de latas de refresco y me tiende una examinándome de arriba abajo con gesto extrañado; la camiseta sigue estando arrugada, y yo sonrío amable disimulando.

—¿Qué te ha pasado ahí?

Acerca la mano a mi cara y me pasa el pulgar con suavidad por encima del labio superior.

—Eh… No, nada… Es por el calor —contesto incómodo, y fuerzo otra sonrisa.

Sé que solo está intentando ser amable, pero es que, cada vez que me pregunta, me mira así o respira cerca de mí, me acuerdo de lo que hice en su casa con su hermana y me pongo fatal.

Carlos, Sofía y un par de compañeros más de otros departamentos entran en el área de descanso cargados con más cajas de pizza.

—¿Hoy es el día de la pizza? —pregunto.

—Hoy tienen dos por uno. —Me guiña un ojo Carlos—. ¿Nos podemos sentar con vosotros?

Cabeceo afirmando, y me siento culpable y aliviado a partes iguales porque se hayan acoplado con nosotros y podamos dejar la

conversación incómoda y el manoseo a un lado.

Saco el móvil del bolsillo para activarle el sonido. Lleva toda la mañana en silencio y ni me había acordado; veo que tengo muchas notificaciones.

Lo primero en lo que me fijo es en varios mensajes del Gobierno de Canarias:

> Educación le comunica que el alumno Roque A. O.
> ha faltado a clase hoy entre las 08:30 y las 09:30.

Hay otros cinco mensajes iguales que indican que, básicamente, Roque no ha ido al instituto en todo el día. También me han llegado las mismas comunicaciones a través del correo electrónico y de la aplicación del instituto.

Madre mía, qué control. Si mis padres llegan a tener esta aplicación cuando Lourdes y yo éramos pequeños, más de un castigo me hubiese llevado.

Me estoy convenciendo mentalmente de que simplemente será una travesura, o de que se habrá quedado dormido y ha decidido no ir al instituto, antes de ponerme en pie para salir de la sala a llamarlo, porque, la verdad, desde que estoy a cargo de Roque, siempre se me pasan por la cabeza tragedias de todo tipo y situaciones de lo más surrealistas. Debe de ser el instinto paternal, que se habrá activado desde que está conmigo, porque cuando vivía con mi hermana recuerdo que yo no era así. Es más, solía reprocharle a Lourdes que era una exagerada cuando le ocurría algo parecido.

Al abrir el registro de llamadas es cuando me doy cuenta de que tengo un par de llamadas perdidas de un número muy largo.

Debe de ser del hospital. Se me pone la piel de gallina y me levanto de golpe tirando la silla hacia atrás en el proceso.

—Perdón —musito. Carlos se levanta para ayudarme a recogerla —. Tengo… tengo que irme.

Corro a mi despacho dejando atrás a mis compañeros, que me preguntan qué ha pasado. Llego al coche y, cuando se activa el manos libres, marco el número de Roque.

—Estoy bien —contesta, y respiro aliviado.

—¿Dónde estás?

—En el hospital. Han llamado esta mañana a casa cuando ya estaba saliendo, y he venido.

—Voy para allá.

Cuelgo la llamada y no tardo en llegar al hospital; meto el coche en el aparcamiento y corro hacia el ascensor, que está lleno de gente. Un hombre sostiene las puertas cuando me ve correr hasta que estoy dentro.

—Gracias —le digo, y, justo cuando se están cerrando las puertas, alzo la vista y me encuentro a alguien mirándome con gesto extrañado a unos pocos metros de mí—. ¿Rebeca? —musito, y las puertas se cierran.

Niego confundido. No puede ser, estoy obsesionado. Llego a la habitación corriendo a toda prisa y, al entrar, la decepción me golpea con fuerza.

Lourdes sigue ahí, inconsciente, conectada a las máquinas. Roque está sentado a su lado, con los ojos rojos, como si hubiera estado llorando, y la sujeta de la mano.

—Pensé qué… —hablo en voz baja, y Roque niega.

—No, no… Está igual… Estable —musita, y se le quiebra la voz.

—¿Qué te han dicho esta mañana?

—Espera.

Roque pulsa el timbre para llamar a la enfermera, que tarda apenas unos segundos en presentarse, y me dice que justo el doctor Peña está en la planta y que ahora lo avisará para que venga a explicármelo todo.

—Señor Ortiz. —Alzo la cabeza, que tengo gacha con los dedos enterrados en el pelo, cuando escucho una voz masculina, y el doctor Peña se acerca a mí tendiéndome la mano para saludarme—. Ya tenemos los resultados de la plasmaféresis. —Asiento y permanezco en silencio—. Como le comenté, es un procedimiento complicado que nos ha llevado más tiempo del que esperábamos, pero, efectivamente, tal como habíamos vaticinado, tras las diferentes pruebas realizadas, el desmayo que tuvo su hermana se debió a una encefalitis autoinmune.

Respiro aliviado. Llevamos muchas semanas con pruebas y tratamientos de todo tipo mientras mi hermana ha estado en coma. Roque la encontró desmayada cuando volvió a casa una tarde que había quedado con sus amigos a principios de las vacaciones de verano. El doctor Peña, el especialista en neurología al que derivaron a mi hermana, nos contó que el coma de Lourdes podía deberse a una enfermedad autoinmune y llevan semanas descartando otras opciones. Es un alivio saber que, después de tanto tiempo y tantas pruebas, tenemos un diagnóstico claro.

—¿Se va a poner bien? —le pregunta Roque a mi espalda; me giro para mirar el gesto preocupado de mi sobrino y vuelvo la vista al médico.

—Haremos todo lo que esté en nuestra mano. Hemos empezado ya con la inmunoterapia para poder reducir la inflamación cerebral; esto incluye corticosteroides e inmunoglobulina intravenosa.

—Entiendo.

Bueno, en realidad no entiendo absolutamente nada, pero confío en el doctor Peña.

—Lo hemos cogido a tiempo; estoy convencido de que lograremos estabilizarla. El proceso puede ser largo, pero, si todo va según lo previsto, es probable que pueda recuperarse.

—¿Le quedarán secuelas?

—Aún es pronto para saberlo. Sea como sea, si todo va bien y responde a la medicación, esto va a suponer una carrera de fondo: Lourdes tendrá que estar sometida a un tratamiento intensivo y estar monitoreada constantemente.

—¿Se despertará del coma? —pregunta Roque con la voz rasgada.

Sé que intenta hacerse el fuerte, no llorar delante del médico, pero también estoy seguro de que está asustado, muy asustado, tanto como yo.

—No podemos confirmar nada todavía. Esperemos que sí. Luego le aguardará un largo camino de tratamientos y terapias de todo tipo, necesitará mucha ayuda.

Ambos asentimos. Lo más importante ahora es que responda al tratamiento, ir paso a paso.

—¿Por qué le ha ocurrido? —le pregunto.

—Hay varios factores que pueden desencadenar todo esto. Su causa no siempre es clara —me responde con paciencia y una sonrisa amable—. En el caso de Lourdes, pensamos que puede ser debido a una predisposición genética… —El médico se queda en

silencio con la mirada fija en algo detrás de mí, y suspiro—. Doctora Crespo…, ¿otra vez mi padre?

Giro la cabeza en dirección a la puerta de la habitación de forma instintiva para ver con quién está hablando y pierdo el color en la cara cuando me encuentro a Rebeca ahí, con el ceño fruncido, mirando a Lourdes, a mi sobrino, a mí y, por último, al doctor Peña.

—Eh, no, no. —Mueve la cabeza de un lado al otro—. Estamos muy tranquilos en Urgencias hoy y estoy haciendo una ronda por si puedo ayudar en algo.

El doctor Peña asiente y sonríe.

—Gracias. Ahora mismo lo tenemos todo controlado.

Rebeca sonríe tensa, y yo sigo ahí paralizado. Es la última persona que esperaba ver aquí y ahora. Me echa un último vistazo, se da la vuelta y se va.

19

Mi perdición

Rebeca

Me dirijo al mostrador, donde saludo amable a la enfermera de planta. ¿Qué? Cuando me interesa puedo ser una bellísima persona o fingirlo, al menos. Le pido permiso para utilizar su ordenador un momento, ya que se me ha quedado la tablet en Urgencias. He recorrido todas las puñeteras plantas del hospital y he ido habitación por habitación hasta que al fin he dado con él.

Como es la segunda vez que lo veía por esta zona en concreto del hospital en muy poco tiempo, y ahora sí estaba totalmente segura de que era él, he supuesto que venía a visitar a alguien que estaba ingresado.

¿Por qué esa necesidad de dar con él si hace unas pocas horas lo tenía enredado entre mis sábanas y ya he logrado mi objetivo? Pues no sé, ni idea, yo solo sigo a mi instinto, no soy mucho de pararme a pensar en lo que hago, solo de actuar y ya luego nos enfrentamos a las consecuencias, por si no lo has notado hasta ahora.

Busco quién está ingresada en la habitación y leo su historial. Suspiro. Debe de ser alguien importante para él y no pinta muy bien, pero es paciente del doctor Peña, el mejor neurocirujano que

conozco y, además, su padre me cae bien, eso tiene que contar. Está en las mejores manos.

Me viene genial que a Berta le apetezca hablar y no tenga nada mejor que hacer; en un rato me he enterado de que tiene cinco hijos —¡cinco!, en fin…, insensata—, que los cumpleaños infantiles en los parques de bolas son un atraco a mano armada y que, por lo visto, hay una norma no escrita que dice que tienes que invitar a los veinticinco niños que comparten clase con tu hijo y a todos sus hermanos, sobre todo si son más pequeños, porque está feo dejarlos atrás. ¿Seré muy joven para hacerme una ligadura de trompas?

Tengo vigilada la habitación desde el puesto de enfermeras mientras Berta me enseña cuarenta y cuatro fotos de su hijo Pablo, que cumple seis años. Ella dice que es preciosísimo; yo no sé qué pensar, creo que Eugenio, el padre del doctor Peña, tiene más dientes que él.

Hablando del rey de Roma, el doctor Peña sale de la habitación. Asiento a lo que me está contando Berta sin escucharla y, cuando un minuto después veo salir de la habitación al niño que estaba con Abel, me disculpo con la enfermera y corro hacia allí.

Me apoyo en el quicio de la puerta de brazos cruzados. Abel tiene la cabeza agachada y las manos enterradas en el cabello, ese cabello del que tironeé mientras me devoraba entera. Es mal momento para pensar en esto, lo sé.

Carraspeo un poco para llamar su atención y levanta la vista hacia mí.

—¿Rebeca? —Traga a duras penas—. ¡No es lo que parece!

Alzo las cejas, sorprendida, y no puedo evitar la risilla que se me escapa.

—Nunca esperé que me dijeran algo así en una situación como esta —respondo sincera y, como él sigue muy serio, le pregunto—. ¿Malas noticias?

Señalo a la mujer que está en la cama, intubada; sus constantes son estables y parece muy tranquila, a pesar de que sé que está librando la peor batalla de su vida.

Abel suspira.

—No, no… Por fin tenemos un diagnóstico y ya ha empezado con el tratamiento. Solo que… no sé si va a funcionar, si va a salir adelante, si se va quedar bien, si le quedarán secuelas, si se va a despertar siquiera…

—Vamos, que estás cagado —le interrumpo.

Abel me ofrece una medio sonrisa.

—Hasta los sobacos.

—Y te tienes que hacer el fuerte por el crío.

Asiente.

—Pero ella no es…, él no es… —intenta explicar.

Niego y alzo una mano.

—Si te puedo ayudar en algo, venir a echarle un ojo de vez en cuando… Me paso el ochenta por ciento de mi día aquí. —Me observa sorprendido, lo cual me ofende un poquitito—. Oye, que no soy tan demonio como te crees. En el fondo soy una buena persona.

Me mira con intensidad durante unos instantes; como me vuelva a nombrar la puñetera pistola-mechero, le arreo una patada voladora en toda la jeta.

—Nunca pensé que fueras médico de verdad.

Sonrío socarrona y me suena una alerta en la aplicación del hospital. Es Lucio: hay tres pacientes nuevos en Urgencias y he desaparecido hace bastante rato. Tengo que volver al trabajo.

Saco un bolígrafo del bolsillo de mi bata y me acerco a Abel. Le cojo la mano y en el dorso le escribo mi número de teléfono. No sé por qué de repente siento esta necesidad. Habíamos quedado en que ya me había perdonado y podía dejar de seguirlo por todas partes, perderlo de vista y eso.

—Qué manía con eso de escribir en las manos, ¿no? —protesta.

Suelto una risilla cuando dirige la vista hacia las mías, donde ya no queda rastro de tinta del discursito que le solté como disculpa esta mañana. Me agacho hasta quedar a la altura de su boca, entierro los dedos en su cabello y, sujetándole la cabeza, paso la lengua con parsimonia por su labio inferior.

Escucho una tos detrás de mí y, al girarme, veo al niño de antes, que se ha atragantado con el agua que estaba bebiendo justo al entrar y la ha escupido. Nos mira con los ojos muy abiertos mientras tose sin parar y se palmea el pecho. Cojo unas servilletas de la mesilla auxiliar junto a la cama y me acerco al niño, mordiéndome el labio para no partirme de risa, se la tiendo y le doy un par de golpecitos en la espalda.

—Tengo que irme.

Salgo de la habitación y me paro unos pasos más adelante, ya fuera de la vista de ambos, cuando escucho al niño preguntar:

—¿Cómo… cómo cojones has hecho eso? —balbucea.

—Roque, por Dios, que está tu madre presente, habla bonito —lo reprende, y luego musita—: Cuando se despierte se me va a caer el pelo.

—Es que… esa enfermera y tú…

—Doctora —lo interrumpe Abel corrigiéndolo.

—Esa doctora y tú… Solo he tardado cinco minutos en ir al baño y pillar una botella de agua de la máquina… ¿Cómo es posible? Necesito saber cómo has hecho eso.

Abel suelta un suspiro.

—La conocía de antes, Roque, no seas cenutrio. No me dedico a ligar con el personal médico que atiende a tu madre.

—¿Sí? ¿Y quién es?

Abel se queda callado. Apuesto a que está mirando pensativo la puerta y va a soltar algo del tipo: belcebú, el demonio personificado, satanás… o cualquier cosa del estilo, que ya nos vamos conociendo.

Resopla antes de hablar.

—Mi perdición.

20

Pues ahora lo entiendo todo

ABEL

—¿Nos vamos a casa? —le pregunto a Roque poniéndome de pie.

—¿Puedo quedarme un ratito más?

Compruebo la hora y me vuelvo a sentar. Estoy cansado y muerto de hambre, pero no seré yo el que separe a mi sobrino de su madre.

—Vale, claro. No hay problema.

—Yo solo. —Alzo las cejas, sorprendido—. Eeeh, es que me da corte hablarle a mi madre si estás ahí mirándome. Quiero contarle… mis cosas.

Suelto una risilla.

—¿Te das cuenta de que hasta hace unos meses era a mí a quien le contabas *tus cosas* y tu madre iba detrás de ti suplicándote para que hablaras con ella?

Mi sobrino sonríe.

—Era diferente. Ahora… ahora ella está aquí y tú… tú eres como mi madre, pero con menos pelo en la cabeza y más por la cara.

Me río de nuevo.

—No tienes morro tú ni nada. —Me vuelvo a levantar—. Vale, me voy a casa. Si quieres que te recoja más tarde, me avisas. —Roque

asiente—. Y no te olvides de escribirle a algún compañero para que te pase la tarea de hoy, listillo. —Pone los ojos en blanco y un gesto de fastidio—. Ya hablaremos más tarde sobre eso de no ir a clase sin siquiera llamarme para avisar.

—Sí, mami —bromea el chiquillo.

Resoplo y le revuelvo el pelo antes de salir de la habitación y dirigirme a los ascensores. La verdad es que estoy cansado y me vendría muy bien una ducha, porque me parece que han transcurrido días desde que pasé por la del gimnasio esta mañana.

Creo que esta es la conversación más larga que Roque y yo hemos tenido desde que se mudó conmigo hace unos meses. La situación ha sido bastante incómoda y extraña. Es verdad que mi sobrino y yo siempre nos hemos llevado bien, pero, tras cuatro años viviendo en Valencia, donde conseguí una oportunidad irrechazable, nos hemos visto en pocas ocasiones y el ambiente era bastante diferente, siempre de risas y fiestas o para consentirlo o consentirlo más, llevarlo al cine, al parque de atracciones, al zoológico, no sé, lo normal. Ahora… ahora no me ha quedado más remedio que asumir el papel de tutor legal, y él está tan cambiado, tan… adolescente, que no está siendo sencillo.

Cuando me viene la imagen a la mente de su llamada, de la forma en que lloraba, desesperado, asustado, cuando se encontró a Lourdes desmayada en la cocina y no tenía absolutamente a nadie más a quien acudir, se me instala un nudo en el pecho. Regresé ese mismo día; las horas más largas de mi vida. En la empresa me lo facilitaron todo y pude firmar una excedencia, pero con la clara idea de que no iba a volver a Valencia. Los amigos que dejé allí gestionaron todo para poder dejar mi casa y enviarme mis cosas.

Encontrar piso fue más sencillo de lo que esperaba porque acudí a todos los amigos y conocidos al alcance de mi teléfono y, tirando de un par de hilos más, conseguí varias entrevistas de trabajo con la intención de establecerme de nuevo en Gran Canaria de forma definitiva, donde Lourdes y Roque me necesitaban, me necesitan más que nunca.

Jamás debí marcharme y dejar sola a mi hermana con mi sobrino. No tenemos a nadie más. Somos lo único que queda de nuestra familia. Cuando me ofrecieron un trabajo en donde me iban a pagar tres veces más de lo que cobraba en el empleo en el que llevaba dejándome la piel seis años, con unas condiciones laborales inmejorables, le insistí en que dejara el trabajo y se vinieran a Valencia conmigo, que me dejara cuidar de ambos, darles una buena vida, pero no quiso y tampoco me permitió rechazar la oferta.

Me dejó muy claro que ya era hora de que yo hiciera mi vida, cumpliera mis sueños, y que ella debía hacer la suya aquí, donde tenía su casa, su trabajo, sus amigas, donde Roque iba al colegio. Dejar todo eso atrás no era una opción. Y yo entiendo su punto de vista: he estado encima de ella desde que mi padre murió, cuando yo tenía once, y ella, nueve. Mi madre ya estaba enferma entonces y, aunque luchó con uñas y dientes para salir adelante, soy consciente de que los años siguientes fueron un infierno para ella: entre operaciones, quimio, radio… Le dieron tres años y vivió seis. Mi madre era una leona y no se fue hasta que estuvo segura de que podía hacerme cargo de Lourdes. Apenas me quedaban unos meses para cumplir los dieciocho, ya hacía un tiempo que tenía la emancipación legal y permitieron que me quedase con mi hermana

cuando demostré que podíamos salir adelante, que teníamos un techo, yo tenía un trabajo, estudiaba, me organizaba bien.

La he protegido toda la vida, a veces demasiado; la he cuidado, le pagué los estudios, la ayudé a encontrar trabajo y fui yo quien la apoyó para salir adelante cuando se quedó embarazada de un rollo de una noche, quien, cuando le dijo que estaba embarazada, desapareció de la faz de la tierra. Solo tuvo que decirme que quería tenerlo, y yo moví cielo y tierra para que ambos estuvieran bien y no les faltase de nada.

Así que entiendo que he sido muy pesado, que Lourdes necesitaba hacer su vida sin que su hermano la salvase de todos y cada uno de los inconvenientes que le surgiesen, y me fui. Dejé de sobreprotegerla, de estar encima de ella todo el tiempo, y permití que se buscase la vida, y ahora está aquí, en el hospital, tan indefensa… No es mi culpa, lo sé, ni me planteo sentirme culpable por esto, pero ahora no habrá Dios que logre que vuelva a alejarme de mi familia, que es lo que más me importa en la vida.

El dinero, las comodidades, el poder irte de viaje o darte caprichos sin tener mayores preocupaciones está bien, pero no tiene punto de comparación a compartir tu vida, tengas lo poco que tengas, con la gente a la que quieres. Esta es la excusa que necesitaba para volver, porque no es que en Valencia no fuese feliz, es que me faltaba una parte importante de mí, como si de pronto tuviera que aprender a vivir sin un brazo o una pierna. Nunca me acostumbré a estar sin ellos, a pesar de las videollamadas, los mensajes constantes y las escapadas cada vez que podía.

Sonrío al recordar lo que mi madre me decía cada día antes de marcharse: «La familia es como un árbol: sus raíces nos sostienen,

sus ramas nos protegen y sus hojas nos llenan de amor». Eso he procurado desde entonces, mantener con vida, a salvo, nutrido y fuerte el árbol de nuestra familia.

Entro al ascensor, que se detiene planta por planta donde se va subiendo y bajando gente. Mis pensamientos están enredados en todas las preocupaciones que tengo encima hasta que una mujer vestida con un pijama del hospital y unas zapatillas de lo más horteras entra, me da las buenas tardes de forma distraída y, al alzar la vista y mirarme, de pronto abre mucho los ojos. Me examina de arriba abajo y de abajo arriba, entrecierra los ojos y se acerca a mi cara mucho más de lo socialmente aceptable, observa con atención y la señala.

Frunzo el ceño. Juraría que no la conozco de nada, pero tengo una memoria pésima para las caras. Igual estudió conmigo en el colegio y la he borrado de mi memoria. Cabello negro liso hasta los hombros con flequillo, ojos oscuros, gafas amarillas, labios finos… No me suena de nada, la verdad.

—¿Eres tú?

—Eeeh… —Giro la cabeza a ambos lados, y todos los demás que estaban conmigo en el cubículo se bajan. Es a mí, no hay duda—. ¿Yo? ¿Quién?

Suelta una carcajada y da un par de palmas.

—No me lo puedo creer… Pero ¡si eres el mismísimo falso Kris Evers! —Y dale con el actor ese… Se parte, la tía se parte. Esto no me lo esperaba, la verdad—. Oye, pues ahora lo entiendo todo. —Me guiña un ojo. Suena el timbre que anuncia que hemos llegado a la siguiente planta y se baja. Menos mal que ella entiende algo, porque yo estoy más perdido que un náufrago buscando wifi en una isla

desierta—. Encantada de conocerte. Le daré un beso a Rebeca de tu parte —canturrea, y se despide con la mano.

¿Por qué, Señor? ¿Por qué se me acercan todas las locas?

21

¡No me lo puedo creer!

REBECA

Dicen que el dinero no da la felicidad. No estoy de acuerdo, la verdad: con dinero puedes pagar cosas importantes, como chocolate o tatuajes, que te provocan ese cosquilleo de dicha que no se consigue de otra forma. Sin embargo, hay otras cosas que no necesitan ni un mínimo de inversión y provocan un placer inigualable, como llegar a casa después de un turno de doce horas; enterarte de que tu hermana ha quedado con su grupo de pijiamigas para celebrar un cumple y que, probablemente, no volverá hasta mañana por la mañana porque piensa dormir en casa de una de ellas para poder echarse una copa y no tener que conducir; pedirte una pizza de pepperoni, darte una ducha y tirarte en el sofá, en bragas y camiseta, a comértela viendo tu peli favorita: *El Guardián de las Sombras*. Esto es vida.

Llevaba tantos años siendo independiente en Madrid que, ahora que vivo con mi hermana de nuevo y tengo que compartir espacio, estos ratitos de tranquilidad son la felicidad en el estado más puro.

Devoro más de media pizza, un par de cervezas y una tarrina de helado de chocolate hasta que mi estómago deja de protestar por la

cantidad de horas que he estado sin probar bocado. Tengo que empezar a organizarme mejor con la alimentación y el horario de trabajo porque no puedo seguir así.

Me he pasado toda la película más caliente que el pico de una plancha, porque Kris Evers me pone cantidad, pero es que ahora… ahora encima me recuerda al falso Kris Evers, es decir, a Abel, y a la cantidad de cosas guarras que me hizo en mi cama esta misma mañana.

Y sí, si te lo estabas preguntando, he acabado la noche sin camiseta, pellizcándome los pezones con los ojos cerrados, imaginando que eran sus manos en lugar de las mías y masturbándome. Me he corrido tanto y tan fuerte que las piernas me han temblado durante un buen rato y luego me he quedado KO en el sofá. Y no, no tiene nada de malo, ¿qué puede tener de malo disfrutar un poco de la vida, de la calma del hogar, después de un día muy largo y un turno infernal en el trabajo? Nada, o eso pensaba yo, porque los gritos de mi hermana, que me despiertan cuando la luz del día ya se cuela en el salón, me hacen mirar a mi alrededor, fruncir el ceño, despistada, sin entender por qué está tan cabreada.

—¡No me lo puedo creer! ¡De verdad, Rebeca! ¡No me lo puedo creer!

¿Habré roto algo? Doy un vistazo a mi alrededor. Pues no, no parece haber nada estropeado; lo que pasa es que lo he dejado todo hecho unos zorros, así que no me extraña que esté mosqueada con lo maniática que es.

—Eeeh…, perdona, estaba agotada y me quedé dormida, ahora lo recojo todo.

—¿Aquí? ¿Te lo has traído a mi casa? —La madre que lo trajo. ¿Se lo ha dicho? Jodido chivato—. Y, por favor, ponte algo, te veo las tetas.

Me encojo de hombros; no sé por qué se pone así, si tenemos las tetas exactamente iguales. Me incorporo rápidamente sentándome. Cojo mi camiseta, que sigue en el suelo, y me la pongo.

Chisto y me paso las manos por la cara para despejarme. Despertarse así no es nada recomendable; como poco, me va a dar dolor de cabeza.

—Te juro que no era lo que pretendía, pero, no sé, lo vi ahí, en la puerta de casa, tan condenadamente sexy… Sabía que tú no estabas y perdí el control.

El grito indignado de mi hermana me da una pista de que no lo estoy arreglando mucho. Solo intento ser sincera.

—¿Está aquí? —pregunta mirando al pasillo, dando la vuelta sobre sí misma, por si Abel está escondido en alguna parte.

Frunzo el ceño, extrañada.

—No, no, qué va. —Alzo las manos a modo de disculpa—. Se fue cuando terminamos y ya está, él por su lado y yo por el mío.

—Sois unos cerdos. Mira cómo lo habéis dejado todo.

Muevo la cabeza de un lado al otro, negando, porque no sé qué le ha contado Abel, pero, vamos, que las cerdadas que me hizo él no tienen nada que ver con la que he liado yo en el salón de casa.

—No, no… En serio, esto no…

—Dame un minuto —me interrumpe alzando un dedo y marcando un número en el teléfono. ¿A quién llama ahora? Se ha vuelto loca, mi hermana se ha vuelto loca—. ¿Dunia? —¿A la chica de la limpieza?—. Necesito que nos saltemos la programación.

Pongo los ojos en blanco; qué raro pensar que mi hermana pueda haberle hecho un esquema a la chica que viene dos veces en semana a limpiar para planificar al milímetro hasta la última mota de polvo que tiene que quitar. Empiezo a recoger todo lo que dejé tirado anoche mientras la escucho darle instrucciones precisas a la pobre Dunia, que, conociendo a mi hermana, tiene el cielo ganado.

—Necesito que vayas a comprar productos para limpiar el sofá y que hoy te dediques a desinfectar el salón y todas las superficies. —Va girando para revisar todo, como si tuviera rayos X en los ojos y pudiera detectar las marcas de fluidos humanos por doquier—. Paredes incluidas.

Cómo me conoce, la muy condenada. Me muerdo el labio para evitar reír.

—Y la puerta —añado ya de camino a la cocina.

Paola suelta un grito indignado.

—Y la puerta —le repite a Dunia.

—¡Ah! Y la pared del pasillo que da a las habitaciones.

Paola suspira.

—Necesito una desinfección a fondo de todas las paredes y puertas de la casa. —Ahora sí, suelto una carcajada—. Sí, ya sé que no te he avisado con tiempo y que solo tienes dos horas, pero es importante. —Yo sigo partida de risa, ya sin disimulo—. ¡No tiene gracia! —me grita la muy bruja.

Me encamino al baño a darme una ducha; hoy tengo la mañana libre, así que mejor me voy a dormir un rato más a mi cama, todavía es temprano. Me meto en el baño, pero dejo la puerta abierta para escuchar lo que dice.

—No es a ti, perdona, Dunia, es que he llegado a casa y no veas el panorama que me he encontrado. Mi hermana se debió de traer anoche al ligue de turno, aprovechando que yo salí con las chicas, y cuando he llegado estaba desnuda, en mi sofá. ¡Puaj! ¡En mi sofá! Donde yo me siento todos los días a relajarme y a cenar. —Nota mental: tengo que comprarme una tele para mi habitación y evitar así estas escenitas—. Y menos mal que el pobre infeliz ya se había marchado. A saber a quién se ha ligado ahora, porque el último tenía la edad de tu hijo, por lo menos. —Abro mucho los ojos, desconcertada. Y la boca, la boca también. Abel no le ha contado nada, ha dado por hecho que me he liado con alguien aquí porque me ha visto en bolas en el sofá—. Si me llego a encontrar a un desconocido en casa, desnudo, haciendo vete a saber qué guarradas con mi hermana… Eso va para trauma, ¿y tienes idea de lo cara que es la terapia? Vale, vale… Lo entiendo, me las apañaré.

Me río y cierro la puerta del baño. Paso de escuchar más chorradas. Me ducho con parsimonia, me lavo el pelo y me lo seco con el secador. Si hay algo que odio es acostarme con el pelo mojado.

Para cuando salgo del cuarto de baño, envuelta en una toalla, tengo que contener una carcajada cuando veo a mi hermana con un pañuelo en la cabeza, una mascarilla y unos guantes de goma frotando una pared con un estropajo, que moja en un cubo, y vuelve a frotar. Eso sí, los tacones no se los ha quitado, que una será escrupulosa, pero el glamour es el glamour.

—Ni una sola palabra —masculla.

Alzo las manos en son de paz, me giro y me encamino a mi habitación. Me tiro en la cama y enciendo el teléfono, que lo puse a

cargar ayer cuando llegué del trabajo porque ya se le había muerto la batería y no lo he mirado desde entonces.

Me entran varias notificaciones y frunzo el ceño, extrañada, porque no es que tenga yo una vida social la mar de activa.

@Número desconocido:
Soy Abel

Te apetece quedar y te cuento un poco de qué iba todo eso del hospital?

@Zaida:
He conocido al falso Kris Evers!

Ya te vale, tía, que todavía tiene la cara medio verdosa por el golpe

Menudo mamporro le debiste de arrear

@La gemela insoportable:
Ya estás en casa?

Qué haces?

Por favor, no te lleves a ningún desconocido a casa

Por qué no contestas?

Las chicas dicen que seguro que estás en mi casa haciendo guarradas con un tío cualquiera

Se equivocan, verdad?

Por tu madre, Rebeca

Dime que no has llevado a nadie a mi casa

Lo sabía

Sabía que no tenía que salir hoy

Y que te ibas a llevar al primer delincuente sexy que te encontrases por ahí

Por favor

Qué asco, tía

Qué asco

Dejo de leer la retahíla de mensajes, porque hay muchos más, suelto una carcajada y me tiro en la cama.

Tecleo rápido.

Hoy trabajo hasta muy tarde, pero mañana tengo turno hasta las nueve de la noche

Me invitas a comer algo después?

Si tú supieras a lo que te invitaría yo a comer a la hora que quieras

Se me escapa una carcajada. No hacía a Abel tan atrevido y me gusta, la verdad, me gusta.

Eso es un sí?

Dame media hora para darme una ducha en el trabajo

Me aseguraré de ir con mucha mucha hambre

A las nueve y media te recojo allí

22

Me muero de hambre

ABEL

Ya en la puerta del hospital, saco el móvil y releo una vez más su último mensaje:

> Me aseguraré de ir con mucha mucha hambre

Y no sé por qué esas ocho palabras provocan, una vez más, una sacudida en mi cuerpo. En una parte muy concreta de mi cuerpo, para ser exactos.

Desde hace unos meses, cada vez que me acercaba al hospital, una angustia se apoderaba de mí por la idea de perder a mi hermana y por el pánico de que Roque se quedara sin ninguna figura paterna tan joven, como me pasó a mí cuando tenía unos pocos años más que él. Sé lo duro que fue, sé lo fuerte que tuve que ser entonces y todo lo que tuve que sacrificar, y lo haría de nuevo, pero yo tenía alguien por quien luchar, la tenía a ella, a mi hermana pequeña. No querría que Roque sintiera que ya no le

queda nadie; siempre estaré aquí para él porque lo quiero con toda mi alma.

Sin embargo, ahora, estar aquí, después del día que he pasado, me hace sentir esperanza. Mi hermana ha empezado a responder al tratamiento y, aunque sigue en coma, los médicos son optimistas. Y luego está ella, Rebeca, Belcebú o como quieras llamarla, que lo pone todo patas arriba, que me hace reír como nadie, que me hace desear como nadie lo ha hecho nunca, que me desquicia un poco también como ninguna otra persona ha logrado, que me provoca tanto sin el más mínimo esfuerzo… Siempre creí que el demonio era un ser cruel y malvado que si aparecía en mi vida sería para consumirme en las llamas del infierno. Nunca pensé que fuera tan placentero quemarse vivo.

—Jo… —balbuceo al alzar la vista y verla salir del hospital— jodeeer.

Va enfundada en un minivestido negro que se adapta a todas las curvas de su cuerpo, como si de un guante se tratara, y que deja muy poco a la imaginación, con un escote drapeado, que le cae hasta el abdomen dejando la curva de los pechos al aire, y botas de estilo militar.

La polla me da un tirón y no me paro a pensar en que igual debería disimular, porque estoy en la puerta de su trabajo, aunque a ella, que también me recorre de arriba abajo con la mirada y estoy seguro de que se ha dado cuenta, no parece molestarle.

Sonríe socarrona al verme ahí boqueando como un pez. Los bucles de su cabello rubio con las puntas rojas dan la sensación de ser llamas que envuelven su cara, tan sexy con esos hoyuelos y los ojos enmarcados en un maquillaje oscuro.

Se acerca a mí con paso decidido, apoya las manos en mis pectorales y me da un beso en la mejilla para luego susurrarme:

—Te alegras de verme, ¿eh?

Mi brazo, posesivo, la estrecha por la cintura y me doy cuenta de que el vestido deja toda la espalda al aire, de que estoy palpando piel. Me siento como un crío frente a los regalos de Navidad, ansioso por abrirlos, a pesar de que tengo claro de que me voy a tomar todo el tiempo del mundo para desenvolver este. Trago con dificultad y asiento.

—¿Tienes hambre? —le pregunto con la vista clavada en sus ojos celestes.

Nunca unos ojos de un color tan claro como el cielo, que en su hermana le dan un aspecto inocente y tierno, me parecieron tan atrevidos, tan sexis, tan malvados.

—Me muero de hambre.

Asiento y sonrío, y no, no la beso, porque, joder, esta noche quiero disfrutar de esto, deleitarme en el postre, en ella, y devorarla como si hoy fuera mi último día en la tierra, y ella, mi última voluntad hecha comida, toda para mí, dispuesta y deliciosa.

He reservado mesa en un restaurante tranquilo, en la zona del barrio pesquero de San Cristóbal. La noche está despejada y la brisa fresca se agradece con el calor que ha hecho estos días, así que pido mesa en la terraza de la planta superior, que está prácticamente vacía, desde donde se aprecian unas vistas espectaculares de toda la zona costera, con las olas del Atlántico restallando contra los millones de guijarros y el torreón de San Pedro, que se alza a pocos metros de la orilla.

Si en algún momento pensé que nos iba a costar romper el hielo después de habernos comunicado verbalmente más bien poco y solo para tirarnos los trastos a la cabeza, estaba muy equivocado. Me río a carcajadas cuando me explica la escenita que le montó Paola ayer, cuando por un momento creyó que yo le había contado lo que había sucedido; aunque ha sorteado mi pregunta de por qué dormía desnuda en el sofá, mi mente hace un esfuerzo monumental para atender a lo que me cuenta y olvidar esa imagen que me ha venido a la cabeza de qué hacía exactamente, dónde estaban sus manos, en qué postura estaba, cómo se extendía el cabello a su alrededor… Y no lo estoy consiguiendo demasiado.

La verdad es que no se me ocurriría contarle nada a Paola. No sé por qué, algo dentro de mí me dice que mejor me guardo esa información, que a ella no le iba a hacer ninguna gracia, sobre todo porque tengo claro que esas dos se llevan como el perro y el gato.

Por el contrario, Rebeca me deja sin aliento, me provoca un millón de sensaciones, me despierta ganas de hacer cosas que, con mi edad y los dos dedos de frente que tengo desde que era tan joven, nunca se me han pasado por la cabeza hacer. Por ejemplo: mientras esperamos a que nos traigan la comanda, colar la mano por debajo de la mesa, deslizarla dentro de su vestido sorteando sus braguitas y hundir los dedos en la humedad prieta de su coño. Mientras tanto, ella disimula dándole algún que otro sorbo a su copa con la vista puesta en el mar hasta que me clava las uñas en el brazo; acelero el movimiento, a pesar de que el camarero ha llegado y está colocando los platos en la mesa, y noto cómo se corre mientras le doy las gracias al buen hombre con una sonrisa amable.

Saco la mano de sus braguitas.

—Uf, me muero de hambre —digo con una sonrisa canalla; ella abre los ojos, que ha cerrado un instante tratando de recuperar el aliento de la forma más disimulada posible. Cuando me mira, me llevo los dedos a la boca y los chupo—. Mmm…, delicioso.

Cubro su gemido quedo con un carraspeo y escondo la risa en la copa de vino.

—Y luego Belcebú soy yo —musita—. Hay que joderse.

—¿Cómo sabes que te he grabado en el móvil como Belcebú? —pregunto sorprendido.

Rebeca abre la boca, indignada, mira a nuestro alrededor y, al ver que nadie nos presta atención, me tira una patata frita de su plato. Con muy mala puntería, todo sea dicho.

—¿Me has grabado como Belcebú?

—Belcebú sexy, en realidad.

Niega con una sonrisa, levanta la copa y brindamos con el vino blanco, que ha elegido ella y está buenísimo.

—Oye, pues, cuando no me persigues en plan psicópata con un arma en las manos, pareces simpática y todo.

Rebeca suelta una risilla y pincha un trozo de pescado, que se lleva a la boca. Mastica y se pone la mano delante para rebatirme:

—Era un merchero, chaval, solo era un mechero, y tú te measte en los pantalones… —La sonrisa se me fulmina, y ella se da cuenta —. Perdona. —Suelta el tenedor—. A veces no tengo filtro y sé que no tiene gracia, la verdad. Debiste de asustarte mucho. Lo siento.

Sonrío sorprendido.

—Al fin, una disculpa sincera.

Rebeca se encoge de hombros y eleva la comisura de los labios en una sonrisa ladeada un tanto tensa.

Suspiro y comemos un rato en silencio que se va tornando incómodo por momentos. Nos lo estábamos pasando bien y no quiero que las cosas se pongan raras, pero contarle lo que me pasaba por la cabeza en aquel momento no sé si es buena idea, no quiero hacerla sentir mal.

La miro con intensidad. No es que me cueste hablar del tema; muchos años de terapia me costó poder expresarlo en alto sin romperme. Con todo, en realidad apenas nos conocemos y no sé si es buena idea. Suspiro una vez más y me dispongo a soltarlo rápido y sin anestesia.

—Cuando tenía once años, vi cómo disparaban a mi padre en la tienda de la gasolinera donde trabajaba.

Rebeca abre los ojos, horrorizada.

—No. —Niega—. Te estás quedando conmigo. —Suelta una risilla nerviosa, y yo muevo la cabeza de un lado al otro. Le doy un momento para asimilarlo—. ¿Es una broma? Es un poco cruel —musita mirándome seria y con el ceño fruncido.

No quiero cortar el rollo de una noche perfecta con todo el drama familiar que viví de niño, así que intento resumir.

—No —niego—. No es broma. Mi padre tenía turno de noche, yo me había quedado a dormir en casa de un amigo, que se puso muy enfermo a eso de la medianoche. Llevaba todo el día quejándose de dolor abdominal, y sus padres pensaron que solo era un empacho, pero no, tuvieron que salir corriendo al hospital cuando, doblado de dolor, se puso a vomitar como la niña de *El exorcista*.

—¿Apendicitis? —pregunta ella, y yo asiento.

—Los padres de Pablo hablaron con el mío y, cuando mi amigo accedió al área de Urgencias con su madre para que le hicieran

pruebas, su padre me llevó a la gasolinera, que estaba muy cerca. No quiero recrearme mucho en el drama, ¿vale? —Rebeca asiente—. Unos tíos entraron en la gasolinera, estaban armados y no creyeron a mi padre cuando les dio unos cientos de euros que había en la caja y les dijo que no tenía más. Apenas había dinero en la tienda porque su jefe había pasado en algún momento de su turno a llevarse la caja de todo el día para poder ingresarla al día siguiente en el banco.

—¿Le dispararon? —pregunta asombrada, y yo cabeceo afirmando —. ¿Le dispararon delante de ti?

Asiento.

—Yo estaba escondido detrás del mostrador; no me vieron, pero, bueno, ya sabes… Tres, dos, uno…, y me hice pis encima.

Rebeca se tapa la cara.

—Dios, Abel, lo siento, joder, lo siento. —Se destapa para mirarme —. Qué horror. Yo no podía saber, yo no… —se deshace en disculpas.

—Rebe, para. No era mi intención hacerte sentir culpable. En tu casa, yo estaba seguro de que todo aquello solo era una broma macabra, pero la situación me pudo… y solo quería que lo entendieses.

Rebeca se pone de pie y deja la servilleta en un lado. Es probable que me haya equivocado. Hasta ahora nunca había sentido la necesidad de contarle a ninguna chica lo que le pasó a mi padre, aunque, sinceramente, nunca he estado con ninguna en una situación como la nuestra.

—No sé cómo tú… Cómo yo, yo qué sé, no sé cómo… Esto, tú y yo… —dice señalándome a mí y después a ella—. Mejor… mejor me

voy a casa.

—Calla ya, por favor, y siéntate.

Desvío la vista a nuestro alrededor: la poca gente que hay en la terraza nos mira con curiosidad. Rebeca se da cuenta y se sienta de nuevo.

—Lo siento.

Pongo los ojos en blanco.

—Prefería tu versión demoniaca. —Suspiro. Ya que estoy, mejor se lo cuento todo—. Mi madre murió unos años después, y yo me hice cargo de Lourdes. —Me mira con el ceño fruncido—. La chica del hospital, la mujer que estaba en la cama cuando entraste en la habitación. —Asiente—. Es mi hermana, y Roque, mi sobrino.

Asiente de nuevo.

—Y ahora vamos a pedir otra botella de vino —le explico—, vamos a brindar porque a peor la noche no puede ir, vamos a comer y a beber, no descartemos todavía una tercera botella, y luego vamos a coger un taxi hasta… ¿tu casa?

Niega.

—Está Paola. No quieres ir allí, seguro.

—Vale, cogeremos un taxi a mi casa y nos vamos a divertir juntos. Y, sobre todo, nunca vamos a volver a nombrar el tema de la falsa pistola, ¿entendido?

Cabecea afirmando, aunque no parece muy convencida.

—Vale.

—Ah, y mejor dejamos lo del falso Kris también. —Rebeca sonríe y un alivio me embarga—. Por cierto, creo que he conocido a una amiga tuya.

Se muerde el labio, conteniendo la sonrisa, y asiente.

—Lo sé.

—¿Todas tus amigas están tan piradas como tú?

—Teniendo en cuenta que solo tengo una amiga aquí y que Zaida no puede estar más tarada, voy a contestar que sí. Pero antes de dar por zanjado el tema…, quiero que sepas que hay una historia escondida detrás de mi falsa pistola —añade poniéndose seria de nuevo.

—¿Me la quieres contar?

Niega.

—Demasiadas emociones por hoy, ¿vale? Es la primera cita más intensa que he tenido nunca.

—¿Esta es nuestra primera cita? —pregunto, y ella asiente—. Vaya, pero… pero ya hemos follado.

Se encoge de hombros.

—Ya ves, el orden de los factores no altera el producto.

Río.

—Ya veo. —Ella sonríe también—. No me lo tienes que contar si no quieres, ¿vale?

Rebeca asiente y cambiamos de tema. Charlamos un rato más y, cuando le pregunto cómo dio conmigo en el gimnasio, suelta una risilla, me guiña un ojo y bebe de su copa. No me lo va a contar. No descartemos todavía que tenga ante mí a una psicópata en potencia, por si acaso. La psicópata más sexy de la historia de las delincuentes, pero psicópata, al fin y al cabo.

—Ah, espera, mira lo que he recibido.

Saca el teléfono del bolso, trastea un poco con él y me muestra la pantalla.

@Número desconocido:
Si Abel no se decide, ya sabes dónde encontrarme

Además, yo estoy mucho más bueno que él, dónde va a parar

Me gusta el café y soy muy agradecido

Cuando quieras te lo demuestro

(Soy Samu)

—Ah, muy bien. Cambiaré de gimnasio —bromeo—. Traidor…

Rebeca suelta una risilla.

No sé cómo lo hemos hecho, pero la noche vuelve al punto de partida y acabamos medio montándonoslo en un taxi de camino a casa. Menos mal que Roque esta noche se queda con unos amigos.

Cuando entramos en casa, nos olvidamos de todo y solo nos centramos en nosotros, en lo que nos pide el cuerpo, en el calor que de pronto nos consume.

23

Tú no me has visto

REBECA

Me despierto a una hora incierta porque me duelen partes del cuerpo que no sabía ni que podían doler. Nos hemos empleado a fondo y no sé a qué hora caímos, pero, viendo la cantidad de luz que entra por la ventana, hemos dormido un buen rato.

Por suerte, hoy tengo el día libre y no tengo prisa ninguna.

Me levanto de la cama sin hacer el menor ruido, encuentro las bragas hechas un ovillo tiradas en el suelo y me pongo la camiseta que me prestó Abel anoche para dormir y que sigue doblada en el mismo lugar donde la dejó cuando salimos de la ducha por última vez. Salgo descalza del dormitorio, paso por el baño y me dirijo a la cocina a beber agua; mejor le llevo un vaso a Abel también, porque hidratarte cuando haces mucho ejercicio es importante.

Tarareo al tiempo que cojo un par de vasos del mueble que está sobre el fregadero y los coloco en la encimera, abro la nevera y sirvo el agua. Tengo esa sensación que había olvidado de que, cada vez que muevo un músculo, un dolor placentero me ataca, reflejo de la intensa noche, así que cuando muevo las caderas al ritmo que tarareo se me escapa un gemidito y un ronroneo. Bebo y pongo mi

vaso dentro del fregadero. Cuando me doy la vuelta dispuesta a llevarle a Abel el agua, una excusa maravillosa para despertarlo y que solucione el hormigueo que se ha despertado en mi clítoris, veo al niño del hospital sentado a la mesa del comedor con una taza en la mano parada a mitad de camino hacia la boca y mirándome con los ojos muy muy abiertos.

Ups. Niño traumatizado en tres, dos, uno…

—Eeeh, ¿hola? —Nada, no habla ni se mueve ni pestañea—. ¿Eso es café? Mataría por un café —digo, toda amabilidad.

Con ese tonito dulce casi parezco mi hermana. Está petrificado; mejor cambio de táctica, esta no funciona. Carraspeo, alzo la mano que tengo libre y muevo los deditos, cual ente espectral, y vuelvo a mi tono normal.

—Uuuh. Solo quería decirte que no soy real, soy una invención de tu mente.

A pesar de que sigue tieso como un palo, su gesto se torna horrorizado.

«Muy bien, Rebeca, qué buena idea decirle a un niño que tiene a su madre ingresada en el hospital por una enfermedad autoinmune en el cerebro que está teniendo visiones». Niego moviendo la cabeza de un lado al otro.

—No, no…, no te asustes. No es malo, es normal, son las hormonas de la adolescencia y eso. —Nada, no habla. Yo comienzo a caminar de espaldas por el pasillo: mejor desaparezco—. Yo no he estado aquí. —Sigue sin parpadear. Se va a hacer daño en los ojos; espero que Abel tenga suero porque se le van a quedar secos como la mojama—. Tú no me has visto. A lo tuyo, sigue a lo tuyo.

—¿Qué haces? —pregunta Abel detrás de mí, haciéndome dar un respingo. Me giro hacia él y le señalo a Roque—. Ah, ya veo.

Se le escapa una risilla al ver el gesto de su sobrino. No sé qué le hace tanta gracia. Como le dé una infección en los ojos al niño por la falta de hidratación verás qué disgusto se va a llevar. Parpadear es una acción esencial para la salud de nuestros ojos, te lo digo yo. Lo que estás aprendiendo conmigo no te lo esperabas, ¿eh? De nada.

—Voy a vestirme —susurro, y le tiendo el vaso de agua.

Abel asiente, y yo corro hacia el cuarto.

—Qué pronto has llegado —le dice con voz cantarina a Roque—. ¿Te lo has pasado bien con tus amigos?

—¿Cómo… cómo cojones has hecho eso?

—Las palabrotas, Roque, joder, las palabrotas.

Suelto una risilla y cierro la puerta. Me cuesta un rato dar con el vestido, y agradezco mentalmente el habernos desnudado en la habitación porque, si ya el adolescente de ahí afuera está medio traumatizado por las dos veces que nos hemos cruzado, si encima encuentra ropa mía por todas partes, te puedes imaginar. No, no, mejor no me lo imagino, que la adolescencia es muy jodida.

Me siento en la cama para mirar el móvil. Al menos anoche avisé a Paola de que iba a dormir fuera y no tengo ciento veinte mensajes suyos acosándome para saber dónde estoy o qué estoy haciendo. Tan solo, uno de mi abuelo de anoche.

Puedes llamarme?

Cuando puedas

Es urgente

Alzo las cejas, sorprendida y preocupada a partes iguales, y marco el número de mi abuelo en el mismo momento en que Abel entra en la habitación.

—¿Ya te vas? —me pregunta al verme vestida.

Y su gesto de desilusión me provoca un cosquilleo en el estómago que ahora no tengo tiempo de atender porque estoy muy ocupada visualizando catástrofes de todo tipo con mi abuelo como protagonista.

Alzo un dedo para que me dé un momento y me digo que no será nada tan tan urgente, seguro, porque si no me hubiese llamado directamente, ¿verdad? Nadie en su sano juicio le dice a su nieta: «Oye, cariño, cuando tengas un hueco me llamas, que estoy sufriendo un infarto de miocardio; tú tranquila, que yo espero a que estés libre y mires el móvil».

Aun así, no puedo evitar preocuparme.

Mi abuelo contesta al otro lado.

—Niña, menos mal… —Su tono agobiado me pone la carne de gallina, y me levanto—, menos mal que has llamado ya, estaba empezando a preocuparme.

Las manos empiezan a temblarme, el corazón se me acelera y, cuando se me tensan los músculos del cuerpo, percibo una sensación de dolor, esta vez nada placentera.

—Ay, abu. Ya voy, ¿estás bien? No te preocupes, cogeré un taxi y llegaré enseguida, no te muevas de ahí.

—Yo puedo llevarte —me dice Abel, que ya está abriendo el armario para coger algo de ropa.

—Abel puede llevarme, sí, mejor —balbuceo con la respiración entrecortada.

—Ah, pues sí, sí, mejor que vengas con tu Abel. —¿Mi Abel? Alzo las cejas. Bueno, ya lo corregiré luego, no hay tiempo para eso ahora—. Te espero en la puerta del juzgado en una hora. Nos dijeron que teníamos que presentarnos con dos testigos para la boda, pero cuantos más mejor, ¿no?

—¿Quéééé?

Me caigo de culo. Por suerte, doy con el mullido colchón de la cama de Abel.

—Ah, y díselo a tu hermana, por favor.

Y me cuelga.

—Ay, Dios mío.

Puto viejo, el susto que me ha dado.

Miro la pantalla del teléfono; estoy flipando. Abel está terminando de ponerse una camiseta.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien? ¿Con quién hablabas? ¿Era Paola? —me atropella a preguntas con el gesto pálido al ver que me he quedado más petrificada que su sobrino.

—¿Puedes… puedes llevarme a casa de mi hermana? —musito, y él asiente. Me pongo de pie y miro hacia abajo—. ¿Voy bien para una boda?

—¿Qué?

—Que creo que mi abuelo se casa con su pichoncito en una hora y necesita dos testigos. Tengo que ir a por Paola.

Abel me mira preocupado unos segundos, sopesando si me ha dado un síncope y estoy diciendo cosas sinsentido, y luego suelta una carcajada.

—¿Tu abuelo se casa en una hora? —Asiento—. ¿Y te acaba de avisar? —Asiento una vez más. Se está partiendo de risa el tío; a mí no me hace gracia. Que a mí que se case el buen hombre me parece bien, pero a ver cómo me libero yo del pico de cortisol que me ha generado con el susto—. Ya veo de quién has sacado tu lado pirado.

Sonrío diabólica y me cruzo de brazos.

—Te ha invitado a ti también, ¿te apetece que vayamos juntos a buscar a Paola para ir a la boda de mi abuelo?

A Abel se le fulmina la sonrisa.

—Eeeh. —Niega—. Mejor no.

Mueve la cabeza de un lado al otro en repetidas ocasiones. Ya verás. En una de estas se va a marear y va a terminar de morros en el suelo.

—Anda, vámonos ya, que tengo que cambiarme.

Corro detrás de Abel hacia el salón, donde su sobrino sigue sentado a la mesa, sorbiendo de la taza y mirando algo en el móvil. Al alzar la vista y vernos ahí, abre mucho la boca. Ya empezamos… Quizás es por mi vestido, que no es muy apropiado para ojos inocentes.

—Roque, tengo que salir un rato. Vuelvo enseguida —le explica Abel ya de camino a la puerta.

Roque asiente sin cerrar la boca; bien, al menos ya ha dejado de estar paralizado.

—Encantada, Roque.

Le guiño un ojo y le lanzo un beso, y a la criaturita se le tiñen las mejillas de rojo.

Cuando estamos dentro del ascensor, Abel recibe un mensaje que leo sin querer. Es de Roque.

Cómo cojones has hecho eso?

Suelto una risilla, y Abel chista y niega.

—Mi hermana me va a matar cuando se dé cuenta de todas las palabrotas que dice desde que vive conmigo.

—Bah, es un adolescente, es normal.

Abel me sonríe y me coloca un mechón de pelo.

—¿Cómo puedes estar tan sexy hasta con esa pinta de oso panda? —me pregunta.

Alzo las cejas y me doy la vuelta para mirarme en el espejo que está a mi espalda. Suelto un gritillo al ver todo el maquillaje corrido. Dios, qué horror. Le doy un manotazo en el abdomen a Abel.

—¡Au!

—Maldito, me podías haber avisado para lavarme la cara en tu casa. —Él suelta una risilla—. Y yo que pensaba que tu sobrino me miraba con ese gesto porque le parecía guapa.

—Estás preciosa.

Abel me abraza por la cintura para atraerme hasta él, me aferro a sus bíceps y me besa en los labios. Aprieto un poco; ay, cómo me ponen estos brazos de empotrador.

—¿Cómo puedes tener todos los músculos tan duritos? —Alza una ceja, divertido, al mismo tiempo que mueve las caderas, dejándome ver qué otra cosa tiene durita, y le golpeo en el brazo esta vez—. Tienes la mente muy sucia, que lo sepas, y yo que creía que eras un trozo de pan.

—Las apariencias engañan.

Alza ambas cejas un par de veces.

—Ya. —Suspiro—. Que me lo digan a mí, que siempre se creen que mi hermana es una santa y yo soy un diablo.

—Es que eres un diablo —suelta con una risilla—. Y tu hermana es un ángel.

—Sí, sí… Tú sigue fiándote de eso…

Abel vuelve a reírse y me besa una vez más; un beso demasiado corto porque hemos llegado a la planta del aparcamiento y las puertas se han abierto. Me quedaría aquí, pegada a su boca, todo el día.

Una vez en el coche, con el cinturón puesto, llamo a mi hermana.

—¡Buenos días! —canturreo feliz cuando contesta con voz adormilada al otro lado.

—¿Eh? ¿Qué pasa?

—¿Estabas dormida aún?

—Son las diez de la mañana de un sábado, claro que estaba dormida, como las personas normales. La pregunta es por qué no estás dormida tú —protesta.

—Ah, yo te lo explico: porque voy de camino a casa a buscarte. Más vale que te levantes y vayas preparando alguna ropa pija…

—¿Qué?

—Bueno, cualquier ropa de esa que te pones todos los días para ir a trabajar puede valer. Ah, y busca algo que no sea muy rosa para mí, por favor.

—¿Estás borracha? —Niego—. ¿Drogada?

—Que no, pesada. Voy de camino a casa a recogerte para irnos al juzgado. El abu se casa.

Cuelgo antes de que el grito inmundo que sé que va a soltar me deje sorda, y me río. Solo por este instante le agradeceré a mi

abuelo eternamente lo que nos acaba de hacer.

24

No se me puede acercar nadie normal

ABEL

Conduzco de vuelta a casa y, después de desayunar y darme una ducha en condiciones, llevo a Roque al hospital para ver a mi hermana. Mi sobrino, que desde que entró en la adolescencia el ochenta por ciento del tiempo está callado, responde con monosílabos o solo habla de videojuegos con una jerga extraña que me cuesta comprender, se ha pasado todo el trayecto haciéndome doscientas treinta y dos preguntas acerca de Rebeca.

—¿Cómo la conociste? —insiste por décima vez.

—No quieres saberlo.

Lo siento, me niego a contarle que fue la que casi me parte la nariz y mucho menos la de la pistolita del demonio, nunca mejor dicho.

—¿Por qué? —inquiere mosqueado, y me quedo en silencio—. ¿No fue en el hospital? ¿Seguro? —Niego—. Pero ¿ya sabías que era médico?

Vuelvo a negar.

—Que no…, ni siquiera sabía que trabajaba en el hospital.

—¿Seguro? —Será desconfiado el jodido chiquillo—. ¿O es que te curó alguna ETS y ahora te avergüenzas de no haber usado protección y por eso no me lo cuentas?

Evito dar un volantazo. Conducir con adolescentes en el asiento del copiloto debería estar catalogado como deporte de riesgo.

—¿Qué? ¡Nooo! ¿Y tú cómo sabes lo que es una ETS?

—Abel, por favor, ya tengo una edad…

Me paro en el stop y lo miro desconcertado.

—¿Una edad? —Frunzo el ceño—. ¿Cómo que tienes una edad? Por tu madre, Roque, que eres un crío y no estoy preparado para esto.

Miro a ambos lados y, cuando compruebo que no vienen vehículos, arranco para entrar en la rotonda de acceso al hospital.

—¿Para qué? —me pregunta con el ceño fruncido.

—Pues para esto, para la charla, para que salgas con chicas y todo eso.

Mi sobrino suelta una risilla que no sé qué significa. Estoy entrando en pánico.

—Oye, Abel, ¿puedo hacerte una pregunta?

Ay, Dios. Ay, Dios. Ese tono angelical… Muero. Piel de gallina. Hiperventilo.

—Dime —contesto con miedo.

—¿Te lo has montado con ella mientras iba vestida solo con la bata?

¡La madre que lo parió!

—¿Quéééé? Pero ¿tú quieres que tengamos un accidente? ¿Cómo me vas a preguntar eso, desgraciado?

Roque se carcajea, se parte de risa el tío, e intento circular por la rotonda sin comerme ningún coche mientras me viene a la cabeza la imagen de la Rebeca más sexy y malota con un conjunto de lencería negro, liguero y medias incluidas, y con la bata del hospital abierta.

Trago con dificultad y piso el freno a lo bruto cuando un coche que está por el carril de dentro se me cruza disparado para tomar la salida.

—¡Au! Joder, pues sí que te pone nervioso la mujer —protesta mi sobrino tirando del cinturón, que se le ha clavado en el torso por el frenazo, como si fuera culpa mía.

—Perdón —mascullo.

Nos quedamos en un silencio que agradezco hasta que por fin entro a la zona del aparcamiento; busco uno libre y estaciono de culo.

—Está buena —sentencia mi sobrino cuando apago el motor, y asiento porque lo que es es. ¿Qué le voy a rebatir al crío?

Suspiro y doy gracias por saber que Rebeca no trabaja hoy y que no nos la vamos a volver a cruzar aquí.

Una vez en la habitación, me quedo un rato ahí, sentado junto a mi hermana, observándola y rezándole al dios que sea que exista para que se despierte, para que Roque no se quede sin su madre, para que todo salga bien. Todo tiene que salir bien.

Y ahí estoy, sumido en mis pensamientos más profundos, cuando noto que Roque me mira divertido.

—Eh, Abel, ¿no quieres ir a tomar algo a la cafetería?

Niego.

—No, gracias, acabo de desayunar —respondo distraído.

—Pues ve a dar una vuelta, a ver si ves a tu doctora sexy, que yo quiero hablar con mamá un rato.

Por su gesto pillo sé exactamente lo que le quiere contar. ¡Será chismoso! Alzo un dedo y lo apunto con él.

—No se te ocurra decirle… lo que tú y yo sabemos.

Mi sobrino finge un gesto extrañado, golpeándose con un dedo en la barbilla y todo.

—¿El qué? No sé de lo que hablas, ¿qué sabemos tú y yo, tío Abel?

La hostia que tiene el niño, de verdad.

Sonrío falso.

—Me ha entrado hambre, me voy a la cafetería.

—Gracias. —Sonríe angelical, y yo suspiro resignado.

Cojo el ascensor de camino a la cafetería, donde me pido una infusión. Me siento en una de las mesas vacías a mirar chorradas en el móvil para hacer un poco de tiempo y darle intimidad a mi sobrino y a mi hermana.

—¿Abel?

Alzo la vista y me encuentro con Carlos, uno de los empleados de mi departamento, frente a mí. Me levanto y lo abrazo dándole un par de golpes en la espalda.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto.

Se encoge de hombros y se revuelve un poco el pelo rubio.

—Mi suegra otra vez. Lleva unos meses un poco descontrolada con el tratamiento para la arritmia, pero está bien; la he dejado con mi novia. La van a tener en observación unas horas. ¿Y tú?

—Mi hermana está ingresada —le explico—. ¿Quieres sentarte aquí?

Carlos sonríe y asiente. Me cae bien; la verdad es que hemos hecho buenas migas. Es cierto que, cuando estamos en la oficina, Paola acapara gran parte de mi atención, por eso de que somos los responsables de dos áreas que funcionan a la par, pero las pocas veces que nos hemos quedado a solas charlamos de todo. Tengo la suerte de que mi equipo no me ve como a un jefe, sino como a un compañero más que tira del carro junto a ellos mientras los va guiando, y, quitando a Sofía, que suele quedarse en silencio cuando estamos juntos y me mira raro —no la culpo—, con los demás todo fluye bien.

Le cuento mi situación personal, que no sabe nadie de la oficina, tan solo Joel, a quien tuve que explicarle todo antes de que me contratase para que entendiera que en ocasiones tengo que ausentarme del despacho para ir al hospital. Al fin y al cabo, es mi jefe.

Me mira con una expresión extraña, pero juraría que no es pena, sino más bien pánico.

—¿Y te haces cargo tú solo de un crío de trece años?

Asiento.

—De un crío insoportable de trece años, sí. —Escucho un carraspeo a mi espalda y me giro para ver a Roque ahí, de brazos cruzados. Ups—. De un crío maravilloso y muy muy insoportable de trece años que se llama Roque —rectifico, y Roque sonríe socarrón.

—Ya te vale.

Me encojo de hombros; a ver si se va a ofender, porque mentira no es.

—Roque, este es Carlos, un compañero de trabajo.

Carlos se pone de pie y le tiende la mano a mi sobrino, que la mira un instante y responde a mi mirada asesina estrechándosela.

—Me han llamado mis amigos a ver si puedo ir al cine con ellos, ¿me dejas algo de pasta?

—Claro. —Miro en la cartera: solo tengo un billete de diez, que saco y le tiendo—. Solo tengo esto suelto.

—¿Diez euros? ¿En serio, *bro*? —¿*Bro*? ¿Cómo que *bro*?—. ¿Cuánto costaba el cine la última vez que fuiste? —me pregunta alzando las cejas.

Carlos suelta una risilla, y a mí se me tiñen las mejillas de rojo porque el bicho este me está dejando en ridículo y no quiero reconocer que la última peli que vi en el cine fue con él, una de dibus, cuando yo era más alto que él y él era todo amor.

—Con eso no me da ni para las palomitas —protesta—. Mejor me haces un bizum de cincuenta. Nos vemos luego. Chao.

Se gira sin dejarme ni contestar. ¿Cincuenta pavos para ir al cine? Joder…

—Pues vale, *bro*… —musito mirando a mi compañero de trabajo con las cejas alzadas.

Carlos sigue partido de risa.

—Te acompaño en el sentimiento. —Me da un par de golpes en la espalda.

Juas, juas. Qué gracioso.

—¡Carlooosss! ¡Carlos! ¡Carlos! —grita una loca que corre hasta él, se lanza a sus brazos, encaramando las piernas a su cintura, y con la impulsividad tira la silla armando tal estruendo que hasta mi sobrino, que solo ha avanzado un par de pasos, se gira hacia nosotros—. Ay, mi Carlitos. —Le da besos en la mejilla cual abuela.

—¡Puaj!, quita, coño —espeta Carlos, y la sujeta de la cintura para volver a ponerla en el suelo.

La loca me mira y suelta una carcajada. Ay, Dios, no puede ser.

—Ey, pero si estás con el falso Kris Evers.

Se me abren los ojos con un pánico desmedido. A ver, entiéndeme, que están presentes mi sobrino y mi compañero de trabajo, que es mi subordinado, para más inri. No quiero que les cuente absolutamente nada de Rebeca: ni que me arreó con la puerta del coche en toda la cara cuando tuvimos el pequeño accidente, ni que me apuntó con un arma-mechero en el salón de su casa, ni que me hice pis en los pantalones, porque estoy seguro de que la tipa lo sabe, ni nada. No quiero que les diga nada, así que niego, niego suplicante, niego mucho más y cabeceo señalando al niño.

Pero la loca de las gafas amarillas y los zuecos horteras solo se ríe.

—¿Qué dices, Zaida, cariño? ¿Te han dicho alguna vez que estás como una regadera? —le pregunta Carlos.

Es lo más sensato que he escuchado decir en siglos.

Asiente.

—Alguna que otra vez, sí.

Y pestañea rápido, como si le hubiera echado un piropo.

—¿Conoces a Abel? —le pregunta.

Ella asiente, y yo niego de nuevo. Mi sobrino me mira con los ojos desorbitados y se vuelve a acercar a mí para decirme al oído:

—Pero, tío, ¿tienes un fetiche o algo con las doctoras? —No lo ha dicho nada bajito, por si lo dudabas.

La loca ríe.

Carlos suelta una carcajada.

Y yo me quedo rojo.

—¿Qué dices, niño? ¿Acaso sabes lo que es un fetiche?

Mi sobrino sonríe ladino.

—Ay, pobre —me dice el muy cretino, y me da un par de palmadas en la espalda—. Mejor me voy.

Vale, tengo que buscar hoy mismo en Google las bases establecidas en sociedad para «la charla»; creo que no puedo posponer más este momento.

Carlos sigue riendo cuando Roque sale de la cafetería.

—¿Y tú de qué la conoces? —le pregunto extrañado a Carlos.

—Es el hermano pequeño de mi churri. Mi cuñadito pequeño —contesta ella.

Le revuelve el pelo como si, en lugar de tener veinticinco o veintiséis años, tuviera la edad de Roque. Carlos chista y manotea con ella para que deje de molestarlo, como si tuviesen, no sé, doce años.

—Es Abel, mi jefe, y ella es Zaida, mi cuñada, sí.

Zaida abre los ojos, asombrada, y se parte, la tía se parte. ¿No se me puede acercar nadie normal?

25

¿Sorpresa?

REBECA

—Pero ¿cómo que se casa? No puede casarse. —Paola me ha preguntado exactamente lo mismo veinticinco veces desde que he llegado a casa.

Mi hermana ha acaparado el baño y se está haciendo bucles en el pelo con una plancha. Es lo más extraño que he visto nunca: si ya tiene el pelo rizado, ¿alguien me explica por qué se ha planchado el pelo y ahora se está haciendo bucles? La pobre debió de comer algo caducado de pequeña, le entró algún tipo de bacteria en el cerebro y se quedó así.

—¿Cómo que no puede? Sí que puede. De hecho, va a hacerlo en un rato y, si no te das prisa, va a coger a las dos primeras personas que se encuentre por la calle para que hagan de testigos y nos lo vamos a perder —la reprendo intentando arrebatarle la plancha del pelo, pero tiene fuerza la muy condenada.

Logra librarse de mi mano y me ataca como si la plancha fuese un perro que quisiera morderme.

Doy un pisotón fuerte y me cruzo de brazos. Debería irme sola sin más y que ella se busque la vida, pero aquí estoy, porque me lo ha

pedido mi abuelo. Al ver mi cara de mala leche, Paola chista.

—Termino enseguida. —Eso me dijo hace diez minutos—. Y no va a casarse sin nosotras.

—No lo pongas a prueba, por tu madre, Paola.

De pronto, en medio de uno de esos bucles, se queda paralizada, abre mucho los ojos y me mira. Ya veo salir humillo; se le va a quemar el pelo, ya verás.

—¡Ay! —grita. ¿Y ahora qué?—. ¡Tu madre! ¿El abuelo no ha avisado a mamá? —Me encojo de hombros porque no tengo ni la más remota idea, pero si tuviera que apostar algo, diría que no—. Ay, qué disgusto se va a llevar cuando sepa que el abuelo se ha casado sin decirle nada.

Suspiro resignada porque hemos mantenido conversaciones por el estilo en multitud de ocasiones.

—Pao, cariño —musito—, ¿cuándo te vas a dar cuenta de que a tu madre solo le importa ella misma?

Paola me mira con odio, ese gesto que tanto se cuida de no poner en presencia de nadie pero que a mí no duda en regalarme constantemente.

—¡No empieces con eso otra vez!

Me encojo de hombros. No pretendo pincharla ni molestarla, como podría ser habitual en mí; hoy no, hoy solo quiero que se dé prisa.

—Vale, vale… —Alzo ambas manos mostrándole las palmas en son de paz cuando veo que los ojos se le llenan de lágrimas. Ay, no, la escena de la niñita abandonada no, por favor. Pienso en algo rápido para evitar la catástrofe—. ¿Por qué no la llamas por el camino y, si les parece bien, los pones en videollamada durante la ceremonia?

Eso será si le cogen el teléfono, pero no se lo digo, claro, porque asiente y está sonriendo, feliz, y por fin desenchufa la plancha.

Gracias, Señor, por escuchar mis plegarias.

—Vale. —Se aparta un poco del lavamanos para agacharse echando todo el pelo hacia adelante, se incorpora rápido, dejando caer el cabello hacia atrás y se revuelve un poco el pelo. A tomar por culo los bucles, menudo horror—. Me encanta cómo queda, ¿a que sí?

Asiento.

—Preciosa.

Mi hermana sonríe y parece sincera. Con qué poco es feliz, la verdad.

—Anda, ven aquí a maquillarte conmigo —me pide haciéndose un poco a un lado y sacando del mueble un neceser de pinturas más grande que el microondas. Pongo los ojos en blanco y le hago caso porque me quiero ir de una vez—. Rebeca, tú no lo entiendes… —musita mirándome a través del espejo mientras se aplica una capa de maquillaje y yo rebusco en el neceser hasta dar con el lápiz de ojos—. Ellos tienen un trabajo importante en el que se desviven para proteger el planeta.

Cabeceo afirmando; nunca entendería lo que es un trabajo importante porque yo no soy médico ni nada por el estilo, sino que me dedico a ser…, no sé, testadora de sabor de comida para mascotas, ya ves.

Ignorando el tono condescendiente de mi hermana, me termino de aplicar el rímel y doy una palmada.

—Lista.

Mi hermana me mira horrorizada, aunque no dice nada. Mejor. Ya bastante he hecho con ponerme uno de sus vestidos de color verde pastel para ir a la boda. Suspiro al mirarme en el espejo: parece que voy a tirar pétalos por el pasillo y a llevarles los anillos a mi abuelo y a Amelia.

Paola se pasa todo el trayecto hacia el juzgado intentando llamar a mis padres, que, como ya sabía que iba a ocurrir, no le cogen el teléfono, y, para cuando llegamos, ya tiene los ojos anegados en lágrimas. Corre hacia el abuelo, que está en la puerta vestido con un traje y corbata, recién afeitado y todo engominado.

—¡Abu! ¡Qué guapo! —le digo cuando ya mi hermana está encaramada a él llorando a mares. Pongo los ojos en blanco—. Paola, que le vas a llenar el traje de mocos.

Ella se aparta, asiente y se abanica la cara para secarse las lágrimas. Como se le corra el maquillaje y aparezca en las fotos de la boda como un oso panda, verás el disgusto que se va a llevar.

Le doy un abrazo a mi abuelo y también a Amelia.

—¿Cómo nos has hecho esto, abu? ¿Por qué no nos has avisado antes? —pregunta Pao.

Yo he optado por aceptar a mi abuelo tal y como es, con sus locuras incluidas. Además, solo hay que verle la cara para saber que no podría estar más alegre, así que, ¿qué más da? Esto no va de mi hermana ni de mis padres, y mucho menos de mí. Va de él y de su vida, de cómo quiere vivirla, con quién, de su felicidad.

Mi hermana rompe a llorar de nuevo, y mi abuelo me mira con las cejas alzadas. Me muerdo el labio para contener la sonrisa, porque

una cosa es que lo acepte y otra bien distinta que vaya a ayudarle a salir del embrollo. Me parece superdivertido todo.

—¿Sorpresa? —dice él con gesto todo inocente.

Se me escapa la risilla, y Paola me mira con inquina. Sí, otra vez y delante de la gente. Ya tiene que estar disgustada la pobre.

—No hay tiempo para cháchara. Ya es nuestro turno —nos urge Amelia.

Le tiendo un brazo a la novia, que va preciosa con un vestido camisero con la parte de arriba en blanco roto y el escote en V, mangas tres cuartos y falda de satén en color morado grisáceo, hasta un poco más abajo de la rodilla y con apliques de encaje.

Amelia sonríe y entrelaza su brazo con el mío. Mi abuelo tendrá que vérselas con Paola.

No te puedo expresar con palabras la cara de felicidad de esa parejita mientras intercambiaban los anillos y se besaban, y lo mucho muchísimo que ha llorado mi hermana durante el poco rato que duró la ceremonia, todo el camino hasta la cafetería donde hemos desayunado con ellos, el trayecto de vuelta a casa y, en definitiva, todo el día.

Así que comprenderás por qué motivo, cuando me despierto el domingo, con tal de no aguantar a mi hermana lloriqueando todo el santo día, acepto la propuesta de Zaida de invitarme a comer a su casa para presentarme a Isma. Qué mal rato, de verdad, intentar comportarte como una persona sensata con el novio de tu amiga es misión imposible cuando ella, cada vez que él no la está observando, disimuladamente te hace gestos de lo más obscenos para molestar, todo para molestar.

26

¿Cómo le quedará la camisa de fuerza?

ABEL

Hoy he llegado pronto al trabajo después del gimnasio y le he comprado un café a Paola; siempre es ella la que se adelanta y me apetece tener un detalle con ella. Miro la hora y me dirijo de nuevo al aparcamiento del edificio, porque suele ser bastante puntual. Efectivamente, aparca y sale del coche. Uy, parece que no se encuentra muy bien, no tiene muy buena cara. Cuando me ve, se le ilumina una sonrisa, no tan espléndida como suele ser habitual en ella, pero lo suficiente para ser simpática.

—Buenos días —canturreo—. Hoy te he traído el café yo a ti.

Le guiño un ojo, y Paola se sonroja un poquillo, no sé por qué. Miro detrás de mí, a cada lado, por si ha visto a alguien que le gusta. Yo no veo a nadie. Igual es que está un poco destemplada, por eso tiene esa cara de apio pocho. Además, me doy cuenta de que, a pesar del maquillaje, se le distinguen unas sombras oscuras bajo los ojos.

—¿Y tú no tomas? —me dice a modo de saludo.

—He desayunado temprano; tengo una reunión ahora con mi equipo y un cliente —le explico, y compruebo la hora—. ¿Vamos?

—Qué contento estás tú hoy, ¿no?

Sonrío, pero ella me mira seria, extrañada, como si estar tan alegre fuera síntoma de una enfermedad mortal o algo así y estuviera preocupada. Suelto una risilla.

—Sí, he tenido un buen fin de semana.

Frunce el ceño y para de caminar para mirarme. Me detengo a su lado con las cejas alzadas en gesto divertido. ¿Qué le pasa a esta mujer hoy? Está rara rara.

—¿Alguna chica en la ecuación?

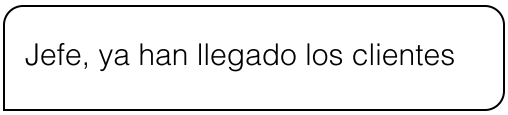
Ay, Dios. ¿Y si sospecha algo? Niego, mintiéndole descaradamente. No sé, mi intuición me dice que mejor que no se entere. Total, solo es un poco de diversión, nada importante.

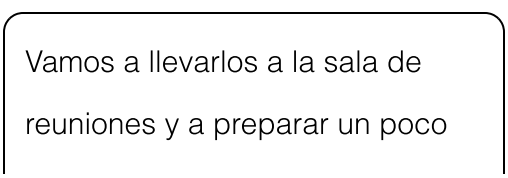
—¿Y a ti qué te pasa? No pareces muy contenta —le pregunto confundido, porque en ella sí que me resulta un síntoma de estar enferma.

—¿Que sea lunes no es motivo suficiente? —Niego. Paola siempre está de buen humor, da igual el día de la semana que sea. Suspira —. Es que… no he tenido muy buen fin de semana y no he dormido bien.

Por un segundo casi se me escapa preguntarle por la boda de su abuelo y tengo que morderme la lengua; se supone que yo no sé nada de eso, así que simplemente asiento.

Me suena un mensaje de Carlos en el móvil.





de café para hacer tiempo

—Tengo que irme. ¿Quieres que comamos juntos luego y me lo cuentas? —le pregunto amable.

Paola me mira seria y diría que algo extrañada, como sopesando opciones.

—Vale —acepta finalmente, y sonríe de verdad, hoyuelos incluidos —. Tengo que salir en un rato, tengo una cita con los de Innovatech para una nueva campaña. —Asiento—. Seguramente esté toda la mañana fuera, ¿te llamo y comemos en un sitio que conozco? —Cabeceo afirmando—. Vale, llamaré luego para reservar.

Paola vuelve a sonrojarse, se da la vuelta y sale del ascensor.

—Pao. —Se gira hacia mí—. ¿Quieres un paracetamol? Tengo alguno en la mochila.

Si se encuentra mal, lo mejor sería que se fuera a casa, pero, conociéndola, seguro que no lo hará, así que por lo menos frenar los síntomas para afrontar un duro día de trabajo le vendrá bien.

Frunce el ceño, sonríe raro y niega. Ella misma.

Me encojo de hombros y me dirijo directamente a la sala de reuniones.

—¡Abel! —me llama cuando ya tengo la mano en el picaporte de la puerta, doy un paso atrás para asomarme al pasillo y mirarla—. Te sienta muy bien ese tono de azul. Estás muy guapo hoy.

Miro hacia abajo, extrañado: me ha visto esta camisa al menos cinco veces desde que trabajo aquí.

—Gracias. —Sonrío—. Tú también, como siempre.

Paola me sonríe de nuevo, y entro de una vez en la sala de reuniones.

Saludo a todo el mundo, me siento frente al cliente y mi equipo comienza la presentación. Un rato más tarde me vibra el móvil en el bolsillo y, disimuladamente, lo saco por si es Roque. Pero no es Roque.

Te odio

No puedo evitar la risilla.

Por qué?

Qué te he hecho?

Tengo agujetas en partes del cuerpo en las que no sabía que había músculos

Ayer no podía ni moverme y hoy me duele hasta usar el estetoscopio

Eso es porque estás en baja forma

Igual deberías practicar un poco más de ejercicio

Vale, me parece buen plan

Cuándo te viene bien?

Se me escapa otra risilla y Sofía, que está sentada a mi lado, me da un codazo.

—Perdón —musito.

Mejor apago el teléfono, porque, si no, no me voy a poder concentrar en la reunión; parezco un quinceañero atontado con la chica que le gusta.

Hablamos más tarde

Estoy en una reunión importante y no me viene bien que me despidan hoy

Si te despiden, podrías irte a vivir conmigo debajo del puente

Que es adonde me va a mandar mi hermana en cualquier momento

Contengo la risa y apago el teléfono porque ya Sofía me mira mal y no es plan de que el cliente se dé cuenta.

Cerca del mediodía, firmamos el acuerdo. Elena y Sofía se quedan con ellos un rato más para poder planificar en mayor profundidad cómo van a enfocar las redes sociales, y Carlos y yo salimos de la sala de reuniones.

—¿Me acompañas a por un café y luego te enseño la propuesta para la web de Éclat? —me pregunta él.

Asiento y vamos de camino al office cuando escucho a alguien correr detrás de nosotros.

—¡Abel!

Por un momento pienso que es Paola, pero cuando me giro veo a Rebeca, que viene a toda prisa hacia mí por el pasillo, ataviada con el pijama del hospital y unas zapatillas deportivas. Lleva el pelo recogido y nada de maquillaje. ¿Es normal que me resulte de lo más sexy incluso con el uniforme del trabajo? No sé qué hace aquí, y eso es en lo que debería estar pensando, pero mi polla va por libre, no me lo tengas en cuenta.

Se agacha y apoya las manos en las rodillas tratando de recuperar el aliento.

—De verdad, deberías plantearte que estás en muy baja forma, ¿eh? —la reprendo.

—Te he buscado por todas partes —dice con la voz entrecortada, y se incorpora poniéndose una mano en el pecho. Algo me dice que no me estaba buscando precisamente para lo que mi mente enferma está imaginando—. Tampoco he encontrado a Paola ni a la chica rara del otro día. No sabía cómo localizarte.

Abro mucho los ojos, porque Sofía, que acaba de salir de la sala de reuniones, justo pasa por su lado y, al verificar que es la loca que

me metía la lengua hasta el gaznate en mi despacho, abre mucho los ojos y me mira desconcertada.

—Ah… Hola, chica rarita.

Rebeca alza los dedos de una mano y los mueve a modo de saludo fingiendo una sonrisa inocente.

—Voy a por café para los clientes —masculla Sofía sin responder a su saludo.

—Uy, qué poco sentido del humor tiene esa chica, ¿no? —me pregunta, y, sin esperar mi respuesta, habla más alto para que la escuche Sofía—. Igual es por la falta de fibra. Cuando nuestro sistema digestivo no funciona correctamente, nos ponemos más irascibles. —Miro a Carlos, que no puede tener una expresión más divertida, y yo no sé dónde meterme—. Hazme caso, chica rarita, el cerebro y el sistema digestivo están conectados. Cuando hay problemas digestivos, como inflamación o irritación, eso puede afectar a nuestro estado de ánimo. ¡Pásate por el hospital y te hago un chequeo! —grita—. No hace falta que pidas cita. —Rebeca mueve la cabeza de un lado al otro, negando—. Nada, no me hace ni caso.

Me giro para ver a Sofía, que camina con la cara tapada, se va a pegar un mamporro y al final va a terminar en el hospital de verdad.

Carlos suelta una risilla, y Rebeca chista.

—Luego, cuando vengan las enfermedades intestinales, dirá que nadie la ha avisado. —Dirijo la vista de nuevo hacia Rebeca—. ¿Eres su jefe? —me pregunta, y asiento—. Pues si quieres que te dure mucho, asegúrate de que tome mucha fruta y verdura, hidratos de carbono integrales y cosas así.

Pestañeo incrédulo. Eeeh, soy su jefe, no su padre. Ya tengo suficiente con Roque, gracias.

—¿Qué haces aquí, Rebe? ¿Está bien Paola?

—No —niega, y doy un respingo, preocupado. ¿Se habrá puesto peor? ¿Habrá tenido un accidente?—. Pero lo de ella es de nacimiento, no hay nada que podamos hacer al respecto.

Mueve la mano en un gesto como quitándole importancia. La madre que la parió, el susto que me ha dado la tía.

Carlos suelta una carcajada.

—Tú eres la amiga de Zaida, ¿no? Me ha hablado mucho de ti.

Carlos me da un par de codazos nada disimulados, y Rebeca suelta una risilla.

—Y tú debes de ser su cuñadito pequeño, ¿no?

Él chista y asiente.

Y yo sigo flipando, porque ya no estoy seguro de si la mujer que tengo enfrente, que es el pecado hecho persona, es el demonio o simplemente está tarada, una tarada que me gusta mucho mucho y provoca reacciones en mi cuerpo que me cuesta controlar. Nunca pensé que visualizaría de blanco a alguien que me gusta hace tan poco tiempo. ¿Cómo le quedará la camisa de fuerza? Pues no me desagrada la imagen que me viene a la mente, no… La de cosas que podría hacerle con las manos inmovilizadas…

Doy un paso atrás; será mejor que me aleje del mal y me concentre en el trabajo, porque se me está yendo la cabeza por senderos inapropiados a estas horas en este lugar y no me puedo permitir que me despidan, por eso de que un adolescente depende de mí y tal.

—Tengo… tengo que irme —musito.

Me giro.

—¡Espera! —grita, pero no le hago caso; sigo caminando—. Lourdes se ha despertado.

27

¡Me has empujado!

REBECA

Abel se gira despacio y me observa incrédulo, luego mira a Carlos, que tiene las cejas alzadas, devuelve la vista hacia mí y disimuladamente compruebo la hora en el reloj. ¿Va a tardar mucho en reaccionar? Es que tengo que volver al trabajo y eso.

De esta me despiden, ya verás.

Cuando gira de nuevo la vista hacia Carlos, este le da un codazo, esta vez sin guasa.

—Venga, vete… Yo hablaré con Joel.

Abel asiente, pero está paralizado y me mira suspicaz, como si no se lo creyese. Pongo los ojos en blanco.

—Sí, es verdad. No, no es una broma —le aclaro antes de que me pregunte y le arree un sopapo por idiota.

Que se crea que es mentira cuando he salido corriendo del hospital de esta guisa, sin coger el móvil ni el bolso y sin avisar a mi jefa… Menos mal que tenía dinero en el bolsillo de la vuelta del desayuno en la cafetería para poder pagar al taxista… Además, ¿cómo puede pensar que bromearía con algo así?, ¿con qué intención?, ¿para sacarlo del trabajo a deshoras y, no sé,

secuestrarlo, llevarlo a algún sitio solitario y…? Creo que me estoy desviando.

—¿Vamos? —insisto.

Al fin Abel reacciona, se palpa los bolsillos comprobando que tiene todo lo importante y asiente.

—Sí, sí. Gracias —me dice a mí—. Gracias —le repite a Carlos, que le da un par de palmadas en la espalda.

Y Abel viene en mi dirección.

Bien, menos mal.

Cuando ya estamos dentro del ascensor, a solas, tiendo la mano hacia él boca arriba.

Me observa extrañado y luego, con una sonrisa confundida, entrelaza su mano con la mía. Con la que tengo libre le doy un tortazo en el dorso de la mano para que la quite. ¿Qué se piensa?, ¿que vamos a ir cogiditos de la mano como colegiales?

—Quita, coño. —Muevo los dedos.

—¡Au!

Me mira con inquina y agita la mano como si así pudiera quitarse el dolor. Le he dado fuerte, lo siento.

—Las llaves del coche, yo conduzco —le ordeno—. Estás demasiado nervioso, y yo he venido en taxi.

Abel pone los ojos en blanco y luego niega.

—De eso nada. No te voy a dejar conducir mi coche. Lo necesito para trabajar y no me fío de ti.

Suelto un grito indignado. Por otra parte, estoy contenta de que por fin haya recuperado el habla y sea capaz de formar una frase completa, porque, hasta hace unos segundos, parecía en estado de shock.

—¿Perdona? —Le doy un puñetazo en el hombro. Esta vez ha sido suave, ¿eh?, solo para reprenderlo. Estoy segura de que me ha dolido más a mí que a él; menudas agujetas tengo. Al final va a ser cierto eso de que estoy en baja forma y necesito hacer algo de ejercicio—. ¿Lo dice el que le dio un golpe al guardabarros trasero de mi coche? Por cierto, te lo cargaste, te pasaré la factura del taller.

Me cruzo de brazos poniendo mi sonrisa más maligna, esa que sé que provoca reacciones en su cuerpo que intenta, inútilmente, disimular. No me culpes. Provocarlo es mi nuevo deporte favorito y tengo que practicar. Abre la boca, ofendido.

—¡Eh! Tú casi me rompiste la nariz —protesta, y me da un manotazo en el hombro. Será bruto.

—¡Au! ¡Me has empujado! —grito.

—¡Y tú me has pegado un puñetazo!

Las puertas del ascensor se abren y, antes de salir, lo empujo, esta vez con las dos manos, aunque no se mueve ni un palmo porque es mucho más fuerte y más alto que yo. Debí hacerle caso a mi abuelo y desayunar más huevos y menos cereales azucarados, porque yo quería ir para jugadora de baloncesto y me quedé en minion. En fin, la vida.

Corre a mi lado y me clava un dedo en el brazo. Me está tocando los ovarios ya con el dedito de las narices.

—Me dijiste que podía irme, que estábamos en paz —me recrimina.

—¡Porque pensaba que eras Kris Evers! Y eras… —añado un pelín desdeñosa, y lo señalo de arriba abajo y de abajo arriba. Negaré que está más bueno que el chocolate y que mi cuerpo, una parte muy concreta, se ha contraído solo con este vistazo rápido— tú.

Abel chista, y yo suelto una risilla. No sé por qué me gusta tanto hacer esto de sacarlo de quicio, pero me encanta. Llegamos a su coche, y él ya tiene la llave en la mano, pero, en lugar de abrir, sin que yo pudiera esperarlo ni evitarlo, me sujeta de la cintura atrayéndome hacia él e instándome a alzar las piernas para que le rodee las caderas, me empotra contra el coche y me besa, lengua incluida. Mucha lengua incluida.

¿Cómo puede cabrearme, hacerme reír y ponerme cachonda a partes iguales? Ni idea, pero creo que no es momento para pensarlo. Y para esto tampoco es momento ni lugar, de lo cual se da cuenta unos tres segundos más tarde.

—Joder. —Se aparta del coche, me baja al suelo, se queda pálido mirándome intensamente, como si de pronto hubiese caído en algo importante—. ¿Mi hermana se ha despertado? —Asiento—. Joder, joder, joder. Tengo que llegar cuanto antes al hospital.

Pues ya era hora de que se diese cuenta.

Escuchamos un carraspeo y giramos la cabeza al mismo tiempo.

—Eh… Buenos días, Joel —musita Abel, que se ha quedado más blanco que el papel. Suelto una risilla por el gesto divertido de su jefe, que, por lo visto, iba hablando por teléfono; se despide rápidamente y cuelga. Le doy un codazo a Abel para que reaccione, porque claramente Joel está esperando una explicación—. ¡Ah! ¡Sí, sí! Esto… Eeeh. Ha venido Rebeca para avisarme de que mi hermana se ha despertado del coma y voy…, me iba a ir corriendo al hospital si… si te parece bien.

—¡Eso es fantástico! —Joel se acerca y le da un abrazo a Abel, que sigue más tieso que el palo de una escoba. Yo suelto otra risilla —. ¡Qué buena noticia! —Se separa un poco y le da un par de

palmadas en el hombro—. Anda, vete a ver a tu hermana, pero procura celebrarlo fuera del horario laboral.

—Sí, sí. Claro, perdona. Ya nos íbamos.

—Y fuera de las instalaciones de la empresa también, mejor.

Abel asiente efusivamente; yo solo me muerdo el labio para no estallar en carcajadas porque es la escena más absurda y ridícula que he presenciado en mucho tiempo.

—Claro, claro —afirma Abel—. Mejor, mejor. Mucho mejor, ¿dónde va a parar?

—Me voy, que tengo una reunión importante. Cuéntame luego qué tal está —dice mientras se aleja hacia los ascensores—. Me alegro un montón, de verdad. —Abel asiente—. Chao, Rebeca.

Alzo la mano y muevo los dedillos a modo de despedida. Tenía una mínima esperanza de que no me reconociera, como voy con la ropa del hospital y eso… Solo que a veces se me olvida que la cara de mi hermana no me la puedo quitar y va conmigo a todas partes. En fin…

Por fin nos subimos al coche y dejo de reírme de Abel cuando me doy cuenta de que le están temblando las manos; creo que al fin ha asimilado que su hermana está despierta.

Conduzco en silencio, concentrada en la carretera, lo más rápido que puedo teniendo en cuenta el tráfico. Abel enciende su móvil para llamar por teléfono a Roque y, como no le contesta, llama al instituto para que avisen al niño y vaya al hospital cuanto antes. Masculla mosqueado mientras redacta una autorización que tiene que enviar junto con una copia de su documentación para que lo dejen salir del centro. Sé que en este momento le parecerá un fastidio, pero seguro que lo agradece cuando el crío finja que le

duele una uña para irse a jugar a los bolos con sus amigos. ¿Yooo? Jamás haría algo así; los ovarios, a mí me dolían los ovarios. Mi pobre abuelo, lo que tuvo que aguantar en nuestra adolescencia.

En cuanto llegamos al hospital, lo dejo en la puerta para que pueda ir subiendo a la habitación. Voy a aparcar y más tarde ya le daré las llaves del coche.

—¿Dónde estabas? —me pregunta mi jefa en cuanto me ve entrar en Urgencias a toda prisa—. Te he llamado un montón de veces.

—Me he dejado el móvil aquí, he salido corriendo por una emergencia… familiar.

No puedo contarle a mi jefa la verdad. Bueno, podría, pero no me apetece mucho firmar mi finiquito. Gracias.

—¿Está todo bien?

Asiento.

—Sí, sí. Perdona. —Miro la hora—. Me quedaré a cubrir el tiempo que he estado fuera.

Mi jefa suspira.

—No, no pasa nada, no te preocupes. —Caminamos juntas hasta el mostrador, donde he dejado mi tablet antes de marcharme—. Es que ha venido Eugenio, el padre del doctor Peña, y se ha atrincherado en el box tres diciendo no sé qué de un virus cantarín. Se ha puesto a dar alaridos en plan tenor y no quería que le atendiese nadie que no fueras tú. Hasta que hemos localizado al doctor Peña, ha estado aquí dándonos un concierto. Menos mal que hoy no hay mucho ajetreo y nadie se ha quejado.

Contengo la risilla porque mi jefa no parece nada contenta.

—Ah, entiendo. Pobre hombre.

Mi jefa sonríe y me señala el box nueve, donde ya hay un paciente esperando para ser atendido.

No sé ni qué hora es cuando viene un celador a avisarme de que hay un hombre preguntando por mí en la sala de espera. Frunzo el ceño, extrañada, y cuando llego veo a Abel allí. Miro el reloj. Son más de las siete de la tarde. Y de pronto caigo en la cuenta.

—Ostras, las llaves, perdona. ¿Me has llamado? Mi teléfono sigue en la taquilla.

—No. —Niega—. Se me ha quedado el móvil en el coche y no le he dado mucha importancia hasta hace un rato, que he recordado que tú tenías las llaves y que no me podía ir.

Sonrío.

—¿Cómo está Lourdes?

—Bien. Es…, joder, es un puto alivio. Su médico dice que está reaccionando muy bien al tratamiento y que todavía queda mucho trabajo por delante, pero que todo marcha según lo previsto. Le cuesta hablar, como si no recordase cómo se pronuncian las palabras, pero no debe forzarse ahora mismo con eso. Que descanse y se recupere, con terapia mejorará. Por ahora es pronto para saber si hay más secuelas. Vamos paso a paso.

Suspira.

—Me alegro mucho, Abel.

—Voy a llevar a Roque a casa; no se quiere ir, pero mañana hay clase y Lourdes tiene que descansar también.

28

Anda que no

ABEL

—Tienes que ir a clase —le digo por millonésima vez a mi sobrino, que está empecinado en que hoy no piensa pisar el instituto.

—Quiero ir al hospital con mamá —me repite, tozudo, cruzado de brazos.

Termino de untar la tostada y se la pongo delante a mi sobrino. Llevo unos días insistiéndole en que tiene que comer algo antes de ir a clase. Ya lo he probado todo: tortillas, sándwiches, fruta, cereales, yogures, frutos secos, tortitas, gofres… Hoy estoy probando con la mítica tostada con mantequilla.

La mira con asco y aparta el plato hacia mí.

—Tu madre tiene que descansar y por la mañana estará con los médicos, las enfermeras, el tratamiento… Podrás ir esta tarde a verla. Estará bien. ¿Puedes comerte la tostada, por favor?

Vuelvo a empujar el plato en su dirección, y él hace el mismo gesto.

Resoplo, frustrado. Cojo la tostada y le doy un mordisco. Decía un artículo que encontré en internet sobre la adolescencia que hay que elegir las batallas que luchar, y ahora mismo hay demasiados frentes

abiertos. Solo le pido que deje de protestar y vaya a clase, como le llevo insistiendo desde hace casi una hora.

—Me da igual. No quiero ir al instituto y no me puedes obligar porque tú no eres mi padre —espeta.

Levanto la cabeza para mirarlo; sabía que tarde o temprano esa frase llegaría. Y es verdad, no soy su padre, pero legalmente ahora mismo soy su tutor, así que, sin querer, me sale una sonrisa malvada. Me está tocando las narices el niño y se va a tragar la tostada, el plato y hasta el móvil que tiene en la mano.

—Anda que no.

Cojo la mochila del suelo y se la lanzo, pero no la coge: le golpea en un lateral del brazo y la deja caer al suelo. Eso ha tenido que doler, pero ni parpadea el tío. Me digo mentalmente que debo tener paciencia, que lo está pasando mal, pero otra parte de mí ya está desquiciada y me grita que voy a llegar tarde, que Joel ya tiene bastantes razones para ponerme de patitas en la calle y que Roque es lo suficiente mayor para entender que tiene que cumplir con sus obligaciones.

Su expresión rebelde y satisfecha, porque se piensa que está ganando la batalla, me está enfadando aún más. Voy hacia el mueble y cojo la batidora de vaso, le sonrío maquiavélico, y él me mira extrañado. Esto lo he visto yo en TikTok y parece que funciona.

—¿Qué haces? —me pregunta Roque—. Tampoco quiero un zumo ni un batido. Ya me he tomado el café y no tengo hambre.

La llevo hasta el fregadero para llenarla de agua hasta la mitad y la coloco en la encimera, donde la conecto a la corriente.

Me acerco a él.

—¿No quieres ir a clase? —le pregunto con tono cansino.

Niega y, como no se lo esperaba para nada, no me cuesta arrebatarle el teléfono móvil de la mano.

—¡¡¡Eeeh!!! Devuélveme eso.

—¿Y te crees que no te puedo obligar? —le pregunto alzando el móvil y moviéndolo en el aire.

Esquivo su mano, con la que intenta arrebatármelo, y me alejo de él.

—No tiene gracia, Abel. Devuélvemelo.

Me acerco a la batidora, coloco el teléfono encima, a un palmo de distancia, como si fuera a echarlo dentro. Estoy sudando como si fuera a desactivar una bomba y no supiera si cortar el cable rojo o el azul, porque, como se me caiga dentro sin querer, verás el drama.

—¿Qué haces? ¡No te atrevas! —me desafía, y vuelvo a sonreír de lado. La palidez en el rostro de mi sobrino me da una pista de que voy por buen camino. Risa de villano aquí, por favor. Enciendo el aparato en el nivel más suave y las cuchillas empiezan a girar—. ¡No, no, no!

Se levanta de un salto y coge su mochila para ponérsela.

—Valeee, vale. Tú ganas, me voy a clase.

—Yo te llevo —digo apagando la batidora.

—De eso nada, no quiero que me vean llegar contigo. —Vuelvo a encender la batidora; esta vez le doy a la velocidad número dos—. ¡Vale, valeee! —Alza las manos en son de paz.

¡Ja! ¡He ganado!

Desconecto la batidora y le doy el móvil, satisfecho. No pensaba tirarlo dentro, solo quería asustarlo un poco y parece que ha funcionado. Me paro un momento viendo cómo espera por mí junto a la puerta con gesto enfadado, todos los músculos en tensión y los

brazos cruzados. Esto disciplina positiva no es, ¿verdad? Igual me he pasado.

—Te odio —espeta cuando ya vamos de camino al ascensor.

—¡Podré vivir con ello!

Vale, lo siento, se me ha escapado. Es que me saca de quicio.

Cuando llegamos al coche y Roque se sube, enfurruñado, me empiezo a sentir culpable. Chisto y me giro para mirarlo.

—Roque. —Tiene la vista clavada en el salpicadero del coche—. Roque —Vuelvo a llamarlo, y me mira de reojo—. Perdona, lo siento. Sé que lo estás pasando mal y no estoy siendo muy empático que digamos.

Se le ilumina la cara.

—¿Puedo ir al hospital con mamá?

Niego.

—No. —Se le fulmina la sonrisa—. Pero entiendo cómo te sientes. Debe de ser muy difícil poder concentrarte en algo con todo lo que tienes encima. Sé que estás preocupado por ella, pero ahora mismo es importante que descanse; el tratamiento tan fuerte, las pruebas, el aturdimiento después de tantas semanas inconsciente… Estará agotada. —La inquina vuelve a su mirada. Estoy seguro al cien por cien de que solo escucha «blablablá, blablablá»—. Ahora no puedes estar en el hospital, pero ¿te parece bien si, cuando tu madre esté un poco más recuperada, te llevo a verla una mañana y os quedáis los dos a solas para que puedas contarle todo lo que quieras?

—¿Todo lo que quiera? —pregunta mientras el gesto de enfado va mutando por otro de diversión—. ¿Incluso que una mujer se paseó desnuda por tu casa mientras yo desayunaba en la mesa del comedor?

—Eeeh…, aaah… —Mi hermana me va a matar, me va a cortar en trocitos y luego me va a lanzar al mar para que me coman los tiburones—. ¿Qué dices? Pero… pero… si tú nunca desayunas —me defiendo. Roque rompe a reír, y yo sonrío también—. Y Rebeca no estaba desnuda, lo que pasa es que tú tienes la mente muy sucia; no es tu culpa, es por la adolescencia, las hormonas alteradas y eso.

—Sí, ya… —contesta divertido mientras cabecea afirmando.

Pongo el coche en marcha y sonrío.

—¿Me perdonas por ser un ogro en lugar de intentar empatizar contigo? —le pregunto.

Roque me regala la sonrisa más triste que le he visto nunca.

—¿Me perdonas tú por ser un ogro contigo y no ser capaz de controlarlo? Sé todo lo que estás haciendo por mí, por mamá. Solo es que todo esto… me supera. La echo de menos.

Suspiro, intento controlar la emoción de oírlo hablar así, abriéndose a mí por primera vez desde que llegué a Gran Canaria y me hice cargo de la situación.

Me lanzo a abrazarlo sin darle margen de reacción.

—Yo también la echo de menos. Te quiero, enano. —Y le doy un besazo en la mejilla.

—Quita. Qué asco, jolín. —Me empuja para apartarme y se limpia el beso con la manga de la sudadera.

—Me lo tomaré como un «yo también te quiero, tío Abel».

Mi sobrino suelta una risilla, y me doy por satisfecho.

No tardo en dejarlo en la puerta del instituto de mucho mejor humor que cuando salimos de casa. La verdad es que lo admiro, porque está viviendo un montón de cosas: su madre está muy enferma en el hospital y, mientras, él tiene que lidiar con la

revolución hormonal típica de la adolescencia y todo lo que ello supone a nivel físico y emocional; vivir conmigo; las clases en el instituto… Con todo, es un buen niño, lo está haciendo lo mejor que puede. Sonrío orgulloso y me encamino a la oficina.

Ahora solo me falta solucionar otro frente abierto: las doce llamadas perdidas de Paola de ayer y los quince mensajes preguntando dónde estoy y diciéndome que me está esperando en el restaurante del que me había mandado ubicación.

Anoche, al llegar a casa, mi intención era ignorar las notificaciones, enchufar el móvil al cargador y comprobar que el despertador estaba puesto —como hago absolutamente todas las noches, a pesar de que la alarma está programada para sonar de lunes a viernes a la misma hora—. Sin embargo, cuando me encontré con notificaciones de todo tipo, extrañado, me dispuse a comprobar si había alguna reciente del hospital y no, del hospital no había nada, pero me encontré con que me había olvidado completamente de Paola, que habíamos quedado para comer y que ni siquiera le mandé un mensaje para avisarla de que me iba a ser imposible. Era demasiado tarde para disculparme a través de mensajes, así que tendré que hacerlo hoy en persona. Solo espero que no esté muy enfadada.

Cuando llego a la oficina, voy directamente a la cafetería y le pido un café y un muffin de arándanos, que tiene una pinta deliciosa. Quizá la ocasión merecía algo más espectacular, pero no tengo tiempo ahora para esperar a que me preparen un bocadillo especial de la casa. Espero que esto sirva y sea suficiente para que podamos enterrar el hacha de guerra.

Llamo con los nudillos a la puerta del despacho de Paola a pesar de que está abierta. Aunque está hablando por teléfono, me sonríe y me hace un gesto para que pase, lo que, quieras que no, me quita un peso de encima, sobre todo al ver esos hoyuelos y su mirada divertida cuando alzo la bolsa de papel y el café. La verdad es que pensé que me la iba a encontrar superenfadada y me iba a tirar el vaso desechable a la cabeza, con café hirviendo incluido.

—Perdón, perdón, perdón… —susurro una disculpa.

Me señala la silla que está frente a ella. Entro y me siento exagerando el gesto de culpa.

Se despide de la persona que está al otro lado del teléfono y se cruza de brazos mientras me ofrece una mirada intensa sin pronunciar palabra.

—Perdón, perdón, perdón —vuelvo a disculparme—. Me surgió un imprevisto familiar y tuve que salir corriendo. Me olvidé completamente de ti.

—Algo he oído. —Me sonríe de nuevo—. No te preocupes, no hay problema.

Suspiro. Supongo que Carlos le ha explicado lo de mi hermana. Nunca le he hablado a Paola de Lourdes, ni mucho menos de Roque. En realidad, no le he contado nada de mi vida privada a pesar de que nos llevamos bien.

—Un café extradelicioso para la compañera de trabajo más simpática… —peloteo un poco, pero me sigue observando de brazos cruzados; alza una ceja—, maravillosa, cariñosa y… y… ¿y guapa?, del mundo.

Paola se muerde los labios para no sonreír. Le doy el vaso, que pone en la mesa al lado del ordenador.

—Gracias.

—También te he traído el muffin de la paz —añado; le guiño un ojo y le tiendo la bolsa—. Es de arándanos. Menuda pintaza, lo he visto… —Paola agarra la bolsa y la tira a la papelera—. ¿Qué… qué haces?

—Uy, perdona, es que le tengo alergia a los arándanos.

—Vale. Me lo podía haber comido yo —refunfuño.

Algo me dice que, aunque al fin la he hecho sonreír, sigue algo mosqueada. Así que me pongo de pie, dispuesto a volver a mi sitio y no molestarla más. Por un ratillo, al menos.

—Te perdonaré si cenamos juntos hoy —pronuncia a mi espalda.

Me giro cuando ya estoy en la puerta y vuelve a estar de brazos cruzados.

—Eso está hecho.

—Pagas tú.

Suelto una risilla.

—Vale. Me parece bien —acepto. Me señala con un dedo, y yo alzo las manos en son de paz—. No me olvidaré, lo prometo.

Paola asiente.

—Te espera Joel con tu equipo y un cliente en la sala de reuniones. —Mira el reloj—. Desde hace más de media hora.

La madre que la… Ya me lo podía haber dicho cuando llegué. A este paso, Joel no es que me vaya a echar, es que me va a colgar por las pelotas.

Asiento con una sonrisa tensa y me dirijo a toda prisa a la sala de reuniones. Resoplo antes de tocar con los nudillos en la sala y abrir la puerta para incorporarme a la reunión.

—Siento llegar tarde, he tenido un imprevisto familiar —me disculpo.

Me van a echar, cualquier día de estos me van a echar.

Joel sonríe; este hombre siempre está de buen humor. Tengo que preguntarle cuál es su secreto, pero casi que mejor en otro momento, ¿verdad?

29

Que no, dice…

REBECA

—¿Qué haces? ¿Esperas a alguien?

Me giro hacia mi hermana, extrañada, miro hacia abajo para comprobar que sigo en bragas y camiseta, y niego. ¿A quién voy a esperar de esta guisa? Pongo el bol gigante de palomitas encima de la mesa, entre la lata de refresco y las torres de diferentes chucherías. He tenido una mañana muy ajetreada en el hospital y necesito con urgencia una noche de tranquilidad. Esperaba pasarla a solas, pero, bueno, supongo que cuando vives en casa de tu hermana no puedes pretender que se vaya cuando a ti te venga bien para ajustarse a tus necesidades.

—No. Me preparo para ver una película.

—¿Todo eso es para ti? —Cabeceo afirmando—. ¿Y tú eres médico de verdad?

—¿Esta conversación tiene algún sentido o solo tienes ganas de tocar las narices un rato?

—No seré yo la que me preocupe por tu diabetes y tu hipertensión —ironiza, y yo me encojo de hombros.

Me tiro en el sofá y agarro el mando; todavía no he decidido qué ver.

—Oye, Rebeca… —Su gesto se torna serio y se cruza de brazos—. ¿Hay algo que tengas que contarme?

Alzo las cejas, sorprendida. Mierda, me ha pillado. La miro con gesto de culpabilidad.

—Lo siento, Pao, es que…

Se cruza de brazos.

—No me lo puedo creer —me interrumpe—. Ya sabía yo que…

—Pao, de verdad —la corto, porque no me apetece discutir ni que me eche la bronca. Será mejor que me disculpe cuanto antes y ya está—. Yo aprecio tus ganas de que coma sano y eso. No es que sea mi verdura favorita, pero tu pastel de brócoli tiene pinta de vómito y… sabe a vómito. Perdona por tirarlo a la basura y por mentirte. Fue una mentirijilla piadosa porque no quería…

Paro de hablar cuando la veo ahí, frente a mí, más tiesa que un palo y la boca abierta, toda indignación.

—¿Qué?

—Lo siento, de verdad —insisto—. ¿Te parece si para tu próximo cumpleaños te regalo un libro de recetas saludables? —El odio en su mirada me dice que no voy por buen camino—. Vale, vale, nada de aprender a cocinar. Solo era una idea.

—¿Tiraste el pastel de brócoli que te preparé para cenar?

Ostras, ¿no era eso? ¿Será que ha encontrado su blusa blanca, la que me cargué cuando se coló en la lavadora con la ropa oscura y la escondí al fondo del armario sin decirle nada? Mejor no le pregunto, por si tampoco es eso. Vete a saber, tal y como es mi hermana, podría ser cualquier cosa.

—Lo siento…, por lo que sea.

—Déjalo —refunfuña—. Mejor me voy ya o llegaré tarde.

—¿Vas a salir?

Mira hacia abajo, como hice yo hace un rato, y se señala la ropa. No puedo creer la suerte que tengo. Gracias, Señor.

—¿No es evidente? —Me encojo de hombros; yo qué sé, siempre va vestida de pija—. Tengo una cita.

Abro mucho los ojos, sorprendida. No es que crea que Paola no tiene citas, pero no esperaba que me lo contase así abiertamente. Ya te habrás dado cuenta de que no somos las típicas hermanas que se cuentan confidencias.

A no ser que… Ya sé lo que quiere.

—Eeeh, vale. Tranquila, en cuanto acabe la peli recojo todo este desastre y me voy a mi cuarto. Prometo no dormir desnuda en el sofá ni pasearme desnuda por ninguna parte de la casa. —Le guiño un ojo. Mi hermana pone los ojos en blanco—. Tengo condones en mi mesa de noche, ¿quieres?

Paola niega y se gira.

—Adiós. Procura que esta noche no te dé un infarto por todas esas porquerías que comes, por favor. Me apetece mucho esta cita.

¿Debería preguntarle con quién va a salir o a dónde va a ir? Me lo pienso unos instantes y luego niego. No, mejor no. Ya he cubierto el cupo de hoy de charla amigable con mi hermana.

—Vale, yo también te quiero, hermanita —le grito para que me escuche desde la puerta, porque ya está saliendo.

Cierra de un portazo, y yo suelto una risilla. Luego pienso que no estoy cumpliendo la promesa que le hice a mi abuelo cuando me mudé a casa de Paola: intentar enterrar el hacha de guerra con ella,

pero es que es tan… tan ella que me cuesta. Chisto y niego. Más me vale que vaya reuniendo para la fianza de un piso porque, a este paso, el hacha no la vamos a enterrar, nos la vamos a lanzar a la cabeza.

Me recuesto en el sofá y paso pantallas buscando una película o una serie que ver y, cuando aparece el cartel de *El Guardián de las Sombras*, de pronto ya no me apetece estar tan sola. Un cosquilleo me invade el estómago; bueno, no es el estómago, es más abajo, bastante más abajo, en realidad. Sonrío y cojo el teléfono, hago una foto de mi bufet improvisado y se la mando a Abel.

Qué haces?

Estoy sola en casa

Te apetece una peli?

He sido sutil, ¿no? Es que preguntarle directamente si le apetece venir a follar me parece un poco feo.

Suena bien

Pero he quedado con Paola para cenar

Está enfadada conmigo. Ya te contaré

Me hizo prometerle que la invitaría a cenar si quería que me perdonase

Voy a aprovechar para sonsacarle chismes sobre ti, muajaja

Pestañeo rápido. ¿Esa era la cita de mi hermana que le apetecía un montón? Niego, confundida. Bueno. No es asunto mío.

Me encojo de hombros. Me he quedado sin revolcón.

Vale

Pásalo bien

Vas a ver El Guardián de las Sombras?

Suelto una risilla. A ver por dónde me va a salir.

No sé, me lo estaba planteando aún

No te masturbes luego pensando en mí

Digooo en Kris Evers

Suelto una carcajada.

Que no, dice…

Anda, pásalo bien

Suelto el móvil a mi lado en el sofá. Me apetece ver una peli de esas moñas. Negaré haber dicho esto delante de mi mejor amiga; siempre me estoy metiendo con Zaida porque le encantan y nos pasamos la tarde discutiendo cada vez que quedamos para ver algo juntas. ¿Qué? Las tías duras como yo no vemos estas cosas de besuqueos y corazoncitos. Somos más de superhéroes buenorros que salvan el mundo y se quitan la camiseta, al menos, un par de veces durante la película.

Cuando ya me he atiborrado a chocolate, chuches y palomitas y la película está en lo más interesante —al final le tendré que dar la razón a Zaida—, me suena un mensaje en el móvil.

Te apetece que nos veamos más tarde?

Miro el reloj: son más de las diez y media, pero mañana no trabajo, y la verdad es que me apetece mucho verlo. Bueno, verlo y que me empotre un poco también.

Vale

Te aviso en un rato

Cuando deje a Paola en casa

Frunzo el ceño, porque una duda me corroe…

Le has dicho a mi hermana que tú y yo nos… hemos visto?

¿Ves? Y luego dicen que soy muy bruta. Al menos no he añadido «para follar». Me van a dar el premio a la más sutil del año.

Ni de coña, gracias

Trabajamos juntos y nos llevamos bien

Y tengo la ligera sensación de que tú y ella no os caéis muy bien

Tengo que dejarte, acaba de volver del baño

Luego nos vemos

Me bajo de un salto del sofá, apago la televisión y me dispongo a recoger todo el desastre que he liado en el salón para ir a vestirme.

30

Me gustaba más cuando me llamabas Satanás

ABEL

Paola regresa a la mesa y me guardo el móvil en el bolsillo trasero del pantalón. Acaba de llegar el camarero con los postres.

—Qué pintaza tiene.

Se relame, feliz, al mismo tiempo que se pasa la lengua por los labios de forma inconsciente, como un crío ante el helado de chocolate más delicioso del mundo, y en cuanto se sienta coge la cuchara. Mira su pastel de chocolate y luego el mío, de queso y arándanos, que tiene mejor pinta aún, la verdad.

—¿Me dejas probar tu tarta? —me pide.

Acerca la cuchara a mi plato y le impido el paso con una mano.

—No, no puedes. —Me mira extrañada—. Tiene arándanos y eres alérgica.

Me da un manotazo para que la quite, coge un pedazo y se lo lleva a la boca.

—No soy alérgica —me dice tapándose la boca llena.

Se ríe y yo finjo indignación a pesar de que su gesto de placer es bastante gracioso.

—¿En serio? No lo sospechaba para nada —ironizo—, por eso de que tiraste el muffin de la paz a la papelera.

Suelta una risilla.

La verdad es que me lo he pasado muy bien esta noche. Paola es una chica muy simpática y me ha gustado compartir este rato fuera de la oficina; se puede hablar con ella de cualquier cosa. Por fin le he contado lo de Lourdes y Roque, y ella me ha hablado de sus padres, me ha explicado que se fueron a Australia cuando Rebeca y ella eran adolescentes y que tuvieron que mudarse con su abuelo. También me ha hablado de la boda improvisada del fin de semana, y me sorprende lo dolida que está con el tema cuando a Rebeca parecía divertirle tanto. Cada vez tengo más claro que, a pesar de ser gemelas, son totalmente opuestas.

Para cuando salimos del restaurante, Paola insiste en irnos a tomar una copa. Al final acepto, porque todavía es temprano, con la idea de pedirme solo una cerveza, ya que tengo que conducir.

Estamos cerca de la playa de las Canteras, así que bajamos la calle hasta llegar a la avenida, donde la brisa helada de la noche, a pesar de que durante el día hemos tenido unas temperaturas bastante agradables, provoca que nos arrebujemos en nuestros abrigos y que Paola se enganche a mi brazo cual koala en busca de un poco de calor.

Hipnotizado, me dedico unos instantes a observarla: cómo su cabello rubio ondea al viento; cómo sonríe con esos labios, llenos, suaves y tersos, mostrándome sus encantadores hoyuelos; cómo el abrigo rojo se le ajusta a todas las curvas del cuerpo, y sus piernas al aire, tan preciosas como las de mi demonia, caminan con decisión sobre unos tacones finos bastante altos. Yo solo pienso que, como

se cuelen por una rendija de las baldosas y se traben ahí, se va a comer el suelo, y no creo que ese postre le guste tanto. Y me alucina, me alucina reconocer lo diferente que es lo que provoca en mí esta imagen, esta risa, esta charla, su contacto respecto a todo eso que enciende en mí su gemela, tan idéntica como diferente a ella. Caminamos así un rato, sorteando las cientos de personas que pasean por la avenida a pesar de lo tarde que es; esta playa está viva siempre, sea la hora que sea e independientemente de la temperatura que marque el termómetro. Mientras, Paola me acribilla a preguntas que van desde cuál es mi película favorita hasta qué marca de café suelo comprar.

Sin querer, se me escapa una carcajada, y su gesto de extrañeza cuando me mira me hace reír más.

—Vale, te lo tengo que confesar. Odio el café.

—¿Qué? —Me golpea el brazo—. Pero si te llevo un café todos los días desde que empezaste a trabajar en Integral Connection.

Cuanto más se enfurruña, más ganas de reír me dan.

—Perdón, perdón… Es que no tuve yo una entrada muy afortunada. Mi primer día fue un infierno: llegué tarde, con la nariz reventada, hecho un desastre y con la camisa llena de sangre, y me fui al suelo a los tres segundos de entrar en mi primera reunión —explico entre risas al recordar lo surrealista que fue todo—. Ya me veía de patitas en la calle. Me ofreciste un café y, si me hubieras ofrecido arsénico en su lugar, lo hubiera aceptado con la misma predisposición.

Paola ríe al fin al recordar mi patética entrada en escena y niega.

—No me puedo creer que eso te lo hiciera Rebeca.

Y ella lo dice con un tono amargo en su voz, pero yo me carcajeo al rememorar cómo sucedió todo.

—¿De verdad me parezco al actor ese que le gusta tanto?

—¿A Kris Evers? —me pregunta, y yo asiento.

Se encoge de hombros.

—Odio las películas de superhéroes, no son lo mío, no me he fijado nunca tanto en ese actor, pero supongo que sí, que te das un aire.

En silencio, reflexiono unos instantes y termino chistando, con la vista al frente, ignorando la mirada extrañada de mi compañera.

—Ya sabes por qué me cae mejor Rebeca —suelto. Paola para de caminar de repente, haciéndome trastabillar, y río, ahora sí, mirándola, con ese gesto ofendido y alucinado a partes iguales—. ¿Qué? A ella le encantó mi papel en *El Guardián de las Sombras* —bromeo.

Paola mueve la cabeza de un lado al otro y refunfuña.

—Sí, y también te apuntó con un arma de mentira en el salón de mi casa hasta que te hiciste pis en los pantalones.

Y no me preguntes por qué, pero esta conversación ha dejado de hacerme gracia. El resto del camino hasta que llegamos a la terraza donde sirven los mejores margaritas que he probado en Gran Canaria se torna bastante incómodo. Por suerte, mientras yo alargo mi cerveza, Paola ya se ha tomado dos copas más grandes que ella. Habla sin parar, bastante achispada. Se le empieza a trabar la lengua y se suelta de verdad: no parece esa chica comedida y perfecta que trabaja conmigo, solo parece… normal.

Se le ha soltado la lengua; está despotricando que da miedo sobre Rebeca, y a mí me encanta conocer lo trasto que era de

pequeña, los cientos de líos en los que se metía y cómo logra sacar de quicio a Paola incluso ahora. La forma en que habla de ella, los gestos que hace, la exasperación que emana de su voz con cada anécdota me sorprende bastante. En la oficina, Paola es todo armonía, tan comedida…, nunca refunfuña ni pone los ojos en blanco ni mucho menos bufa. Sin embargo, creo que hablar de su gemela saca lo peor de ella, y a mí, no me preguntes por qué, me hace gracia.

—Pero, a ver, ¿por qué vivís juntas si os lleváis tan mal?

Paola se encoge de hombros.

—Cuando se decidió por la carrera de Medicina le insistió a mi abuelo en que quería irse a Madrid a estudiar. La verdad es que, yo no sé mi abuelo, pero yo no esperaba que estuviera fuera tanto tiempo; luego, entre una cosa y otra y conseguir plaza aquí, pasó unos quince años residiendo en Madrid. —Paola me mira unos instantes en silencio, como sopesando en si continuar o no—. No nos hablábamos mucho.

—¿Durante quince años no os hablabais?

Paola niega.

—Yo lo intenté, que conste, pero apenas me cogía el teléfono y la mayoría de las veces no contestaba mis mensajes. Vino a casa de mi abuelo para alguna fiesta navideña y entonces éramos cordiales, pero no me dejaba acercarme demasiado.

Que dos hermanas se lleven a matar no es algo que me sorprenda, pero sí que estén quince años casi sin hablarse.

—¿Por qué? —pregunto extrañado.

Paola resopla.

—Nos llevamos a matar desde siempre, la verdad. Cuando mis padres se fueron a vivir lejos, ella nunca lo entendió, y a mí me dolía su indiferencia con ellos, que los culpara por perseguir su sueño. Discutíamos mucho. Mi abuelo mediaba entre ambas casi siempre. Y luego la cosa se fue de madre. Y, unos años más tarde, es que… ¿Tú la has visto?

¿Que si la he visto? No puedo mirar a otro lado cuando ella está cerca y no puedo pensar en otra cosa que no sea en ella, en cada curva de su cuerpo, en su sonrisa canalla, en su mirada intensa, en sus labios sobre los míos, aunque creo… creo que no se refiere exactamente a eso, así que solo asiento.

—Siempre va hecha unos zorros. Ya no te hablo de los tatuajes o los pendientes, sino de su aspecto y su actitud en general. Ese pelo de colores de lo más absurdo, como si tuviera doce años, esa ropa que parece recogida del contenedor de basura y esa apostura.

Alzo las cejas, sorprendido por la forma despectiva en que habla de su hermana y cómo me molestan sus palabras, pero no digo nada, dejo que acabe porque aún no entiendo por dónde van los tiros.

Paola suspira antes de continuar.

—Durante todo el bachillerato estuvo colgadísima de un chico de nuestra clase, pero él se fijó en mí y, bueno, la cosa no terminó demasiado bien entre nosotras después de eso. Pero yo no tenía la culpa de parecer… normal y de que él me prefiriese a mí. Eso nos alejó todavía más. Ella no me lo perdonó.

—Entiendo.

—Mi abuelo me contó hace unos meses que Rebeca iba a volver, me insistió en que teníamos que hacer las paces, me hizo un poco

de chantaje emocional, ya sabes. «Estoy viejo, vosotras no os habláis, vuestros padres están en la otra punta del mundo. Sois familia, cuando yo no esté quiero saber que os vais a apoyar la una a la otra, blablablá». —Cabeceo afirmando—. Supongo que a ella le hizo lo mismo, y fue Rebeca quien me llamó para enterrar el hacha de guerra y me pidió mudarse a mi casa un tiempo con la excusa de que no tenía ahorros, porque durante la residencia se gana bastante poco y apenas le daba para subsistir y pagar el préstamo de estudios que pidió cuando se mudó a Madrid. A mí me sonó un poco a excusa. —Se encoge de hombros—. Pero le dije que sí por complacer a mi abuelo, otro que me tiene contenta. ¿Cómo se le ocurre casarse así, sin pensar en nada ni en nadie, con esa mujer que apenas conoce? Ha metido a una desconocida en casa y ¿qué pasará cuando él ya no esté? ¿Se quedará ahí, en nuestra casa, con nuestras cosas? No veas cómo se puso mi madre cuando se lo conté.

No sé, a mí no me parece tan descabellado que el hombre quiera ser feliz y que, con su edad, no se piense demasiado las cosas. Si está enamorado y esa mujer le hace feliz, ¿qué hay de malo? De todas formas, como no conozco toda la historia, me mantengo en silencio, porque supongo que Paola no necesita consejo y no parece que quiera que le diga nada para lograr comprender la postura de su abuelo, empatizar con él y eso.

—En fin… —continúa—, no quiero darle más vueltas a lo mismo. Acepté que Rebeca se mudase a mi casa, intentarlo, y ya viste cómo es: está mal de la cabeza, va por ahí apuntando a la gente con un arma.

No sé por qué de pronto me tengo que morder la lengua para no corregirla, defenderla, porque es verdad que, en primera instancia, Rebeca me pareció una chalada de campeonato, y puede que no fuese demasiado desencaminado, pero también me parece una buena persona.

—Es egoísta e irresponsable —continúa mi compañera—. Ha traído a hombres a mi casa cuando le pedí que no trajese a cualquier desconocido con el que se liase. —Disimulo que esa palabra, «hombres», en plural, me ha sentado como una patada en la barriga—. La he pillado desnuda en mi salón, como si hubiera hecho una orgía allí mismo. —«No visualices, Abel. No visualices, que te pones malo y no es el momento»—. Incluso… incluso tira la comida que le preparo porque a veces pienso que esos turnos interminables de doce horas, sin dormir y sin comer más que porquería, le van a provocar un infarto y entonces mi abuelo se me va a morir de pena. Le cocino cosas sanas, como mi pastel de brócoli, y la muy desagradecida lo tira a la basura sin contemplaciones. —Coge carrerilla; habla tan deprisa y parece tan ofuscada que no se me ocurre abrir la boca—. Así que no sé cuánto aguantaré antes de echarla de casa. A ver, entiéndeme… —Se apresura a aclararme cuando ve mi cara, porque me estoy sintiendo bastante incómodo por cómo está derivando esta conversación. Al fin y al cabo, Rebeca me gusta—. Ella quiere aparentar ser una mujer sensata, con su trabajo de médico, para darse importancia, pero no es más que una inmadura e irresponsable que se cree con derecho a tener todo lo que quiere y, a veces, pues eso no es posible.

—Como en el instituto —añado.

—Como con Marc, sí.

Niego, confundido, porque hay algo de todo esto que me produce rechazo. Quizás es el hecho de que nunca he visto a Paola hablar así de nada ni de nadie, despreciando a una persona solo porque es diferente a ella, se viste de forma distinta y actúa de una manera que ella no aprueba. Y que me diga que Rebeca solo intenta «aparentar» cuando es la persona más natural que conozco me chirría un poco en alguien que siempre guarda las formas y, cuando toma un poco de alcohol, se libera y suelta hasta culebras por la boca.

Que sí, que Rebeca me apuntó con un arma falsa y te juro que he intentado borrarlo de mi cabeza, porque la persona que he conocido después de ese fatídico día me parece que no se corresponde con la descripción que me acaba de dar su hermana.

Pero ¿qué sabré yo? Apenas la conozco. A ninguna de las dos, en realidad. Lo único que sé es que quiero seguir haciéndolo y no seré yo quien la juzgue por cómo actúa con Paola o cómo lo hizo en el pasado.

La cuestión es que, hasta ahora, me lo estaba pasando bien, pero de pronto me siento incómodo y me apetece marcharme de aquí. Desvío la vista al reloj, y ella para de hablar cuando se da cuenta.

—Oye, tengo que irme ya a casa —le digo, poniéndome en pie.

—¿Por tu sobrino? —me pregunta extrañada.

—Sí, por Roque —miento.

Después de pagar la cuenta, la sujeto por la cintura para ayudarla a caminar porque va tambaleándose.

—Tú no estás muy acostumbrada a beber, ¿verdad? —le pregunto divertido la segunda vez que evito que se precipite contra el suelo y

se rompa los dientes.

—Eeeh… No mucho, la verdad.

Al fin logro que lleguemos al coche sin ningún traumatismo por el camino y no tardamos más de diez minutos en estar frente al portal de su piso.

—Gracias. Me lo he pasado bien —me dice, y yo asiento con una sonrisa—. Oye, Abel. ¿Quieres… quieres subir? —me pregunta acercándose a mí y posando una mano en mi torso. Yo abro mucho los ojos, apartándome de forma más brusca de lo que pretendía. Las mejillas se le tiñen de rojo y niega—. Es… es por si me caigo —balbucea—, por el alcohol y eso.

Apenas hay tres pasos hasta el portal, donde al entrar puede coger el ascensor; creo que no hay mucho peligro.

—No, mejor no. Tengo que irme.

—Claro, por tu sobrino.

Cabeceo afirmando.

Cinco minutos más tarde, Rebeca se está subiendo a mi coche.

—¿Lo has pasado bien? —me pregunta, y asiento.

—¿Ha llegado bien Paola? Iba un poco pedo.

—No lo parecía. Me ha hecho un interrogatorio para saber a dónde iba, por qué había cambiado de idea y, en lugar de pasarme la noche viendo pelis y comiendo porquerías proinfarto, de pronto me apetecía salir por ahí. No sé, lo típico de ella.

Cabeceo afirmando; ha debido de bajársele el alcohol durante el trayecto.

—¿Te parece bien si vamos a mi casa? —le pregunto.

—¿Y Roque?

—Tendrás que ser muy silenciosa, ya lo has traumatizado bastante. —Rebeca suelta una carcajada y, Dios mío, está tan bonita así, cuando ríe, tan cómoda, tan sencilla, tan perfecta, tan ella… La examino de arriba abajo, deleitándome en su imagen, como el que mira el manjar más delicioso que está a punto de devorar—. Estás preciosa. Eres…, joder, eres preciosa —musito.

Pestañea rápido un par de veces, como si, en lugar de echarle un piropo, le hubiera dado un bofetón.

—Me gustaba más cuando me llamabas Satanás.

31

Qué cuqui eres, chaval

REBECA

Durante el trayecto a su casa, Abel está más silencioso de lo que me esperaba. Podría pensar que está concentrado en el tráfico, pero apenas hay a esta hora, así que supongo que le está dando vueltas a la cabeza a algo.

Vacilo antes de preguntar:

—¿Qué tal la cena con Paola?

—Bien. —Frunce el ceño—. Estoy procesándolo aún.

—¿El qué exactamente?

Niega.

—No, nada… —Se queda en silencio, y yo no insisto—. Es que… —Paramos en un semáforo en rojo, y Abel me mira—. Me he quedado algo descolocado porque… tenía en mente que tu hermana era todo paz, amor y armonía.

Se me escapa una carcajada.

—Sí, esa es la imagen que suele proyectar de sí misma. —Me encojo de hombros—. Le gusta guardar las apariencias, parecer perfecta, desde siempre, desde pequeñas. Creo… ¿Sabes? En el

fondo creo que no es culpa suya, que simplemente es necesidad de aceptación.

—¿Por lo de tus padres? —Alzo las cejas, sorprendida—. Porque se fueron lejos y, aunque no lo admita, ha tenido toda la vida esa sensación de abandono, ¿verdad?

—No ha perdido el tiempo en contarte todos sus dramas familiares, ¿eh?

Abel sonríe.

—Me habló de ellos, sí, y de otras muchas cosas.

—Me puso a caer de un burro. —No pregunto, afirmo.

—Un poco —admite—. Me pica mucho la curiosidad por saber algo. ¿Por qué vives con ella, Rebeca? Es evidente que no sois las hermanas más unidas del mundo, y tú eres médico, no creo que sea por motivos económicos.

Lo miro un segundo, sopesando si contarle las razones que me llevaron a volver de Madrid y vivir este suplicio con el que me torturo cada día o no hacerlo.

Se detiene en un stop y, cuando mira a ambos lados y ve que no viene ningún vehículo, reanuda la marcha. Ya estamos llegando a su edificio.

Finalmente claudico.

—Tuve una mala experiencia en Madrid y me equivoqué al contárselo a mi abuelo, que me contagió su paranoia. No lo estaba pasando bien allí y tuve que hacer un poco de presión para que me trasladaran a Gran Canaria. Mi abuelo empezó a obsesionarse con que no debía vivir sola, con que Paola tampoco debía vivir sola, que él no estaría siempre, que era viejo y se moriría y que quería saber que nos teníamos la una a la otra. Total, que acepté y por eso vivo

con mi hermana. Es algo provisional, no tardaré en irme, porque tengo la esperanza de que, viviendo separadas, podremos llevarnos un poco mejor o, al menos, soportarnos.

Abel aparca el coche, y yo suspiro aliviada porque por fin podemos dejar el tema.

—¿Una mala experiencia? —pregunta, y asiento—. ¿Tiene algo que ver con tu falsa pistola?

Pues me tiene calada el chaval.

—Tiene todo que ver con mi falsa pistola, que, en realidad, solo utilizo para encender velitas con olor a lavanda, mis favoritas.

Intentaba que sonara a broma, que Abel riera, cambiásemos de tema a por qué a una tipa con un aspecto como el mío le gustan tanto las velitas de olores florales, algo que me pregunta todo el mundo, como si el aspecto tuviera algo que ver con que te gusten los aromas agradables; no sé, charlar de todo eso de las apariencias y de las ideas preconcebidas de la gente, terminar morreándonos, subir las escaleras, desnudarnos y follar. Pero no. Abel no ríe, solo me mira con intensidad. Está esperando a que continúe, así que cabeceo afirmando y le digo la verdad.

—Tiene que ver con mi falsa pistola, el espray de pimienta y alguna que otra cosilla que guardo en mi habitación.

—¿Qué te pasó?

Los puños se le ponen blancos al presionar los dedos contra el volante, como si quisiera darle una paliza a quien osara joderme, lo cual me hace gracia, como si yo necesitase un príncipe azul en un caballo blanco que me salvase. Y no, no lo necesito. «Ya me salvo yo sola, chaval». Este hombre tiene mucho que aprender de mí aún. Me dispongo a hacerle un resumen.

—Durante mi formación en el hospital, hice amistad con mi tutor de residencia, con el que, tiempo después, tuve una trifulca. Fin.

—Buen resumen. Ahora, ¿me cuentas la versión extendida? —Chisto—. Por favor —añade.

Estoy por preguntarle si no prefiere subir a echar un polvo, pero por la intensidad de su mirada sé cuál va a ser la respuesta.

—Eloy y yo nos llevábamos superbién —le explico, resignada. Hablar de mí y de mis experiencias traumáticas no es lo que más me gusta del mundo, aunque tengo que reconocer que con Abel me siento lo suficientemente cómoda como para abrirme a él. En todos los sentidos, por lo visto—. Era un buen guía y no era de esos típicos que solo te dejan mirar: nos enseñaba de verdad, explotaba el potencial de todos sus residentes. Durante mi último año de residencia, se divorció, no sé exactamente qué pasó, solo que estaba fatal. Me caía bien, no me gustaba verlo así, así que empezamos a quedar fuera del hospital. Nos tomábamos una copa, venía a casa a ver una película, cenábamos pizza, no sé, lo típico de dos compañeros de trabajo que se hacen amigos.

Me paro un segundo a recordar todos esos momentos, la de risas, la de chorradas que hacíamos, las charlas hasta las tantas. Por primera vez en mucho tiempo, sentí que tenía un amigo de verdad, al nivel de Zaida. No es que estuviera sola en Madrid. Tenía amigos, los compañeros del equipo éramos una piña, salíamos, nos llevábamos bien, pero con ninguno llegué a conectar de esa forma.

—Le di una copia de la llave de mi casa. Total, pasaba más tiempo ahí que en la suya, prácticamente entraba y salía cuando le apetecía. No había nada de malo en ello.

Abel asiente y, con el motor ya apagado, se gira hacia mí, apoyando el codo en el sillón y la cabeza en la mano. Con la poca luz que entra a través de la ventana, sus ojos parecen más oscuros. Me fijo en que lleva unos cuantos días sin afeitarse y que, si la noche acaba como pretendo que lo haga, me va a dejar hecha una mierda la piel alrededor de los labios, de todos ellos. Niego para que mi cabeza no vaya por esos derroteros… aún.

—Una noche intentó besarme y, la verdad, no era lo que yo quería. —Me encojo de hombros—. Le dije que no. Tampoco le di mayor importancia: lo achaqué a una mezcla del alcohol, las ganas de desfogar y la intimidad del momento, porque estábamos tirados en el sofá, en pijama, tapados con una manta después de la tercera cerveza mientras veíamos una escenita subida de tono en una peli. Vamos, el calentón del momento.

Abel asiente, se aproxima un poco a mí para apartarme un mechón rebelde y su olor me embriaga. Verlo tan de cerca me hace apreciar detalles que hasta el momento me habían pasado desapercibidos, como que tiene unas pestañas larguísimas, que sus ojos azules están moteados por unas chispas verdes y marrones cerca de las pupilas, que tiene un lunar pequeñito muy mono un poco más abajo del párpado inferior izquierdo y que su barba, que hasta el momento siempre me ha parecido castaña, tiene algunas hebras rubias y rojizas.

Me mira en silencio y atento a cada una de mis palabras, así que contengo las ganas de besarlo y sigo hablando.

—Todo quedó ahí. Nunca había flirteado con él ni le había insinuado que quisiera ir más allá y fui clara; él pareció entenderlo y seguimos siendo amigos como siempre, como si nada. No veía a

Eloy de esa forma, no me atraía físicamente y tampoco me parecía ético acostarme con mi tutor de residencia, aunque él estuviera divorciado, y yo, soltera, simplemente por pasar el rato. Una noche, de madrugada, cuando ya estaba durmiendo, me dio un susto de muerte cuando entró en casa tropezándose con todo: había salido con unos amigos e iba borracho. A eso de la medianoche nos habíamos estado mensajeando, riéndonos con tonterías, hasta que yo me quedé frita, y él siguió de fiesta —le cuento rememorando esa noche en la que perdí a mi mejor amigo.

Se habla mucho del dolor de romper una relación de pareja; sin embargo, cuando una amistad se acaba también te desgarra por dentro, te deja cicatrices invisibles pero profundas. Perder a un amigo es como perder una parte de uno mismo, un vacío ensordecedor que no se puede llenar fácilmente. Tienes que vivir el duelo de haber perdido a alguien que has elegido como parte de tu familia. Fue duro con Eloy porque era como un hermano para mí.

—Cuando se me pasó el susto, descarté echarle la bronca por venir a casa a las cuatro de la mañana; le dije que podía quedarse en el sofá a dormir la mona, hasta me hizo gracia verlo así porque solía controlar bastante. Entonces se sentó en la cama, a mi lado, y empezó a decirme chorradas: que estaba enamorado de mí desde que me conoció, que le había dado falsas esperanzas, que por favor le diera una oportunidad. No sé, cosas de ese tipo. Me estaba tocando mucho los ovarios porque me caía de sueño, tenía un turno de doce horas al día siguiente, por lo que necesitaba descansar, y, sobre todo, porque nada de todo aquello era real y no era el momento para hablarlo. Se abrazó a mí, no me soltaba, me estaba agobiando.

—Y te pusiste hecha una furia… —adivina Abel, y yo cabeceo afirmando.

—Le dije que se pirara de mi casa, que llamara a un taxi y que dejara las llaves antes de salir. Bueno, le dije de todo. Entre otras cosas, que en ese momento me daba asco. Estaba cabreada. Cuanto más le decía que se apartara y que tenía que marcharse, más me costaba quitármelo de encima. Me vi debajo de él, con las piernas abiertas, las manos sujetas a cada lado y su erección contra mi ropa interior. Me besó sin que pudiera hacer nada para impedirlo.

—¿Te… forzó? —titubea.

Sonrío ladina.

—Y una mierda. Me liberé de una mano como pude, lo empujé con todas mis fuerzas para incorporarme y agarrar una lámpara que estaba sobre mi mesa de noche, que acabó estampada en su cabeza y le abrió una brecha.

—Bien hecho.

Asiento.

—Sí. Cuando pasó todo, encima tuve que darle varios puntos.

—¿Lo denunciaste? —me pregunta Abel.

Niego.

—A la policía no, pero estaba tan cabreada con él que, a pesar de los cientos de disculpas a través de WhatsApp, lo denuncié en Recursos Humanos. Y, cuando admitió que era cierto, recibió una amonestación, lo suspendieron de empleo y sueldo treinta días, y luego todo se volvió superincómodo. Cambié la cerradura de casa; aun así, no dormía bien: me despertaba sobresaltada aunque, en realidad, había sido una tontería.

—No lo fue, no me lo parece —me rebate.

—Eloy no era peligroso, solo se le fue de las manos. Sé que lo pasó mal. Después de todo, se deshacía en disculpas cada vez que nos cruzábamos, y jamás lo había visto tan avergonzado. Aun así, la situación en el trabajo se volvió insostenible. La mayoría de los compañeros del equipo y otros muchos del hospital me tacharon de zorra, porque decían que él estaba colado por mí, que yo lo sabía, que me había lanzado a su yugular desde el divorcio y que todo había sido por interés, para beneficiarme en mi residencia… Chorradas del estilo. Terminé llevándome una amonestación por darle un puñetazo en el ojo a uno de esos imbéciles; una amonestación y una fractura en el dedo, las dos cosas. ¡Au! —digo agitando la mano, como si pudiera recordar el dolor—. En el colegio deberían enseñar cómo dar bien un puñetazo. Por suerte, acabé la residencia. Y, al final, logré que aceptaran la solicitud de traslado, que ya hacía tiempo que había tramitado para volver a Gran Canaria. Mi abuelo lo llevó fatal, no quería que siguiera viviendo sola y también empezó a presionar a Paola con lo mismo, y se le ocurrió la genial idea de que lo mejor era que compartiéramos casa. Un poco de chantaje emocional y ya nos tenía comiendo de su mano. Y fin. No me apetece hablar más del tema. ¿Podemos subir ya?

Abel sonríe y asiente.

—Claro, vamos.

No dice nada, como si estuviera procesando la información que le he contado, y yo prefiero que siga así porque de verdad de la buena que es un tema del que prefiero no hablar; aún me duele todo lo que sucedió, todo lo que perdí entonces.

Nos bajamos del coche, lo sigo hasta el ascensor y cuando lo empujo con suavidad para acercarme a besarlo me pregunta:

—¿Me cuentas ahora lo de Marc?

Agacho la cabeza hasta que la frente le golpea con suavidad el pecho.

—¿Por qué, Señor? Si llego a saber que, en vez de desfogar un poco, íbamos a charlar como si fueras mi terapeuta, me hubiera quedado en casa y, después de masturbarme un poco, me habría ido a dormir.

Abel suelta una risilla y me rodea la cintura con los brazos. Alzo la cabeza y me besa en los labios, pasa la lengua con parsimonia por ellos y profundiza el beso hasta que el ascensor llega a nuestra planta. Se separa de mí y tira de mi mano. Esos escasos segundos de roce han servido para que un cosquilleo de anticipación se me despierte entre las piernas. Entramos en su casa en silencio y de puntillas para no despertar a Roque y llegamos a su habitación. Cierra la puerta y me apoya la espalda en ella antes de volver a besarme.

—¿Y bien? —me pregunta apartándose de mí apenas unos centímetros.

—¿Y bien qué?

—¿Quién es Marc?

—¡Joder, Abel! —protesto.

Me tapa la boca con la mano al tiempo que se acerca más a mí.

—Shhh, no grites, Belcebú.

Suelto una risilla y lo señalo con un dedo.

—Te lo resumo en una frase —le advierto, y asiente—. Y luego me quitas la ropa y jugamos, ¿vale? Y me comes como si llevases tres días sin probar bocado y de pronto se te apareciera un chuletón a la parrilla recién hecho.

Un brillo de diversión baila en sus ojos.

—No me gustan los chuletones.

—Pues lo que más te guste, no me seas tiquismiquis.

—Lo que más me gusta eres tú.

Suelto una carcajada, y Abel vuelve a taparme la boca.

—Qué cuqui eres, chaval —digo aún con su mano presionándome los labios.

—No soy cuqui, demonio con piernas de infarto, soy un machote. —Por suerte, todavía tengo su mano sobre la boca y silencia la carcajada que se me vuelve a escapar—. Como se despierte Roque, lo único a lo que vamos a poder jugar será al parchís.

Tiro de él para acercarnos a la cama y, cuando intento besarlo, se aparta de mí. Echo un vistazo alrededor: no descarto atarlo como me siga tocando la moral. Me tenía que haber traído las esposas. ¿Qué? Ya te veo pensando cochinadas. Solo son parte de mi kit de defensa propia, ese con el que me hice después de la experiencia nada agradable con Eloy, aunque, si se tercia, no seré yo la que se niegue a darle más de una utilidad.

—Venga, desembucha. Cuéntame lo de Marc.

Chisto. Me está cortando las ganas de retozar este hombre. Bueno, no, es mentira, las ganas no se van porque, jolín, está muy bueno, y esos labios, su aliento cálido sobre mi boca, esos brazos fornidos, esa erección pegada a mi abdomen…, madre mía, son una bomba de relojería.

—Marc fue mi novio desde primero de secundaria hasta segundo de bachillerato —claudico—. Fin.

Me pongo de puntillas para besarlo y esta vez lo logro. Bien, por fin. Me aparto un poco para quitarle la camiseta.

—¿Era tu novio? —me pregunta extrañado mientras le despojo de la prenda.

—Sí, lo creas o no, yo he tenido novios.

Me está ofendiendo el gesto sorprendido de Abel; se libra porque he dejado la falsa pistola en casa, porque, si no, la íbamos a tener.

Lo empujo hasta dejarlo sentado en la cama y me pongo encima de él a horcajadas. «Se acabó la cháchara, es la hora de la cena, chato». Me quito la camiseta; no llevo sujetador debajo, así que a Abel le hacen chiribitas los ojos, se le van las manos hacia mis pechos y se lleva uno de mis pezones a la boca. Me la tenía que haber quitado antes. Muevo las caderas restregándome contra él. Abel se aparta un poco.

—¿Y qué pasó?

—¿Qué? —pregunto horrorizada.

—¿Qué pasó con Marc? ¿Por qué lo dejasteis?

Y dale con Marc. Esto no está funcionando. Me quito de encima de Abel y me desabrocho los pantalones, que deslizo hasta el suelo de un solo movimiento, junto con las braguitas.

—¿Quieres hablar o quieres que te alegre la noche?

Contoneo un poco las caderas.

La mirada de Abel se vuelve predadora. Con rapidez me agarra por la cintura, tira de mí y me deja en la cama, debajo de él, haciéndome soltar un gritito por la sorpresa. Me tapa la boca con las dos manos.

—Vas a despertar a mi sobrino.

Me zafo de su agarre.

—La culpa es tuya.

—¿Qué pasó con Marc? —insiste él con una sonrisa irresistible sujetándome las manos para que me esté quieta.

Está usando sus encantos para conseguir lo que quiere, maldito. Resoplo, frustrada. Me rindo.

—Lo pillé en una situación comprometida con mi hermana en los baños del instituto.

—¿En una situación…?

—Follando, los pillé follando —lo corto.

Abel abre la boca, pasmado, y se incorpora hasta quedar sentado. Pongo los ojos en blanco; sabía que no era el momento para hablar de esto.

—¿Paola? —inquiere incrédulo.

—No tengo otra. —Me encojo de hombros—. Gracias a Dios, ahora que lo pienso. Si hubiéramos sido trillizas, nos habríamos matado en algún momento. Mi pobre abuelo… —bromeo.

—Pero… pero…

—Abel —lo interrumpo mientras lo señalo con un dedo—. Eso pasó hace, no sé, mil años, y yo prefiero vivir el presente, ¿vale?

Abel cabecea afirmando, aunque se ha quedado petrificado y sin palabras.

—Ahora te vas a aplicar y vas a poner la boca en todas y cada una de las partes de mi cuerpo hasta que me dejes con los ojos en blanco y grite tu nombre mientras me corro.

Me mira en silencio unos segundos, como sopesando opciones.

—Vale, pero… de gritar nada.

—Hecho.

Se lanza hacia mí y suelto un gritito por la sorpresa.

—Joder, acabas de decir que no vas a gritar —protesta.

Me río.

—Pero si es culpa tuya.

Esta vez me silencia con un beso.

32

Te ayudaré a pagar la terapia

ABEL

Necesito ignorar toda la información contradictoria que tengo apelotonada en la mente y concentrarme, porque, como sigamos así, Roque se va a despertar y me voy a quedar sin chuletón.

Rebeca suspira aliviada cuando me aparto de sus labios y comienzo un recorrido por todo su cuerpo con la boca. No sabía que tenía tanta hambre hasta que he notado su coño palpitando sobre la lengua. Me han sabido a poco los treinta segundos que ha tardado en correrse, así que sigo lamiendo, suave, despacio, y deslizo dos dedos en su interior, que quedan capturados en el calor húmedo de su cuerpo.

No sé cómo me puede poner tanto sentir cómo se rinde ante mí, bajo mi boca, mientras me tira del pelo y me clava las uñas en los hombros. Y justo antes de correrse de nuevo, lo sé porque todo su cuerpo se tensa y su sexo cada vez me oprime más los dedos que entran y salen, me obliga a apartarme, se incorpora rápido y se deshace de la ropa que me queda.

Cuando, a horcajadas encima de mí, se desliza hacia abajo, siento cómo me atrapa la polla; le clavo los dedos en las nalgas

atrayéndola hacia mí y nos quedamos quietos un instante; noto cómo la lleno completamente, cómo las paredes de su sexo me aprisionan y se van a adaptando a la invasión. Me quedo embobado contemplando a la diosa que se balancea encima de mí, que se oprime los pechos con las manos. Se las aparto para sustituirlas por las mías y tiro de ella hacia mí para devorarle los pezones.

Rebeca tiene el control y me deja sin respiración con un balanceo que recorre toda la longitud de mi erección, hasta que casi se sale por completo de su cuerpo, y luego vuelve a entrar hasta el fondo con una lentitud tortuosa. Lo repite varias veces. Me está matando, me estoy conteniendo con todas mis fuerzas para no sujetarla por las caderas y embestirla como un puñetero neandertal, darle la vuelta, aprisionarla y moverme rápido y fuerte hasta que la escuche suplicar mi nombre mientras vuelve a deshacerse en pedazos. Sin embargo… sin embargo, soy yo el que le suplica a ella, el que repite en un murmullo su nombre, lo perfectas que me parecen sus curvas, lo deliciosa que me sabe su piel, lo bien que encaja su cuerpo con el mío.

Las acometidas se vuelven más rápidas, más profundas, y, al notar cómo vuelve a correrse con mi polla dentro, la aparto y la pongo a cuatro patas. Con las rodillas, le abro bien las piernas, le muerdo una nalga y no me entretengo en llamarle la atención por el alarido que ha soltado, mezcla de gemido y de sorpresa. Le como un poco más el coño, porque no me puedo resistir a la tentación de verlo tan empapado, tan hinchado, y no saborearlo. Me lo como sin miramientos, sin piedad, sin sutilezas ni delicadeza, mientras con los dedos la follo fuerte, profundo, y, unos instantes después, cuando pienso que me voy a volver loco y que me voy a correr de un

momento a otro, las dos cosas, me incorporo y sustituyo los dedos por la polla. La embisto hasta el fondo, impetuoso, duro, clavándole los dedos en esas preciosas nalgas de demonio. Gime ya sin control, y yo ya no carburo, solo… solo me dejo ir cuando las convulsiones de su sexo me roban el sentido.

Se deja caer, tal como está, bocabajo, y yo me tumbo a su lado bocarriba.

—Luego… —musita, y para porque le está costando recuperar el aliento—. Es verdad que estoy en baja forma, ¿eh? —Suelto una risilla y asiento girando la cabeza para quedarme embelesado en la imagen que tengo frente a mí. Rebeca recién follada es la mejor obra de arte que jamás he contemplado—. Luego me pasas tu número de cuenta.

—¿Qué? —Alzo las cejas, divertido; a ver por dónde me va a salir.

—Te ayudaré a pagar la terapia para Roque.

Suelto una carcajada y me tapo la cara con el brazo.

—Ese es un problema para el Abel del futuro.

Rebeca ríe y asiente. Nos quedamos así un rato y no sé si me gusta más la Rebeca salvaje, la demoniaca, esa que lleva el control; esa otra que se deja hacer hasta que me permite desmadejarla, o esta otra, esta otra mujer preciosa de labios hinchados y piel ardiente que se acurruca contra mi pecho y entrelaza los dedos de su mano con los de la mía.

Un rato más tarde me dispongo a ir de expedición para comprobar el alcance del desastre. Me pongo los bóxers y una camiseta antes de salir al pasillo. Está todo oscuro y en silencio, así que tengo la esperanza de que el crío no nos haya oído. Su puerta está cerrada y no se ve la luz encendida por debajo, en el salón no

está, y en la cocina, tampoco. Bien, menos mal que sigue durmiendo como un tronco, como cuando era pequeño, que dormía toda la noche y no se enteraba de nada.

Abro la nevera pensando en si Rebeca tendrá hambre y una sonrisa ladina me nace. Espero que sí, que tenga mucha hambre. Al menos yo, cuando de Rebeca se trata, me vuelvo insaciable. Cierro la nevera y voy al baño para darme una ducha veloz. Mientras el agua caliente se desliza por mi cuerpo, solo de imaginar sus labios alrededor de mi erección, se me pone dura como una piedra.

Vuelvo a la habitación completamente desnudo, ni bóxers ni toalla ni nada. Y, para cuando entro, Rebeca está roncando, despatarrada y desnuda en mi cama, con la boca abierta y el pelo enmarañado por todas partes. Suelto una risilla ante la imagen. Es el caos más hermoso que he contemplado jamás. Tengo que hacer un ejercicio de contención bastante grande para no despertarla y para no morderle las nalgas otra vez, porque, madre mía, qué culo tiene.

Me tumbo a su lado y, a pesar del calentón, no tardo en quedarme frito.

Y no sé si despertar a Rebeca hubiera sido un error o no, pero, sin duda, dejarla descansar ha sido una opción bastante aceptable; lo sé cuando los rayos de sol comienzan a asomar por la ventana y me despierta con la boca caliente alrededor de mi polla.

Gruño y le agarro la cabeza, embisto moviendo fuerte las caderas, y Rebeca gime antes de separarse.

—Perdona por despertarte, es que tenía mucha hambre y tu salchicha me estaba llamando.

Suelto una risilla, incapaz de pronunciar palabra, y Rebeca pasa la lengua por el capullo y se la vuelve a meter en la boca.

Daría lo que fuera por despertarme así todos y cada uno de los días del resto de mi vida.

33

¿Puedo hacerte una pregunta?

REBECA

Cuando conocí a Abel no sé lo que me pareció. Bueno, sí, al principio lo confundí con mi actor favorito y luego… luego pensé que no era más que una pesadilla de la que me tenía que librar. No dejaba de llamarme «demonio», y muy desencaminado no iba porque… porque se ve que me gusta jugar con fuego y me he quemado, me he quemado de lleno.

Llevamos unas semanas que parecemos colegiales. Mi horario y el suyo no es que sean del todo compatibles, pero siempre encontramos el momento; cualquier rincón es bueno para encaramar las piernas a su cintura y devorarlo. Jamás en mi vida me habían dolido tantos músculos del cuerpo.

Y, como retozar en mi casa no está contemplado, por eso de que no quiero que a mi hermana le dé un soponcio y nos persiga con el estropajo y la lejía por todas partes, pues últimamente duermo mucho en casa de Abel. Bueno, dormir dormir… entre otras cosas. Como hoy, que estoy aquí despatarrada en su cama, soltando babas por la boca como si no hubiera un mañana, y algo me ha despertado; puede que me haya dado un poco de frío, porque,

chica, no sé cómo lo hago que, aunque intente lo contrario, siempre acabo sin ropa.

Me levanto de la cama sin hacer ruido y me pongo el pijama. Cuando voy de camino al baño, escucho un ruido constante, como de un gatito lloriqueando, lo cual es raro porque, hasta donde yo sé, Abel no tiene mascotas; aun así, no puedo evitar sentir cierta emoción porque adoro los gatos, y los perros también. Tengo el convencimiento de que son mejores que las personas. Igual se ha colado el de algún vecino por una ventana abierta.

Descalza y sin hacer el menor ruido, me paseo por la casa: en la cocina no se oye nada y en el salón el ruido se vuelve algo más intenso, pero creo que no proviene de aquí.

Me acerco con sigilo a la habitación de Roque; igual ha traído una mascota a escondidas. Sería algo muy irresponsable: los animales no son juguetes a los que puedas meter o sacar de tu vida a tu antojo, por no hablar de que, si traes un gato callejero a casa, lo mínimo es bañarlo y llevarlo al veterinario primero. Como tenga pulgas y le infesten la cama al crío, verás qué risas. Toco suave con los nudillos en la puerta del niño. El ruido cesa tan solo un segundo y luego se escucha más fuerte. Espero un momento… Vuelvo a tocar, esta vez con un poco más de brío, y rezo a todos los dioses que existan en nuestro universo para que no me encuentre con nada extraño al girar el picaporte para abrir. Roque tiene la luz de la mesita de noche encendida, está sentado en la cama, con la cara hundida en la almohada mientras llora a moco tendido. Ay, madre.

—Roque, ¿estás bien? —musito.

El niño despega la cara de la almohada; los hombros le tiemblan sin control y se sorbe los mocos antes de intentar vocalizar.

—Sí, sí… Es solo alergia.

—Ah, ya.

Entro en el dormitorio del niño. A ver, que son las cuatro de la madrugada y yo mañana me tengo que levantar temprano, tengo turno en el hospital. Sin embargo, no me puedo ir a la cama y dejar a Roque así, llorando a mares.

Me siento frente a él en su cama y veo cómo alarga la mano para coger un pañuelo de papel con el que se suena como si fuera un elefante barritando. Al ver todos los pañuelos arrugados que hay tirados en la mesa de noche y por el suelo, creo que ya sé lo que me ha despertado.

—Qué alergia más peculiar —musito, y el crío me mira con odio. Chisto—. ¿No será que has tenido una pesadilla?

Roque se encoge de hombros, y le pongo una mano en el brazo para reconfortarlo. No me aparta la mano, pero protesta:

—No tengo cinco años, yo no tengo pesadillas.

—¿Perdona? —pregunto indignada—. Yo tengo treinta y dos y cágate con lo que sueño a veces. Me quedo hasta temblando durante horas. —Sigue enfurruñado con la vista clavada en el pañuelo de papel—. ¿Estás preocupado por tu madre? —Se encoge de hombros—. ¿Quieres que me vaya?

No se inmuta, y yo me pongo de pie y me dirijo a la puerta; igual necesita estar solo y soltar toda esa angustia.

—Llorar no es malo, ¿sabes? —le explico antes de irme—. Tener miedo no es de niños pequeños ni de cobardes. Todo el mundo le tiene miedo a algo y, a veces, las circunstancias hacen que esos miedos se vuelvan un gigante del que no podemos escapar y que

tengamos que enfrentarnos a ellos, digerirlos, asimilarlos —digo antes de cruzar el umbral de su puerta.

Roque chista.

—¿Y si no se recupera? —me pregunta cuando prácticamente ya estoy fuera de la habitación. Me giro hacia el niño y entro de nuevo —. ¿Y si mi madre no vuelve?

Me acerco a la cama otra vez, me siento al lado de Roque, apoyando la espalda en el cabecero de la cama, y estiro las piernas sobre el colchón, junto a las suyas. Alzo una mano y se la tiendo, y él entrelaza sus dedos con los míos.

—Tu madre está respondiendo muy bien al tratamiento y a las terapias. Es verdad que es un proceso lento, pero estoy convencida de que paso a paso volverá a ser la misma de siempre, y la tendrás en casa, huirás de sus besos, gruñirás de nuevo en lugar de hablarle y te encerrarás en tu habitación durante horas, aislándote del mundo y de ella, pero con la certeza de que la tienes a pocos pasos de ti, sana y queriéndote como siempre.

Roque se abraza a mí y llora más. Abel siempre me habla de su sobrino, de lo bien que está llevando todo esto, de que, quitando que es un adolescente y gruñe por naturaleza, es un chico maduro, simpático, bromista…, y supongo que eso significa que lleva mucho tiempo conteniendo todo este terror, que se le ha hecho una bola enorme y se ha lanzado contra él como si de una avalancha se tratase, arrollándolo por el camino.

Dejo que se desahogue abrazado a mí, le acaricio el cabello y nos quedamos así un buen rato, hasta que deja de temblar en mis brazos y se va resbalando hasta que acaba poniendo la cabeza sobre mi regazo. Sigo acariciándole. No soy yo la persona más cariñosa del

universo, pero Roque necesita esto: necesita contacto, necesita desahogarse, necesita sentirse protegido, y no me preguntes por qué, pero no me parece buena idea desentenderme, ir a la habitación de Abel, despertarlo y decirle que venga a consolar al niño.

—No dejo de pensar en los «y si»…, ¿sabes lo que quiero decir? —habla ahora mucho más tranquilo. Musito una afirmación en respuesta—. ¿Y si ese día no hubiera vuelto a casa y me hubiera quedado a dormir con alguno de mis amigos? O si ese día no hubiera salido, ¿podría haber actuado más rápido y evitar todo esto?

—Es inútil pensar en lo que hubiera pasado en la infinidad de universos alternativos, Roque.

—Ese día volví a casa más temprano porque a media tarde me llamó por teléfono para saber si iba a ir a casa a cenar y me dijo que no se encontraba muy bien, que le dolía la cabeza y estaba como un poco mareada. Llevaba un par de días así y ni siquiera le sugerí que fuera al médico, pensé que era una simple gripe. Ese día le cogí el teléfono, pero muchas otras veces no le contestaba: estaba con mis amigos pasándomelo bien e ignoraba las llamadas, le mandaba un mensaje al rato para saber qué quería. ¿Y si ese día no le hubiera cogido el teléfono? ¿Y si no hubiera vuelto pronto a casa? ¿Y si la hubiera dejado sola toda la noche y a la mañana siguiente ya hubiera sido tarde? ¿Soy una mala persona? ¿Soy un egoísta? —me acribilla a preguntas—. No tengo padre, solo somos ella y yo, nos tenemos que cuidar el uno al otro.

Roque comienza a llorar de nuevo.

—No eres una mala persona ni eres un egoísta…, eres un chico que empieza a hacerse mayor y que necesita más independencia. —

Me mantengo en silencio unos segundos, y él se va calmando poco a poco—. No tienes padre, pero tienes la suerte de tener a una madre que te adora y se preocupa por ti, que te cuida, pero eso no quiere decir que tú debas impedir que la vida siga su curso, que crezcas, que seas independiente, que quedes con tus amigos. Nada de eso te hace mala persona ni egoísta. Sé que la adolescencia es una etapa complicada, pero lo estás haciendo bien, Roque. Lo estás haciendo genial.

Unos instantes más tarde me doy cuenta de que la respiración del niño se ha hecho más profunda: se ha quedado dormido. Bien, ¿ahora cómo me muevo de aquí?

Escucho un carraspeo y, al alzar la vista, veo a Abel ahí, de brazos cruzados, con una sonrisa taimada. Pongo un dedo sobre los labios para pedirle que no haga ruido; como despierte al crío, lo rajo.

En silencio, se acerca a la cama y se sienta, se queda un rato ahí conmigo hasta que se me empiezan a dormir las piernas. Con su ayuda, logro salir de la cama sin despertar al niño. Abel lo cubre con el edredón, y salimos de la habitación. Camino delante de él con la esperanza de que no diga absolutamente nada y me deje meterme en la cama y dormir el poco tiempo que me queda hasta que amanezca. Obviamente, es inútil: no me va a permitir irme de rositas.

En cuanto entramos en la habitación, cierra la puerta. Me coge de la mano, tira de mí para acercarme a él y me mira a los ojos.

—Eres adorable —murmura.

—¿Qué? —Lo empujo indignada intentando zafarme de su agarre —. No soy adorable para nada. Soy una tía dura.

Abel suelta una risilla.

—Y muy tierna.

—¿Tierna yo? Y un cojón de pato. —Me cruzo de brazos, mosqueada—. Solo es que… estaba ahí, llorando, como un animalito desvalido, y no podía abandonarlo a su suerte, dejarlo gimoteando toda la noche; no me iba a dejar dormir, y las hay quienes, aunque sea fin de semana, tenemos que trabajar y eso.

Él cabecea afirmando exageradamente; algo en su gesto me hace saber que está siendo irónico.

—Sí, claro, claro —pronuncia condescendiente—. Eres la mujer más adorable, tierna y sensible que conozco, envuelta en una apariencia de tía dura, de demonio con piernas de infarto.

Cuanto más me enfurruño, más se ríe. Estoy por recordarle que lo apunté con un arma y fingí que iba a dispararlo hasta que se meó en los pantalones, verás cómo se le quitan las ganas de burlarse.

—Deja de reírte, porque no tiene ninguna gracia.

Me cruzo de brazos.

Abel me sujeta de la cintura y tira de mí. Me resisto cuanto puedo y huyo de su beso. Sus labios caen en mi cuello provocando que un escalofrío me recorra de arriba abajo. Claudico un poco; es que es mi punto débil y él lo sabe. Chisto y descruzo los brazos. Me hace soltar un gritito cuando, sin esperármelo, me alza en brazos y me lleva hasta la cama. Le doy un puñetazo en el pecho.

—Que despiertas al niño, capullo —lo reprendo.

—Pero si la que has gritado has sido tú, Belcebú.

Me deja sobre la cama, partido de risa, y vuelvo a pensar en que me tenía que haber traído las esposas que tengo en casa para darle su merecido, pero no las tengo y tampoco son horas de ponerse a

jugar, así que me acurruco en su pecho y me quedo dormida mientras él me acaricia el pelo.

Desactivo el despertador antes de que llegue a sonar; apenas quedan cinco minutos, pero llevo despierta un rato. Es sábado y Abel no tiene que madrugar, pero a mí me toca trabajar. No es que sea demasiado temprano, pero estoy agotada. Le doy un beso en el hombro desnudo; ronronea un poco y sigue durmiendo, y yo me escabullo de la habitación sin hacer ruido para ir al cuarto de baño a darme una ducha rápida.

Pensaba irme y desayunar algo en la cafetería para no molestar, pero, cuando llego a la cocina, me invade el aroma del café que ya se está tomando Roque.

—Buenos días —me saluda, y sonríe.

—Buenos días. Pensé que estarías durmiendo aún.

Tiene mejor humor esta mañana, parece animado.

—Voy a ir al hospital a ver a mi madre.

Sonríe. Anoche no le mentí: la evolución de Lourdes, a pesar de ser lenta, va según lo previsto, está respondiendo muy bien a los tratamientos y la he visto interactuar con Roque y con Abel, parece de buen humor.

—Si quieres, te llevo; tengo turno en Urgencias.

Asiente.

—Gracias.

Le sonrío en respuesta y camino hacia la cafetera; el café de cápsulas no es que sea mi favorito, pero hoy tendrá que valer. Rebusco en el mueble de encima del fregadero hasta que doy con mi taza favorita. Sí, las tías duras también tenemos tazas favoritas.

—Oye, Rebeca, ¿puedo hacerte una pregunta? —dice Roque.

Y ya sé por dónde van los tiros. No sé por qué a los críos les gusta preguntarme por qué me hice médico. Supongo que, a su edad, Roque se está planteando alternativas o simplemente le pica la curiosidad.

Sinceramente, lo mío no fue muy poético ni romántico. De niña me caía bastante a menudo porque siempre estaba haciendo la cafre: jugando con el *skate*, la bici, el patinete, me tiraba por las cuestas sin pensar si me podía merendar el asfalto por no tener cuidado, me metía por los barrancos, escalaba por todas partes… y me solía llevar algún arañazo, rodillas limadas, codos llenos de costras, no sé, lo típico de una cría que no para. Y siempre he sido muy independiente, me curaba yo misma, no solía decirle nada a mis padres ni al abuelo, ni lloraba ni protestaba, supongo que porque no quería que me impidieran seguir jugando a mi manera.

Una vez Paola se pegó un tortazo en la rodilla con el asfalto porque… es probable que yo la empujase un poquitito cuando intentó, a la fuerza, que le prestara el patinete que me habían regalado por mi cumple. Yo no tenía la culpa de que ella pidiera un set de esos de maquillaje, se aburriera a los dos días y prefiriese lo mío, lo cual solía suceder bastante a menudo.

Normalmente, cuando mis padres oían llorar a Paola como si el demonio se estuviese llevando su alma, me reprendían y me obligaban a compartir lo que fuera que ella quisiera y que yo estuviera usando, pero esa tarde nos habíamos quedado con el abuelo, que vino corriendo al cuarto de baño a ver qué pasaba cuando escuchó a mi hermana berrear.

Pensé que me iba a llevar una bronca, pero en esa ocasión se la llevó Paola: mi abuelo la reprendió y le dijo que no estaba bien quitar las cosas a los demás, aunque tuviera muchísimas ganas de usarlas, y me pidió que me fuera a jugar, que él le curaría el golpe. Me sentía culpable, porque mi hermana siempre tuvo ese poder sobre mí cuando era pequeña y terminábamos discutiendo por cualquier cosa. No sé, aunque me hacía rabiar, enfadar y demás, era mi hermana y se me despertaba el instinto de protección. Así que le dije a mi abuelo que yo lo haría. Él me lo permitió y se quedó en el baño con nosotras viendo cómo, de forma meticulosa, le limpiaba la herida y se la curaba.

Después de eso, mientras estábamos cenando y la cosa ya se había calmado, mi abuelo me preguntó si alguna vez me había planteado ser enfermera o médico, curar a otras personas. Eso se me quedó ahí grabado dando vueltas en la cabeza y ya nunca se me fue. Encontré mi vocación gracias a mi abuelo.

Sonrío recordando aquel día y cómo Pao, a la media hora, llamó a mi madre lloriqueando porque la había empujado y le había hecho daño. Mi hermana se llevó un sermón del abuelo, y yo me libré de la bronca de mi madre cuando llegaron a casa porque me hice la dormida. El abuelo riñó a mi madre cuando ella le reprochó que tenía que haberme castigado porque yo era muy bruta con Pao, que era una niña muy sensible y tranquila que solo quería la atención de su hermana, y él le contestó que, cuando estuvieran bajo su cuidado, sería él quien decidiría los castigos y las broncas correspondientes porque ella no había estado allí para saber lo que había pasado.

Supongo que por eso, cuando mis padres se marcharon a Australia, se desentendieron bastante de nosotras, de nuestras peleas constantes y todo lo demás, y fue el abuelo el que se hizo cargo de todo, el que mediaba siempre entre ambas, el que lo sigue haciendo aún hoy.

Me siento al lado de Roque y remuevo el café.

—Claro, pregunta lo que quieras.

Le doy un sorbo a mi taza.

—¿Qué intenciones tienes con mi tío?

Me atraganto y el café me sale de la boca como si de un aspersor se tratara. Toso, atragantada, y me doy un par de golpes en el pecho.

Roque me da palmaditas en la espalda y me mira serio.

—¿Qué? —pregunto horrorizada.

—Está claro que estáis saliendo, aunque no es que salgáis mucho de la habitación. —Eso último lo musita para sí mismo, y yo abro mucho los ojos, más horrorizada aún. Estoy por ir a despertar a Abel: esta conversación sí que no es para mí—. En fin, que quiero saber cuáles son tus intenciones con él, si solo estás divirtiéndote y vas a pasar de él, o si…

—¿O si qué? —pregunto, y apoyo la taza en la mesa. Mejor no beber hasta que se acabe esta conversación, por si acaso.

—O si te gusta de verdad.

Carraspeo, miro el contenido de la taza y me apresuro a beberme un trago antes de que suelte alguna atrocidad como, no sé, casarnos, vivir juntos o cualquiera de esas cosas.

—Es que… A ver si me explico —continúa, y asiento para que sepa que lo estoy escuchando—: Abel es mi tutor legal; mi madre

está en el hospital y se va a recuperar, vale, va a salir adelante, le darán el alta y regresará a casa, pero… —Carraspea un poco, como si le costara continuar—. No quiero que Abel vuelva a marcharse. Mi madre lo necesita, y yo…, yo no, porque soy un tío independiente, no necesito una niñera que me cuide ni que me diga cuándo tengo que comer, cuántas veces puedo usar una sudadera o que me dé la lata todos los días para que me duche y eso. —Suelto una risilla—. Solo que está guay tenerlo aquí, poder contar con él…

—Roque —lo interrumpo, y pongo una mano encima de la suya para que deje de dar golpecitos nerviosos con el dedo encima de la mesa—. No tengo ninguna intención de interponerme entre vosotros ni hacer nada de eso.

—No es eso… Mi tío vivía en Valencia cuando pasó todo lo de mi madre, ¿te lo ha dicho?

—Algo me ha contado, sí.

—Vino corriendo en cuanto supo lo que había pasado, y yo se lo agradecí porque no tenemos a nadie más, solo somos… nosotros. Aquí no tiene mucha vida social porque, antes de marcharse, yo era pequeño y se quedaba conmigo cada vez que mi madre estaba trabajando, me cuidaba, y a ella… a ella siempre la ha cuidado porque se quedaron sin padres cuando mi madre era una niña todavía.

—Lo sé.

—Y no quiero que me malinterpretes, me gusta que Abel esté contigo, que no solo seamos él, mi madre y yo, que tenga a alguien más. Solo es que no quiero que Abel te quiera y tú… le hagas daño, porque, cuando una persona le importa de verdad, él lo da todo, lo

deja todo… y se merece a alguien que lo quiera de esa forma también.

—Ah… —Compruebo la hora en el reloj buscando una salida; ya cubrí mi cupo de conversaciones profundas anoche—. Tengo que irme a trabajar. —Roque asiente. Me pongo de pie y me dirijo al fregadero con su taza y la mía. Chisto al ver su gesto de decepción, con la vista clavada en la mesa, y añado—: Abel me gusta. Me gusta mucho —admito.

—¿Qué? —Alza la cabeza para mirarme.

—Que no tengo intención de hacerle daño a Abel, que nos estamos conociendo aún y es pronto para saber cómo irá todo, pero… me gusta, me gusta mucho.

Roque desvía la mirada y suelta una risilla. Doy un respingo cuando escucho un carraspeo y veo a Abel, de brazos cruzados, apoyado en la pared del salón. ¿Qué pasa? ¿Tiene un radar o algo y sabe cuándo el crío y yo estamos hablando de cosas que él no tiene por qué escuchar?

Me cuesta unos instantes reaccionar; me pasa bastante, pero es que esta vista…, ¡uf!, es para tomarse unos segundos para procesarla. Descalzo, con un pantalón de pijama suelto de color cris, sin camiseta, con esos bíceps, tríceps, pectorales, abdominales y todo lo demás bien marcado… Está hecho para hacer babear. El cabello despeinado, el gesto adormilado y los labios aún algo hinchados por todo el uso que les dio anoche.

Me obligo a respirar, y él sonríe ladino.

—¡Te espero abajo! —grita Roque ya desde la puerta, que cierra detrás de sí.

Puto crío liante.

Abel se acerca a mí, cual felino al ataque de su presa, y yo estoy ahí, boquiabierta, paralizada, sin habla, con las mejillas teñidas de rojo… Ya te digo yo que no es fácil dejarme así.

Me sujeta de la cintura presionándome contra su cuerpo y me besa.

—¿Sabes qué, pequeño demonio sexy? —pregunta apartándose un poco y mirándome a los ojos. Me muerdo el labio y sonrío—. Que tú también me gustas, me gustas mucho.

34

¿Divertirse?

ABEL

Suelto una risilla cuando Rebeca se va, porque se quiere hacer la tía dura, a la que no le importa nada, y ha flaqueado, sé que ha flaqueado, lo cual, la verdad, me gusta. Me tiro en el sofá un rato. Iré al hospital más tarde para ver a Lourdes; les voy a dar un poco de intimidad a ella y a Roque para que hablen de sus cosas.

Cojo el teléfono para comprobar las notificaciones y veo un mensaje de Carlos.

Tienes planes?

He quedado con los compañeros del curro

Te apetece echar un partido?

De fútbol?

No, de canicas, no te jode…

Claro que de fútbol

Pongo los ojos en blanco. Sé que muchas veces los chicos quedan fuera de la oficina, pero, por lo que yo sé, los jefes estamos vetados. Aunque en general todos nos llevamos muy bien, por cómo me comporto o me siento con Joel cuando hablamos de cosas que no giran en torno al trabajo, los entiendo. Siempre existe esa barrera ahí por la que uno no se siente del todo cómodo.

No les importa jugar con un jefe?

Bah, tú no eres un jefe

Tú eres… tú

Y no estás tan mal

Suelto una carcajada y lo pienso unos segundos.

Hombre, gracias

Venga, me apunto

Me pasa la dirección y me levanto de un salto para irme a la ducha. Me vendrá bien algo de deporte para dejar de pensar en Rebeca, en cómo le hablaba anoche a mi sobrino, en todo lo que provocó en mi cuerpo, en mi estómago, en la sonrisa tonta al oírle decir eso de que le gusto. Le gusto mucho. Perdona que me regodee, pero es que, simplemente, me encanta que así sea.

Mira que pensaba que estaba en forma, pero esa pandilla de críos, que ninguno pasa de los veinticinco, me están dando una paliza que, para cuando acaba el partido, no puedo ni con mi alma.

Carlos viene hacia mí al verme agachado, con las manos sobre las rodillas, intentando recuperar el aliento. Me obligo a incorporarme para evitar las burlas.

—Te invito a desayunar algo —me propone, y me da un par de palmadas en el hombro—. Necesitas carbohidratos para recuperar energía.

—No lo sabes tú bien —mascullo.

Entre la noche que he tenido con Rebeca y el partido, estoy que me duelen hasta las pestañas.

Carlos suelta una risilla, como si pudiera leerme el pensamiento, y lo miro de reojo, aunque mejor no digo nada. Simplemente caminamos hasta una cafetería cercana y nos acoplamos en una de las mesas de la terraza.

—¿Me dices qué sentido tienen las dos horas de correr detrás de una pelota que llevamos si luego te comes una palmera de chocolate más grande que tú? —me burlo de Carlos, que tiene la misma cara que un niño que entra en una tienda de golosinas cuando el camarero le pone delante la bandeja con el dulce que se ha pedido.

Se encoge de hombros.

—¿Divertirse? —Niego, y le doy un mordisco a mi bocadillo—. Y hablando de divertirse… Este fin de semana hemos quedado con los compañeros de trabajo en el local de la novia de Elena; van a celebrar una fiesta de Halloween. ¿Te apetece venir?

Muevo la cabeza de un lado al otro.

—Te lo agradezco, pero «fiesta» y «Halloween» en la misma frase me dan urticaria. Además, en un ambiente tan distendido, con alcohol y esas cosas de por medio, los chicos del curro no se van a sentir muy cómodos.

—Venga, tío, no seas carca. Ya les he preguntado, les parece bien y… te puedes traer a tu chica.

Alza ambas cejas un par de veces, chistoso, y yo pongo los ojos en blanco.

—¿Qué chica? No sé de qué me hablas. —Me hago el loco, y le doy un sorbo a mi zumo de naranja.

La risita de Carlos me hace mirarlo con el ceño fruncido.

—¿Sabes que su mejor amiga es mi cuñada? —sentencia—. Solo a modo informativo, mi cuñada, a la que veo mucho y que me cuenta muchas cosas porque nos llevamos superbién.

—¿Los cuñados no deberían llevarse mal por esa ley no escrita de que la familia política es un rollo? —protesto.

Carlos se ríe.

—Mmm…, no sé. —Se pone un dedo en la barbilla y da un par de golpecitos, pensativo—. Tú no pareces llevarte muy mal con Paola, ¿no? Le preguntaré a ella a ver.

—Calla, desgraciado.

Suelta una carcajada.

—¿No os parece un poco ridículo ocultarle a Paola que estáis juntos? —me pregunta serio.

—No le ocultamos a Paola que estamos juntos, solo… no le decimos nada.

—Sí, ya, que es básicamente la definición de ocultar algo…

Mi compañero de trabajo se parte de risa, pero Rebeca y yo ni lo hemos pensado; tampoco sé si estamos juntos, solo… nos dejamos llevar. Además, Paola y yo nos llevamos muy bien, somos compañeros de trabajo y, desde que salimos a cenar, tengo claro que, cuanto menos nombremos a Rebeca en cualquiera de nuestras conversaciones, mejor, porque la noche acabó siendo bastante incómoda, la verdad. Eso no quiere decir que no podamos desayunar juntos, echarnos unas risas, charlar de todo un poco o cosas así, como dos amigos y compañeros de trabajo más.

De pronto, el fondo de mi vaso se lleva toda mi atención, y Carlos se da cuenta de que no me siento demasiado cómodo hablando del tema.

—Bueno, ¿qué dices? ¿Os venís a la fiesta? Un poco de diversión no os matará —insiste.

—Rebeca y yo ya nos divertimos bastante. —Me arrea un golpe en el hombro, y chisto—. Bueno, vale… —refunfuño—. Se lo comentaré, a ver si le apetece ir. No sé si tendrá turno en el hospital.

Me encojo de hombros.

Después de desayunar, paso por casa a darme otra ducha y me dirijo al hospital para ver a mi hermana. Cuando llego, un cosquilleo de felicidad me invade al entrar en la habitación y encontrarme a Roque y a Lourdes riendo.

—¿Qué le estarías contando, traidor? —le pregunto a mi sobrino cuando veo la forma en la que me miran ambos, y vuelven a reír.

Daría lo que fuera por verlos siempre así, riendo, felices; aunque yo sea el motivo de su mofa, no me importa en absoluto. Mi hermana está pasando por un proceso complicado: ha empezado con el tratamiento neurorrehabilitador, poco a poco ha logrado ponerse de pie y han comenzado con la fisioterapia para recuperar la coordinación y la motricidad fina; con la logopeda trabaja las secuelas en la comunicación que le han quedado y se le nota la evolución, aunque sé que le cuesta concentrarse, y a veces comprender lo que le cuentas, y termina agotadísima cada día. Sé que está poniendo todo su esfuerzo en recuperarse. Sé que esto va a ser una carrera de fondo. Su médico nos ha explicado que necesitará terapia ocupacional y psicológica, pero es optimista y nos ha dicho que probablemente no le quedarán secuelas graves y, a largo plazo, podrá retomar su vida normal.

—Bueno… —Roque se pone en pie—. He quedado para comer y ver una peli. Nos vemos mañana, mamá.

Mi hermana asiente, y mi sobrino le da un beso en la frente.

—¿Necesitas dinero? —le pregunto.

Echo mano a la cartera, y él niega.

—No, no hace falta, he quedado en casa de una… *amiga*.

Abro mucho los ojos y lo miro con horror por cómo ha pronunciado esa última palabra. Dirijo la vista hacia mi hermana, que ríe —la pobre no se está enterando de nada, si no, le daría un tabardillo—, y luego miro al niño de nuevo, que tiene las cejas alzadas y un gesto divertido.

Ya está, se acabó, no hay más tiempo, es la hora de «la charla». Dame fuerzas, Diosito. Me palpo los bolsillos; no tengo preservativos aquí. Tendré que ir con él a la farmacia.

—¿Podemos…? —le pido a Roque. Le echo un vistazo de reojo a Lourdes y carraspeo antes de continuar—. ¿Podemos ir fuera un momento? Tú y yo tenemos que hablar.

Roque pone los ojos en blanco, pasa por mi lado y me da un par de golpecitos en la espalda.

—Llego tarde, tengo que irme ya. No te preocupes tanto, estará su familia en casa. Vamos a ver una de dibus con su hermana pequeña después de comer, para que sus padres puedan ir al cine solos esta tarde.

Suspiro y asiento.

—Vale. Bueno, vale. —Miro de nuevo a mi hermana, que me sigue observando con gesto divertido; no sé qué le hace tanta gracia—. Supongo que eso está bien.

Roque suelta una risilla.

—Sí, estará bien. Me gustan las pelis de dibus y las palomitas. —Se dirige a la puerta—. Y ella, ella también me gusta. —¿Qué? ¿Cómo?—. Espero que la niña se quede dormida en algún momento de la película, la verdad —añade ya desde el pasillo, pero lo he oído perfectamente.

—Será… —digo viendo cómo se acerca al ascensor y pulsa el botón—. Será… —repito mirando a mi hermana.

Mi hermana ríe de nuevo, resoplo y me dejo caer a su lado.

—Mucho te ríes tú; no he tenido tiempo de tener «la charla» con él —protesto enfurruñado, y mi hermana vuelve a soltar otra risita.

Tiene los ojos adormilados y parece agotada—. Estás cansada, ¿verdad?

—Sí, un poco.

—Duerme. —Me levanto y le doy un beso en la frente—. Voy a hacer una llamada, enseguida vuelvo.

Salgo de la habitación y me acoplo en una de las sillas que están en el pasillo con la intención de dejarla dormir tranquila, y estoy un rato ahí, mirando chorradas en el teléfono.

—¿Te han echado? —Escucho a mi lado.

Alzo la vista, y Rebeca se sienta junto a mí.

—Hola.

Sonrío.

Qué guapa está con el uniforme del trabajo. Otros días la he visto con un pijama blanco, pero hoy solo lleva la bata encima de su ropa, lo que le deja al aire las preciosas y sexis piernas, porque se ha puesto una falda vaquera esta mañana para venir al hospital. Cruza las piernas como si supiera que estoy pensando en lo mucho que me encantó recorrerlas anoche con los labios y lo muchísimo que me encantaría poder hacerlo ahora mismo, hasta enterrar la boca en su sexo. ¿Esto es normal? Estoy todo el día pensando en lo mismo, esto no puede ser bueno.

Rebeca carraspea y elevo la vista para encontrarme con esa sonrisa demoniaca que nunca presagia nada bueno.

—¿Cómo está Lourdes? —me pregunta, sacándome de mi aturdimiento.

—Agotada. Me he venido al pasillo porque no quería molestarla para que pudiera dormir tranquila.

Rebeca me sonríe y me acaricia el brazo antes de levantarse. Abro la boca para protestar; no quiero que se vaya ya, pero caigo en que está trabajando y la cierro, resignado. Veo cómo asoma la cabeza a la habitación y cierra la puerta.

—Está dormida como un tronco, mejor la cerramos para que no le despierte el ruido del pasillo —me dice, y asiento—. ¿Vamos?

La miro extrañado.

—¿A dónde?

—Estoy en el descanso, tengo un rato libre. —Mira algo en la tablet que lleva en la mano y devuelve la vista hacia mí—. ¿Quieres comer algo? —pregunta de forma despreocupada.

Cabeceo afirmando y la sigo por el pasillo guardando cierta distancia. Al entrar en el ascensor, se encuentra con un par de compañeros de trabajo con los que intercambia una conversación que se escapa de mi comprensión, y nos bajamos en una de las últimas plantas del edificio.

—¿La cafetería del personal está por aquí? —le pregunto extrañado.

—Más o menos —me responde seria; tiene la vista clavada en la tablet mientras teclea algo y camina al mismo tiempo.

Abre una habitación y extiende la mano para que pase delante de ella.

Alzo las cejas, sorprendido.

—Esto no es una cafetería —musito.

—Y yo que pensaba que no te gustaba el café —bromea.

La miro suspicaz.

—Y no me gusta.

—Bien. Eso pensaba.

Rebeca cierra y aparta un carrito que está entorpeciendo el paso. Me coge de la mano y tira de mí, porque me he quedado ahí parado. Observo a mi alrededor y solo veo estanterías repletas de material médico, sábanas, rollos de papel…

Se gira al llegar a una zona donde hay una mesa vacía y, a un lado, varias sillas amontonadas.

—Este es mi office privado.

Alzo una ceja, incrédulo, y en cuanto aparece la sonrisa diabólica en sus labios tiemblo, tiemblo y me quedo sin respiración al ver cómo se desabrocha la bata, mete las manos por debajo de la falda que lleva puesta y desliza las braguitas hasta el suelo, deshaciéndose de ellas de una patada.

Miro hacia atrás para comprobar que la puerta sigue cerrada.

—¿Qué haces, so loca?

—Ofrecerte algo de comer. —Me guiña un ojo, se sube de un salto a la mesa y abre las piernas. Como sigo paralizado, chista y añade —: Esto lo he visto yo en las series de la tele, no es para tanto.

Suelto una risilla y me acerco a ella para besarla. No seré yo el que desprecie un manjar como este.

35

Un mal día en el hospital

REBECA

—Por fin me he podido escapar. —Zaida, que acaba de entrar a los vestuarios, resopla y se deja caer en uno de los bancos—. He salido hace un rato de una operación y no sabía si te iba a hacer esperar.

Asiento.

—No te preocupes, yo estoy igual. ¿Te has traído el disfraz?

Cabecea afirmando. Seguro que lo que menos le apetecía a mi amiga era irse de fiesta después de trabajar doce horas seguidas, pero, cuando le comenté que Abel me había invitado a una fiesta de Halloween y que no estaba muy convencida porque no soy yo mucho de esas cosas y se dio cuenta de que era la misma a la que su cuñado le había insistido para que fuera con Isma, me amenazó de muerte si no decía que sí. Total, que, al final, acepté, cuadramos turno con la idea de ir juntas desde el hospital y encontrarnos allí con Abel, Isma y demás.

—Creo que la última vez que salimos juntas de fiesta servían Trina, gusanitos y sándwiches con Nocilla —le digo—. ¿Crees que seguirá siendo así?

Zaida suelta una risilla.

—Exagerada.

Me encojo de hombros. Me centré mucho en estudiar en mi época universitaria y me solía dedicar a otro tipo de diversión más tranquila, con menos ruido, menos gente y esas cosas.

Cojo una bata que he traído de casa, que usaba durante mi residencia en Madrid, me la pongo y abrocho los botones para que no se vea la ropa que llevo debajo. Saco de la taquilla un estuche con algo de maquillaje que le he birlado a Paola, rebusco un poco, y Zaida me mira con las cejas alzadas.

—¿Qué haces?

Empiezo a hacerle manchas a la bata con una barra de labios roja, como si de sangre se tratase. Zaida suelta una risilla.

—No tenía disfraz en casa ni tiempo de ir de compras, así que voy a ir de médica zombi.

Muy desencaminada no voy teniendo en cuenta la de horas que he trabajado hoy y las pocas que he dormido.

—¿Sabes que esa barra de labios cuesta unos cincuenta pavos?

Paralizada, me giro para mirar a mi amiga, por si me está vacilando. ¿Cincuenta pavos por un pintalabios? Paola está pirada.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Me gusta el maquillaje de calidad, sobre todo si me lo regala Isma.

Ríe de nuevo, y me encojo de hombros.

—Es una emergencia, Paola no se va a dar ni cuenta.

Zaida niega y se queda ahí, de brazos cruzados, viendo cómo rebusco de nuevo en el neceser, a ver qué me puedo hacer en la cara.

—Anda, dame eso.

Que le gusta un potingue a mi amiga.

Zaida me arrebata de las manos el estuche y me señala uno de los bancos para que me siente. Después de un buen rato, doy gracias a que no haya entrado ningún compañero que nos pille aquí haciendo el tonto, y ella se sacude las manos, satisfecha.

—Listo.

Me levanto y me miro en el espejo. No sabía que se podía ir de zombi y sexy al mismo tiempo, pero, bueno, más o menos lo ha conseguido.

Ella no tarda en enfundarse un vestido, un gorro de bruja y se maquilla en tres minutos. Espectacular.

Llegamos al local y damos una vuelta; hay muchísima gente, la música no está mal y el ambiente está muy animado. La decoración es una pasada. Damos vueltas durante un rato a través de la marea de gente hasta que la pirada de mi amiga ve a Isma, corre hacia él como puede y lo coge despistado cuando salta sobre él para abrazarlo, por lo que acaban cayendo los dos de culo al suelo y se morrean como si llevaran sin verse dos años. A tomar por saco la dignidad; la dignidad y el maquillaje, las dos cosas.

Suelto una risilla y aprovecho que mi amiga tiene la lengua y las manos muy ocupadas para sacar el móvil, a ver si puedo localizar a Abel entre tantísima gente; me doy cuenta de que tengo un mensaje suyo de hace unos diez minutos.

Llego tardísimo, lo siento

Mi sobrino tiene una fiesta de disfraces en casa de un amigo y se ha convertido en mi peor pesadilla

Me ha tenido toda la tarde corriendo de una tienda a otra hasta que ha dado con el disfraz que quería y luego nos hemos tirado como dos horas maquillándolo

Se ha lavado la cara trescientas cincuenta y cuatro veces

Las mismas veces que me ha hecho repetirlo hasta que ha quedado satisfecho

Voy a disfrazarme y a llevarlo a casa de su amigo

En un rato estoy ahí

Le respondo con un guiño y un beso. Mientras nos tomamos una cerveza, Zaida me presenta a Carlos, aunque ya lo conocía de vista, y él me presenta a otros compañeros de la oficina. Hasta la chica rarita parece menos rarita y me mira con menos odio con dos copas de más. La música está altísima, así que tampoco es que nos podamos poner a charlar. Zaida y yo bailamos, brincamos y nos abrazamos como si fuésemos unas crías que han salido a comerse el mundo.

La temperatura dentro del local es infernal y estoy muerta de sed —mi amiga no, porque le está sorbiendo hasta el alma con la lengua a Isma; no la hacía tan empalagosa—, así que, mientras me escabullo como puedo para ir a la barra a pedirme otra cerveza, noto que el móvil me vibra en el bolsillo. Daba por hecho que sería Abel, por lo que frunzo el ceño, extrañada, cuando veo que es una llamada de mi abuelo, y salgo del local tan rápido como la aglomeración de gente me permite.

—Abu, ¿qué pasa? —pregunto cuando logro llegar a la puerta del local.

Una ráfaga de aire frío me golpea despejándome por completo.

—Ay, Rebeca, perdona que te moleste —habla Amelia al otro lado, y parece bastante alterada. El estómago me da un vuelco—. Tu abuelo se ha caído de las escaleras al subirse a cambiar una bombilla y se ha hecho una brecha en la cabeza. No me deja llamar a una ambulancia, dice que no es nada, pero le está saliendo mucha sangre, y yo… me estoy mareando un poco.

—Voy para allá —contesto, y corro hasta la parada de taxis que he visto cuando veníamos, al final de la calle.

En aproximadamente quince minutos estoy en casa de mi abuelo. Cuando llego, abro con mis llaves y menudo panorama me encuentro.

Mi abuelo sentado en el suelo, con la espalda apoyada en el sofá, la camiseta blanca llena de sangre y un paño taponándole la herida de la cabeza, y Amelia medio tumbada, pálida y abanicándose con una revista. A primera vista, parece que los dos están bien, por lo que al fin respiro aliviada; menudo susto me he llevado.

—Abuelo. —Me llevo las manos a las caderas—. Ya te vale, la que has liado en un momento.

La escalera está tirada en un lado y hay manchas de sangre por todo el suelo.

—Joder —masculla, y da un respingo cuando me ve—. ¿Y a ti qué te ha pasado?

Miro hacia abajo; ni me acordaba del disfraz.

—Un mal día en el hospital —bromeo.

Refunfuña y, a pesar de que me repite como quinientas treinta veces que no es nada, nos vamos los tres al hospital.

Entro con mi abuelo directamente a Urgencias y lo dejo con uno de los médicos del turno de noche para que lo examine, antes de que la enfermera le limpie y suture la herida, y salgo de la zona de Urgencias un momento para llamar a Abel.

Tengo una llamada perdida suya de hace bastante rato.

Abel no me contesta al teléfono. Es probable que dentro del local no lo escuche, la música está muy alta, así que llamo a Zaida, que, a pesar de que tarda bastante, sí me coge el teléfono. Se oye todo el barullo de fondo, la música a tope y a ella gritando:

—Eeeyyy, preciosaaa. ¿Dónde estás? Deja de morrearte con tu hombre y ven a bailar conmigo; de paso me traes un mojitoooooo.

—¡Zaida! —chillo—. He tenido que irme. ¿Me oyes bien?

—Espera… —Aguardo unos momentos hasta que el ruido de fondo se atenúa; supongo que ha salido del local—. ¿Qué pasa?

—He tenido que irme, pero no es nada grave. Mi abuelo se ha caído y se ha dado un buen golpe en la cabeza. Lo he traído al hospital.

—¿Está bien?

—Sí, sí. Si ves a Abel, ¿puedes avisarlo? No me coge el teléfono, no debe de oírlo con todo el barullo. Le mandaré un mensaje de todas formas.

—Vale, tranquila, voy a buscarlo a ver si lo encuentro.

36

Hola, demonio de piernas sexis

ABEL

Llevo a mi sobrino a la fiesta en casa de su amigo y entro para saludar a los padres del chico por asegurarme de que no vayan a hacer el cafre más que nada. Me entretengo más de lo que pretendía y vuelvo a casa para dejar el coche. Hoy tengo pensado beber alguna que otra copa, así que mejor ir en taxi.

Me enfundo el disfraz de esqueleto y me maquillo de negro alrededor de los ojos y el fondo de la cara en blanco; no tengo tiempo para nada más elaborado.

Al abrir la puerta del local, alucino. La decoración está curradísima; la música, a tope, y ahí dentro no cabe un alfiler con la de gente que hay bailando, gritando, bebiendo. Pensé que iba a ser imposible encontrar a alguien ahí, pero, según entro, no he dado ni dos pasos y Carlos se lanza a abrazarme.

—¿Acabas de llegar? —me pregunta acercándose mucho a mi oído y gritando para que lo escuche.

Solo asiento, porque es imposible ponerme a dar explicaciones, y me tiende la copa que lleva en la mano.

—Es un mojito; tómatelo tú, que lo necesitas más que yo.

Algunos compañeros de la oficina se acercan a saludarme. Elena se lanza a abrazarme y me tira de las manos para que baile con ella una canción latina que acaba de empezar. Apuro la copa y le dejo el vaso vacío a Carlos.

Cuando la canción termina, me libro de Elena, que ha encontrado a su chica y ahora está encaramada a ella, así que vuelvo a donde está Carlos.

—Voy a buscar a Rebeca.

—La he visto antes —me grita. Se gira a ambos lados, como si así fuera capaz de encontrarla—. Estará por ahí bailando con mi cuñada o no sé.

Asiento, y voy de camino a la barra; me cuesta un rato llegar. Aquí la música no suena tan alta. Me pido otra copa y, cuando voy a sacar el teléfono del bolsillo para mandarle un mensaje a Rebeca, escucho delante de mí:

—¿Cómo un esqueleto tan guapo como tú en un lugar como este?

Alzo la vista, abro mucho los ojos y suelto una carcajada.

Rebeca va vestida de demonio: lleva una túnica con la capucha puesta, donde se ven los cuernos, y el maquillaje es una pasada: el contorno de los ojos en negro, los labios también, y el fondo está degradado comenzando en la frente en color rojo hasta el blanco de la barbilla. ¿Cómo ha tenido tiempo para un maquillaje tan currado con lo tarde que ha salido de trabajar? El vestido lleva mangas largas un poco acampanadas y la falda a la altura de las rodillas acaba en zigzag, con unas cadenas negras colgando de la cintura. Lleva sus botas militares y está jodidamente sexy.

Sonrío y tiro de su mano para acercarla a mí.

—Hola, demonio de piernas sexis, ¿has venido a arrastrarme al infierno?

Rebeca suelta una carcajada. Me aferro a su cintura y la beso; sabe a ginebra. Por un momento pienso que se va a apartar de mí, porque entre su maquillaje y el mío la vamos a liar parda; por el contrario, no tardo en notar su lengua dentro de la boca. La polla me da un tirón cuando balancea las caderas tan pegada a mí. Me tira del pelo y le aprieto el culo. Se aparta un poco para mirarme a los ojos y, sin decir nada, se muerde el labio inferior, se tambalea un poco y tira de mi mano con fuerza. Está borracha. No hay más que verla.

Supongo que quiere ir a bailar a la pista. Cojo la copa que me ha servido el camarero y voy bebiendo mientras la sigo. Y no, esto no es la pista de baile, es la puerta de los baños. Pues no sé qué pensaba hacer, pero, con la cola kilométrica que se encuentra en la puerta, me da que su idea se ha ido al garete. Suelto una risilla. Llevamos un par de días sin vernos porque no nos han coincidido los turnos de trabajo, y estoy por decirle que le den por saco a la fiesta y arrastrarla hasta mi casa al ver su gesto de decepción, pero de pronto sonríe maligna y me arrastra por un pasillo que hay al lado.

—¿Dónde vas, so loca? —le grito. No sé si es que no me oye o es que me ignora.

Intenta quitarme el vaso de las manos y le doy un buen trago. Ella me lo arrebata y se termina lo que queda en la copa y la pone en el suelo antes de abrir una puerta que hay al fondo y tira de mí hacia dentro de lo que parece un almacén. Al cerrar la puerta, la música se escucha amortiguada y la estancia se queda

completamente a oscuras; palpo por las paredes buscando un interruptor, pero no lo encuentro.

—Lo tuyo con los almacenes…

No me deja acabar la frase: se lanza hacia mí y me besa.

Como nos pillen aquí retozando como dos adolescentes en celo, verás qué risas. Y quizás debería ser una persona sensata y decirle exactamente eso, pero no puedo porque, cuando balancea las caderas restregándose contra mi erección mientras gime como nunca antes la he oído, pierdo todo el sentido de la responsabilidad. Cuelo la mano por debajo de su vestido y presiono sus nalgas. Me río en sus labios cuando tironea de mi ropa. Voy vestido con una malla enteriza que se abrocha por detrás y no tengo ninguna intención de quedarme desnudo aquí. Bajo el escote de su vestido; no veo una mierda, pero no lo necesito para llevar la boca hasta sus pezones. Chupo, succiono y muerdo. Me vuelvo loco con sus gemidos y sigo bajando, le rompo las bragas de un tirón, le abro las piernas y cuando doy el primer lametón, el móvil empieza a vibrarme.

—Mierda —mascullo—. Me están llamando.

—No pares, por favor, Abel —me ruega.

Alzo las cejas, divertido.

—Para ser un demonio eres bastante educada.

Rebeca suelta una risilla y me tira del pelo para acercarme la cabeza al coño empapado y caliente. Me lo como durante unos instantes, pero el móvil vibra y vibra sin parar. Me separo un poco.

—Lo siento, me están llamando, puede ser Roque.

—Más, más… —Balancea las caderas y me pongo de pie—. No, no, no…

Suelto una risilla. El teléfono deja de vibrar.

—Luego te compenso. Cuando te lleve a casa, te voy a follar hasta que te tiemblen las piernas y grites mi nombre —le musito al oído, y Rebeca gime. Tengo que hacer acopio de todo mi autocontrol porque el móvil comienza a vibrar de nuevo—. Tengo que contestar. Vamos fuera.

Cojo de la mano a Rebeca y tiro de ella. Cuando estamos saliendo del pasillo, me cruzo de bruces con Zaida, que va vestida de bruja.

—¡Hola! —la saludo contento.

Abre la boca para decirme algo y observa mi cara con el ceño fruncido, luego lleva la vista a mi mano entrelazada con la de su amiga, luego mira a Rebeca y luego a mí, a Rebeca de nuevo y a mí una vez más, con los ojos muy muy abiertos. Se me escapa una risilla, y ella se acerca a mí; pensaba que iba a darme dos besos para saludarme, pero se ve que en el país de las brujas locas saludan así, agarrando mi hombro con una mano y elevando la rodilla muy rápido y muy fuerte hasta que me sacude una patada en la entrepierna que me doblo de dolor.

—¿Qué coño haces, imbécil? —me grita.

Y perdona que no le responda, pero estoy muy ocupado intentando llenar mis pulmones de aire sin desmayarme.

—Rebeca y yo… —digo con la voz entrecortada—. Estábamos… saludándonos.

—Esa no es Rebeca, gilipollas, que eres gilipollas.

¿Cómo que no?

Me incorporo todo lo rápido que el dolor me permite y me giro, y solo cuando atisbo el gesto de culpabilidad en la cara que me mira

dejo de creer que esto es una tomadura de pelo. Le suelto la mano como si quemase.

—¿Paola?

Ella asiente; Zaida me está gritando insultos y mi teléfono no para de vibrar.

—Joder, joder, joder.

—Imbécil, que eres imbécil.

Zaida empieza a arrearme guantazos en el brazo, el pecho y el abdomen, y yo me estoy mareando.

—Tengo… tengo que irme.

Me zafo de las dos y empujo a la gente hasta llegar fuera del local. Saco el teléfono del bolsillo y veo un montón de llamadas perdidas de Rebeca y un mensaje.

He tenido que irme corriendo

Mi abuelo se ha caído

Creo que no tiene nada grave

Pero tengo que quedarme con él en el hospital

Van a darle puntos y a hacerle algunas pruebas

Seguramente lo tendrán en observación un par de horas

—No, no, no, no, no…

Niego.

Marco el número de Rebeca. No puede ser, esto es una broma de mal gusto de esas dos, que se han puesto de acuerdo para darme un susto de muerte.

Rebeca contesta al segundo tono.

—¡Hola! —responde al otro lado, donde solo se escucha un silencio sepulcral; es imposible que esté dentro del local.

—No, no, no, no —repito horrorizado.

—¿Abel? ¿Qué pasa? —pregunta preocupada.

—Yo… Esto no… Yo pensaba que tú… —balbuceo incapaz de ser coherente y dar una explicación sensata.

—¿Estás bien?

—¿Dónde estás, Rebeca? —le pregunto mosqueado.

—En el hospital. Mi abuelo se ha caído…

—No, no, no, no… —la interrumpo.

—No pasa nada —me dice extrañada—. Está bien.

—No, joder, no está bien. Yo… te he confundido con tu hermana y… Mierda…, iba vestida de demonio, y di por hecho que eras tú. Carlos me dijo que no habían invitado a nadie del equipo directivo. No se me pasó por la cabeza que pudiera ser Paola —explico atropelladamente.

—¿Qué?

—Rebeca… —Quizás no debería contárselo por teléfono, pero ahora mismo no tengo filtro y, teniendo en cuenta que está lejos,

pues no me podrá cortar las pelotas como supongo que haría si la tuviera delante—. Me he liado con Paola en los almacenes pensando que eras tú. Hasta que me he cruzado con Zaida y…

—Tengo… tengo que dejarte —pronuncia, y me cuelga.

Mierda, mierda, mierda.

37

Hogar, dulce hogar

REBECA

—Joder, qué mala cara tienes —me dice Zaida al entrar a los vestuarios detrás de mí.

En cuanto me ha visto acceder al hospital, se ha puesto a llamarme a gritos como si fuese Marco buscando a su madre. Yo he pasado de ella y he huido valientemente con la intención de darle esquinazo, porque sé de lo que va a querer hablar y lo que yo no quiero recordar, gracias.

—¿Estás bien? —insiste.

Me alcanza porque es rápida con los zuecos esos de goma horteras. Es la doctora con menos glamour de todo el hospital, pero la primera que llega a las cirugías de urgencia, ya ves.

—¿Dónde has estado? Te he llamado —me reprende de brazos cruzados.

Digamos que mi móvil lleva tres días olvidado en un cajón. No por nada en especial, no es por lo ocurrido con Abel, qué va, a mí ese tío me da igual, te lo digo ya, solo es que… necesitaba desconectar, pero como Zaida no me va a creer, ni me molesto en explicárselo.

Abro la taquilla y suelto todo dentro; hoy no me voy a molestar ni en ponerme el pijama del hospital. Saco la bata y me la coloco encima de los vaqueros y la camiseta que llevo puestos.

—También he llamado a la basura humana que tienes por hermana —continúa.

Mis dedos se paran a mitad de camino con un botón y un ojal, uno en cada mano, y alzo la cabeza, divertida, a la espera de que me explique esa conversación.

—¿Y? —la apremio, porque lo veo en su cara: se está haciendo de rogar.

—Y le pregunté amablemente si sabía dónde estabas. —Mi gesto de incredulidad le arranca una risilla—. Vale, la insulté mucho y luego la insulté más cuando me contó que llevabas tres días sin pasar por su casa y ni se había preocupado en averiguar dónde estabas.

Niego.

—No necesito que llames a Paola para insultarla, sé defenderme sola.

—Ya, pero es divertido.

Río. Mira que entré al trabajo de mal humor. No por nada en especial, solo porque es lunes. Bueno, en realidad es miércoles, pero es mi primer día de trabajo después de tres días en posición horizontal y eso, quieras que no, afecta. La cuestión es que mi amiga siempre consigue esto: hacerme reír.

—He estado en casa de mi abuelo —le explico terminando de abotonarme la bata y colgándome en el bolsillo la identificación.

Cuando miro a Zaida, porque se ha quedado muy callada y eso nunca es buen síntoma en ella, la veo con la boca muy abierta;

como le entre la mosca que está revoloteando por el vestuario sí que me voy a echar unas risas de verdad, y mi amiga me va a alegrar la jornada, el día, la semana y el mes.

—¿Tu abuelo, ese que maquina siempre para interceder entre Paola y tú y que te hizo chantaje emocional para que te mudases con tu hermana en una versión adulta de «Pues ahora le das un abrazo y jugáis juntas como castigo por pelearos», te ha dejado quedarte en su casa sin liártela ni hacerte un interrogatorio para saber lo que ha pasado? —inquiere desconcertada.

Suelto una carcajada y niego.

La verdad es que yo soy la primera sorprendida, pero, por suerte, esta vez se ha mantenido al margen. ¿Será por el golpe en la cabeza? Ni idea, pero no seré yo quien se queje. Tonto no es y sabe que, en algún momento de la noche del tortazo en la cabeza, pasó algo que me cabreó mucho; creo que los insultos, los gritos amortiguados con un cojín y la cantidad de puñetazos que me vio darle en un arranque de ira le dieron una ligera pista de que no estaba de humor para sus estratagemas.

En fin, que he pasado los tres días libres tirada en mi antigua cama viendo series en mi tablet y comiendo comida basura porque mi plan inicial, que era pasarlos haciendo cochinadas con Abel, quedaron descartados automáticamente después de enterarme de que puso su boca, sus manos y a saber qué más sobre mi hermana Paola. ¡Puaj! Me muero del asco. Qué repelús.

Y no, no hay drama. Ya sabes, no es la primera vez que Pao se lía con alguien con quien salgo, aunque me ha sorprendido bastante, porque pensé que le gustaba de verdad a Abel, pero te diré que no le voy a dar la oportunidad a mi querida gemela de que esto suceda

de nuevo; al menos, me alejaré lo suficiente para que, si conozco a alguien, esté lejos de su alcance. Me mudo. Por mi salud mental, me voy de su casa. Si es necesario, le pediré un informe médico a algún compañero de psiquiatría en el que me recomiende vivir sola para no terminar desquiciada tomando medicación o ingresada en el psiquiátrico, para enseñárselo a mi abuelo. Así que otro de mis hobbies durante estos tres días ha sido buscar en las cientos de páginas de alquileres de vivienda y concertar como un millón de citas para esta semana. No soy nueva en esto y sé que, para encontrar algo más o menos decente, tendré que ver muchas muchas casas.

Lo que tengo claro es que, como quiero que siga siendo así, cero dramas. He cortado de raíz ese lío que me traía con Abel. Prefiero ser práctica, es mejor así. Al fin y al cabo, Pao y él trabajan juntos, y ya sé yo de qué pierna cojea mi hermana, que juega sucio, sin reglas, para perseguir lo que quiere. No me pienso interponer si ha puesto los ojos sobre él. Además, la sola idea de tocarlo o besarlo después de que retozara con mi hermana me da arcadas. No, gracias.

—Tengo que irme —le digo echando a andar por la habitación con la intención de salir.

—Le arreé una patada en las pelotas —me suelta mi amiga cuando ya tengo el picaporte de la puerta en la mano.

Me giro con las cejas alzadas por la sorpresa.

—¿Qué?

—Joder, que el tío está bueno que te mueres, Rebeca, pero le falta una luna, porque te digo yo que no se había dado cuenta de que Paola no eras tú cuando…, ya sabes.

Hace un gesto uniendo las yemas de sus dedos índices, como si estuvieran besándose al ritmo de muac, muac. Qué gráfica es, la madre que la parió.

Escalofrío.

Repelús.

Contengo una arcada.

—Perdón —se disculpa.

Al menos, se ha dado cuenta. Esconde las manos a su espalda para que deje de visualizar a Abel morreándose con Paola.

Abel y Paola.

Labios, lengua, manos, restregón…

No puedo imaginar más porque me viene otra arcada. Esta vez ha sido culpa mía. Mi amiga suelta una carcajada, y la miro con odio. Maldita la gracia que me hace a mí todo esto, ¿eh?

—Perdón —se disculpa de nuevo—. Hazme caso, Rebe. Esa cara de pánico no fue fingida. Aun así, le arreé una patada en las pelotas, y que dé gracias a que no le partí la nariz de un puñetazo.

—Qué bruta eres. ¿Y Paola?

Una parte de mí me dice que mi hermana no tenía ni idea de que Abel y yo estábamos juntos, que simplemente se lanzó a seguirle el rollo a Abel y que se quedaría, como poco, sorprendida con el lote repentino con su compañero de trabajo y al ver el rodillazo volador de Zaida, las dos cosas.

—¿Qué? No, a ella no le di ninguna patada, aunque se la merecía en su cara de imbécil. —Chisto y pongo los ojos en blanco—. No te ofendas, ya sé que tú y ella tenéis la misma cara, pero es que la de ella es de imbécil, y la tuya, no. —Creo que mucho no lo ha arreglado. En fin…, amigas para esto—. Ni me molesté en decirle

nada. Se quedó ahí, con su gesto de culpabilidad, totalmente descompuesta, cuando el tipo salió corriendo con la mano en la boca, como si estuviera conteniendo las náuseas y necesitara soltar hasta la primera papilla. —Niego—. Fui detrás de él con la intención de arrearle otra patada en las pelotas, por idiota, pero justo cuando logré salir del local lo vi entrar en un taxi, así que ya no pude.

Mi amiga se encoge de hombros.

Sonrío y vuelvo a negar.

—Gracias por defender mi honor —suelto con tono de burla.

—¿Estás bien? —me pregunta seria.

—Sí, claro que estoy bien.

—Oye… ¿Y tu abuelo está bien?

—Un poco majareta, pero nada fuera de lo normal.

Zaida suelta una risilla.

Me despido de mi amiga y me dirijo a Urgencias, que me da exactamente lo que necesito: un día ajetreado y agotador de trabajo.

En un momento de la tarde, noto que los pelos de la nuca se me erizan, como si alguien me estuviera mirando fijamente. Recorro los boxes con la vista y cada uno está a lo suyo. Busco a mi jefa, que está atendiendo a un paciente, y me encojo de hombros, como diciéndome a mí misma que estoy tarada. Cuando vuelvo al mostrador para coger mi tablet, veo que las puertas de acceso al personal médico están abiertas y al otro lado está Abel mirándome con gesto suplicante.

Pongo los ojos en blanco y, rápidamente, bajo la vista a la tablet para ver cuál es mi próximo paciente.

—Desde hace rato hay un tipo en el pasillo que no hace más que seguirte con la mirada cada vez que las puertas automáticas se abren. ¿Tienes algún admirador que te esté acosando? ¿Quieres que llame a seguridad? —me pregunta Lucio una media hora más tarde.

Déjame decirte que igual te parece un buen compañero, preocupado por los demás, atento, pero no, su tono de burla no deja lugar a dudas: la situación le hace mucha gracia. Es lo que tiene que tu mejor amiga trabaje en el mismo sitio que tú y que no se corte un pelo en chismorrear contigo esté donde esté y delante de quien sea. Discretita que es la chavala.

—Me está poniendo de los nervios porque la puerta lleva abriéndose y cerrándose como quince minutos porque no se quita de ahí. Anda, ve a decirle algo —me apremia mi compañero de trabajo.

Chisto y me giro justo en el instante en que las puertas se vuelven a abrir. Abel está ahí, con las manos en los bolsillos. Esta vez me recreo en su aspecto. Tiene mala cara, ojeras y está despeinado, y sigue estando igual de sexy que siempre. Maldito. Pone los labios en morritos.

—Puedes llamar a seguridad si quieres, sin problema —digo lo suficientemente alto para que lo escuche Lucio y también Abel. Bueno, y todos los demás compañeros de trabajo y los pacientes que nos rodean, que me miran sorprendidos.

Sonrío diabólica, y Abel me fulmina con la mirada antes de darse la vuelta e irse. Se me escapa una risilla.

—Eres mala. —Se ríe Lucio, y me arrebata la tablet de las manos para anotar algo.

—Eso ya lo sabía cuando se metió en este jardín.

Lucio suelta una carcajada; la inquina en mi mirada no le afecta. Alza las manos en son de paz.

—¿El jardín eres tú? —me pregunta al fin. Lo escruto seria sin responder palabra—. A mí me pareces más, no sé, ¿el infierno?

Y tengo que disimular que no me ha sentado como una patada en el estómago que esa simple mención me recuerde a Abel, los besos robados, la forma en que nos conocimos, su forma de llamarme demonio, Belcebú, Satanás…, ya me entiendes.

La jefa de Urgencias pasa justo por nuestro lado. Va correteando como las locas.

—Eh, Jime —la llamo, y se detiene para mirarme—. Lucio se ha ofrecido para doblar turno hoy, por si te hace falta.

Le guiño un ojo a mi compañero de trabajo, que intenta disimular la sorpresa.

—¿En serio? ¡Genial! Gracias, Lucio. Creo que no hace falta, pero lo miro y te digo.

Lucio sonríe falso.

—De nada —masculla. La jefa sigue su camino y, sin mirarme, vuelve a farfullar—. Demonio.

Suelto una carcajada y pestañeo rápido, como si me hubiese echado un piropo.

—Gracias, guapo.

Lucio niega y se dirige al box nueve, donde ya nos espera el próximo paciente.

Durante varios días seguidos se repite más o menos la misma escena: en algún momento de mi jornada laboral, aparece Abel, al que ignoro un día tras otro sin que Lucio ni ningún otro compañero

de Urgencias se entrometa. A veces me encanta tener fama de Satanás, ya ves. Eso sí, disimulo lo mucho que me recreo la vista, porque se ve que Abel está aprovechando su tiempo libre para desfogar en el gimnasio, o yo le veo más cachas. No sé, sea como sea, está bueno que te mueres, se ponga lo que se ponga, se peine o no, se afeite o no, me mire con esa carita de cordero degollado o me eche miradas asesinas. Da igual.

Por lo visto, que haya bloqueado sus llamadas y mensajes no es señal suficiente de que no tengo intención de acercarme a hablar con él.

Por suerte para mi salud mental, apenas una semana más tarde, cuando ya me he cansado de escuchar los muelles de la cama de mi abuelo, las risillas y los jadeos contenidos de Amelia a pesar de las protestas de mi abuelo, consigo alquilar un piso para mi tan ansiada independencia. Está claro que nunca debí hacerle caso y que, si en lugar de vivir con Paola como si fuéramos dos chiquillas que necesitasen compartir piso hubiéramos ido cada una por su lado, ahora nos llevaríamos mejor, o al menos nos toleraríamos. Porque si algo tengo claro es que con los años Paola se ha vuelto más insoportable y no aguanto un día más bajo el mismo techo que ella.

Mi nuevo piso es amplio, luminoso y está amueblado. Se encuentra cerca del trabajo, por lo que puedo ir caminando y me ahorro el tráfico, y la zona es muy tranquila. Ahora solo me falta ir a casa de mi hermana a por mis cosas. No lo alargo por más tiempo, simplemente me paso por su casa después del turno de trabajo con una caja vacía; con eso y mi maleta será suficiente para las pocas pertenencias que me traje de Madrid.

Cuando abro la puerta con mi llave, mi hermana está sentada en el sofá comiéndose un sándwich. No tiene muy buena cara; es probable que esté enferma, teniendo en cuenta que va vestida de persona normal o, como ella lo llamaría, de vagabunda. No es mi problema ni me importa. Que pida cita en el médico si se encuentra mal.

Refunfuño un saludo y me dispongo a ir hacia mi habitación para poder empaquetar mis cosas.

—Tú sabías que me gustaba Abel —pronuncia a modo de saludo cuando ya voy por la mitad del pasillo.

—A ti te gusta todo lo que yo tengo —le contesto; no me voy a molestar ni en enfadarme—. Lo que no sabía es que pudieras caer tan bajo como para hacerte pasar por mí para liarte con él.

Suelto una risilla irónica.

El rencor que reflejan sus ojos no me afecta en absoluto. Sigo el camino hacia mi dormitorio, pero Paola no está dispuesta a dejarlo pasar: se pone de pie y me sigue.

—No tengo la culpa de que siempre pase esto.

Pongo la caja encima de la cama para montarla y poder llenarla con las pocas cosas que tengo desperdigadas por la habitación.

—¿Que pase qué exactamente? —la pregunto al verla ahí, de brazos cruzados.

Sé que tiene ganas de discutir, y yo simplemente quiero acabar con esta conversación cuanto antes.

—Lo que pasa siempre: que me prefieran a mí. —Cabeceo afirmando. Abro el cajón de mi mesilla de noche y voy sacando cosas que meto dentro de la caja mientras ella sigue hablando—. No pensarás de verdad que no me reconoció, ¿no? Mírate y mírame,

Rebeca. No sé qué ha pasado entre vosotros, pero nosotros somos amigos, somos compañeros de trabajo, nos vemos a diario, nos llevamos bien, hay una chispa entre ambos casi desde el primer día, era inevitable que esto terminara sucediendo tarde o temprano.

Le lanzo una tableta de chocolate que está a la mitad y que he sacado del cajón; la coge en el aire con el ceño fruncido sin entender siquiera qué le he tirado.

—Toma. Te la puedes quedar también, si quieres, para que te comas los restos, como siempre.

Mosqueada, Paola empieza a gritarme cosas sin sentido, y la ignoro. Simplemente termino de meter todo en la caja, y mi ropa y mis zapatos, en la maleta; arrastro todo por el pasillo mientras ella me sigue gritando.

Llego a la entrada, saco la llave de Paola del llavero y la dejo encima de la mesa. Por suerte, para cuando salgo de su casa, ya se ha cansado de que la ignore y está tirada en el sofá, de brazos cruzados, enfurruñada con el ceño fruncido y los morros hacia adelante, como si tuviera cinco años y le hubieran castigado sin su juguete favorito. Y así la dejo justo antes de salir y cerrar la puerta. No me pienso molestar en hacerla sentir mejor, que se busque un psicólogo y lo supere.

Llego a mi nueva casa, tiro la caja a un lado y arrastro la maleta a mi habitación, donde la dejo junto al armario; ya tendré tiempo de colocar todo. Voy hasta el salón y me dejo caer en mi sofá; examino mi alrededor, empapándome de las sensaciones de mi nuevo hogar, pero es como si…, no sé, me falta algo. Se me enciende una bombilla y media hora más tarde llega el repartidor con una pizza,

helado y refresco, que dispongo encima de la mesa auxiliar del salón mientras busco una peli.

—Ahora sí. Hogar, dulce hogar.

Sonrío.

Negaré ante cualquiera que la peli que he visto ha sido la de *El Guardián de las Sombras* y que me he masturbado medio desnuda en mi sofá, donde me he quedado dormida. Eso sí, esta vez sin que nadie ponga el grito en el cielo, como si en lugar de darme un poco de placer hasta correrme hubiera hecho un rito satánico.

38

¡Lo sabía! ¡Lo sabía!

ABEL

Llevo muchos días sin ver a Rebeca, sin hablar con ella, sin poder tocarla, y me estoy volviendo loco. Podría hacerme un poco el mártir y pensar que no fue culpa mía, pero hay que ser muy imbécil para no ser capaz de diferenciar a Rebeca de Paola, y de eso me doy cuenta cada puñetero día en el trabajo, cuando miro de soslayo a mi compañera y pienso en cómo pude equivocarme tanto cuando las diferencias son más que evidentes. Ya ves. En cuanto la vi aparecer vestida de demonio, di por hecho que era Rebeca y que simplemente estaba jugando conmigo, con fuego, con el mismo infierno, y mis neuronas dejaron de funcionar.

Y si es jodido que me haya liado con la hermana de Rebeca, la chica que me tiene completamente colgado por ella, imagínate cómo lo es el hecho de que encima esa hermana es mi compañera de trabajo, que cada puñetero día tengo que estar con Paola en la oficina; sobre todo esa primera vez después del «incidente». Suelo ser bastante torpe y me pongo continuamente en situaciones de lo más ridículas, pero jamás en mi vida había sentido tanta vergüenza como cuando tuve que enfrentarme a Paola y deshacerme en

disculpas por haberla confundido y haberme lanzado a ella como si fueran las últimas gotas de agua en el desierto; al fin y al cabo, fue culpa mía. Paola no sabía nada de que Rebeca y yo estábamos juntos y simplemente se dejó llevar.

Llegamos a un acuerdo: fingir que no había pasado nada, pero eso no quita la tortura que es verla cada día, lo incómodo que me siento y acordarme de mi cagada, de lo mucho que he metido la pata, de que Rebeca no quiere ni verme y que yo me muero por verla, por estar con ella, por verla sonreír, por besarla… Y es que, en estos días lejos de ella, he sido capaz de ponerle nombre a todas las sensaciones que me provoca: al cosquilleo de anticipación cada vez que me disponía a besarla, al pellizco en el estómago cada vez que la hacía reír a carcajadas, al picor en los dedos de pura necesidad de tocarla, a la sensación de tenerla siempre presente, a las ganas constantes de estar con ella… Sé lo que es, sé que he caído con todas las de la ley, que si fuera por mí vendería mi alma con tal de estar cerca de ella. Y es curioso, porque desde el principio pensé que ella era el demonio personificado, el demonio más sexy que podía existir, y que junto a ella me estaba quemando, pero no… No sabía lo que era el infierno hasta que se alejó de mí.

Los días han ido pasando, y la impotencia por no poder hacer nada me rompe; al menos, puedo concentrarme en el trabajo, y las aguas poco a poco van volviendo a su cauce allí… Hasta el encuentro fortuito con Joel en el aparcamiento del edificio, mientras Paola y yo charlamos después de aparcar uno junto al otro prácticamente al mismo tiempo. Solo ver el brillo maquiavélico en los ojos de mi jefe me hace presagiar que voy a volver a caer.

—Buenos días, chicos. —Se acerca a nosotros con una mirada divertida—. Uy, qué raro verte vestida de oscuro, Paola. —Ella sonríe. El día ha amanecido lluvioso y con frío y parece que se ha vestido a conjunto con el gris del cielo, lo cual es extraño, es verdad, porque siempre va vestida con colores pasteles y juraría que el rosa es su favorito—. Por un momento pensé que este se iba a liar de nuevo en los aparcamientos con Rebeca. Cómo le gusta a este chico magrearse en la oficina, ¿eh? —Me suelta un codazo en el costado, que me roba el aliento—. Pero veo que le diste el recado a tu hermana de mi parte para que no me entretenga al personal —le dice a Pao.

Joel se parte de risa, y yo miro a Paola con los ojos muy abiertos, que desvía la vista a un lado con las mejillas teñidas de rojo.

—Venga, vamos a tomarnos un café, que todavía es temprano; yo invito —añade Joel.

Mi jefe ya va de camino a los ascensores mientras yo me he quedado ahí, petrificado, mirando boquiabierto de uno a otro como el idiota que parece que Paola cree que soy, porque en todo momento se ha escudado en que ella no sabía nada de nuestra relación y hasta me hizo sentir culpable por no habérselo contado.

Por fin mi compañera de trabajo me mira y reanuda la marcha.

—Odio el café —mascullo mosqueado, y los sigo a ambos fingiendo que no me arrasa un fuego por dentro.

En cuanto soy capaz de darle esquinazo a esos dos, me encierro en mi despacho, enfurruñado, y parece que todo el mundo se da cuenta de que estoy de mal humor porque nadie viene a molestarme hasta casi el mediodía, cuando Carlos toca a mi puerta y pasa a mi

despacho sin siquiera darme la oportunidad de decirle que entre. Cierra tras de sí y se deja caer en la silla frente a mi mesa.

—Menudo diita llevamos, ¿eh? —bromea, y le echo una mirada asesina—. A ver, desembucha, porque, incluso con la puerta cerrada, solo se oyen tus gruñidos ahí afuera.

Resoplo y me echo atrás en la silla.

—Paola lo sabía… —Carlos se mantiene en silencio—. Que Rebeca y yo estábamos juntos. Lo sabía. Y me dejó lanzarme, besarla y… todo lo demás.

Y es verdad que fui yo el que se lanzó, el que la besó y la atraje a mí, pero ella me arrastró a esos almacenes, ella no me sacó de mi error; por eso me siento engañado, estafado, como si hubiera estado en medio de las dos hermanas, como si fuera uno de esos juguetes que, de pequeñas, Paola quería arrebatarle a Rebeca, y el que ha salido magullado he sido yo.

—Intuyo que Rebeca no te ha dejado hablar con ella todavía, ¿verdad?

Niego, y se me enciende una lucecilla.

—¿Tú podrías decirme qué horario tiene su amiga hoy en el hospital?

—¿Quieres hablar con Zaida? —me pregunta realmente sorprendido.

Suspiro.

—No, quiero hablar con Rebeca, pero no me deja. Quiero pensar que yo no tuve la culpa, pero sí la tuve, porque no fui capaz de ver que no era ella —reflexiono en voz alta. Mi compañero solo asiente —. Y no sé si hay alguna explicación que le pueda dar que la convenza de lo contrario, solo… me gustaría poder hablar con ella,

así que buscaré una forma de llegar a Rebeca a través de su amiga. Solo espero que no me arree otro rodillazo, porque aún me duelen los testículos de la última vez —pronuncio con tono amargado.

Carlos suelta esa carcajada que lleva aguantándose ya un rato. ¿Sería despido improcedente si lo pongo de patitas en la calle? Lo miro serio mientras él sigue partiéndose de risa.

—Pagaría por ver cómo te arreó en las pelotas. —Me cruzo de brazos—. Perdón, perdón…, es que lo has dicho así, tan divertido… —¿Divertido? A lo mejor me equivoqué de profesión y estaría ganando millones de humorista, pero yo no le veo la gracia por ninguna parte—. Le pregunto y te digo algo… Podrías ponerte un protector de esos en las partes nobles, como los jugadores de fútbol americano, que mi cuñada es muy impulsiva.

Suspiro y dejo que se siga cachondeando. Lo tomaré como un pago porque, al fin y al cabo, le estoy pidiendo que me eche una mano.

Unas horas más tarde, parece que los astros se alinean para que al fin cambie mi humor. No solo recibo la tan ansiada llamada del médico de mi hermana para confirmarme que hoy le dan el alta, sino que además tengo un mensaje de Carlos con el horario de Zaida, así que, al menos, el sufrimiento de aguantar su cachondeo ha servido para algo, y mi mal genio va menguando mientras recojo mis cosas y apago el ordenador.

Salgo del trabajo y paso por casa a buscar a Roque, que quiere venir conmigo a recoger a Lourdes.

—¿Lo tienes todo? —le pregunto a mi sobrino—. Asegúrate de que no se quede nada en los armarios ni en la mesa de noche.

Mi sobrino asiente, y lo veo dirigirse al final de la estancia, donde se encuentran los armarios metálicos.

—Sí, está todo —confirma.

Cierro la cremallera de la mochila y me la echo al hombro.

—Pues ya está. ¿Nos vamos a casa?

Le sonrío a Lourdes, que asiente. Por fin le dan el alta, y tengo sentimientos encontrados: por una parte, estoy feliz de verla con ese aspecto; ha ganado algo de peso desde que despertó del coma y ha recuperado mucha de la movilidad, que se vio afectada por la enfermedad. Tendrá que trabajar un poco la psicomotricidad fina y seguir con la medicación, pero es una maravilla poder llevármela a casa. Por otra parte, está el miedo a que algo no vaya del todo bien y no pueda reaccionar a tiempo, porque, quieras que no, en el hospital está siempre vigilada y en unos segundos puede tener asistencia médica si la necesita. Y por último, está el hecho de saber que, cuando ya no tenga que venir todos los días, se acabarán mis posibilidades de cruzarme con Rebeca y que me dé por fin la oportunidad de que hablemos de lo que sucedió, así que rezo, cruzo los dedos e invoco a toda la buena suerte del planeta para que me funcione la charla con Zaida.

—Adelantaos al coche, enseguida bajo; voy a por los informes al mostrador.

Roque y mi hermana asienten, y los veo dirigirse al ascensor que lleva al aparcamiento del hospital. Yo me encamino hacia el área donde trabaja Zaida y, con todo mi morro, accedo a la zona de «Solo personal autorizado», aunque me quedo en la puerta, no vayan a llamar a seguridad y termine con un gorila de dos metros de ancho por dos de largo dándome porrazos. No, gracias.

—Psttt… Eh, Zaida, psttt —la llamo.

Varios empleados con el pijama del hospital se giran hacia mí.

—No puede estar aquí —me sermonea un médico con muy malas pulgas—. Haga el favor de salir.

—¡Zaida! —digo más alto. Total, ya me ha visto todo el mundo.

Zaida se gira y primero parece sorprendida, lo que me dice que Carlos no la ha puesto sobre aviso y no sé cómo puede reaccionar, y luego, con una cara de mosqueo que flipas, camina en mi dirección a toda prisa. Ay, madre. Ay, madre, que de esta me dejan eunuco. Me cubro con las dos manos mis partes nobles; con una vez aprendí, gracias.

—¿Qué quieres? —espeta mosqueada.

—¿Está Rebeca?

Niega. Suspiro aliviado y me destenso un poco, pero no me aparto las manos de la zona a pesar de que varias personas a nuestro alrededor me miran raro.

—Hoy tiene turno de noche, llegará un poco antes de las nueve.

La amiga de Rebeca se cruza de brazos y, como me tomo unos instantes para plantearme cómo abordar el tema, cree que he terminado, por lo que se da la vuelta, dispuesta a marcharse.

—Eh, espera, no te vayas. —La agarro del hombro, y se gira con el puño apretado. Ay, ay, que me arrea.

Cierro los ojos con fuerza, me cubro la cara con un brazo y, con la otra mano, las pelotillas.

Escucho unas risillas a mi alrededor e intento recomponerme. Carraspeo y me sacudo el polvo imaginario de mi ropa. Zaida está ahí, más tiesa que el palo de una escoba, mirándome seria y de brazos cruzados. Me aclaro la garganta una vez más.

—Necesito tu ayuda —suelto a bocajarro.

—¿Y por qué debería ayudarte?

—Porque tu amiga Rebeca es una cabezota y no me deja hablar con ella. —Mejor ir al grano—. Necesito contarle lo que ocurrió, disculparme y poner las cartas sobre la mesa.

—¿Y qué piensas decirle?

Suspiro y niego, porque no lo sé. Aparto la vista, pensativo, y unos segundos más tarde la miro a los ojos, tras esas gafas de pasta amarillas de lo más cantosas, porque quiero que sepa que es verdad.

—Que la quiero.

Zaida pestañea fuerte, como si le hubiera arreado un guantazo. Descruza los brazos, despacio, y yo me cubro de nuevo mis partes íntimas con las dos manos, por si acaso. Y de pronto, sin que me lo hubiera visto venir, se lanza a mis brazos y me achucha como si fuera su hijo destinado a la otra punta del mundo que ha venido a casa por Navidad.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! —me chilla al oído, y estoy por protestar, pero mejor… mejor me quedo calladito.

39

Te odio

REBECA

—¿Podemos comer juntas hoy? —me pregunta Zaida, que está más seria y rara de lo habitual.

La miro con el ceño fruncido. Coincidimos en el hospital, por fin: después de una semana trabajando de noche, vuelvo al turno de día. He dormido tanto estos dos días que he tenido libres que al fin la sombra negra bajo los ojos se me ha atenuado casi por completo.

—Claro. ¿Está todo bien? —Zaida asiente, pero me preocupa esa cara que tiene—. ¿Nos vemos sobre las dos en la cafetería?

Niega y titubea.

—No, no… Mejor vamos a un sitio más íntimo, necesito contarte algo.

Abro los ojos mucho. Mucho mucho. Ay, Diosito, que mi amiga se ha quedado embarazada y me va a traer un sobrino al que me va a encasquetar cada vez que quiera pasar una noche de pasión con su Isma.

Niego.

Niego mucho y muy fuerte hasta que me mareo y paro.

—¿No? —inquiere Zaida, desconcertada.

—Sí, sí… Vale.

—¿Nos vemos aquí a las dos?

Asiento. Su gesto preocupado se fulmina, me sonríe, se da la vuelta y me deja ahí sola en los vestuarios.

Miedo.

Tengo miedo.

Mejor voy a por una tila.

Durante toda la jornada desvío la vista de vez en cuando a las puertas automáticas; me había acostumbrado tanto a ver ahí a Abel que siento un vacío en el estómago porque hace muchos días que no viene a verme. Pensé que, cuando volviese a tener turno de día, lo hallaría ahí plantado, esperando con paciencia a que le dé la oportunidad de hablar que, en el fondo, sé que le tendría que haber dado. Al fin se ha dado por vencido y no sé qué me hace sentir eso, pero no me gusta.

—¿Qué te pasa? —me pregunta Lucio al ver cómo miro a la puerta.

Desvía la vista hacia donde tengo los ojos fijos; las puertas comienzan a abrirse, un nudo me constriñe el estómago, como lleva ocurriendo todo el día cada vez que entra alguien al área de Urgencias, y veo aparecer a un compañero.

Frunzo el ceño, decepcionada.

—Nada —ladro—. Que tengo hambre.

—Pues estás de suerte —me responde cantarín.

Lo miro extrañada y me tiende una chocolatina que se saca del bolsillo. La cojo y la examino por todas partes por si es una broma o una bomba de relojería o algo disfrazada de chocolate.

—Y no está caducada ni nada —añade. Me guiña un ojo—. Es una ofrenda de paz.

—Gracias —musito.

Abro el envoltorio del chocolate y le doy un mordisco gigante mientras apoyo la tablet en el mostrador para poder manejarla con una mano.

—Así me gusta, un desayuno sano y equilibrado es la clave para comenzar bien el día —ironiza Lucio. Y no solo eso, sino que además me da un par de palmaditas en la cabeza, como si fuera un perro que ha aprendido a hacer una nueva proeza.

Le echo una mirada asesina. ¿A que le hago doblar turno otra vez?

El enfermero suelta una risilla. Cuando alzo la vista, me parece ver a alguien a través de las puertas, que ya se están cerrando.

Veloz como el viento, le tiendo la tablet y la chocolatina mordisqueada a Lucio.

—Ahora vengo —digo con la boca llena, y corro al pasillo—. ¡Eugenio!

Veo al anciano, que acaba de llamar al ascensor, girarse con gesto extrañado y me ofrece esa sonrisa desdentada que tanto adoro.

Sonrío yo también y corro a su lado.

—¿Cómo se encuentra? —le pregunto al llegar a su altura.

Las puertas del ascensor se abren, y nos hacemos a un lado para dejar pasar a la gente.

—Muy bien.

—Ya lo veo, hace mucho tiempo que no viene por Urgencias.

Diría que Eugenio se ha ruborizado.

—Es que ahora estoy muy bien cuidado —musita como explicación—. Estoy sano y fuerte como un roble.

Se da un par de golpecitos en el pecho, como si así pudiera demostrarme lo «fuerte y sano» que está.

—No me diga que se ha echado una novia —pregunto sorprendida, y Eugenio niega con una carcajada.

—Ay, no, a mis años, ¿quién me viera?

—Oye, ¿por qué no? Mi abuelo tiene solo unos pocos años menos que usted y se acaba de casar. Nunca es tarde…

—… si la picha es buena —bromea acabando mi frase, y se carcajea—. Ay, mi picha no está para eso. —¡Puaj! Vale, la culpa es mía. Me río—. Mi hijo se ha empeñado en que me mude con él. Esa casa es una locura, te lo digo yo. ¿Cómo se le ocurrió tener tantos chiquillos? No me dan respiro entre unos y otros, siempre haciendo cosas de acá para allá. El chico, porque me tiene todo el día echando carreras en la pista eléctrica de coches; no veas las palizas que me da, el muy bribón. La mayor me obliga a ver series con ella. La otra me hace salir a pasear todos los días para que le haga compañía. Y mi nuera me obliga a ponerme el delantal para ayudarla a cocinar. Menos mal que la bebé no reclama mucha atención. Ahora, qué pestazo cuando me toca cambiarle los pañales.

Y podrías pensar que todo eso es una queja, pero el brillo de felicidad en la mirada de Eugenio me hace saber que es justamente lo contrario: no podría ser más dichoso que viviendo con esa familia de locos.

—¿Y qué hay de todos esos síntomas que lo hacían venir al hospital?

—Ahora que lo pienso… —Se lleva una mano a la barbilla, reflexivo—. Han desaparecido todos. Es curioso, ¿no te parece? —Sonrío y asiento—. Muchas gracias por todo, niña. Tengo que subir, mi hijo me espera para acompañarme al cardiólogo.

Sonrío y asiento.

—Gracias a usted, Eugenio.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Por alegrarme los días, hombre, ¿por qué va a ser?

Le doy un achuchón y, aunque en un principio parece sorprendido, responde a mi abrazo. Me despido de él cuando el ascensor llega de nuevo a nuestra planta y vuelvo al trabajo con una sonrisa. Una vez más lo ha hecho, Eugenio me ha animado el día.

Sobre las dos menos diez me vibra la alarma que me he puesto en el móvil para no olvidarme de Zaida. De pronto, el peso de la preocupación me cae sobre los hombros y un montón de preguntas se me agolpan en la cabeza. ¿Y si no es un embarazo? ¿Y si tiene problemas con Isma? ¿Y si lo han dejado? ¿Y si les ha pasado algo a sus padres?

Lo que está claro es que los «y si» no sirven de nada, así que me dirijo a toda prisa a los vestuarios, donde mi amiga ya me espera sentada en uno de los bancos mientras mira algo en el móvil.

—He pedido chino —me dice alzando la bolsa que está en el suelo —. Tenía antojo.

Trago con dificultad. ¿Antojo? Está embarazada. Ay, Dios. Ay, Dios.

Asiento sin pronunciar palabra, y Zaida se pone en pie; me tiende la bolsa, que agarro, y me sigue.

Caminamos juntas hasta los ascensores y, cuanto más tiempo pasa con la boca cerrada, más preocupada estoy.

Me muerdo el interior de la mejilla.

¿Y si la han trasladado a otro hospital? Ahora que después de tantos años por fin volvemos a estar juntas…

—¿Todo está bien? —le pregunto en voz baja.

Se pone un dedo sobre los labios, porque hay más personas en el ascensor; todo el mundo está en silencio y se nos quedan mirando curiosos.

Asiento y en absoluto mutismo nos dirigimos a una de las últimas plantas, a la sala donde comemos cuando queremos un poco de intimidad.

Abro la puerta.

—Ay. —Se pone una mano en la boca y la miro extrañada. ¿Son cosas mías o está más pálida de lo habitual?—. Tengo… tengo que ir al baño —musita—. Enseguida vuelvo.

Se echa a correr y entra al baño, que está justo en la puerta de enfrente.

¿Va a vomitar? Hiperventilo. Tendría que haberme pedido una tila. No estoy preparada para ser tía.

Suspiro, resignada, y entro a la habitación para dejar la comida en la mesa del fondo.

—Ay, madre… —me digo a mí misma.

Me giro extrañada cuando, al dar dos pasos, escucho un ruido extraño en la cerradura; muevo el picaporte, pero la puerta no se abre.

—Pero ¿qué cojones?

Golpeo la puerta, dispuesta a gritar.

—Yo que tú no haría eso, demonio de piernas sexis. —Escucho detrás de mí.

Apoyo la frente en la puerta. No puede ser. ¿Me han hecho una encerrona? De pronto lo veo todo claro clarinete. Ya hablaremos después Zaida y yo sobre esa actuación digna de Oscar con la que me ha traído aquí.

—Te odio —grito para que me escuche mi amiga.

—Lo sé. Yo también te quiero. Tenéis media hora.

—¡¡¡No!!! ¡Espera, Zaida! Abre la puerta.

Y ya no me contesta, se ha ido. La muy zumbada se ha ido. La voy a rajar, la voy a cortar en pedacitos y la voy a tirar al mar.

Me giro, sorteo algunos obstáculos que están por en medio y me dirijo al lugar exacto en el que sé que se encuentra Abel.

Soy médica, por lo que estoy familiarizada con los síntomas de todo tipo de enfermedades; al menos, cuando suceden en otra persona, pero permíteme que en este momento tema por mi vida y me esté planteando si todo esto que siento al mismo tiempo en el cuerpo es el aviso de un infarto o algo. Es difícil autodiagnosticarse.

El dolor en el estómago, el cosquilleo en todo el cuerpo, el nudo en el pecho, el corazón bombeando demasiado rápido y demasiado fuerte, la boca incapaz repentinamente de pronunciar palabra, el olfato amplificado al mil por ciento empapándose de ese aroma tan familiar, el picor en los dedos de pura necesidad de avanzar hasta él para tocarlo, no para arrearle una hostia ni nada parecido, sino simplemente palparlo, sentir su calor y la suavidad de su piel bajo las yemas. Y me quedo quieta mirándolo: con esa camiseta blanca ajustada, los vaqueros y las zapatillas está más guapo que nunca, lo

cual me jode bastante. Ya le podrían haber salido un par de granos llenos de pus en medio de su preciosa cara, pero no.

Me permite tomarme mi tiempo para asumir que estamos aquí, uno frente a otro, los dos solos, encerrados, en un espacio ínfimo, donde la última vez que estuvimos se arrodilló a mis pies y me comió entera. Al batiburrillo de emociones se suma un calor extremo entre las piernas que me hace apretar los muslos en un vano intento de controlar algo de todo esto.

—Rebe… —pronuncia.

Cuatro letras, tan solo cuatro letras que paladea y hacen que la piel se me erice.

Suspiro y me dispongo a soltar un discurso que tengo bastante ensayado porque lo he practicado cientos de veces en mi cabeza, por si me veía en esta situación en algún momento, y también para decírmelo a mí, para recordarme por qué tenía que alejarme de él.

—Abel… —pronuncio yo también, y sé el efecto que provoca su nombre en mis labios: puedo verlo, puedo notarlo—. No hay dramas, de verdad —le explico, y pienso antes de hablar—. No pasa nada, no estoy enfadada contigo, no es un arrebato, es solo que… no se me da bien eso de pelear por el juguete de turno. —Al ver su gesto ofendido, me apresuro a rectificar—: No digo que para mí fueses un juguete, digo que no es la primera vez que pasa algo así. Paola y tú trabajáis juntos, hay *feeling* entre vosotros, os lleváis bien, y ella quiere estar contigo. Era inevitable que terminara sucediendo porque mi hermana, cuando quiere algo, es muy persistente. Y yo lo siento, pero no quiero tirar de ti, no quiero estar en medio, no quiero oír cómo berrea porque se quiere quedar con lo que yo tengo. Me cansé de eso hace mucho tiempo.

Abel niega, serio.

40

Te quiero a ti

ABEL

—¿Lo que yo quiera no importa? —inquiero resentido.

Se encoge de hombros, como si no supiera qué decirme.

—Soy imbécil —musito.

Y me ofende un poquitín que Rebeca se quede en silencio, por eso de que el que calla otorga, pero voy a pensar que simplemente me está dejando tiempo para explicarme, ya que está aquí, ya que para eso le hemos hecho una encerrona, para eso su amiga se ha currado una actuación, así que intento darle forma de palabras a todo lo que quiero trasmitirle, explicarle.

—Te confundí con ella y me llevo diciendo un montón de días que todo fue culpa mía, que las diferencias entre ambas son tan abismales que no sé cómo pudo suceder algo así, y te juro… te juro que no lo sabía, pero ahora ya lo sé.

Ignoro su gesto extrañado; me tomo unos segundos para poner mis ideas en orden y agradezco que guarde silencio, que me dé mi tiempo, que me deje hablar.

Chisto antes de continuar al recordar lo enfadado que estoy por cómo han sucedido las cosas.

—Me deshice en disculpas con Paola cuando nos volvimos a encontrar en la oficina. Llegó al bar disfrazada de demonio, y te juro que pensé que eras tú por todos los juegos que nos traíamos con el tema del infierno. No esperaba verla ahí, no sé cómo se enteró de la fiesta o si alguien la invitó. No sé cómo supo que tú no ibas a estar o si simplemente fue suerte, que se alinearon los astros. Lo que sé es que la ropa no me dejaba ver la piel suficiente para atisbar los tatuajes que no estaban ni el color de su cabello. El maquillaje en la cara y la luz tenue del local ocultó otros muchos detalles y no pronunció palabra cuando la atraje hacia mí y la besé con todas las ganas que tenía, que te tenía a ti, no a ella.

Rebeca baja la cabeza. Sé que le duele, pero no puedo hacer como si no hubiera pasado nada porque pasó; no puedo ignorar el hecho de que sucedió, de que me lie con otra, con su hermana, con su antítesis.

—Me arrastró a un almacén y ahí pude ver menos aún, por la luz y porque ya estaba cegado de puro deseo, deseo por ti, no por ella —le aclaro nuevamente—. Las llamadas en mi teléfono nos interrumpieron. Tus llamadas. Ahí dentro era imposible escuchar nada, así que iba de camino al exterior del local para contestar al móvil, por si era Roque, que me necesitaba para algo, y nos chocamos con Zaida, que nos vio cogidos de la mano… Fue un encuentro un tanto… —Busco la palabra adecuada, porque para mí fue devastador, como un jarro de agua fría, como el golpe que te deja inconsciente en un ring, como si todo mi mundo se derrumbase en tan solo un segundo.

—¿Doloroso? —completa ella por mí, y puedo ver un atisbo de esa sonrisa ladina que tanto me gusta.

Obviamente, Zaida le ha hablado del rodillazo volador.

Yo solo asiento y evito llevarme las manos a los testículos, porque es recordarlo y un dolor fantasma vuelve a la zona. Menudo rodillazo. El mundo de la lucha libre se está perdiendo una estrella con Zaida.

—Me he culpado desde entonces, he repasado la noche una y otra vez, intentando encontrar algún detalle que pudiera haberme dicho que no eras tú. Hasta que… me he enterado por casualidad de que Paola sabía que tú y yo estábamos juntos.

Alza las cejas, sorprendida.

No quiero quitarme culpa, no es eso, es que necesito que Rebeca sepa que fue intencionado, pero no por mi parte.

—No fuimos muy discretos —añado—. Nos vio gente en la oficina. Joel, mi jefe —le aclaro, y ella asiente—, es un tipo…, bueno, ya lo conociste, es cercano, es simpático. —Suspiro—. No sé por qué di por hecho que iba a guardar el secreto de que nos vio morreándonos en el aparcamiento de la oficina. No sé, creí que sería más reservado. Pero al parecer fue algo que le hizo mucha gracia y se lo contó a Paola; no sé cuándo exactamente, pero ella lo sabía. Y no es que ya no me culpe, lo sigo haciendo, asumo mi responsabilidad sobre lo que sucedió, solo es que…, joder, es que, en cuanto me enteré hace unos días, me sentí como ese juguete del que hablabas antes, y yo no soy un juguete, Rebeca. No soy un ser inerte al que no le importe quedarse con una o con otra. Sois hermanas y por fuera puede que seáis prácticamente idénticas, pero sois tan diferentes… Eres divertida, directa, atrevida, alocada, un poco malvada… No te importa lo que piensen de ti, no tienes filtro.

Sonrío, aunque ella no lo hace; solo está ahí procesándolo todo. Sé que guardaría cierta esperanza de que todo esto hubiera sido un error fortuito, que le habíamos ocultado a Paola que estábamos juntos, que no sabía nada, que puede que a ella le gustase y simplemente se dejase llevar cuando yo me lancé a besarla, pero no es así y no es justo. Porque yo tuve la culpa de dar por hecho que la que estaba ante mí era Rebeca, pero Paola se lanzó sin importarle los sentimientos ni los deseos de nadie, y eso está mal.

—Alguna vez me hablaste de cómo a Paola le gusta guardar las apariencias, cómo siempre quiere parecer perfecta, comedida, agradable, simpática…

Rebeca asiente. Me lo dijo el día que Paola y yo salimos a cenar, cuando me sorprendí al ver cómo se desinhibía y me soltó todas esas cosas de su hermana que me provocaron rechazo; ella me lo advirtió, y yo no le di mayor importancia: quise pensar que había sido fruto del alcohol, de sentirse cómoda con un amigo y de algún enfado sin solucionar con Rebeca.

—Tú también finges, Rebeca.

—Yo no he fingido en mi vida —me rebate, como si de pronto hubiera recuperado la voz.

—Sabes que sí —afirmo, y ella niega—. También ocultas cosas a la vista de todo el mundo que a mí sí me has dejado ver. Esa parte en la que me muestras que no eres una tía tan dura como quieres aparentar, que no pasas de todo, que te preocupas por los demás, que no eres tan psicópata como me hiciste ver la primera vez que nos cruzamos, por no hablar de la segunda… —Las comisuras de los labios de Rebeca se curvan un poco hacia arriba y pone los ojos en blanco—. Sé cómo eres de verdad, que quieres la felicidad de los

demás por encima de todo; la de tu abuelo, por ejemplo, por el que intentaste vivir con Paola, aunque ello te supusiera un suplicio. Por eso te alegraste tanto por él cuando se casó, porque sabías que con esa mujer era feliz. Me preguntaba por qué a Paola parecía dolerle tanto, molestarle tanto, y es que ella no es así, no es como tú. Te preocupas por los demás. Solo te tuve que ver hablando con Roque para saberlo y todo lo que te has interesado por la evolución de mi hermana. Quieres hacer ver que las cosas jodidas que te han pasado en la vida no te afectan; a ti también te abandonaron tus padres cuando apenas eras una adolescente; tu hermana se acostó con tu novio, lo que te alejó de ambos; todo lo que te ocurrió en Madrid con tu tutor de residencia…, y no eres de piedra, Rebeca. No te digo que no seas fuerte y valiente, claro que lo eres, pero todas esas vivencias te han pasado factura, te han hecho ser quien eres hoy. Solo quieres tranquilidad, alejarte de los conflictos, alejarte de lo que te haga daño y, si para ello tienes que apuntar con un arma de mentira a un desconocido que se ha colado en el salón de tu casa, pues lo haces. Y si para ello tienes que alejarte del chico que «te gusta, te gusta mucho», lo haces también. Sois muy diferentes, Rebeca, y todas esas diferencias son las que me han hecho enamorarme de ti.

Rebeca chista y niega. Vaya, esperaba una reacción algo más romántica al respecto, pero así es ella, mi chica dura de pelar.

—El problema no es que me haya liado con otra, porque tú sabes que no sabía quién era, lo sabes. El problema es que quieres evitar todo el conflicto que eso puede suponer con Paola porque encima trabajamos juntos. Crees que vais a tirar de mí, como de ese patinete de cuando eras pequeña. Pero yo no soy un patinete ni un

juguete, Rebeca. Soy una persona. Y no tengo dudas. Sé lo que quiero.

Rebeca me mira de brazos cruzados y gesto enfurruñado. Chisto.

—Joder, Rebeca, sé lo que quiero —repito—. A ti. Te quiero a ti. Te quiero.

41

Es por ti, siempre es por ti

Rebeca

«Te quiero».

Nunca dos palabras me habían provocado tanto miedo. Quizá es porque nunca antes las había escuchado de ninguna otra persona. Solo sé que me dejan sin aliento, sin respiración. No puedo pensar. Únicamente me concentro en que mi cuerpo siga respondiendo, en que el oxígeno me llene los pulmones y el corazón relaje los latidos frenéticos que me retumban en el pecho sin control.

Se oye un ruido a mi espalda: es la cerradura, y se me van los ojos hacia la muñeca, al reloj que llevo puesto, confirmando que se ha acabado el descanso. Abel da un paso hacia mí, como si tuviera miedo de que saliera huyendo, y yo doy uno hacia atrás alejándome de él y provocando que la decepción inunde sus ojos. Sonrío, no con malicia ni con ningún otro matiz; simplemente le regalo el gesto que me nace sincero y que sé que me ha dibujado esos hoyuelos en las mejillas que tanto le gustan a Abel. Me doy la vuelta y me dirijo a Zaida, que está en la puerta del pequeño almacén que ejerce de office cuando necesitamos un poco de intimidad.

Ni siquiera miro a la cara de mi amiga; le tiendo la bolsa con la comida china que había comprado, empujándola un poco en el intento de que me deje salir de allí, y sigo de camino a Urgencias. Creo que mi almuerzo de hoy va a consistir en café aguado, aunque, sinceramente, ahora mismo tengo un millón de sensaciones encima, pero ninguna es hambre. Bastante tengo con digerir todo lo que me ha dicho Abel.

Durante el resto del turno no me cruzo con Zaida, que supongo que está huyendo valientemente para evitar que la muerda por el susto tan grande que me ha dado esta mañana y por la encerrona.

Cuando salgo del trabajo, me pongo en marcha. Aparco el coche y ando por el camino que he recorrido mil veces, toco el timbre y, sin obtener respuesta por el interfono, la puerta se abre. Subo en el ascensor y, cuando entro, la veo ahí en el sofá, sentada a lo indio, con una tarrina de helado más grande que ella, con el rímel corrido, la cara hinchada, los ojos rojos y la nariz moqueando.

La miro con las cejas alzadas por la sorpresa.

—No me mires así —espeta mosqueada Paola, que deja la tarrina de helado encima de la mesa auxiliar que está frente a ella—. Me ha dejado, ¿vale?

Parpadeo, confundida.

—¿Quién? —musito.

Coge una servilleta y se suena los mocos.

—Dunia. Me ha dejado.

Pestañeo rápido. A estas alturas de la vida, tengo que admitir que Paola no deja de sorprenderme nunca.

—¿Qué? ¿Dunia y tú…? —Hago un gesto uniendo los dedos para que me entienda.

—¿Qué? —Me reiría por la cara de asco que ha puesto, pero en realidad no me apetece—. No, joder. Qué repelús. Es solo… la chica de la limpieza, y se ha ido, ¿vale? Y me ha sentado fatal. Dice que no me aguanta.

—Ah.

—¿Por qué, Rebeca? ¿Por qué todo el mundo me abandona? —pregunta, y lloriquea un poco más.

Reflexiono unos momentos en lo que hablé con Abel hace ya tanto tiempo, la necesidad de atención, de aceptación, por el abandono de mis padres.

—Porque eres insoportable —respondo tajante.

Me encojo de hombros, y ella me mira con odio. ¿Qué? A mí también me abandonaron mis padres y no soy como ella: no voy jodiendo a todo el mundo, no voy reclamando atención allá por donde voy.

—Muy graciosa.

—Ya…

En algún momento entenderá que no es una broma, no es necesario que se lo aclare.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta, como si de pronto se diera cuenta de que llevo semanas sin aparecer por su piso.

Miro a mi alrededor, como si estuviera buscando las palabras oportunas en algún rincón de esta estancia.

—Paola, eres mi hermana —le digo—. Somos gemelas y, quieras que no, por diferentes que seamos, siempre ha existido ese vínculo entre nosotras. —Ella asiente, y se le llenan los ojos de lágrimas una vez más, que le resbalan por las mejillas—. Quizás en otras circunstancias ese vínculo hubiera sido algo bonito, porque es

verdad que nuestros padres se fueron cuando éramos muy jóvenes y nos teníamos la una a la otra.

Mi hermana solloza y se limpia las lágrimas con una servilleta; yo sigo en la puerta, a una distancia prudencial, como si me pudiera contagiar el virus que la hace ser tan… tan ella.

Ella asiente una vez más y tiende una mano hacia mí, para que me acerque a ella y la coja. Intento disimular el escalofrío. Y no me muevo, claro. No tengo intención.

—En nuestro caso, fue una condena —añado mientras niego—, un suplicio. —Paola frunce el ceño y se limpia las lágrimas de un par de manotazos—. Eres… siempre has sido un grano en el culo. Y lo intenté. Quise pensar que fue por el abuelo, pero no fue por eso. Fue por mí, por ambas, porque en el fondo mi mente me decía una y otra vez que somos lo único que tenemos tanto la una como la otra. La vida me ha enseñado un montón de cosas; ya tenemos una edad para haber aprendido unas cuantas lecciones y a mí me quedaba una por aprender, está claro. Y es que no todo vale, no todo está permitido porque tu cara sea un reflejo de la mía, porque mi sangre corra también por tus venas. —Niego—. Ya no me pareces un grano en el culo.

—Vaya, gracias —ironiza.

—Ahora simplemente sé identificar que eres mezquina, egoísta, egocéntrica. —Abre la boca, dispuesta a interrumpirme, pero no se lo permito—. Llevas esa máscara de perfección, con tu ropita de pija y tu apariencia de princesa; quizá por eso cuesta tanto ver lo que hay debajo, todo el veneno.

—Te estás pasando, Rebeca.

Sonrío ladina y asiento.

—Me has preguntado hace un rato por qué todo el mundo te abandona y es por eso, Paola, precisamente por eso, porque son capaces de ver a través de la máscara y les da asco lo que eres, quién eres. Como a mí.

—¿Todo esto es porque *tu chico* —pronuncia con retintín— y yo nos liamos por error? —musita con el ceño fruncido.

Sonrío una vez más, irónica.

—No es por Abel, no, ni tampoco por Marc, ni por las cientos de cosas que quisiste arrebatarme siempre. ¿No lo ves? —pronuncio.

Cuando sucedió lo de Marc, simplemente me alejé de Paola; nunca lo hablé con ella ni se lo reproché. Me mudé al poco tiempo y apenas mantuvimos el contacto durante quince años, pero esta vez no voy a dejar que se repita la historia sin decirle exactamente lo que pienso.

—Es por ti. Siempre es por ti. *Mi chico* —repito sus palabras poniendo énfasis en ellas— cometió un error, pero tú sabías lo que hacías: te daba igual, lo querías y fuiste a por ello. —Aplaudo—. Ole por ti, aunque ahora te has quedado sin él y también sin mí.

—Abel me gustaba, ¿vale? Me gusta, ¿por qué tenía que renunciar a él sin intentarlo? ¿Por qué tú tenías más derecho que yo a estar con él? Estaba solo esa noche, tú no estabas por ningún lado, y entendí que era falta de interés por tu parte o que ya os habíais cansado el uno del otro —se excusa, y no se pone ni roja al admitirlo —. Piénsalo: solo estaba contigo porque lo cogiste con las defensas bajas en uno de los momentos más vulnerables de su vida. Con todo lo que estaba pasando con su hermana y haciéndose cargo de un niño, necesitaba una vía de escape y se agarró a ti como a un clavo ardiendo —razona.

Ni por un momento voy a creer que tiene razón, porque no la tiene. Desde el primer instante fui muy consciente de la química que había entre ambos, de cómo me miraba, de cómo reaccionaba mi cuerpo ante él, de todo lo que me provocaban sus caricias, de la sensación de estar en casa cuando charlábamos de todo y nada, y de cómo, poco a poco, se volvió importante para mí, tanto como yo para él.

—¿Quién en su sano juicio puede mantener una relación con alguien que le hace sentir tan amenazado que se hace pis en los pantalones? —continúa largando sin pararse siquiera a tomar aire.

Y sí, fue lo más imbécil que he hecho en mi vida y no sé qué demonios se me pasaba por la cabeza para hacer semejante estupidez. Aun así, no me arrepiento, porque gracias a eso me acerqué a él, gracias a eso pude conocerlo y darme cuenta de que no era la persona insoportable que en un principio creí que era. Con todo, no seré yo la que se tome la molestia de rebatir ni una sola de las palabras de mi hermana, de hacerle ver lo muy equivocada que está, de hacerle entender nada de lo que Abel y yo hemos vivido desde que nos cruzamos esa primera vez, cuando le reventé la nariz con la puerta de mi coche.

—Te pusiste a perseguirlo por todas partes, culpa mía —añade—, y no sé qué cable se te cruzó para liarte con él. Quizá quisiste compensarlo así por el mal rato, vete a saber. Lo único en lo que pensé cuando me enteré es que no estaba bien, que él es una buena persona, y tú…, bueno, tú eres tan… tú que no me pareció correcto. Si lo que le atraía de ti era el físico, ya lo tenía ganado. —Se encoge de hombros.

No le contesto, no digo nada, solo estoy ahí procesando todo el veneno que está soltando, asimilando que esto nunca va a cambiar, que Pao y yo somos hermanas, somos familia, y esto tampoco cambiará nunca, pero eso no quiere decir que le vaya a permitir seguir haciéndome daño cuando le venga en gana.

La sensación de pérdida se mezcla con la decepción que una vez más me atenaza. No debería sorprenderme: es una emoción que mi hermana me ha provocado constantemente desde que tengo uso de razón. Y quizá no es ella la mala, pero yo tampoco lo soy. No sé de qué forma la he perjudicado tanto para que tenga todo ese resentimiento hacia mí; solo sé que juntas nos hacemos daño, sacamos lo peor de la otra, y eso no puede seguir así. Tengo que alejarme de ella, cuanto más mejor. Tengo que quererme lo suficiente para no permitir que el título de hermana sea más importante que mi paz mental, que mi felicidad.

Pao me contempla en silencio unos segundos; no sabe si estoy escuchando algo de lo que ha dicho. Se cruza de brazos.

—¿Vas a alejarte? ¿Vas a estar otros quince años sin hablarme por un hombre? —inquiere con gesto dolido.

Niego.

—No quiero saber más de ti, no quiero verte, aunque sé que habrá ciertas ocasiones en las que no me quede más remedio y lo toleraré, no por ti, por el abuelo, pero no es por un hombre: es porque me cansé de coser las heridas de las puñaladas traperas que eres capaz de asestarme.

—Nunca has soportado que sea mejor que tú —sentencia con inquina.

Asiento. Una vez más, no me voy a molestar en rebatirle ninguna de sus ideas.

—Debe de ser eso. —Cabeceo una vez más afirmando—. Y me alegro de que te caigas tan bien, de que te quieras tanto, porque, por lo que veo, eres la única compañía que tienes en tu vida. —Doy un paso hacia atrás y sigo hablando—. Solo quería decirte que lo sé, que estoy al corriente de que sabías perfectamente que Abel y yo estábamos juntos, y te dio tanta rabia que le pediste salir a cenar, le hablaste mal de mí e intentaste acercarte, pero él no te dejó, así que tuviste que trazar otro plan, la única forma de que él pasara por el aro: fingir que eras yo para liarte con él. —Contengo la arcada; me va a costar superar el asco que me da eso—. Y no te lo perdono, pero no por Abel, sino por ti, por cómo eres, porque no te soporto, porque es cierto que te quiero, aunque aún no entienda por qué —pronuncio, perfectamente consciente de que es la primera vez que se lo digo en toda mi vida, y no descarto que sea la última, y también más consciente que nunca de que a veces el amor no es suficiente, de que el amor no lo puede todo—. Pero, al mismo tiempo, no solo es que te deteste, es que me provocas tanta repugnancia que me ha costado estar aquí, de pie, a esta distancia, sin echar la pota.

Aunque quería evitarlo, no he podido contener toda la ira y el resentimiento que me ha provocado; a pesar de mi tono calmo, la ponzoña en mis palabras es evidente, porque me ha hecho daño de verdad. No solo por lanzarse a por Abel a la mínima oportunidad, sino por todo lo que me desprecia, por la forma en que me ha tratado. Quizás me arrepienta de haberle dicho esto, pero no me arrepentiré de la decisión que he tomado.

—Y ya me voy —añado—, no te interrumpo más. Te dejo que sigas disfrutando de tu momento.

Me doy la vuelta y la escucho gritar barbaridades. Incluso cuando estoy bajando las plantas que me separan del portal la oigo, porque me ha seguido y le está dando porrazos a la puerta del ascensor.

Niego y me dirijo a mi coche con la sensación de haberme quitado un peso de los hombros.

42

Pues parece que va a llover hoy

ABEL

—Tienes que volver a tu vida, Abel.

Pongo los ojos en blanco cuando escucho a Lourdes de nuevo; ha intentado abordar el tema en varias ocasiones, pero, simplemente, la he ignorado.

Suelto el cuchillo con el que estoy cortando verduras sobre la encimera y suspiro, resignado a afrontar esta charla con paciencia, porque ya sé cómo se las gasta mi hermana cuando se le mete algo entre ceja y ceja.

—Esta es mi vida. —Por una vez me permito darle una respuesta —. Ahora lo es.

Lourdes forcejea con un tarro de judías verdes, y me detengo a ver cómo hace varios intentos por abrirlo: le da golpecitos en la parte trasera, sujeta la tapa con un trapo de cocina y hace fuerza. Al alzar la vista me mira con odio, como si fuese culpa mía que cueste tanto abrir las tapas de los tarros. Contengo la risa porque no tengo ganas de que mi hermana me lance el bote a la cabeza.

—¿Me podrías ayudar en vez de estar ahí mirándome como un tonto?

Suelto una risilla, le arrebato el tarro de las manos y lo abro sin que ofrezca la menor resistencia.

—Ya lo había aflojado yo —masculla mosqueada.

Y me da un empujón con las caderas para quitarme mi sitio y coger el cuchillo con el que trocear la zanahoria.

Pongo los ojos en blanco y procedo a vaciar el bote dentro de un colador y a lavar las judías verdes.

—Tienes que regresar a Valencia.

Y dale.

—No me pienso ir de Gran Canaria —suelto sin rodeos, a ver si somos capaces de terminar con esta discusión cuanto antes.

—No te puedes quedar aquí.

Golpea la encimera al poner el cuchillo a su lado y vacía el contenido de la tabla, con los trozos de zanahorias ya cortados, dentro de un plato.

—Anda que no.

Mi hermana bufa y suelta por lo bajini un «cabezota».

—¿Y tu trabajo?

—Ya no tengo trabajo en Valencia —le rebato con paciencia, aunque ya la estoy empezando a perder.

—Pero podrás hablarlo, ¿no? Seguro que entienden lo que ha ocurrido y te devuelven tu puesto o algún otro en el que puedas encajar.

Niego con la vista fija en el chorro del agua, porque sé que me está mirando. Si hoy marcase el número de teléfono de mi antiguo jefe, le contase todo lo ocurrido y le pidiese volver, tendría un puesto asegurado en la empresa. Pero no quiero. No quiero irme de aquí.

—Eso no es posible —musito cada vez más tenso.

—Que sí —insiste—. Seguro que podemos conseguir algunos informes con los que demostrar que has estado varios meses haciéndote cargo de mí y de tu sobrino…

Intento controlar el ritmo de la respiración, porque me estoy poniendo de una mala leche que me están empezando a dar unos latidos en la cabeza mientras mi hermana sigue y sigue hablando.

—Te puedes poner como quieras y puedes comerme la cabeza cuanto te venga en gana, pero este es mi piso, tengo un trabajo aquí, ahora esta es mi vida, junto a mi familia; tú necesitas que te cuide y es lo que pienso hacer.

—Yo no necesito que me cuides.

Me pregunto a quién salió tan tozuda.

—Sí que lo necesitas.

—Pues no quiero que me cuides. Contrataré a alguien que me proporcione toda la ayuda que necesito.

Me acerco al wok que tengo en la vitro, con un sofrito a fuego lento ya listo, y le echo las judías verdes, que remuevo con una cuchara de palo.

Como no le contesto, Lourdes chista.

—¿No te das cuenta de que no eres feliz?

—No, ahora mismo no soy nada feliz porque me está entrando un dolor de cabeza que flipas. Te quiero, hermanita, pero a veces eres de lo más insoportable.

Mi hermana gruñe, exasperada, suelta un gritillo y se escucha un estruendo cuando deja caer el cuchillo sobre la tabla.

—¡Ay!, me he cortado.

Dejo a un lado la cuchara de palo y corro hacia mi hermana; no sé qué narices ha hecho con el cuchillo, pero tiene un buen tajo en

un dedo del que le brota bastante sangre. Trago con dificultad: odio la sangre. Tiro de ella para llevarla al fregadero, abro el grifo y le pongo la mano debajo para lavarle la herida.

—Eres… eres… —mascullo entre enfadado y mareado.

Tenía intención de decir varias cosas: insoportable, pesada, torpe…, pero, al ver su gesto, recuerdo todo por lo que acaba de pasar, que su motricidad fina aún está en proceso de ser la que era y ella está poniendo todo de su parte para recuperarse. Mantener esta conversación, que nos estaba poniendo nerviosos a ambos, justo mientras cocinábamos con cuchillos no ha sido la mejor idea.

—¿Una inútil? —musita con los ojos llenos de lágrimas.

Joder, joder, joder.

Niego.

Cierro el grifo y la miro a los ojos.

—No. No eres una inútil. Eres mi hermana y eres la mujer más valiente y luchadora que conozco. Te admiro, Lu, y sé que solo quieres que no me sienta atado a ti, pero no es así. Cuando me dices que tengo que alejarme solo siento como si me estuvieras echando de tu vida, como si no me quisieras junto a ti.

—No… no es… —balbucea.

—Déjame cuidarte, por favor —le suplico—. Déjame cuidaros a Roque y a ti. Sois mi familia.

—Siempre he sido una carga para ti, no quiero seguir siéndolo.

Me trago el nudo que tengo en la garganta.

—Nunca me he sentido tan completo como cuando Roque, tú y yo estamos juntos. No hay nada que pueda sustituir eso. Nunca has sido una carga. Has sido mi apoyo en todo momento.

Mi hermana se sorbe los mocos, y desvío la vista hacia su mano, que todavía tengo sujeta dentro del fregadero, y veo todo lleno de sangre. Trago con dificultad mientras noto que la visión se me vuelve borrosa y un sudor frío me cubre la frente.

—Lu…

—Qué mala pinta tiene esto —musita.

—Creo que… —Trago como puedo; los latidos del corazón se me aceleran al tiempo que percibo cómo el flujo sanguíneo me abandona la cabeza, que me estoy quedando blanco y me voy a ir al suelo—. Me…. Me… —balbuceo.

Varias cosas suceden al mismo tiempo:

- Pierdo la capacidad de seguir pronunciando palabras.
- Trago la bilis que me sube ya por la garganta.
- Cuando sé que me voy a precipitar al suelo, atontado —recuerda que los machotes como yo no nos desmayamos, solo… nos fatigamos un poquito—, le doy un codazo sin querer al tarro vacío de las judías verdes, que aún no había tirado al cubo del reciclaje.
- El tarro cae al suelo y se hace añicos.
- Yo caigo sobre los cristales rotos.

No sé cuánto tiempo ha pasado cuando noto un guantazo que me gira la cara.

—¡Abel! —me llama mi sobrino, y me arrea otro más, esta vez más fuerte aún. Crío del demonio, qué fuerza tiene—. Que te despiertes, ¡joder!

—Coño, Roque, las palabrotas —mascullo.

Abro los ojos. Mi sobrino está agachado junto a mí, y mi hermana está de pie a mi lado, mirándome con una ceja alzada y un gesto de burla que no me hace ninguna gracia mientras se sujeta el dedo donde se ha hecho el corte con un paño.

Noto un escozor a un lado del muslo, un poco más arriba de la rodilla, sobre el que Roque está presionando. Elevo un poco la cabeza para llevar la vista hacia la zona.

—¡¡No!! —gritan mi hermana y mi sobrino al mismo tiempo.

—No mires, por tu madre, que te desmayas otra vez —me ordena mi sobrino.

Trago con dificultad y asiento. Recuerdo el tarro caído. Alzo la mano y me veo algunos trocitos incrustados en la palma.

Roque me sujeta del brazo, para no tocarme la mano herida, y tira para ayudarme a ponerme de pie.

—Tenemos que ir al hospital —me dice.

—¿Para qué? —Me quedo lívido de nuevo.

—Para que te quiten el cristal de las heridas y poneros puntos a los dos, ¿para qué va a ser? Zumbado, que estás zumbado.

—Roque, que te castigo sin consola —lo amenazo.

—Mimimí mimimimí —me remeda—. ¿A quién se le ocurre desmayarse sobre unos cristales rotos por ver un poco de sangre?

Será borde… Ni que lo hubiera hecho aposta, no te jode. Le echo una mirada de odio. Con lo mono que era cuando era pequeño. Qué lástima, por favor, qué lástima.

Se agacha para examinarme la herida de la pierna y, para evitar llevar la vista hacia la zona, miro a los ojos a mi hermana, que se está mordiendo los labios para no reírse. Qué divertido todo, sí, claro, ¿no lo ves?, que me parto de risa, juas, juas.

—Si hubierais pedido una pizza como os dije que hicierais en vez de cocinar esa asquerosidad —dice señalando al wok abandonado sobre la vitro ya apagada—, esto no hubiera pasado.

—Si tu madre no hubiera tenido tantas ganas de discutir, esto no hubiera pasado.

—Si tú no fueras tan cabezota —protesta mi hermana—, esto no hubiera pasado.

—Madre mía, qué pesados sois. Parecéis un matrimonio en crisis —se queja Roque mientras se saca el móvil del bolsillo para mirar la pantalla, y yo refunfuño un poco más—. Venga, vamos ya. He llamado un taxi y ya ha llegado.

Lloriqueo mientras bajamos en el ascensor y trago con dificultad. No quiero que me den puntos, eso va a doler.

—¿Te das cuenta de que llevas dos semanas así, desde que me dieron el alta en el hospital? —me pregunta mi hermana cuando ya estamos dentro del taxi.

Roque se ha sentado en el asiento de delante, mi hermana y yo, detrás, uno junto al otro.

—¿Así cómo? —pregunto.

—Pues así, todo el día de mal humor, refunfuñando, como ahora.

—Perdona si me escuece la mano que tengo llena de cristales clavados. Mira. —La alzo para ponérsela en la cara—. ¿Ves? Pues duele, y la pierna también me duele.

Mi hermana suelta una risilla.

—Pareces un crío —protesta, y luego se empieza a carcajear.

Pues el del no desmayo he sido yo, pero mi hermana se ha quedado majareta.

—¿Te acuerdas cuando me colé con mis amigas a jugar en aquel barranco, cuando me caí y me raspé las dos rodillas y las palmas, y Mindi fue a buscarte? Viniste a por mí todo enfadado: me habías castigado sin salir porque el día anterior había llegado tarde a casa, y yo me escapé por la ventana…

—¿Qué? —la interrumpe Roque desde el asiento delantero, todo indignación.

Miro a mi hermana con una sonrisa de suficiencia.

—Tú a callar, niño, contigo no va —lo reprende Lourdes—. Y vivimos en un quinto, así que no te puedes escapar por la ventana, por si lo estabas pensando.

El taxista suelta una risilla.

Roque niega tapándose la cara con una mano, como si todo esto le diera vergüenza ajena.

Y yo me río y niego. Le dirijo la vista a mi hermana.

—Me acuerdo, me acuerdo. Se te cortaron las ganas de llorar por el tortazo que te habías pegado cuando me tuve que tumbar, fatigado, al verte las rodillas y las manos todas llenas de sangre, barro y piedras.

—Solo era un rasguño, y no te tumbaste, te desmayaste.

—Los hombres no nos desmayamos —refunfuño.

—No, qué va. —Mi hermana ríe, y yo termino riendo también—. Te di la lata de pequeña —se burla.

—Y me la sigues dando ahora —le reprocho, divertido.

—Solo… solo quiero dejar de verte todo el día vagando como alma en pena.

—Mamá… —la llama Roque desde el asiento delantero—. Abel no está así porque ya no viva en Valencia y haya tenido que cambiar de

trabajo —suelta el crío entrometido, que se ha coscado de que llevamos toda la mañana discutiendo por lo mismo.

—Tú a callar —refunfuño.

—Ah, ¿no? ¿Y por qué es? —pregunta mi hermana con las cejas alzadas.

—Porque su chica le ha dado calabazas.

—Mi chica no me ha dado calabazas —protesto.

Para eso me tendría que haber dicho algo; solo me está haciendo un «goshting que flipas», como diría Roque, y todavía me siento ridículo. Después de haberme abierto a ella, después de haberle dicho que la quería, y que ni siquiera me dijera un «ahí te pudras» antes de pirarse y dejarme ahí, en aquel almacén, apoyado en la misma mesa donde me la había comido entera unas semanas atrás.

—¿La doctora? —pregunta mi hermana.

Roque asiente.

—Rebeca, se llama Rebeca.

Por suerte, en ese preciso momento llegamos al hospital y hay que pagarle la cuenta al taxista para bajarnos del coche, lo que da pie a cambiar de tema.

—Pues parece que va a llover hoy —musito mirando al cielo.

Roque y Lourdes sueltan una risilla; no sé qué les hace tanta gracia.

43

¡Quítame las manos de encima, Satanás!

REBECA

Cuando regreso de la cafetería, donde Zaida y yo hemos comido juntas, hay bastante ajetreo en Urgencias, aunque eso no es lo que me extraña; lo que lo hace es el cuchicheo y las risitas que percibo entre algunos compañeros a mi alrededor.

En cuanto Lucio me ve, deja de reírse con una compañera que está preparando una medicación, y se dirige hacia mí.

—Te espera un paciente en el box cuatro —me dice tendiéndome la tablet.

Y sale corriendo antes de que le pueda preguntar para qué es.

Cuando llego al box cuatro, no veo solo a un paciente, sino a tres personas, con expresiones de lo más diferentes, que provocan que me quede paralizada. Roque, con gesto divertido; Lourdes, curioso, y Abel, que, aun con gesto enfurruñado, de brazos cruzados y tez lívida, el cabello despeinado, la barba de unos días bastante descuidada, las sombras negras bajo los ojos y vestido con lo que parece un pantalón corto de pijama y una camiseta desgastada, está tan guapo como siempre.

Y pensaría que es otra de las encerronas de mi amiga Zaida, que en cuanto le conté la charla que Abel y yo tuvimos en el almacén-office, después de decir ochenta y cuatro «oooh», me ha insistido una y otra vez en que lo llame o vaya a verlo. Y sí, lo echo de menos, pero no sé, me pareció que todo se había vuelto demasiado complicado, demasiado drama, demasiado… todo. Zaida no se ha cortado un pelo en soltarme que solo estoy cagada porque me dijo que me quería. Cagada yo, dice… Las tipas duras como yo no nos cagamos ante nada ni nadie. La cuestión es que, aunque en alguna ocasión he flaqueado, muerta de ganas de llamarlo, al final me he resistido encontrando siempre alguna excusa para no hacerlo: es demasiado tarde, es demasiado temprano, han pasado ya muchos días, no sé qué decirle cuando me coja el teléfono… No he descartado en ningún momento que mi amiga meta las narices de nuevo donde nadie la llama, pero, viendo el percal que tengo delante, debo pensar que esto es simple casualidad.

—Lourdes —dice Lucio a mi espalda—, ¿puedes venir por aquí?

La hermana de Abel se levanta para ir tras el enfermero, que se ha dado la vuelta y va a toda prisa. Está huyendo de mí, el muy cobarde, para que no pueda insultarlo, porque tengo claro que el muy chismoso le ha contado a todos los compañeros del turno de hoy quiénes eran estos tres y por qué tenían que esperar por mí para atenderlos. Roque se pone de pie también, dispuesto a irse con su madre.

—Voy con ella por si me necesita; ya nos han dicho que tienen que darle puntos y ponerle la antitetánica.

Asiento resignada y me dirijo a Abel, que está refunfuñando sentado en la camilla, con una palma de la mano hacia arriba donde

hay algunos cristales incrustados, y tiene un buen corte en un lado del muslo izquierdo.

—Ya sé que soy irresistible, pero ¿no encontraste otra manera más fácil de venir a verme? —bromeo, porque es lo que me sale en este momento. Ya sabes que lo mío no es el filtro ni el pensar antes de hablar, sino que me dejo guiar por lo que me dicta mi instinto.

Abel me echa una mirada de odio, y sonrío.

Miro por primera vez la tablet para leer las anotaciones que ha escrito Lucio y se me escapa una carcajada cuando veo que, detrás de toda la parafernalia médica donde indica que se ha hecho varios cortes y un golpe en la cabeza tras sufrir un desmayo debido a la aprensión por la sangre, pone: «Te dejo a este paciente para ti. Pensé que igual querías atenderlo tú, infligirle un poquito de dolor con los puntos y demás. A por el postre, loba, a ver si así te quitas la cara de estreñida que arrastras desde hace semanas».

—Será hijo de… —musito.

Abel me mira con curiosidad e intenta asomar la cabeza a la tablet, a ver si puede leer algo.

La pongo sobre la mesilla que está detrás de mí para dejarla lejos de su alcance.

—¿Te has desmayado al verte el corte de la pierna? —le pregunto, y no me contesta—. No me extraña, es bastante grande y tiene mala pinta —admito.

Traga con dificultad, pero mira al frente; en ningún momento dirige la vista a la herida, lo que me da una ligera idea de la aprensión que le tiene a la sangre.

—No —masculla, y se intenta cruzar de brazos, hasta que se acuerda de los cristales de la mano. Bufa un improperio y recupera

la compostura—. Me he mareado un poco al ver el corte que se hizo mi hermana en el dedo cocinando, he tirado un tarro vacío que estaba en la encimera y me he tendido en el suelo para recuperarme de la fatiga sin darme cuenta de que había caído encima de los pedazos rotos del vidrio.

Alzo las cejas, divertida.

—Ah, qué torpe, chaval.

No sé qué es exactamente lo que debería sentir o cómo debería dirigirme a él, pero me hace tanta gracia verlo así, ofuscado, como un crío al que le han castigado, que no puedo evitar picarlo un poco.

Le pido que agache la cabeza para examinársela, y entierro los dedos en su cabello, ignorando las sensaciones que me provoca. La última vez que le hice esto fue para rogarle que me dejara correrme en su boca.

Carraspeo para quitarme de la cabeza la imagen que me viene. No le encuentro ningún chichón ni herida.

—¿Te diste por aquí cuando te desmayaste? No tienes ninguna herida.

—Obvio, porque no me desmayé, solo me fatigué un poquito y me caí al suelo.

Me río con suavidad.

Se mantiene en silencio mientras le quito los pedazos de cristal de las heridas, se las desinfecto y le suturo la de la pierna; en las manos no es necesario darle puntos. Ni siquiera cuando le dormí la zona con las inyecciones de anestesia local se ha quejado ni ha dicho ni mu. Y termino vendándole la pierna y dándole las instrucciones para que pueda curarse la herida en casa.

—¿Ya está? —me pregunta.

Asiento y sonrío, dándole un par de golpecitos en el brazo a modo de «buen chico»; le daría una piruleta por portarse bien, pero no tengo ninguna por aquí.

—La próxima vez, procura no tumbarte sobre cristales rotos para recuperarte de la fatiga.

Abre la boca, dispuesto a protestar que no pudo evitarlo porque en realidad no se tumbó, se desmayó, y no pudo controlarlo, pero sobre la marcha la cierra y gruñe, lo cual me hace mucha gracia.

—No mojes la sutura durante veinticuatro horas —le recalco.

—¿Y cómo quieres que me duche? —me pregunta, esta vez sí, cruzando los brazos.

—¿Es una petición de ayuda? —Alzo ambas cejas un par de veces en un gesto divertido.

—¿Te estás ofreciendo a ayudarme? —inquiere con gesto sorprendido, y descruza los brazos.

Suelto una risilla. Miro la hora. Mejor cambio de tema, porque imaginarlo desnudo mientras repaso cada rincón de su cuerpo con las manos embadurnadas de espuma de jabón no me está sentando muy bien. Madre mía, qué calor hace aquí hoy.

—Bueno, me quedan seis horas de turno, así que tengo que ir a atender a otro paciente.

—Gracias —musita.

Asiento y me giro para marcharme. Cuando voy a descorrer la cortina, me giro de nuevo hacia él, que se ha levantado con gesto de dolor al apoyar el pie en el suelo. Es imposible que le duela, todavía le durarán un buen rato los efectos de la anestesia local. Aun así, evito reírme.

—¿Estás bien? —le pregunto—. ¿Puedo… puedo hacer algo más por ti para que te sientas mejor?

Sonrío con malicia, y él tropieza con sus propios pies. Lo sujeto antes de que se tambalee demasiado, se precipite contra el suelo y, como poco, se le abran los puntos de la pierna.

—Vaya, ahora eres mi médico, mi enfermera y también mi heroína —musita.

Sé que quiere parecer divertido, pero los latidos desenfrenados de su corazón me chivan que está nervioso. Me gusta ponerlo nervioso.

—¿Y tu chica?

—¿Cómo? —pregunta desconcertado, sin entender a qué me refiero.

—¿Y tu chica? —repito—. ¿Soy tu médico, tu enfermera, tu heroína y también tu chica?

Me muerdo el labio inferior; no quiero reconocer que ahora a quien le late desbocado el corazón, a quien le tiembla el pulso, a quien le presiona un nudo en el estómago es a mí.

Después de boquear unos instantes, al fin responde.

—No sé si eres mi chica o no, lo que sé es que sigues siendo el demonio con las piernas más sexis que he conocido nunca.

Y déjame decirte que esas palabras provocan un alivio en mí como nunca hubiera imaginado.

—Un demonio y al mismo tiempo soy…, déjame recordar, divertida, directa, no me importa lo que piensen de mí, no tengo filtro, atrevida, alocada… —enumero todas las cosas que me dijo en el almacén hace ya demasiados días y que se me quedaron grabadas en la mente.

—Y un poco malvada, no lo olvides —musita.

—Pero te gusta que lo sea, admítelo.

Abel sonríe y es la primera sonrisa sincera que me ofrece desde que lo vi sentado en la camilla del box.

—Más o menos.

Me acerco a Abel, felina, y le pongo una mano en el pecho justo en el instante en que Lucio asoma la cabeza por la cortina del box.

—Solo quería saber si iba todo bien por aquí —dice en tono divertido.

—¡¡¡Largo!!! —gritamos Abel y yo al unísono mirando a mi compañero de trabajo.

—Vale, vale…

Cuando vuelve a salir y nos deja a solas, me giro hacia Abel de nuevo.

—No tengo mucha práctica en esto, Abel, pero ¿puedo decirte todo lo que pienso de verdad?

Él asiente.

—Me dijiste todas esas cosas, te abriste a mí, y no fui capaz de reaccionar. No creas que estoy enfadada contigo porque hayas cometido un error. Vamos a llamarlo «error» —reitero— y no vamos a volver a mencionar nunca más que te besaste y… lo que sea con mi hermana, ¿vale? —Un escalofrío de repelús me recorre de arriba abajo—. Por mi salud mental, por favor. —Abel asiente—. Solo que he tenido que asumir muchas cosas que me han explotado en la cara desde que eso ocurrió. No estoy acostumbrada a que me quieran, a que me elijan, exceptuando a Zaida, que no puede evitar tenerme cierto cariño porque nos hicimos amigas cuando éramos dos renacuajas, y mi abuelo; a ese le vine de serie, no me pudo elegir. Soy una mujer bastante solitaria. No pienso mucho las cosas,

de eso sí que te has dado cuenta. Suelo actuar de manera impulsiva y ya luego asumo las consecuencias. Mi instinto lleva gritándome dos semanas que huya valientemente, que me aleje, que todo esto se va a complicar, así que… —El gesto de decepción de Abel me hace tragar con dificultad—. Así que es la primera vez en mi vida que tengo que ir en contra de mi instinto y escuchar a ese órgano al que no suelo hacer el menor caso, porque sé que todo se va a complicar, se pondrá serio, y eso me da miedo. Me da miedo quererte y que luego dejes de elegirme, Abel. —Creo que nunca en la vida he hablado de una manera tan honesta, abriéndome tanto—. La cuestión es que yo pienso un montón de cosas de ti que, hasta ahora, nunca te he dicho: que te desvives por la gente a la que quieres, y que tampoco has tenido muchas ocasiones para dejarte querer, para dejarte elegir, porque has tenido una vida complicada. Nunca me había reído tanto con nadie, eres divertido, me sigues la corriente en todas mis locuras y me das alas, me haces volar en ocasiones y en otras viajamos juntos a los confines del infierno para dejarnos la piel en cada caricia. Eres apasionado, atento. Siento como… como si fuésemos dos piezas de un rompecabezas que encajan a la perfección. Eres una persona maravillosa, la casualidad más bonita de mi vida, e incluso cuando te enfurruñas eres adorable.

—Yo no soy adorable —me reprocha, como hice yo cuando me dijo lo mismo tras pillarme en aquella conversación profunda con Roque, y se cruza de brazos—. Soy un machote.

Donde las dan las toman. Suelto una risilla.

—Eres adorable y estás más bueno que el pan con chocolate.

—¿No será que te gusto porque me parezco al actor ese que te encanta? —bromea, y río con ganas, recordando mi ridícula confusión la primera vez que nos vimos.

—Me gustas porque te pareces a Kris Evers, sí. —Abel niega; sigue de brazos cruzados, mirándome receloso—. Pero te quiero porque eres tú. —Toda la tensión y la burla se fulminan de su rostro —. Te quiero, Abel.

Se acerca a mí y se aferra a mi cintura, está a tan solo unos centímetros de mi boca; suelto una risilla malvada al ver su gesto sorprendido.

—Y yo… yo te he querido a ti casi desde que me estampaste la puerta del coche en la nariz —concede con la vista bailando entre mis ojos y mis labios.

Suelto una carcajada.

—¡Serás mentiroso! —le reprocho.

—Bueno, un poquitito después, es verdad.

Me aparta un mechón de pelo de la cara y se queda unos segundos así, mirándome a los ojos.

—¿Vais a tardar mucho en morrearos? —Escucho a Roque a mi espalda; me giro y lo veo con la cabeza asomada entre las cortinas y pongo los ojos en blanco—. Es que no hemos comido y no sé tú, Abel, pero yo me muero de hambre.

Roque me guiña un ojo y cierra la cortina, haciéndome reír.

—Jodido crío entrometido —masculla Abel.

—¡Te he oído!

—¡¡¡Largo!!! —gritamos Abel y yo al unísono.

Y ya no lo dejo pensárselo más: entierro los dedos en su cabello y me lanzo a besarlo.

Por un instante me olvido de dónde estamos y por qué, y me dejo llevar. De un brinco, entrelazo las piernas en su cintura, pero como no puede sujetarme bien porque tiene la mano llena de heridas, trastabilla y cae de culo, precipitándonos los dos al suelo. Tropezamos con la mesilla que está junto a la camilla, que vuelca, y todo lo que estaba encima se cae.

—Ups.

—¿Estáis bien? —Lucio descorre las cortinas, entra corriendo y se para en seco cuando nos ve tirados en el suelo—. ¿Qué cojones…?

—Eeeh, vamos a necesitar un poco más de sutura por aquí, me parece —musita Abel, lívido.

Ay, madre.

Me incorporo rápidamente y le miro la pierna a Abel: hay sangre en el vendaje.

—Ups… —repito—. Yo me encargo.

Lucio pone los ojos en blanco y sale del box; veo cómo Roque también pone los ojos en blanco y resopla justo antes de que mi compañero cierre la cortina.

—Perdón —musito.

Le tiendo las dos manos a Abel, que me ofrece el brazo sano, y lo ayudo a incorporarse.

Le sacudo el polvo imaginario de la ropa.

—Perdón —repito con las mejillas teñidas de rojo—. Siéntate en la camilla, por favor.

Me apresuro a cortar la venda y quitarla para examinarle la herida. Por suerte, no se ha saltado ningún punto, solo ha sangrado un poco por el impacto.

—Perdón —reitero.

Le limpio la herida y vuelvo a cubrírsela con un vendaje nuevo.

Y Abel, que me mira desconcertado, se parte de risa.

—Jamás imaginé que podría llegar a verte sonrojada.

Me encojo de hombros, tímida. Al fin y al cabo, se ha enterado todo Urgencias de lo que ha pasado, seguro; no descarto que mi jefa me despida, ahora que lo pienso. Bah. Me encojo de hombros. ¿Qué es la vida sin un poco de riesgo?

Abel me agarra de la mano y tira de mí hacia él.

—Ven aquí.

Me besa y, cuando su lengua accede a mi boca, le aprieto las piernas con las manos para obligarme a controlarme, a no dejarme llevar y desnudarlo aquí mismo como cada rincón de mi cuerpo me exige.

Gimo en sus labios cuando él suelta un gruñido en mi boca y me aparta empujándome con suavidad de la cintura. Tiene razón, este no es el lugar ni el momento adecuado.

—Me estás matando —musita con los dientes apretados y sus ojos clavados en los míos.

Suspiro.

—Y a mí me están matando las ganas que te tengo.

—¡Quítame las manos de encima, Satanás!

Bajo la vista y me doy cuenta de que le estoy apretando el muslo, justo a la altura de la venda, y aparto la mano como si quemase.

—Uy, perdón —repito una vez más, y después parpadeo rápido, como si, en lugar del recurrente insulto que me ha soltado desde que nos conocemos, me hubiese dicho el piropo más bonito y tierno sobre la faz de la tierra.

—Te quiero, chaval —le digo, y esta vez le doy un beso en la mejilla sin tocar ninguna parte de su cuerpo.

Abel se ríe con gesto de dolor y niega con la cabeza.

—Te quiero, pequeño demonio de piernas sexis.

Epílogo 1

ABEL

Dos años después

—¿Todavía no se ha dado cuenta? —pregunta Zaida a mi lado.

Niego.

—No me ha dicho nada de nada. ¿A ti tampoco?

Ella niega también y se muerde el labio conteniendo la sonrisa al ver mi gesto de preocupación.

—Deberías decírselo —me apremia.

Pone cara de asco cuando ve las anchoas en la bandeja que lleva en las manos, donde hemos dispuesto el picoteo para la celebración de cumpleaños de Rebeca. En un rato empezará a llegar gente.

Rebeca está tirada en el sofá con una camiseta vieja, pantalones cortos descoloridos y unos calcetines de lunares, con las piernas cruzadas encima de la mesilla auxiliar, masticando sin parar, mientras ve una reposición de una serie que la hace reír mucho. Dice que, como es su cumple, nos toca a nosotros pringar y prepararlo todo, y a ella, solo disfrutar.

Debería mandarla a cambiarse ya porque, como llegue su abuelo y la vea de esa guisa, le va a arrear un pescozón.

Niego otra vez cuando veo la ceja alzada de Zaida.

—No me atrevo —admito—. Quiero… esperar un poco.

—¿A qué?

—No sé, a que sea más seguro. ¿No se supone que las primeras semanas son bastante inciertas?

El gesto de incredulidad de Zaida me hace clavar la vista en el chocolate.

—¿Qué hacéis ahí en la puerta cuchicheando? —pregunta Roque, que pasa por nuestro lado con un bol hasta arriba de patatas—. ¿Todavía nada?

Niego, y él suelta una risilla.

Le echa un vistazo a la bandeja que llevo en las manos, donde están los dulces que me ha pedido Rebeca: chocolate blanco con trocitos de galleta, moras negras y nada del bizcocho de limón que le he preparado, su favorito, porque dice que últimamente no soporta el olor que desprende.

Suspiro.

—En algún momento se dará cuenta, ¿no? —les pregunto a los dos.

Roque se encoge de hombros, y Zaida niega.

Rebeca gira la cabeza y frunce el ceño, extrañada, cuando nos ve a los tres ahí, en la puerta de acceso al salón, cuchicheando.

Nos dispersamos disimulando.

Roque le quita la bandeja llena de anchoas a Zaida y se acerca al sofá, coloca el bol de patatas en la mesa auxiliar y le acerca la bandeja a Rebeca.

—¿Quieres? —le ofrece mi sobrino.

A Rebeca le hacen chiribitas los ojos, suelta el bol de palomitas encima de la mesa y aplaude feliz.

—Qué rico, sí, gracias.

Me dejo caer en el otro sofá, frente a ellos, y coloco la bandeja con los dulces en la mesa.

Rebeca pincha con un tenedor desechable una anchoa, coge un trozo de chocolate blanco de la otra bandeja y se lo mete todo junto en la boca. ¡Puaj!, ¡qué puñetero asco! Tengo que recordar pedirle que se lave los dientes antes de besarla esta noche.

Desvío la vista hacia sus pechos, que están más hinchados y grandes de lo normal y, a pesar de que últimamente tiene más ganas que nunca y está todo el santo día asaltándome para retozar, que me tiene agotado, esa visión hace que note un tirón en la polla. No se ha puesto sujetador porque dice que le duelen las tetas y que le molesta, y se nota. Abro la boca para pedirle que vaya a cambiarse, y mi sobrino es el que habla:

—De nada. Tienes que comer más ahora que vas a ser mamá.

Los ojos se me desorbitan, desconcertado. Jodido crío entrometido.

Escucho la carcajada de Zaida, que se sienta al lado de Rebeca, y la risita de Lourdes, que acaba de entrar al salón.

Cojo un trozo bien grande de chocolate y me lo meto en la boca. Mastico con ansiedad.

—¿Qué? Yo no… —dice con la boca llena.

Rebeca me busca con la mirada y, al ver mi rostro lívido, niega.

—No, no, qué va… Yo no…

Mira a Zaida, que asiente.

Me mira a mí, y yo niego. Total, si dejo a los demás por locos a lo mejor me libro de esta.

Rebeca suelta el tenedor, mastica despacio y frunce el ceño; se queda pensativa unos instantes.

—¿Tú lo sabías? —me pregunta.

Dios, me va a matar.

Niego, niego efusivamente hasta que me mareo.

—No, no puede ser.

Coge el móvil y trastea con él. Zaida se ríe de nuevo cuando la ve abrir la aplicación en la que registra su menstruación. Mueve la cabeza de un lado a otro. Cuenta con los dedos, como si la aplicación no le hubiera confirmado lo que está más que claro.

—Tienes un retraso —le confirma Zaida. Rebeca la mira tan pálida como me he quedado yo y asiente. Su amiga desvía la vista hacia abajo—. Y te duelen las tetas, las tienes más grandes. —Rebeca se las sujeta con ambas manos, como para confirmar sus palabras, y cabecea afirmando—. Comes cosas de lo más extrañas. —Señala las anchoas y evita comentarle que mezclarlas con chocolate es lo más asqueroso que ha hecho nadie jamás—. Y últimamente no te sientes muy bien del estómago, todo te sienta fatal, aunque no dejas de comer.

—Es verdad… —musita, aún incrédula.

—Por no hablar de tu apetito sexual, que tienes a Abel consumido.

—¡Zaida! —grito.

Roque se carcajea: todo comentario en el que haya un tinte sexual le hace una gracia de mil demonios.

Lourdes se sienta a mi lado y me da un par de golpecitos en la pierna antes de decirle a Rebeca:

—Estás embarazada.

—Dios… —Se estremece—. Estoy embarazada.

—De nada —dice mi sobrino dándole un par de palmaditas en la espalda, y se levanta para huir a la cocina, donde yo no pueda alcanzarlo, matarlo, cortarlo en trocitos y tirarlo al mar.

—Anda, vamos a la habitación y te cambias —le pido.

Me pongo de pie y tiendo la mano hacia Rebeca. Cuando sujeta la mía, un sudor frío le recorre las manos. Pobre. Ha sido un buen impacto. Se ha quedado en shock.

Coge rápido el tenedor, antes de que tire de ella, y por un momento pensaba que me lo iba a clavar a mí, pero no, pincha otra anchoa y se la lleva a la boca. Tiro de su mano, suelta el tenedor y coge otro trozo de chocolate.

—Necesito azúcar —musita con la boca llena.

Cuando logro que entre en la habitación, el timbre suena y huyo valientemente a abrir la puerta. No ha terminado de cambiarse cuando llegan su abuelo con Amelia; Alejandra, la novia de Roque; Isma; Lucio con su novio, y Carlos con su chica.

Por suerte, la marabunta de gente la despista lo suficiente para dejar el tema aparcado por el momento, aunque sigue pálida y bastante callada durante toda la celebración.

Cuando ya estamos hartos de comer, su abuelo empieza a dar cabezadas en el sofá, y Zaida, Lourdes y Amelia han cantado todo el repertorio de canciones del karaoke que me empeñé en comprar para hoy, que, por la mirada asesina de Rebeca, sé que me va a estampar en la cabeza en cuanto nos quedemos a solas. Le cantamos el cumpleaños feliz, y Zaida, que es la que trae la tarta en sus manos, le dice:

—Pide un deseo, amiga.

Y le pone la tarta con las velas encendidas delante.

Rebeca mira las velas, luego a su amiga, luego a mí, traga como puede y vuelve a mirar las velas.

—Estaría bien que las soplaras antes de que se derrita toda la cera encima de la tarta —la apremia su amiga.

Rebeca abre la boca y al fin suelta:

—Que no sean gemelas, por favor. —Se lleva las manos a la tripa plana—. Que no sean gemelas.

Sopla las velas, y nadie aplaude porque se ha quedado todo el mundo en shock, mirándola. Me acerco a ella y la beso en los labios. Entrelazo los dedos con los suyos sobre la tripa. Un cosquilleo de felicidad me inunda el pecho. Voy a ser padre. Casi no me lo creo.

—Feliz cumpleaños —le digo separándome un poco de ella, que vuelve a besarme hasta colarme la lengua en la boca, y me aparto tan pronto como puedo—. ¡Puaj! —grito, y Rebeca me mira con odio —. ¿Qué demonios has comido? —protesto.

Zaida se parte de risa.

—Anda, anda… Quita de ahí. —Tira de mí para que deje en paz a su amiga antes de que se active su modo demoniaco y me haga alguna maldad de las que sé que se le están pasando por la cabeza —. El primer regalo te lo voy a dar yo —le dice a Rebeca.

Las personas a nuestro alrededor todavía se miran unas a otras, en silencio, como esperando a confirmar lo que están pensando.

Rebeca asiente y coge el paquetito alargado que le tiende Zaida.

Lo desempaqueta y se queda más lívida aún mirando lo que hay dentro: un test de embarazo. Levanta la cabeza hacia su amiga, que alza ambas cejas, divertida.

—Serás… zorra. Lo sabías y no me habías dicho nada —espeta, y Zaida vuelve a reír, como si le hiciera mucha gracia ver a su amiga

mosqueada.

Yo no me reiría tanto; por algún lado va a estallar esto, ya verás.

Y ahora sí, todo el mundo da por hecho que ese test va a dar positivo y rompen en aplausos, gritos y abrazos, y yo, quieras que no, suspiro aliviado, porque lo ha asumido mejor de lo que pensaba.

De pronto Rebeca se pone a berrear, le caen lágrimas como puños por las mejillas. Todo el mundo se queda en silencio, y yo, paralizado: es la primera vez que veo llorar a Rebeca desde que la conozco.

Me mira, sigo a su lado, y me arrea un puñetazo en el brazo.

—¡Au! —me quejo.

—Esto… esto es culpa tuya —balbucea. Abro la boca, desconcertado. No, perdona, que yo le metí el semen ahí en contra de su voluntad, no te jode. Me sujeta por los hombros y me zarandea—. Que no sean gemelas, por favor, que no sean gemelas.

Epílogo 2

Rebeca

Seis meses más tarde

Y sí, son gemelas. Maldita mi suerte. Como habrás comprobado, no sirvió de nada el deseo que pedí antes de soplar las velas de mi cumpleaños.

Miro hacia abajo, ofuscada.

—Mete tripa, tía, que no puedo —gimotea Zaida tironeando detrás de mí con las cintas del corsé de mi vestido.

—¿Cómo voy a meter tripa? ¿Eres imbécil o qué? ¿No ves que estoy embarazada? —protesto enfurruñada.

—Pues esto no cierra.

—¿Cómo no va a cerrar, zopenca? ¿No ves que son cintas?

Gracias al cielo, a la modista se le ocurrió que, como la barriga iba a seguir creciendo y creciendo, era mejor sustituir la cremallera por unas cintas que ajustar en la parte trasera de mi vestido de novia.

—Vale, vale… No te pongas así, joder. Qué ganas tengo de que des a luz de una vez para que se te quite esa mala leche que te gastas —se queja mi amiga.

—¿Dónde está mi móvil?

Miro para todas partes buscando el teléfono.

—¿Para qué quieres ahora el teléfono, Rebeca, por tu madre?

—Para llamar a Abel.

—¿Para qué? —El tono molesto de mi amiga me está sacando aún más de quicio.

—Para insultarlo. ¿A quién se le ocurre seguir adelante con la boda sabiendo que estoy embarazada y de gemelas, que parezco una mole? Mira esta barriga, ¡mira! —espeto mientras señalo al espejo. Subo la falda para verme los pies en unas zapatillas deportivas blancas—. ¿Y esos tobillos? ¡Parezco un elefante! Se la va a ganar, le voy a gritar hasta que me quede sin voz, porque esto es culpa suya.

—¿La boda? —pregunta Zaida.

—¡Y el embarazo! —sentencio.

—Mmm, no sé yo, creo que no fue él quien olvidó tomar todas las pastillas anticonceptivas.

¿No se supone que las amigas nos deben apoyar siempre? Pues Zaida no, se ha puesto de parte de Abel, ya ves. Gruño y me cruzo de brazos. Mi amiga se ríe.

—Hala, ya está. —Da una palmadita—. Lo he abrochado; no ha quedado cinta para hacer un lazo cuqui como pretendía, te tendrás que conformar con un nudo.

Me encojo de hombros.

Antes de que pueda soltar más protestas, se asegura de que el cabello sigue en su sitio y que el maquillaje no se ha estropeado con el esfuerzo de ponerme el vestido, me tiende el ramo de novia y tira de mí hacia fuera de la habitación.

En cuanto salgo, nos encontramos con Lourdes y mi hermana Paola. Sí, la he invitado a la boda. Estoy muy sensible con esto del embarazo y tengo las defensas bajas. En estos casi tres años apenas nos hemos visto, salvo en alguna ocasión especial, como el

cumpleaños de mi abuelo, Navidad y cosas así, pero hoy está aquí y por primera vez no nos ignoramos: nos miramos una a la otra de frente.

—Casi no sobrevivo —masculla Zaida limpiándose el sudor de la frente con el brazo.

Le echo una mirada de odio, y sale corriendo con Lourdes pisándole los talones fuera del alcance de mi ira.

Veo a mi abuelo al final del pasillo; Amelia le está retocando la pajarita, está guapísimo. Sonrío. Creo que es la primera vez que sonrío en todo el día. No me culpes, tengo dos demonios dentro que no paran en todo el santo día, me arrean patadas a todas horas, me hacen ir a mear cada veinte minutos, he vomitado más que en toda mi vida y me he comido todas las anchoas del mar; creo que ya las he logrado extinguir. No me culpes por estar un poquitín irascible.

—Gracias por invitarme —musita Paola a mi lado.

Alzo la vista, la miro y asiento, dispuesta a huir de la conversación que intuyo que está por venir y a ir hasta mi abuelo, para entrelazar mi brazo al suyo y acabar con todo esto cuanto antes, que quiero ir ya a la celebración y ponerme hasta el culo de comer; tengo hambre, para variar.

—Quiero disculparme por lo mal que lo he hecho —dice, sujetándome del brazo cuando doy un paso para alejarme de ella—. Por lo mal que lo he hecho siempre. Fue duro para mí cuando te fuiste a Madrid y te alejaste de mí quince años. Me dejaste sola aquí, pero era diferente, estabas lejos, no sé, era distinto. Ha sido peor que estuvieras aquí y no quisieras cruzarte conmigo, y todo lo que te he echado de menos, hasta nuestras riñas. —No digo nada, solo la escucho—. Te culpé durante un montón de tiempo —añade, y

parece avergonzada de verdad—. Abel y yo trabajamos juntos y, bueno, no somos los amigos que yo quería que fuésemos, pero charlamos muchas veces. Fue él quien me dijo que debería plantearme ir a terapia una de las veces en que le pregunté por ti. Cuando él perdió a sus padres, su hermana y él estuvieron mucho tiempo en terapia. Me contó su experiencia y cómo eso los ayudó a superar la pérdida. —Asiento, sorprendida, porque, aunque ya sé que Abel y Paola se ven a diario en el trabajo, charlan mucho y se llevan bien, no esperaba que él le recomendara algo así—. Y no me había dado cuenta de todas las heridas que tenía sin cerrar, Rebeca, de lo mal que lo estaba haciendo y de cómo estaba desviando todo el dolor en forma de dardos hacia ti, lo mezquina y egoísta que era. Tus palabras se me quedaron grabadas en la cabeza, esas con las que me decías que tras mi máscara solo había veneno. Y pude verlo, Rebeca, con el tiempo he podido ver ese veneno que estaba destilando con quien más quería. Lo siento. He hablado con mi psicóloga de esto, de la necesidad de disculparme, que debo hacerlo para cerrar esta herida, aunque tengo claro que eso no significa que tú me vayas a perdonar, lo sé. No te estoy pidiendo que me dejes volver a tu vida, que me dejes estar en la vida de mis sobrinas, solo… solo te pido que me dejes de odiar.

Miro la mano que tiende hacia mí y me tomo unos segundos antes de cogerla y estrecharla. Asiento con lentitud. Ahora mismo no sé muy bien si puedo perdonarla; tengo que procesar todo lo que me ha dicho, pero sí hay algo que tengo bastante claro. Clarísimo.

—No te odio, Pao.

Y es verdad, me hizo mucho daño, pero la sigo queriendo. Resoplo, porque lo de ponerse sentimental se está volviendo

demasiado recurrente durante el embarazo.

Mi hermana se limpia un par de lágrimas que se le han escapado.

—Tenías razón en todo —dice.

Sonrío, ladina.

—Vaya, qué gustito da oírlo de tus labios.

—Calla, idiota —masculla, y suelto una risilla.

—Bueno, tengo que ir a casarme, me están esperando.

Señalo a mi abuelo, que aguarda al final del pasillo sin interrumpirnos ahora que hemos vuelto a hablar después de tanto tiempo.

Paola asiente y me giro.

—Llamé a papá y a mamá —me dice. Me volteo hacia ella con el ceño fruncido—. Les pregunté si no iban a venir a la boda, si no iban a venir a conocer a sus nietas.

Asiento. Ya sé la respuesta. Es la misma que me dieron a mí cuando me armé de paciencia y los llamé para contarle ambas cosas, embarazo y boda y, de paso, les solté unas cuantas verdades de cómo me habían hecho sentir durante toda la vida. Cuando le coges el gustillo a eso de abrirte a la gente y ser sincera ya nunca quieres dejar de hacerlo. Como cuando fui capaz de abrirme a mi hermana y le solté todo eso que tenía enquistado, cuando le confesé a Abel todo lo que sentía por él o cuando le pedí a mi abuelo que dejara de interceder entre Paola y yo, explicándole cómo me hacía sentir que me presionara con el tema una y otra vez.

—No van a venir —le digo, y ella asiente.

—Tenías razón. Siempre la tuviste… con respecto a ellos —aclara —. Son unos egoístas, nunca nos han tenido en cuenta, les damos exactamente igual.

—No estaba en sus planes que mamá se quedase embarazada; fue un accidente, lo sabes, y ellos siguieron su vida como si eso no hubiera pasado.

Mi hermana desvía la vista hacia mi tripa.

—Lo tuyo también fue accidental —musita, y puedo palpar el gesto de horror en su tono de voz.

Sonrío y me acaricio la barriga.

—Pero las quiero hasta con la última célula de mi cuerpo. Abel y yo las adoramos ya, y aún no han nacido. Jamás pensé que se podía sentir un amor así, tan infinito, tan abrumador, tan maravilloso. —Noto las patadas de mis demonios, como si me estuvieran escuchando y quisieran contestar, y le sujeto la mano a Paola y la llevo a mi barriga para que pueda sentir cómo se mueven—. Son reales, están aquí y tendrán una madre un poco pirada, y puede que no les pueda dar todo en la vida, pero nunca les va a faltar amor.

Paola asiente emocionada al sentir a sus sobrinas, y esta vez sí me dirijo hacia mi abuelo, que me espera con una sonrisa resplandeciente.

—Gracias —musita, y le echa una mirada de soslayo a mi hermana.

—Ya sabes que no lo he hecho por ti, pero de nada —le respondo.

Entrelazo mi brazo con el suyo y nos encaminamos hacia el coche que nos llevará al ayuntamiento, donde se celebrará nuestra boda.

—Estás preciosa, mi niña.

Mi abuelo me da un par de palmaditas en la mano y sonrío.

—Gracias, abu.

El resto del día transcurre para mí como si estuviera en una nebulosa. No me quedo con mucho, solo con la imagen de Abel,

sonriente, más guapo que nunca, esperándome. Se me graban a fuego las palabras que pronuncia, cómo desliza el anillo en mi dedo y ese beso dulce justo cuando somos marido y mujer, con sus manos en mi tripa, acogiéndome a mí, acogiendo a nuestras niñas, a nuestra propia familia.

Lo que viene a continuación es un batiburrillo de fotografías en un millón de posturas diferentes en compañía de nuestra pequeña familia y solos también. Y me sentiré como una ballena embuchada en este vestido, pero, ahora que ha pasado, soy feliz de habernos dicho «Sí, quiero» delante de todos: sí a querernos el uno al otro y sí a quererlas a ellas para siempre.

—Gracias por hacerme el hombre más feliz de la tierra, pequeño demonio de piernas sexis —me dice mirándome con adoración cuando por fin estamos a solas en la habitación del hotel a donde nos hemos escapado para dar comienzo a la luna de miel.

Lo miro con gesto divertido, alzo el vestido y le enseño mis piernas de elefante.

—Me alegro de que esto te parezca sexy, porque aproximadamente hasta dentro de dos meses van a seguir así o peor. Tampoco sé cuánto tardarán en recuperar su forma habitual.

—Me parecerías sexy aunque engordases doscientos kilos, y más aún teniendo a mis niñas dentro.

Sonrío.

—Qué cuqui eres, chaval —lo pico.

—Y tú eres adorable, Satanás —me la devuelve.

Suelto una carcajada. Abel me pone una mano en la barriga antes de besarme y las demonias le arrean una patada que me dejan hasta sin respiración.

—Creo que eso significa que están de acuerdo conmigo —dice con una risilla.

—¿En lo de adorable o en lo de Satanás? —pregunto divertida.

—Ambas cosas —ríe Abel, y yo niego.

—Eso significa que estas van a ser de armas tomar —sentencio; cada vez lo tengo más claro.

—No podría ser de otra forma. —Abel me mira con ternura y me aparta un mechón de pelo de la cara—. No querría que fuese de otra forma. Al fin y al cabo, su madre es un demonio.

—Pues bienvenido al infierno, Abel. Bienvenido al infierno.

Agradecimientos

Cuando Carol, mi editora, me dijo que quería que les escribiese una historia, que creía en mí, en mi potencial y que estaba segura de que conseguiría volver a conquistar a los lectores después de *¡Otra vez tú!*, sentí la inyección de adrenalina que necesitaba para dejar salir esta historia que llevaba un tiempo rondándome por la cabeza.

Rebeca y Abel me han robado el corazón, y espero que hayan conseguido lo mismo contigo, así que mi primer agradecimiento es para ti, por llegar hasta aquí, por leerme y darles la oportunidad a mis chicos. Gracias por leerme. Gracias por estar ahí. Sin ti esto no tendría sentido.

Para mi editora, Carol, por darme las palabras que necesitaba escuchar, y a todo el equipo de Roca Editorial, del grupo Penguin Random House, por hacer posible que este libro salga a la luz.

Para Erik y César, mis niños, que son los que me soportan horas pegadas al ordenador, mandándolos callar para poder concentrarme y dar voz a mis personajes. Y para Germán, mi marido: sin ti, sin tu apoyo, jamás hubiera luchado por dedicarme a escribir a tiempo completo, así que cada libro es un poco tuyo también.

Para Dácil, mi churri, mi hermana, no de sangre, sino de esas personas que la vida pone en tu camino y se abren paso, por ser la primera que sabe siempre de todas las locuras que se me ocurren, por su entusiasmo, por ser la persona que más veces se relee mis historias, por creer en mí y por ser mi medio limón.

Para Patri, Lorena y Yanira, que, de una forma u otra, siempre están ahí, al pie del cañón, para decirme justo lo que necesito. Para Rosana, ¿qué te voy a decir si te he dedicado el libro? Tu entusiasmo, tus ganas, tu generosidad, tus palabras de apoyo, las charlas de libros o de cualquier otra cosa… son un regalo.

Para mis padres, que son un ejemplo de lucha contra viento y marea, y para el resto de mi familia, que siempre tienen unas palabras de apoyo. Con mención especial a Pili, mi prima, y Eva, mi sobrina, que lleva años preguntándome si este libro se lo puede leer y la respuesta es siempre la misma: no, aún tiene que esperar un puñadito de años más, pero ella aguarda con paciencia a que llegue el momento.

Para mis compañeras de letras que no dudan en apoyarte sin competiciones ni condiciones, con mención especial a Nisa Arce, Fátima Embark, Maca Ferreira, Laura Delgado, Yanira García, Yara Medina, Jana Westwood y Adriana Rubens.

Para mis lectoras cero, Mar y Eva: gracias por cada momento compartido y todo lo que me habéis ayudado a pulir esta historia. Que la vida por fin deje de ser «estupenda-estupenda» y se convierta en la maravilla que os merecéis las dos.

Para todas las bookstagramers, booktokers y blogueras que me ofrecen siempre su apoyo incondicional y me ayudan a hacer volar cada historia. Sois un montón y no os puedo nombrar a todas, pero quiero que sepáis que sois la caña.

Para los libreros que están ahí, al pie del cañón, que cuentan conmigo para todos los saraos, ferias, firmas y demás, con mención especial a Alejandro, de Librería Yaya; a Helena, de Librería Párrafo;

a Nauzet, de Librería El Barco de Papel, y a Ruymán, de Librería Marcial.

Supongo que me he dejado a alguien atrás, me suele pasar, así que aprovecho estas líneas para daros las gracias a todos los que estáis en mi vida, porque, en mayor o menor medida, habéis sido un punto de apoyo para impulsarme y continuar escribiendo.

Él aparece por arte de magia.
Ella decide jugar a hacerse la mala…
¿Qué puede salir mal?

En la nueva comedia romántica de
Raquel Antúnez van a saltar chispas.



Estás en tu casa tranquilamente, dispuesta a encender una velita con olor a lavanda, de esas que te encantan, con el mechero en forma de arma que te compraste en un arrebato, y de pronto te encuentras con un tipo en tu salón. Un tipo alto, imponente, con los músculos bien marcaditos y sexi, muy sexi y muy… muy desconocido también.

Lo que está claro es que no tiene lógica que, a esas horas, en las que deberías estar sola, haya un desconocido ahí y se te ocurre que es una idea maravillosa apuntarlo con tu falsa pistola, sacar a relucir

tu lado macarra, interrogarlo como la malota que todo el mundo cree que eres y, en fin, igual se te va un poco de las manos. Tres, dos, uno… ¡Bang!

Raquel Antúnez (1981) vive en Gran Canaria junto con su marido y sus dos hijos. Es una apasionada de la escritura, y cuenta con varias novelas autopublicadas. *¡Otra vez, tú!* es su primera novela con Roca Editorial.



Primera edición: febrero de 2026

© 2026, Raquel Antúnez Cazorla
© 2026, Roca Editorial de Libros, S. L. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Helena Boet Serrano
Ilustración de portada: © Jordi Ferrándiz

Roca Editorial de Libros, S. L. U. es una compañía de Penguin Random House Grupo Editorial que apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-10274-97-6

Compuesto en www.voringran.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: rocaeditorial
X: @rocaeditorial
Instagram: @rocaeditorial
Spotify: penguinlibros
Youtube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

Emily Dickinson

Gracias por leer este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice de contenido

Tres, dos, uno…¡Bang!

Nota de autora

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Epílogo 1

Epílogo 2

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Raquel Antúnez

Créditos

Nota

1 Personaje ficticio también conocido por su nombre de superhéroe, Supermán, del universo DC.